



Barrion Avenqing
TARAGH
Anam Celtic vol.II



Angy Skay ♦ Belén Cuadros



Lxl
EDITORIAL
FicSean





Barrion Avenging
TARAGH
Anam Celtic vol.II



Angy Skay ♦ Belén Cuadros



Lil
EDITORIAL
FicSean



Bannión Avenging
Taragh

Anam Celtic II

Angy Skay & Beben Cuadros

Lxl
EDITORIAL
FicSeam

1.^a edición: Mayo de 2.017

Angy Skay 2.017

Belén Cuadros 2.017

LxL Editorial 2.017

ISBN Bannión Avenging, Taragh 978-84-16609-63-5

ISBN Anam Celtic: 978-84-16609-48-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – <https://alexiajorques.wordpress.com>

Maquetación - Rachel's Designs

«Aprendemos a amar no cuando encontramos a la persona perfecta, sino cuando llegamos a ver de manera perfecta a una persona imperfecta».

Sam Keen

Agradecimientos

Angy Skay

De nuevo toca hacer los agradecimientos, esos que siempre se me suelen dar tan mal. En primer lugar me gustaría agradecerérselo a mi familia, la de mi casa, la misma que cuando he necesitado espacio me lo han dado, para poder terminar de escribir todas las escenas que se montaban en mi cabeza sin dejarme ni descansar. A mis tres soles: Bryan, Eidan y Freya. Porque soy consciente del tiempo que les quito para poder seguir construyendo este sueño.

A todos mis lectores que día a día siguen apostando por mí, y por mis libros, sabéis que sin vosotros no sería posible, y por ello os estoy más que agradecida.

Y por último, a muchas de las personas que hoy son muy importantes para mí. Isa Jaramillo, por tus consejos, tu paciencia, y por lo mucho que te lo curras. A Pili Doria, a ti te tengo que agradecer muchas cosas, pero sobre todo, el que estés a mi lado constantemente y siempre tengas ese hueco cuando lo necesito. A Noelia Medina, por hacerme tantos comentarios con sinceridad según avanzaba en esta novela, y por entender como yo, que los malos merecen un gran lugar en el mundo. A mi churry R. Cherry, por tu santa paciencia con todo lo que tiene que ver conmigo y por entenderme a cada momento. Y no puedo olvidarme de mis niñas, esas que hace unos años se ganaron la medalla de oro, mis confidentes, mis amigas, mis compañeras: Ma Mcrae (voy a dormir igual), Lourdes (mi Marino me marina) y Mayte (se busca empotrador), os quiero un montón.

A Lxl Editorial, porque juntos formamos un buen equipo, el mismo que si sigue así, algún día llegará muy lejos. Y a mi compañera de viaje, mi Zipy, Belén Cuadros, por nuestra amistad, y pese a todo el gran trabajo que hacemos, por nuestros buenos ratos creando esta Saga.

Se os quiere.

Belén Cuadros

Es increíble como se le llega a coger tanto cariño a un personaje. Quien me iba a decir que hace unos años cuando se me ocurrió la idea de

“Maureen”, llegaría a Saga. El giro que ha dado ha sido maravilloso y totalmente inesperado.

Lo que comenzó siendo un viaje con Angy a Irlanda hace dos años, se ha vuelto casi en un ritual. En este último viaje lo hemos visto todo más claro. Los paisajes, las costumbres, la comida, la gente, las leyendas y por qué no decirlo, hasta sus fantasmas nos han sido de gran utilidad.

Hemos intentado describir al máximo los lugares donde suceden las tramas. Los lugares que se nombran existen y los rituales son reales. La documentación ha sido productiva y ha merecido la pena, para lo que la Saga pedía.

Pero esto no queda aquí, todavía queda historia y veréis que en cada libro vais a querer más.

Quiero agradecer esta nueva novela a toda la gente que se ha hecho fan de la saga. Me ha encantado que nos digan que con el primer libro disfrutaron de la cultura celta y de la “magia” de la Isla Esmeralda. Nos consta que algunos desconocían la cultura del mundo irlandés y lo han podido conocer gracias a nuestro primer libro.

A mi familia y a la gente que me rodea, que cree en mí y en nuestro proyecto. A “nuestra familia” Boston, por su constante ayuda, cada vez que viajamos a Irlanda. A mi Ester Teixidor, por aconsejarme en cuanto le enviaba algún archivo. A RCherry, por estar al pie del cañón, cuando puede y en especial a Carolina Galobardas, por ese soporte moral y ese entusiasmo que pone en cada idea que le proponemos. Merche y Patricia, gracias por vuestra ayuda constante. Nuestras Pili Doria e Isa Jaramillo no podían quedarse atrás, con sus ánimos en la distancia. Pero en especial, me gustaría agradecer a las “cortijeras”: Mayte García, Lourdes García, Noelia Medina y sobre todo a Ma Mcrae. Gracias, chicas. No sabéis como se agradecen las charlas con vosotras.

Prólogo

Hace muchos años...

—Si no creemos en las hadas, desaparecen, mueren...

—¿Por qué dices eso, abuela? —preguntó la pequeña niña.

—Un día se perdió en gran parte del mundo la verdadera naturaleza de las hadas... —susurró la anciana mientras removía la gran cazuela que tenía en el fuego de la chimenea.

—Pero... las hadas son buenas, ayudan a las princesas. —Sonrió con dulzura la niña.

La anciana, sin darle importancia a lo que la pequeña decía, seguía removiendo el humeante caldo sumida en sus pensamientos.

—Se las terminó tratando de ser seres benévolos que, como único fin, tenían que otorgar virtudes a hermosas princesas de cuento, de ese modo los niños no concebís que las famosas «hadas» puedan acarrear actitudes egoístas, caprichosas y malvadas...

—¿Quieres decir que son malas, abuela?

La niña, temerosa y expectante, esperaba a que su adorada abuela le contestase a la pregunta o bien le desvelase, como de costumbre solía hacer, nuevas leyendas o historias perdidas en el tiempo. La abuela dejó de remover el caldo y posó sus arrugados ojos grises en los de la niña, se limpió las manos en su mandil y después cogió una de las sillas de madera que ocupaban la gran estancia de la cabaña.

—Hay hadas que son extraordinariamente bellas y cautivan a los hombres, pero solo es un montaje, ya que a ellas les encanta cambiar su apariencia con el fin de burlarse de los seres humanos. Antiguamente, cuando la mayoría de la gente no sabíamos leer, los cuentos eran la única diversión que teníamos, y qué mejor que inventarse que el bien, siempre vence al mal o que el humilde está siempre por encima del orgulloso.

La vieja anciana miraba a la niña, que sin entender muy bien lo que quería decir, la observaba con suma atención intentando captar hasta la última

palabra que la mujer decía.

—Esto acarrea que, con los finales felices, los niños siempre penséis que en toda historia donde un hada aparezca, tendrá un final feliz. Por el contrario, si hubiese una bruja, sería la mala de la historia y la que siempre intentará arruinar la felicidad de los protagonistas...

—Pero las brujas son malas, abuela, siempre hacen cosas que no deben y dan mucho miedo —aseguró la niña con los ojos cargados de temor, mirando a ambos lados de la gran cabaña.

—Pues, querida, he de decirte que te equivocas si piensas que las hadas son seres divinos y de gran bondad, ya que en su interior, solo son egoístas y caprichosas alimañas que desean el mal del ser humano.

—No lo entiendo... —comentó la niña confundida por la explicación que su abuela le daba.

La abuela suspiró y, agarrando su viejo cascabel que siempre colgaba de su fino cuello, miró de nuevo a la pequeña y le relató algo que aquella niña jamás hubiera imaginado...

—Cuenta la leyenda que, hace mucho tiempo, en un bonito reino vivían las hadas y de noche, estas desaparecían de su encantada tierra mágica para adentrarse en las casas de las pequeñas aldeas y de esa manera, secuestraban a los recién nacidos. Deslumbradas por su belleza, casi siempre solían ser niños, rara vez niñas, pero también las había.

»Cuentan que las hadas tenían dificultades para tener descendencia y, cuando eso sucedía, los bebés elfos llegaban al mundo con ciertas deformidades, conocidos como *changeling*, debido a eso, a temprana edad los cambiaban por niños sanos del mundo mortal, y después, terminaban convirtiéndose en hadas como el resto. Esta acción se reconocía como «niño cambiado» de ahí su nombre: *changeling*.

»Los niños que no habían sido bautizados o, en su caso, no eran admirados por la gente, pero poseían una gran belleza o no estaban protegidos con pequeños artilugios como esto —la anciana señaló el cascabel de su cuello—, tenían más facilidad para ser secuestrados. Dependiendo del país en el que se estuviera, había diferentes métodos para evitar que las hadas se llevaran a los bebés.

La niña la miraba horrorizada por lo que su querida abuela le estaba transmitiendo. La abuela, al ser consciente del miedo que estaba creando en la niña, dejó de hablar, pero esta, curiosa como de costumbre, siguió

preguntándole:

—Abuela... —la anciana la miró de nuevo, esperando que continuara con su pregunta—, ¿cómo sabes que es un *changeling* y no un humano?

La abuela sonrió con cariño, adoraba a su nieta y más le gustaba la forma en la que prestaba atención a todas sus historias, leyendas y hazañas.

—Solían cambiar según crecían. Cuando eran bebés, las familias no se daban cuenta, ya que eran alegres y agradables, además, había que contar con que las hadas también lanzaban un hechizo que hacía que no descubrieran su verdadera naturaleza, y de esa forma no mostraban sus rasgos monstruosos. Con los años se iban tornando insoportables, profiriendo aullidos y chillidos a lo largo de extensas horas y, además, los sonidos que solían emitir con frecuencia, transcendían los límites de la resistencia mortal. Todos los *changeling* tenían aspectos físicos comunes como una fruncida y arrugada piel amarillenta, sus ojos eran muy oscuros y revelaban una sabiduría más antigua que sus años de apariencia.

»Existían varias deformidades que podían ser perfectamente una espalda torcida, que fueran cojos o malformaciones en las manos. Cuando llegaban a los hogares, a las dos semanas, presentaban una dentadura completa, piernas muy delgadas, manos que se curvaban y que estaban cubiertas por un cabello lanoso de color claro. Además, una vez un *changeling* entraba en una casa, toda la buena suerte huía y solían pasar penurias económicas —puntualizó.

La abuela puso sus dos manos en lo alto de la mesa y, entonces, la cara de la niña se transformó por completo. La abuela sonrió y sin darle más importancia, intentó seguir contándole la historia, cuando la niña se levantó de golpe.

—¿A dónde vas? —preguntó con voz pausada.

—Abu..., yo... yo... me...

La niña, temblorosa y blanca como la nieve, no sabía cómo reaccionar ni qué era lo que debía contestarle. La anciana se levantó y miró la silla que tenía a su lado, haciéndole un leve movimiento de cabeza para que volviera a sentarse. La pequeña, asustada, obedeció.

—El comportamiento de estos seres se tornaba violento y, en algunas ocasiones, llegaban a atacar a sus hermanos y padres, dándoles terribles mordiscos. Cuando los niños crecían y los padres sospechaban de su terrible engaño, se aferraban a una solución para recuperar a sus hijos robados. Los elfos y las hadas son extremadamente curiosos por alguna acción ilógica y

gracias a eso, les hacían confesar su verdadera edad u origen. Si eso se lograba y con ello actuaba, se obligaba al pequeño impostor a regresar a su reino inmediatamente y se tenía que devolver al niño robado.

—¿Y... qué hacían...? —Aun con miedo, la pequeña preguntó mirando a su anciana abuela.

—Consistía en hervir un caldero lleno de agua en el que se arrojaba una docena de cáscaras de huevo, después de haberles sacado la clara y la yema. El *changeling*, curioso por naturaleza como te he dicho e intrigado por ese extraño manejo, no podía evitar interrogar a la madre.

La abuela relató las mismas preguntas que el *changeling* le hacía a la madre:

«—¿Qué haces, mamá?».

«—Preparo cerveza, hijo mío».

«—¿Y con qué la haces?».

«—Con cáscaras de huevos» —contestaba la madre como si nada.

De nuevo la niña se asombró, olvidando lo que momentos antes había visto, y por lo que había estado tan asustada.

—¿Y qué pasó?

—Hacer cerveza con cáscaras de huevo no es cosa corriente, por eso el *changeling* exclamó sorprendido: «¡Tengo más de quince siglos, pero jamás había visto preparar cerveza con cáscaras de huevos!».

Y una vez pronunciadas esas palabras, desapareció como el humo y fue sustituido por el bello bebé sonrosado que en su día desapareció de su hogar y al que, por fin, su madre podía mimar sin reservas.

La anciana observó a su nieta, que muda, no podía decir ni una sola palabra. La puerta de la cabaña se abrió y, tras ella, entró la madre de la niña con su hermano recién nacido. La pequeña se levantó a prisa para tirarse a los brazos de su madre.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó extrañada.

La niña la miró con ojos asustadizos, mientras que la abuela se levantaba de nuevo para volver a remover el humeante caldo que, minutos atrás, había dejado en el fuego para contarle la historia de las hadas. La pequeña le explicó lo que la abuela le había dicho y esta sonrió mirando con cariño a su madre, que, inmersa en sus pensamientos, movía la gran cazuela.

—No debes de tener miedo, las hadas no vendrán a por ti.

—Pero... la abuela...

La madre silenció a la pequeña, con un gesto, mientras sonreía con ternura. Entendía perfectamente a lo que la pequeña se refería. Su abuela tenía la mano izquierda con cierta deformidad. Llegado ese momento, la niña se dio cuenta de que todo lo que le había contado la anciana era cierto y que, aun siendo leyendas, las hadas existían de verdad. La duda se había sembrado en ella, ¿realmente eran seres malignos?

Cuando la noche entró, dispuestos para irse a descansar, la pequeña se tumbó en su cama, mientras que su hermano dormía plácidamente en la cuna que ocupaba la otra parte del dormitorio. Por la ventana divisó una extraña sombra, a lo que la niña se tapó con la sábana hasta los ojos, presa del pánico. Oyó un pequeño crujido de la madera, y a su hermano soltar un leve llanto que al momento cesó. Enseguida supo que no estaba sola, así que, con todo el valor y la fuerza que pudo reunir, se destapó, se levantó y temerosa dio dos pasos hasta llegar a la cuna de su pequeño hermano, donde pudo ver que estaba... vacía.

Asustada, llevó sus manos a la boca, dio dos pasos atrás y, tropezando con el borde la cama, se propinó un golpe en la cabeza que la dejó inconsciente hasta que unos tenues rayos de sol iluminaron sus ojos al día siguiente. Se levantó a prisa, y observó la cuna de su hermano, donde un precioso bebé dormía plácidamente...

Maureen

Aquella vista era una de las más maravillosas que jamás Maureen había visto en su vida. El enorme agujero que el agua había formado y ver en las profundidades aquel ansiado barco, era para ella una experiencia inolvidable. No podía dejar de mirar. Se encontraba sola, todos en la embarcación seguían «dormidos», pero ella no cesaba de oír leves cánticos; dedujo que serían de alguna de las hadas que revoloteaban a su alrededor. Era consciente de que ella sola no podría hacer nada. En aquella barca lo único que había eran equipos de buzo y poco más. Miró al Fomoré y decidió ponerse en contacto con la tripulación.

—Aquí colibrí rojo, ¿me oís?

—Sí, te oímos, ¿estás bien, Oonagh? —Reconoció la voz de Moore.

—Moore —intentó respirar hondo antes de dar la noticia—, lo encontré. Está aquí.

—¿Te refieres al Ádh mór? —Su pregunta era de impaciencia.

—Sí. Lo tengo aquí. Lo estoy viendo con mis propios ojos.

—No te muevas. Cojo una lancha y voy.

—¡No! No venga. Los demás están inconscientes, y no quiero que le suceda lo mismo a usted. Apuntaré la posición y me reuniré con el resto.

—¿Estás segura?

—Sí, corto y cambio.

Fue cortar la comunicación y las aguas volvieron a cerrarse. Los cánticos de las hadas cesaron, la mar volvió a estar en calma y los marineros comenzaron a despertarse.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó un buzo.

—La magia surgió efecto —fue lo único que se le ocurrió decir.

Al llegar a la lancha donde estaban Byrne y Jack, les indicó que volverían al Fomoré.

—¿Estás segura de que era el Ádh mór? —Byrne estaba demasiado emocionado.

—Ahora me hace dudar. No sé si era ese barco en cuestión, pero lo que sí le puedo decir es que allí abajo había un barco y Áine me dijo: «Ádh mór». Otra cosa no le puedo decir. Bueno, sí, puedo decir que se trata de una carabela.

—¡Lo tenemos! ¡Lo conseguimos! —Los vítores de Byrne eran contagiosos.

—¿Cómo lo vamos a sacar?

La preocupación de Maureen era palpable.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si vamos al punto y los buzos vuelven a dormirse?

—Después de descubrir el barco, ¿cuándo has notado que los demás se despertaban?

—En cuanto las aguas han vuelto a la normalidad.

—Eso quiere decir que solo se duermen si Áine está presente o la magia hace acto de presencia —opinó Jack.

—Tiene lógica. Aunque... no sé. —Byrne no estaba del todo convencido —. No nos queda más opción que Maureen se una a la expedición con los buzos.

—¿Yo? ¿Bajar con los buzos al barco?

—No queda otro remedio. Además, no es la primera vez que buceas. En la escuela te entrenaron bien.

Tanto Jack como Byrne daban por hecho que Maureen era una experta buceadora, pero la verdad era que ella misma dudaba de su destreza a la hora de bucear en mar abierto.

—Está bien, mañana a primera hora, saldremos con las barcas y nos uniremos a la misión. Jack, tú y yo también iremos en la lancha.

En cuanto Maureen entró en su camarote, volvió a sentir el frío que ya era demasiado familiar para ella.

—*Cabhraigh liom* (ayúdame) —le pidió a la diosa, sabía que estaba con ella en aquel momento.

—*Beidh mé a bheith in éineacht* (yo estaré contigo) —oyó que le susurraba la diosa mientras la brisa le rodeaba los tobillos.

Aquello la tranquilizó. Algo le decía que si estaba acompañada por Áine, no podría pasarle nada. Y aquella paz que sintió, al asimilar todo aquello, le hizo caer en un sueño, más pronto de lo que hubiera imaginado.

La tripulación estaba nerviosa, por no hablar de lo excitado que se

mostraba Byrne ante la futura salida de las barcas.

—¿Estás nerviosa? —Jack se interesó por ella en el desayuno.

—¿Tú no lo estarías?

—¿Te digo la verdad? —Miró a un lado y al otro—. Yo estaría muerto de miedo. —Y le sonrió.

—¿Sabes que con eso no me tranquilizas? —Su tono irónico ya era demasiado familiar entre los dos.

—Maureen, ¿estás lista? —Oyó la voz de Byrne a su espalda.

—Sí, claro. —Dejó su tostada en el plato, al no querer hacer esperar al «jefe».

Una vez escucharon las instrucciones, todos tomaron sus puestos en las barcas. Jack y Byrne también irían en una de ellas.

—¿Os habéis parado a pensar que puede que os durmáis como ayer? —les advirtió ella.

—No te preocupes. Confiamos en ti. —Byrne apoyó la mano en su hombro.

—Demasiado peso estáis poniendo en mí —susurró para sus adentros.

Al acercarse a la zona señalada, todos se equiparon bien con la bombona de oxígeno. Maureen se alivió al ver que estaban todos conscientes y que no había habido ningún desmayo. Los transmisores estaban listos. Primero bajarían un grupo de cuatro, entre los que estaba Maureen.

—Ánimo, pequeña —le susurró Byrne.

—No olvides el transmisor, ¿de acuerdo? Avisa a la mínima que veas algo. —Jack también estaba preocupado—. Aunque lleves la cámara contigo, ve retransmitiendo.

—No gastes más oxígeno del necesario.

Maureen no podía articular palabra, la máscara la tenía puesta y se limitó a dar un «OK» levantando el pulgar. Al caer al agua, vio que su compañero Josh le indicaba dónde debían ir.

Una vez dentro, las linternas apenas alcanzaban a iluminar el fondo del mar. Peces que se deslizaban entre sus piernas y algas que danzaban al compás del movimiento del agua. Aquello no era tan hermoso a los ojos de Maureen. Hasta que divisaron algo. Josh hizo señales con su linterna y se acercaron al punto. A medida que iba divisando el barco más cerca, vio cómo alguien le cogía el tobillo. Se giró bruscamente y se dio cuenta de que no había nadie. Volvió a girarse para continuar con su camino, pero se repitió el

gesto en el tobillo. Se volvió a girar y vio a... ¡Áine! Era la Señora quien le tenía agarrada por el tobillo y le sonreía. Jamás había visto mujer más hermosa que ella. Maureen cayó en la cuenta de que no estaba sola y buscó a sus compañeros. Ellos se dirigían hacia la proa del barco.

—*Dá dtiocfá liomsa* (ven conmigo) —le susurró Áine, a la vez que veía que su alrededor brillaba.

La siguió, al ver que se dirigía a la cubierta del barco.

—¡Maureen! ¡Maureen! ¿Me oyes? —Era la voz de Byrne—. Tu cámara falla. No podemos ver nada. Una luz nos ciega.

—Byrne —logró articular palabra—, no estoy sola.

—¿A qué te refieres?

—Usted me entiende perfectamente. No... estoy... sola —creyó que al remarcarle aquella frase él lo podría entender.

—Josh, Lucy, Andy, ¿vosotros me oís? —llamó a los demás buzos.

—Sí, señor —contestó Josh—. Maureen, ¿dónde estás?

—Estoy en cubierta, me dirijo a popa —avisó al ver por dónde Áine la dirigía.

—De acuerdo. Nosotros nos quedamos en cubierta y en la bodega. Ante cualquier contratiempo, nos avisas, ¿OK?

—Entendido.

Al terminar la conexión con sus compañeros, notó cómo una bola de luz la empujaba hacia el interior del camarote del capitán.

Todo allí dentro era tan impresionante para ella que no sabía por dónde comenzar. Estanterías cubiertas de algas, un escudo colgado en la pared (también cubierto de algas) que le resultaba familiar, un barril en la esquina, unas baldas sujetas a la pared, una ventana con rejillas, un taburete en el suelo frente a una mesa de madera maciza... Áine daba vueltas por la estancia, hasta que se paró frente al barril.

—*Anseo, taobh istigh*(aquí, en el interior).

Maureen se dirigió a toda prisa hacia donde la diosa le indicaba. Paró en seco al estar enfrente del barril y la miró. Esta le sonreía con tanta paz, que a Maureen se le contagió el gesto. Al abrir el tonel, se sorprendió al ver que aquello era un escondite. No lo utilizaban para almacenar vino, sino que allí dentro había un cofre. La chica intentó sacarlo, pero le fue imposible. Era como si con el paso de los siglos, aquella caja se hubiera encajado en el fondo de la barrica.

—*Dul ar ais*(retrocede).

Al obedecer, vio con sus propios ojos cómo el cofre iba saliendo del barril, como por arte de magia y lo dejó caer encima de la mesa. Bueno, en realidad, todo aquello estaba resultando ser magia.

—*Fáinne* (anillo). *Tá sé go léir mise* (es todo tuyo). *Cúram a ghlacadh de é* (cuida de él).

—*An bhfuil an fáinne ar mo shon?* (¿Él anillo es para mí?).

No hizo falta que contestara, con un simple movimiento de cabeza y una sonrisa, dio la respuesta.

Se acercó al escudo que había colgado en la pared y de detrás de él sacó una llave que le entregó.

—*Páirt a ghlacadh leis na daoine eile* (únete a los demás). *Suas* (arriba). *Ádh mór, Oonagh* (buena suerte, Oonagh).

Y desapareció. ¿Aquello qué quería decir? ¿Que no siguiera buscando? ¿Que no tenía nada más que encontrar? ¿Que su misión en el barco había terminado y debía dejarlo a sus compañeros?

—Josh, ¿me oyes?

—Sí, dime, Maureen. ¿Ha pasado algo?

—No, no ha pasado nada, pero voy a subir.

—¿Estás bien, Maureen? —Byrne saltó al oír su voz.

—Sí, estoy bien, pero voy a subir y llevo un regalito. Ayudadme.

En menos de lo que pensó estaba en la superficie. Los compañeros agarraron el cofre y la ayudaron a subir.

—¿Estás bien? —Fue lo primero que dijo Jack al ver que se quitaba la parte de la cabeza del traje.

—Sí, estoy bien. —Sonrió—. ¿No podíais verme con la cámara?

—No. Una luz no nos dejaba ver nada. Hemos seguido las cámaras de los demás, pero la tuya no. Por eso nos hemos preocupado. Luego, al decirnos que no estabas sola, nos ha extrañado.

—¿Y qué habéis entendido cuando os he dicho que estaba acompañada?
—Su tono se tornó irónico.

—Joder, Maureen, creíamos que había alguien más allí dentro.

—Sí, claro. Otro buzo, ¿no? O peor aún: un fiambre, o un tiburón, o un pulpo enorme. Creo yo que habría salido pitando, ¿no creéis? —Miró alrededor por si alguien podía oírla—. Estaba con Áine. Ella me ha guiado.

—¿Dónde te ha llevado?

—A medida que me acercaba al barco, me ha agarrado del tobillo para hacerme saber que estaba allí. Entonces me ha invitado a entrar en el camarote del capitán. En una esquina había una barrica, la ha abierto y ella ha sacado la caja que he subido. Me ha dicho que el anillo es para mí y que cuidara de él.

—Seguramente estará dentro. Cuando llegemos al barco lo abriremos. Bien hecho, ahora descansa —la felicitó tocándole el hombro.

Byrne siguió con las cámaras, para ver lo que los demás buzos estaban encontrando. Y no fue hasta pasadas unas horas, que decidieron volver al Fomoré.

Después del almuerzo, Byrne, Jack y Maureen se encontraron en la sala de reuniones, con el cofre.

—No quiero romper nada. —Jack estaba intentando abrirlo con la llave que Maureen había subido también.

Después de varios intentos, la caja se abrió y lo que allí dentro había no los dejó indiferentes, en absoluto.

—Un libro —dijo Byrne sacándolo del interior— y una caja... que supongo que contendrá el anillo que te ha dicho Áine.

—Ábralo —le pidió Maureen, ya que ella no se atrevía a tocar aquel objeto que databa de siglos atrás.

Al abrir la cajita, pudieron ver un anillo con una enorme piedra de rubí, que brillaba en demasía. A la hora de cogerlo, Byrne lo soltó de golpe, dejándolo caer encima de la mesa.

—¿Qué sucede? —Se alarmó Jack.

—Quema. Me he quemado con él. Prueba tú.

Al intentarlo, el hombre recibió el mismo impacto que él.

—Parece mentira que algo que sale de bajo del mar, pueda quemar como el fuego. Pruébalo tú, Maureen.

—¿Yo? Sí, claro. Os quemáis los dos y esperáis que yo también me quemé, ¿no?

—Si Áine ha dicho que es para ti, es imposible que te quemé.

Con cierto temor, cogió el anillo.

—Lo que yo decía. Es tuyo. Solo quema al que no le pertenece.

—¿Creéis que debe de ser algo importante? Me refiero a que si podría ser algo parecido al colgante de mi abuela.

—Eso no lo sabemos. Lo que sí está claro, es que tú eres la única a la que

no le quema y eso es una señal. Si Áine ha dicho que te lo quedas tú... tuyo debe ser...

Taragh

Swords, Dublín
Hace Seis años...

Miré sin pestañear los dos cuerpos inertes de mis padres, a la vez que entrelazaba mis manos a la altura de la barriga. Vestidos con sus mejores galas y unas botas como marcaba la tradición irlandesa para que así tuvieran más fácil el acceso al purgatorio, de esa forma esperaban su entierro, ya que se cumplía el tercer día de velatorio en casa. Contemplé las manos de mi padre; destrozadas por el duro trabajo que tenía, y después pasé la mirada a mi madre; tan perfecta como siempre. Ambos llevaban un rosario en el pecho, y alrededor de la cama, un montón de velas lucían bajo la tenue luz de las lámparas. Habían fallecido trágicamente en un accidente de coche tras impactar con un camión, la autopsia decía que mi padre había bebido más de la cuenta y, por lo visto, el volante se le fue, haciendo que se estamparan contra el otro vehículo.

La gente pasaba, algunos tardaban más, otros menos, algunos les dedicaban bonitas palabras, otros ninguna..., incluso brindaban en su honor con cerveza o whiskey. Muchos de los allí presentes contaban anécdotas de los fallecidos, lo que hacía que el velatorio fuera más ameno y rieran de vez en cuando, pero yo estaba inmersa en mis pensamientos, sin prestarle atención a nadie. Observé cómo algunos jugaban a las cartas haciendo partícipe a mi padre en este caso y no puede evitar quedarme contemplándolos durante un largo rato.

—Niña, lo siento mucho.

Otra vecina me dio el pésame, en cierto modo estaba harta de escuchar las mismas palabras de todo el mundo: «Lo siento mucho», «Te acompaño en el sentimiento», «Qué sola te has quedado», «¿Y ahora qué vas a hacer?». ... Bla, bla, bla...

Realmente a nadie le importaba qué iba a ser del futuro de una joven de veinte años recién cumplidos; sin estudios, sin trabajo y sin hogar... Ya que la casa donde vivíamos era de alquiler y, al fallecer ellos, el casero no tenía

ninguna intención de darme un tiempo para poder encontrar algo, por lo tanto, solo me quedaba la calle.

Mis padres eran hijos únicos, al igual que yo, y la única familia que me quedaba era mi abuelo paterno: Andrew O’Leany. Un hombre frío y sin corazón, que jamás me veía y nunca visitó a mis padres desde que se casaron hasta el día de su muerte. Me pareció muy enternecedor por su parte las palabras que me dedicó aquel día, véase mi ironía.

—Ya sabes que ahora tendrás que buscarte la vida tú sola, deberás espabilar.

—Vaya..., gracias. No esperaba menos de ti —contesté sarcástica.

—¿Acaso pensabas que iba a hacerme cargo de una niña tan problemática como tú? —Me miró con desprecio.

—Ni falta que hace, Andrew —contesté como si nada, sin apartar la vista de mis padres.

Se hizo el silencio, durante un extenso rato, mientras prestaba suma atención al hombre que en un rincón de la casa tocaba la gaita al son de una melodía preciosa junto a cuatro personas que bailaban alrededor de este, como también marcaba la tradición. Alguna gente veía extraño que en el siglo XXI, alguien tan joven, como mis padres o yo, quisiera este tipo de funeral que poco a poco se iba perdiendo. De nuevo mi abuelo, me sacó de mis pensamientos cuando carraspeó, le miré de reojo y vi cómo se tocaba su blanca y larga perilla, tenía un aspecto temible, pero también cansado. La vida no le había tratado bien, y pertenecer al clan escocés de los Ferguson, no era algo que le hubiese ayudado precisamente a la hora de conseguir sus metas.

—Soy consciente de que eres la única familia que me queda, pero... no puedo hacerme cargo de ti —aseguró soltando el humo de su puro.

Moví mi mano varias veces hasta despejar todo el humo blanquecino que flotaba en el aire, y no le dejé continuar.

—Tienes otros asuntos que te son de más importancia, lo entiendo. — Sonreí con saña—. No te he pedido ayuda, no la necesito y mucho menos de ti —escupí con rabia esto último.

—Entonces creo que aquí no soy necesario.

—Nadie te pidió que vinieras. —Volví la vista a mis padres.

Asintió sin más, dio media vuelta y salió de la casa sin esperar siquiera a que los enterráramos. En más de una ocasión intenté llorar, intenté que, por lo

menos de cara al público, se me viese algo apenada, pero no lo conseguía. Mis padres apenas aportaban nada en mi vida, al revés, siempre estaban trabajando para poder pagar, pero nunca vivían. Yo tenía claro que esa no era la vida que pretendía y mucho menos quería llevar, yo necesitaba ser alguien.

Nos dirigimos a las afueras de Dublín donde se dio paso al entierro con los cuatro vecinos y conocidos que quedaban allí. Mi amiga Kathleen llegó a tiempo para acompañarme.

—Siento llegar tarde, estaba con un cliente.

—No te preocupes, lo primero son tus cosas, no un entierro múltiple.

Me miró horrorizada, a lo que ni me inmuté.

—No hables así, Taragh, eran tus padres, algún aprecio les tendrías, vamos, creo yo...

—Claro que les tengo aprecio, pero mi personalidad me impide mostrar mis sentimientos —me sinceré, con ella era con la única que podía permitirme ese detalle.

—Tú no estás bien, creo que deberías hacer algo con «eso» que te pasa, no es normal.

La miré e hice un gesto de indiferencia, me daba igual lo que pensara de mí ella y el resto del mundo, a decir verdad, me daba igual todo.

Cuando el entierro terminó, todos los presentes se marcharon a sus casas, dejándome sola. Cerré la puerta tras de mí y respiré varias veces antes de empezar a recoger mis cosas. El timbre sonó y como era de esperar, al abrir me encontré con Ronald, nuestro casero. Con cara de indiferencia le miré.

—Taragh, siento mucho lo que ha pasado, menuda tragedia...

No dejé que continuara.

—Ronald, mañana tendrás la casa libre, voy a recoger mis pertenencias.

Intenté cerrar la puerta, pero me lo impidió.

—¿Y lo de tus padres? —Se sorprendió.

—No voy a llevarme nada.

Le miré sin mostrar gesto alguno, a lo que él abrió los ojos de manera desmesurada por mi actitud. No pensaba llevarme las cosas de ellos, ¿para qué? No las necesitaba y no podía acarrear con todo lo que conllevaba una mudanza por la calle, cogería un par de mantas y una maleta con mi ropa (lo más necesario), hasta que consiguiera encontrar un trabajo para poder alquilar una habitación por lo menos.

No tenía amigas, excepto una, y no pensaba pedirle un favor, yo nunca se

lo devolvería. Kathleen era prostituta de lujo, llevaba una existencia muy ajetreada como para que le pidiera entrar en su vida hasta que encontrase algo, era inviable.

—¿Y qué hago con todas las cosas?

—Tírelas... —respondí sin darle importancia.

El casero abrió los ojos en su máxima expansión.

—Pero...

—No hay peros que valgan, ¿acaso quiere guardarlas de recuerdo?

—No, pero, Taragh...

—Entonces no hay nada más que hablar.

—Pero... —intentó decir de nuevo.

No le dejé seguir, no iba a convencerme de ninguna de las maneras, de eso estaba segura.

—Buenas noches, Ronald.

No me dio tiempo a escuchar si contestaba o no, ya que le cerré la puerta en las narices. Me dirigí a mi dormitorio, allí no tenía ninguna maleta, así que fui al cuarto de mis padres y me llevé la más grande que tenían. Comencé a llenarla de cosas, miré a mi alrededor, pero no vi nada que llamara mi atención para echar en la maleta. Al bajar las escaleras, vi una foto de mis padres y mía cuando yo tenía seis años, por algún extraño motivo, cogí el marco y lo metí en el bolsillo delantero de la maleta. El timbre volvió a sonar, resoplé y me enfadé, no quería que nadie me molestase, en realidad, nunca quería que nadie lo hiciera. Al abrir vi a una perfecta y arreglada Kathleen.

—¿Qué haces aquí de nuevo?

—No seas tan borde, Taragh. Vamos, ¿te apetece unas copas?

—¿Después de estar viendo durante tres días cómo bebían cerveza y *whiskey* todos en mi casa? —ironicé—. No me hace mucha gracia que se diga, pero si no queda otro remedio...

—¡No me extraña que con veinte años estés soltera y entera! Eres insoportable, Taragh. Tendrías que plantearte dejar de ser tan irónica con todo.

—Me pega bastante, o eso es lo que la gente dice.

—¿Realmente te importa lo que piense el mundo? —preguntó alzando una ceja.

—Me importa una mierda lo que piense el mundo, Kathleen.

Rio al escuchar mi comentario, me conocía de sobra. Era cierto que era

una persona muy antisocial, de ahí a no tener ningún amigo más excepto ella. En cierto modo no sabía ni cómo me seguía aguantando después de todo.

—¿Dónde quieres ir?

Me cambié la ropa por unos *jeans* y una camiseta de manga larga ajustada a mi delgada figura. Cogí el primer anorak que encontré en color azul marino y me lancé a los cajones de la habitación de mis padres «en busca» de algo de dinero, pero fue en vano.

—Taragh, déjalo, en serio, invito yo.

—No quiero que me pagues nada, espera, miraré en la cocina.

Pasé por delante de ella a toda prisa, bajé las estrepiosas escaleras de madera que sonaban a cada paso que daba y llegué a la pequeña cocina que teníamos. Rebusqué en todos los cajones, pero nada... Oí un resoplido por parte de mi amiga, no le hice caso y seguí buscando, hasta que me agarró del codo.

—Taragh..., vámonos —me pidió tranquilamente.

Asentí, me colgué mi pequeño bolso cruzado y salimos bajo el helado frío que hacía en Irlanda en pleno mes de diciembre. Cogimos el coche de Kathleen y en pocos minutos llegamos a The Cock Tavern, una taberna situada cerca del Swords Castle. Solíamos venir de vez en cuando (más bien cuando mi economía me lo permitía), a despejarnos un poco, sobre todo cuando mi amiga tenía problemas con algunos de sus clientes.

—¿Con quién has estado hoy? —pregunté como si nada.

Era una conversación de lo más normal del mundo entre nosotras, preguntar cómo le había ido con el tío que acababa de acostarse.

—Con James, un inglés estirado que ha venido por trabajo, nunca antes había tenido una cita con él.

—¿Y entonces cómo te conocía? —Me extrañó.

—Vino recomendado por un amigo.

—¡Vaya! ¿Ya te recomiendan y todo?

Estaba alucinando.

—Claro, es la mejor manera de ganar clientela.

—Y dinero —admití.

—Sí, eso también.

Durante un segundo me quedé pensativa, las dos nos miramos a los ojos y como si tuviéramos telepatía, a decir verdad creo que el mismo pensamiento se cruzó en nuestras mentes.

—Mañana tengo una cita en el Grand Hotel, en Malahide, con un cliente, me ha dicho que traería a un acompañante...

—¿Y...? —pregunté a expensas de que ya sabía la respuesta.

—Quizás no sea el mejor momento, pero... no sé, necesitas pasta, así que...

—Pero, ya sabes que yo nunca...

No me dejó terminar.

—¿Sabes lo que esa gente pagaría por ti? Tendrías para vivir una vida y media si te lo propones o más.

Me planteé los pros y los contras durante unos minutos, ¿qué iba a perder por vender mi cuerpo? Me sacaría un buen dinero y después tendría tiempo de pensar tranquilamente qué hacer con mi vida.

—¿A qué hora? —pregunté convencida.

Sonrió.

—Luego no podrás echarme la culpa a mí de meterte en este mundo —me advirtió. Al ver que no le contestaba y le instaba con la cabeza para que continuara prosiguió—: A las nueve y media.

—¿Qué debo ponerme?

Sabía que no podía ir con zapatillas deportivas y ropa del mismo estilo, pero quién mejor que ella para especificarlo y que de esa manera no metiera la pata hasta el fondo.

—Algo sexy. Y una cosa te digo, cuando pase esa noche olvídate de la persona con la que te vas a acostar, no son trigo limpio y no quiero que tengas problemas. Si te lo he dicho ha sido para sacarte del apuro en el que estás, aunque no sea de la manera más limpia, pero es un trabajo siempre que sea consentido.

Noté preocupación en su voz, pero no le di la importancia que en ese momento se merecía.

—Entiendo. Por mi parte no te preocupes —asegué con determinación.

—Bien. Entonces mañana nos vemos a las nueve y media en la puerta principal del Grand Hotel, yo te esperaré en la entrada. No te retrases ni un minuto.

Bebí el final de mi *whiskey* de un trago y di un fuerte golpe en la mesa con el vaso de cristal. Asentí un par de veces y la miré fijamente a los ojos.

—No lo haré.

Mabahide, 8.40 p.m

Rebusqué en el armario de mi madre intentando encontrar algo decente como Kathleen me había dicho, y después de más de media hora lo encontré entre los vestidos de fiesta. Me di una extensa ducha y antes de poder ponerme la prenda, el timbre de la casa en la que pasaría los últimos minutos sonó.

No esperaba a nadie, por lo que bajé las escaleras con lentitud, pensando en quién podría ser a esas horas de la noche. Terminé de colocarme la parte de arriba del pijama y miré por la mirilla para cerciorarme antes de abrir.

Mi abuelo.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunté de malas formas.

—No me hables así, niña.

Empujó mi cuerpo hasta que estuvo dentro de la casa, sin pedir permiso ni nada, le importó una mierda que ni siquiera le dijese que pasara.

—¿Has recogido todas las cosas? —preguntó mirando a mi alrededor.

Alcé una ceja sin poder evitarlo tras su pregunta, ¿acaso necesitaba unas gafas para ver que todo estaba igual que antes?

—¿Ves alguna caja por medio? Quizás necesites ponerte unas gafas para comprobarlo por ti mismo.

—Insolente maleducada... —siseó.

No se meneó del sitio, pero me siguió contemplando con... ¿asco? No lo entendía muy bien, en cierto modo jamás entendí a este hombre, y era una de las personas por la que no sentía empatía alguna.

—Tus padres tenían algo que te pertenece.

Alcé el rostro y de nuevo le miré, no sabía a qué narices se refería ahora.

—No te entiendo —murmuré confusa.

—¿Nunca te contaron por qué te llamas Taragh?

Negué.

—De nuestra familia descende el Tara Brooch.

Abrí los ojos en su máxima expansión, ¿qué estaba diciendo aquel viejo

loco? Era imposible que el broche de Tara, una de las piezas artesanas celta irlandesa más antigua hallada en el 1850, descendiera de nuestra familia.

—Pero... ¿tú te estás oyendo? —Reí sin poder evitarlo.

Por su parte no mostraba ninguna emoción en su rostro. Al revés, se mantenía serio en el sitio, sin mover ni un solo músculo.

—¡Por supuesto que sé lo que te digo! Es una pieza con un valor incalculable que...

No le dejé terminar.

—El auténtico broche de Tara está en el Museo Nacional de Irlanda de Dublín. Deja de darme el coñazo e inventarte cosas absurdas que no tienen sentido, Andrew.

Me dirigí de nuevo hacia la puerta y la abrí sutilmente invitándole a irse. Tenía otras cosas más importantes que hacer, y por su culpa llegaría tarde. En esos momentos era un pequeño detalle que no podía permitirme, ya que estaba en juego mi vida a raíz de esa cita que en poco más de una hora tenía.

Mi abuelo se encaminó hacia la salida, no sin antes decirme unas últimas palabras que me dejaron con la duda de si lo que decía era cierto o no. Tendría que llegar al fondo del asunto, pero en otro momento.

—Eres la heredera de ese broche, Taragh. Y a tus padres se lo arrebataron el día que murieron, dado que lo llevaban consigo en el coche para entregártelo. —Le miré durante unos instantes—. Con ese tesoro podrías vivir más de una vida. Lo que tienen en el Museo Nacional de Irlanda es solo una réplica, créeme, no te miento.

—Y si lo tenían en el coche, ¿por qué la policía no me lo ha dado? Es absurdo lo que estás diciendo.

Antes de marcharse y desaparecer de mi vista, murmuró:

—Porque los Hagarty llegaron antes y lo robaron.

Los Hagarty...

No había escuchado ese apellido en mi vida, pero sin duda tendría que investigarlo a fondo, quizás y solo quizás, ese viejo loco tenía razón y yo no lo estaba viendo con claridad. Pero más adelante, lo averiguaría.

Mentiría si dijera que esa noche estaba nerviosa, para nada, no sabía el motivo, pero era cierto que no tenía ganas ni de vivir y la visita de mi abuelo había hecho mella en mí, sembrando una duda desquiciante. Siempre había llevado una vida de mierda y llegar a este punto era algo distinto, quería experimentar, quería saber qué era la vida de verdad. Sin pensar en el por qué

o en el qué pensarán, incluso en qué podría pasar. Y allí estaba yo, delante de la puerta del Grand Hotel, con un vestido del armario de mi madre en color rojo pasión con toques de encaje en sus mangas y un escote considerable por delante y por detrás. Tan elegante como si fuese a ir a uno de los mayores acontecimientos de mi vida.

—Ya estás aquí.

Nerviosa, Kathleen se puso a quitarme unas arrugas invisibles del vestido, me cogió del codo y me miró antes de acceder al *hall* del hotel con paso decidido. Echó algunos mechones que caían en mi cara hacia atrás y sonrió con ternura, aunque en su rostro se reflejaba algo que en ese instante no supe ver.

—Ya estás lista, Taragh... ¿entramos?

Asentí, cuando se dio la vuelta la agarré del brazo y se giró de nuevo.

—No estés nerviosa, solo es sexo.

—No estoy nerviosa. —Arrugué el entrecejo—. ¿Cuánto?

Sabía perfectamente que me refería al dinero que iban a pagarme por «vender mi cuerpo» y mi «pureza». Sonrió lascivamente.

—Mucho, Taragh, más de lo que te imaginas.

Di una zancada y la adelanté por su lado para entrar la primera en el hotel. La amplia estancia de lujo se abrió paso a través de mis ojos, jamás había estado allí, por lo menos dentro, y la verdad era que quedé maravillada. Los sofás, a juego con la decoración de la entrada, en tonos rojizos y beige lo hacían todo más perfecto si es que podía. Amplias moquetas rojizas con el mismo tapizado que los sillones que allí se encontraban, se extendían por pequeñas zonas del suelo.

Al llegar a la cafetería del hotel, un ambiente totalmente distinto se adueñó de mí. Todo era de madera cuidada con suma delicadeza, cada cosa tenía su lugar y todo estaba... impecable. Al notar que alguien nos observaba, paseé mi mirada por el local en busca de mi «sexto sentido» que nunca fallaba y, efectivamente, me encontré con un imponente hombre con el pelo negro como la noche.

A simple vista te atemorizaba su fiera mirada, sus ojos azules parecía que te traspasaban el alma y sus dos metros de altura eran más temibles aún, junto con su manera de escrutarte.

Tenía una mano apoyada en la barra y con la otra sostenía un vaso de cristal, me imaginé que por el color del líquido, estaría tomando *whiskey*.

Movió los cubitos dentro del vaso y de un trago se bebió el poco contenido que quedaba sin apartarme la mirada. Le di un «pequeño» codazo a Kathleen, ella me miró, pero enseguida guio sus ojos a los dos hombres. El otro que le acompañaba parecía... no sé... más normal, o por lo menos no me imponía tanto respeto como el que acaba de observarme de esa manera.

—Son ellos —susurró antes de que llegarán—. Señor O' Conaill —miró al hombre que iba con el «temible»—, Señor O' Kennedy.

Le hizo un leve asentimiento de cabeza que él imitó. No tenía miedo, pero rezaba para que me tocara el señor O' Conaill, parecía algo más «sencillo». Dudaba que fuera a tener tanta suerte, y más cuando notaba cómo O' Kennedy, no me quitaba los ojos de encima.

—Ella es Taragh.

En ningún momento separé mis manos que estaban entrelazadas, asentí como hizo mi amiga y no meneé ni un músculo más. Antes de que me diera tiempo a reaccionar, el señor O' Kennedy me agarró del codo para sacarme fuera de la estancia casi a rastras.

—Si nos disculpáis...

Su voz era firme, grave y profunda. Le miré a los ojos, él tampoco apartaba la vista de mí, no me asustaba, pero imponía demasiado. Ya sabía que no iba a tener la suerte de mi lado, y de sobra tenía claro que este era el hombre que me quitaría lo que yo misma estaba dispuesta a ofrecerle, por una suma de dinero importante.

Nadie dijo nada. Salimos de la cafetería y subimos al ascensor en un sepulcral silencio que poco a poco se convirtió en una situación muy incómoda e incluso violenta. Al llegar a la planta que él había pulsado, caminamos por un pasillo y llegamos a la puerta de la habitación. Pasó la tarjeta por el lector y ante mí, apareció una enorme estancia con una cama de dos metros, un amplio ventanal con vistas al mar y una decoración exquisita. Oí cómo se cerraba tras de mí y después de eso, noté su agitada respiración en mi espalda. No tenía experiencia en temas de cama, pero sabía de sobra cómo se comportaba un hombre cuando deseaba algo. Había visto demasiadas cosas a mi temprana edad y quizás, eso fuera lo que me hizo no querer estar con ningún hombre, hasta el momento.

—Bien, Taragh... —susurró mi nombre—, ¿me puedes explicar por qué vas a acostarte con el primer hombre que se cruza en tu camino?

—No es el primer hombre y eso creo que no tengo por qué contestarlo.

Usted me paga, yo le dejo mi cuerpo. No hay más.

Río.

—Y si no soy el primer hombre, ¿por qué nadie se ha metido aquí todavía?

Terminó la pregunta metiendo sus manos por debajo de mi vestido, posándolas en mi sexo. Di un pequeño respingo que él notó. Oí cómo reía de nuevo, pegó su pecho a mi cuerpo y noté en mi espalda el enorme bulto que emergía de entre sus piernas.

—Desnúdate.

Sin titubear hice lo que me pidió con suma destreza, desplacé mi abrigo sensualmente por mis brazos hasta que cayó al suelo. Bajé lentamente una de las mangas de mi escotado vestido y dejé a simple vista unos senos voluptuosos y grandes, hice lo mismo con la otra manga sin apartarle la mirada, cosa que él tampoco hizo. Observé cómo se deshacía de su chaqueta y su corbata, para después pasar a los botones de su camisa.

Cuando me quise dar cuenta, dio dos pasos y se plantó frente a mí, giró mi cuerpo y quedé atrapada entre la pared y su duro pecho que ya lucía firme y terso sin camisa. Alargó su mano hasta llegar a la cremallera de mi vestido y la bajó complementemente, haciendo que un remolino se creara en mis pies debido a la prenda que acababa de desaparecer de mi cuerpo. Noté cómo clavaba sus ojos en mi figura semidesnuda con hambre y, por algún extraño motivo, sentí que mi sexo se humedecía.

—¿Cuánto crees que debería pagar por este momento? —preguntó con voz ronca en mi oído.

—¿Cuánto cree que tiene que pagar? —contesté con otra pregunta parecida.

Me dio la vuelta de manera que quedé de frente a su agitado torso. Cogió mi mandíbula con su dedo índice y elevó mi mentón hasta que sus azulados ojos cayeron en mí como un torbellino. Tenía una propuesta diferente, podía verlo, de nuevo, ahí estaba mi sexto sentido.

A pasos agigantados me llevó hasta la cama, donde me tumbó de cara a las sábanas. Noté cómo abría mis piernas y tiraba de mi tanga hacía abajo, escuché el ruido de un envoltorio, lo que supuse que sería el preservativo. Agarré las sábanas con fuerza, ya que no sabía a qué me iba a enfrentar, pero tenía claro que no sería nada agradable y mucho menos delicado, aunque a decir verdad, tampoco esperaba que fuera así.

—Nunca he preguntado esto a nadie, ya que no he tenido la ocasión, pero ¿estás segura? —gruñó más que preguntó.

¿Realmente podría irme sin más si dijera que no? Lo dudaba.

—Sí.

Fue lo único que dije segura de mí misma, antes de sentir cómo algo grueso y duro como la piedra traspasaba mis entrañas y me desgarraba por dentro sin ninguna delicadeza. Sentí un líquido caliente bajar por mis piernas y enseguida supe que estaba manchando de sangre las limpias y blanquecinas sábanas. Apreté mis dientes y las agarré con tal fuerza que creía que me partiría los nudillos en cualquier momento. Mis ojos se llenaron de lágrimas, y me negué en rotundo a que ninguna resbalara por mi pálida piel, no estaba dispuesta a parecer débil, nunca lo había hecho y este estaba claro que no era el momento.

Sin darme tiempo a respirar, comenzó a bombear en mi interior mientras mi cara iba transformándose en un horror inigualable. Era virgen, sí, pero jamás imaginé que tuviera que soportar tan terrible dolor la primera vez, aunque para ser sinceros, la persona que tenía detrás de mí, no era la amabilidad personificada, de eso no me cabía la menor duda.

Duras y salvajes embestidas hacían que mi cuerpo se moviera hacia delante sin poder evitarlo. Anclé mis pies al suelo, pero incluso así, era imposible que no resbalaran. Sentí las manos de O’Kennedy en mi cintura, y después noté cómo sus dedos se clavaban en ella. De nuevo el dolor vino a mí como un huracán. Este hombre me estaba destrozando literalmente, estaba segura de que al día siguiente mi cuerpo sería un cuadro de moretones, pero no importaba, ya nada importaba... Como me dijo Kathleen, tendría para vivir una vida y media y eso era lo único que ocupaba mi pensamiento. A los pocos minutos dio cuatro estocadas en seco, que me terminaron de desarmar, y cayó laxo encima de mí. Su duro y pesado cuerpo me cortaba la respiración y hacía que difícilmente el aire entrara en mis pulmones como era debido.

Seguidamente se levantó y, por lo que supuse, se dirigió al cuarto de baño que había en la habitación. Escuché cómo la puerta se cerraba con un leve sonido y me giré para poder sentarme en la cama. Notaba mi cuerpo dolorido, pero en ningún momento me sentí sucia como tiempo atrás me contó Kathleen cuando se acostó con el primer hombre. Miré mis piernas y efectivamente de mis muslos emanaba un pequeño hilo de sangre que se plasmaba después en las sábanas, dejándolo todo manchado.

«Y qué más da», pensé. Escuché el grifo del agua correr, cuando la puerta del baño se abrió. Me miró durante un segundo con su fiera expresión y después extendió su mano hacia mí.

—Ven, quiero proponerte algo.

No le contesté. Me levanté de inmediato y desnuda, sin vergüenza siquiera, dirigí mis pasos hacia él segura de mí misma. Cogí su mano y entré dentro de la enorme ducha de cristal. Cerró la mampara y me aplastó con su cuerpo, de nuevo sentí su miembro preparado. Bajó su boca por mi oreja y después la posó en mi cuello, hasta que oí cómo me susurraba:

—Creo que no solo va a ser una vez, Taragh...

Sabía perfectamente a lo que se refería, no contesté, pero tampoco opuse resistencia.

—Y Dios te libre como salgas corriendo de mí.

En la actualidad

Escuché mi teléfono sonar en varias ocasiones, pero era incapaz de levantarme de la cama. El cuerpo me dolía horrores por alguna extraña razón que todavía no llegaba a comprender. Después de una noche en la que el alcohol no paró de entrar en mi cuerpo, no era de extrañar, necesitaba respirar y de la única forma que podía hacerlo era bebiendo hasta caer desmayada, como me pasó. Me senté en la cama y estiré mis brazos, cogí la bata de seda blanca y la até a mi cuerpo con el cinto que tenía un pequeño cascabel en una de las esquinas. Me encaminé hacia el baño y después de asearme en condiciones, tomándome mi tiempo, bajé las escaleras para dirigirme al jardín. Hacía un día estupendo, uno raro en Irlanda, ya que siempre estaba nublado o lluvioso. Miré el sol y respiré aliviada antes de que mi cara se transformara de manera agria cuando a distancia divisé a mi marido, sentado en una silla en el amplio porche que se abría paso junto al jardín y la piscina.

Contando los pasos me acerqué a él. Era cierto que era un hombre atractivo y que con el paso de los años no hacía más que mejorar, pero eso no quitaba que mi plan siguiera en marcha y realmente, casi lo tenía en la palma de mi mano. «Pronto...», me dije. Arrastré la silla haciendo un ruido estridente en el suelo. De reojo vi cómo me miraba a través de sus gafas de sol, y dejaba el *The Irish Times*, que estaba leyendo, suspendido en el aire mientras observaba mi cuerpo.

Se tumbó un poco más en la silla, estirando sus esbeltas y largas piernas perfectamente definidas mientras yo desanudaba mi bata de seda como acostumbraba a hacer cuando los días soleados florecían, de esa manera podía dar un poco de color a mi piel blanquecina. Dejé ver mi conjunto de encaje color canela bajo la atenta mirada del hombre que tenía a mi lado. Como de costumbre, no me dijo nada, simplemente bebió lo que quedaba de su zumo de naranja y continuó leyendo el periódico.

A los cinco minutos apareció Frank, otro que con el paso de los años había mejorado y de manera considerable. Su pelo había desaparecido dando

paso a una cabeza completamente rapada. Sus facciones habían madurado, eran más tersas y temibles, pero aun así, yo sabía que en el fondo era un hombre al que podía dominar cuando y como quisiera. Sus músculos habían aumentado más de lo que pensaba que lo fueran a hacer y su amor por mí había crecido sin esperárselo, ni yo proporcionárselo.

Claramente los dos estábamos jugando a algo muy peligroso, algo que sabíamos que podría tener un buen o un mal final, pero ese era el fin y nadie nos lo cambiaría. Él sería su propio jefe y yo viviría mi vida libre con un poder que jamás nadie podría llegar a imaginar.

—Buenos días —saludó con sus buenos modales como de costumbre.

Vi cómo se ajustaba su bragueta cuando se fijó en mi cuerpo semidesnudo, no tuve más remedio que sonreír sin que Cathal se diera cuenta. Al no recibir respuesta de su jefe, empezó a hablar cuando este mismo le hizo un gesto con la cabeza.

—Necesito que venga conmigo un momento, han llegado los de la mudanza.

—¿Mudanza? —pregunté exaltada.

Ambos me miraron, pero no dijeron nada, siguieron con su conversación haciéndome invisible como era habitual. No le di importancia al tema, puesto que sabía que en cuanto Cathal desapareciera, Frank me lo contaría todo. A lo lejos pude ver que dos hombres cargaban una gran caja hacia el interior de la casa.

—¿Es eso? —preguntó Cathal un tanto eufórico.

Nunca lo había visto así, suponía que sería una de las muchas piezas antiguas de las que tenía en una pequeña sala, al lado de la piscina, pero en esta ocasión su alegría traspasaba los límites.

—Sí, señor.

Se levantó de la silla con gran agilidad, y a paso ligero anduvo entre los jardines hasta que llegó a la entrada. Siguió a los chicos que llevaban la gran caja y desde la distancia oí cómo les gritaba:

—¡Con cuidado, insensatos!

Alcé mis cejas ante tal tono. Estaba acostumbrada a oírlo gruñir, gritar e incluso enfadarse, pero nunca le había visto alzar la voz con tanta preocupación hacia un objeto. No le restaba valor ni mucho menos, pero creí que era desmesurado. Me acerqué a él sigilosamente y, cuando llegué a su altura, le miré.

—¿Qué han traído? —pregunté como si nada.

Se giró y vi un brillo especial en sus ojos, sin embargo, desapareció en cuanto reparó en que era yo a quien tenía delante. Había estado a punto de decírmelo, pero algo, como de costumbre, le frenó.

—Algo que no debe importarte, mujer.

Con ese gruñido se separó de mí y volvió de nuevo al lado de los portadores de su «tesoro». Noté cómo los ojos de Frank se clavaban en mí cuando Cathal desapareció por la puerta, sumido en sus pensamientos.

—¿Vamos a mi despacho?

—Claro —contestó sonriente.

Cruzamos una gran parte de la estancia hasta que llegamos a la puerta de mi rincón solitario como yo le llamaba. Giré la llave en la cerradura y entramos. Era la única puerta de la casa de la que yo tenía llave y Cathal no. Me extrañó que me cediera esa intimidad, pero era cierto que jamás le había visto entrar en él.

—Me da demasiado respeto entrar en este sitio.

Le miré.

—¿Por qué? —Alcé una ceja mientras observaba el despacho.

Nunca compartía mis miedos con Cathal, pero cuando construí este pequeño nido para mí, no me quedó más remedio que darle las explicaciones pertinentes, ya que era algo excesivo. En la entrada tenía una gruesa línea de sal que cruzaba de un extremo a otro. Detrás de la puerta de madera había una herradura de hierro y alrededor de toda la escayola del techo colgaba una tira de hilo rojo, cosida con millones de cascabeles. La mesa estaba rodeada de sal al igual que la entrada a la estancia y, por supuesto, encima de ella, miles de ramilletes de bayas rojas nacían de una gran maceta que se situaba en la esquina.

—No creo que necesites que te dé muchas explicaciones.

Me apoyé en el filo de la mesa, crucé mis brazos a la altura del pecho y le miré mientras divagaba en sus pensamientos, observando cada rincón de mi despacho. Al ver que no hablaba carraspeé un poco. Giró su cara hacia mí y tambaleándose un par de veces suspiró.

—He hablado con Mick...

Dio dos pasos más hacia mí, pasó su mano por mi cadera y, ante mi gesto de pasotismo, fijó sus ojos en mí como un depredador. Aparté su mano tranquilamente de mi cuerpo y esperé paciente una respuesta, resopló un par

de veces.

—¿Este sitio es sagrado? —ironizó.

—Habla de una vez, Frank. —Comencé a exasperarme.

—Está bien. —Suspiró resignado—. Ya he organizado todo para llevar a cabo el plan.

—Concrétame detalles.

Bordeé la mesa y me senté en la gran silla de cuero negro, a la espera de la explicación que llevaba ansiando meses y meses desde que Mick había salido de la cárcel. No podíamos fallar y estábamos seguros de querer acabar con nuestro enemigo de una sola vez.

—Saldrá dentro de poco a New York. Irá acompañado por dos hombres de mi plena confianza y cuando esté todo planeado, solo tendrá que volver y entonces...

—Solo habrá un blanco fijo —musité mirando a la nada.

—La deuda ya está saldada. No nos fiamos de entregarle el dinero a él para que todo fuese más transparente, así que lo hicimos a lo cobarde, por llamarlo de algún modo.

Arrugué mi entrecejo haciéndole saber que no entendía a qué se refería. Sonrió de esa manera tan sutil que tenía y, haciendo un gesto de indiferencia, contestó:

—Mandamos el dinero en un paquete.

—¿Le ha llegado a Cathal ya? —Me interesé.

—Lo dudo. Quizás en un par de días, además, pusimos una nota de arrepentimiento con el puño y letra de Mick.

—No dejas un detalle en el aire...

—Conozco a mi jefe —aseguró dirigiéndose a mí peligrosamente—, sé cómo piensa.

—¿Y conoces a tu jefa?

Elevé mis pestañas de manera sensual y le miré. Sonrió y cuando estaba acercándose a mí, oí cómo la puerta del despacho se abría. Le pegué un empujón en seco y comencé a chillarle a sabiendas de quién andaba detrás de ella.

—¿Cómo que no has encontrado la planta?!

Eso era lo bueno, tenía soluciones y respuestas para todo, siempre. Muy difícil era dejarme alguna vez sin una contestación. Bajo la expectante mirada de mi marido, Frank arrugó el entrecejo y, al darse cuenta de lo que sucedía,

siguió con el juego.

—Lo siento, señora, las busqué, pero me fue imposible.

—No me lo puedo creer... ¡No sirves para nada!

—¿Por qué se supone que está tan molesta mi esposa?

La voz grave y tirana de Cathal se hizo eco en la habitación. Frank se giró, estaba claro que no iba a saber qué contestarle, así que decidí hacerlo por él antes de que le arrancara hasta el último diente.

—No ha encontrado una planta de bayas rojas.

Cathal alzó la ceja. Sabía que en algunas ocasiones mis mentiras podían colar, pero en otras... era imposible.

—¿Me estás diciendo... —paseó por la estancia un par de veces con la mano derecha en el mentón— que en toda Irlanda no hay un sitio donde puedas comprar bayas rojas?

—Yo... —Frank intentó excusarse.

—Vete.

Su tono no admitía réplica, por lo tanto, Frank salió de la sala con un leve «señor», y nos dejó a los dos solos. Contemplé cómo paseaba por el despacho quedándose hasta con el mínimo detalle, sin mediar palabra. No era la primera vez que entraba aquí, pero tampoco lo hacía muy a menudo. Paró y sus ojos se clavaron en la planta que tenía en el escritorio: las bayas rojas.

—¿Para qué se supone que necesitas otra planta igual que esa? —La señaló.

Su tono hosco y rudo no me amilanó, dirigí mi mirada hacia la planta y esperé paciente hasta que hartado de esperar una respuesta, me miró. Elevó sus grandes cejas oscuras y clavó sus profundos ojos azules en mí.

—¿Y bien?

Comenzaba a impacientarse, lo conocía muy bien.

—Sí. —Fue la única escueta respuesta que le di.

Asintió como acostumbraba a hacer sin contestar o replicar ni media palabra. De nuevo observó la estancia y soltó un resoplido.

—¿No crees que todo esto es excesivo? No creo que nadie vaya a venir y matarte. Si no lo he hecho yo ya...

Alcé la ceja.

—No tienes motivos para matarme, y si tengo o no mi despacho de esta manera no es de tu incumbencia. Te recuerdo que este sitio es exclusivamente mío.

Se giró, y esta vez su mirada fue oscura como la noche. Mi comentario le había ofendido en exceso, no me cabía la menor duda.

—Créeme, si a veces no pensara... —Contrarrestó igual de tajante.

—No es bueno pensar tanto, a veces hay que actuar.

Me callé cuando me di cuenta de mi error, no podía echar a perder seis años en un segundo. Este hombre era listo de más, y cualquier hilo que se me escapase, lo acabaría enlazando.

—Si no pensase, créeme, no estarías hablando conmigo.

Resoplé ante su afirmación, ¿en serio había pensado en acabar conmigo alguna vez? No sabía siquiera por qué me planteaba esa pregunta. Tenía claro que era un hombre al que no le temblaba el pulso ante nada, y mucho menos ante nadie.

—Se supone que estas cosas las ahuyenta —afirmó cogiendo una tira de cascabeles que colgaba sobre la mesa—. ¿Has visto alguna?

Se giró para quedarse quieto esperando una respuesta. Al ver que no contestaba hizo un gesto para instarme a responder.

—¿Acaso te importa? —pregunté a la ofensiva.

—Si no fuese así, no te estaría preguntado. Contesta.

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que todo esto sirve para algo más que no sea volverte loca? —ironizó.

—Lo sé.

—Todo esto..., las tijeras abiertas, el hierro, la sal, los cascabeles..., también se usan para los recién nacidos, ¿no?

Eso me dolió. Tanto que no pude mantener mi mirada ni un segundo más. Giré mi cuerpo quedándome de espaldas a él. Ese recuerdo era duro y difícil de soportar, ahora más que nunca tenía claro a quién debía pedirle respuestas, ya que tenía información de primera mano y me sería muy útil en breve.

Al caer la noche, la mansión en la cual vivíamos cambió completamente, dándole una apariencia extravagante donde se derrochaba riqueza en todos los aspectos. Cathal había organizado una impresionante fiesta, por alguno de sus triunfos. Ya no sabía ni a qué se debían la mitad de las cosas que hacía, pero estaba claro que el tráfico de drogas era uno de los menores problemas en su trabajo últimamente. Algo más se traía entre manos y tendría que averiguarlo cuanto antes o, por lo menos, antes de terminar de manera fulminante con su asquerosa vida.

Paseé mis manos por la barandilla de plata mientras bajaba las escaleras con sumo cuidado para no pisarme el vestido de noche plateado que llevaba puesto. Tenía un enorme escote en la parte de la espalda, y la zona de delante lucía con unas tiras de pedrería que cruzaban mi amplio escote en forma de corazón. Me cubrí los hombros con un chal en el mismo color y, decidida, llegué a la entrada de la mansión donde se encontraban los invitados.

Atisbé en la lejanía a un Frank perfectamente trajeado con una pajarita negra atada a su cuello. Se situaba en la entrada, saludando a todos los asistentes que llegaban. No se percató de mi presencia hasta que pasé por su lado y, de reojo, me hizo promesas indecentes con la mirada hasta que desaparecí por el jardín.

Contemplé a la gente que me rodeaba, siéndome imposible adivinar quién era cada una de las personas, ya que apenas conocía a nadie o no eran los habituales que acudían cuando Cathal organizaba alguna fiesta. Algo común en él, la única diferencia era que en casi ninguna ocasión salía de mi habitación, ya que él tampoco me lo pedía y, por lo tanto, no solía aparecer.

Era interesante ver cómo la gente se preguntaba quién era yo, y después de que alguno de los asistentes confirmara que era su mujer, todos se quedarán sin palabras. Cathal era un hombre que no presumía de esposa, sino de putas de lujo. Siempre iba acompañado con más de una y, por lo que había llegado a mis oídos, las cantidades que pagaba por dichas mujeres eran exorbitantes.

Abrí mi bolso y encendí uno de mis cigarrillos, mirando los grandes jardines que me rodeaban, cuando una voz ruda y potente me crispó la piel.

—¿Hoy has tenido ganas de salir de la jaula?

Su tono de voz era sarcástico, pero me dio igual. No acostumbraba demasiado a merodear por la mansión, a decir verdad, si me la conocía de pies a cabeza, era porque yo misma daba vueltas como si estuviera encerrada en una urna de cristal. Escuché su carraspeo en señal de que esperaba una respuesta. Le observé de reojo, viendo cómo me repasaba en varias ocasiones.

—He salido a tomar el aire. —Usé su mismo tono.

—Ya. Y has pensado ponerte el pijama por lo que veo para la ocasión.

En ese momento sí giré mi rostro para contemplarle. Iba demasiado elegante como para no fijarse en él. Odiaba las miles de sensaciones que pasaban por mi mente cada vez que le tenía cerca, y también me odiaba a mí misma por no poder controlar las ganas irrefrenables de abalanzarme como una tigresa sobre él. Sería imposible para cualquier mujer no suspirar por Cathal, y yo lo hacía, desde luego que sí. Pero cada suspiro, que salía de mi boca, era un aliciente más para querer asesinarle de cualquier manera.

Nunca se portó bien conmigo, me hizo cosas terribles, pero lo peor de todo fueron todas aquellas lágrimas que tiempo atrás derramé sin ningún consuelo. Y, aunque teníamos un trato matrimonial, por así decirlo, los primeros años de relación, si es que se podía llamar de esa manera, esperé algo más. No quería corazones y rosas, simplemente alguien con quien poder hablar o mantener una conversación durante los peores momentos que viví. Pero todo eso nunca llegó y, en un momento de mi vida, le odié. Le odié tanto que gracias a ello, me di cuenta de lo que realmente ansiaba.

Su poder.

—Si no te gusta mi vestido —chasquéé la lengua—, no lo mires.

Intenté pasar por su lado, pero me lo impidió agarrando con fuerza mi codo para quedar justo frente a él. Me miró de manera inquietante, y después sonrió con doble sentido. Esto último no lo entendí, pero sin mediar palabra, me arrastró hacia el interior de la casa.

—¿Qué coño haces? —espeté de malas formas.

—Compórtate. —Su tono implacable me hizo cerrar la boca por algún motivo—. Voy a presentarte a mis invitados, así que espero que no me hagas ningún desplante o te encerraré en tu dormitorio para el resto de tu vida.

Una carcajada emergió de mi garganta sin poder evitarlo. Me observó con mala cara y no pude evitar contestarle:

—¿Y después qué harás? Pasearás con tus putas por aquí, y dirás que son tus amantes, ¿eh?

Me estaba burlando de él en toda regla, y se dio cuenta. Lo noté cuando cogió mi cadera y clavó sus dedos en ella, ejerciéndome una presión con un significado muy claro: hacerme daño. Sentí sus labios cerca de mi oído y me puse en alerta de inmediato.

—Me paseo contigo para que vean la mujer más absurda que tengo. La misma que después se encerrará en su habitación y se meterá debajo de las sábanas mientras su marido se folla a tres mujeres en el dormitorio de al lado.

Sus palabras salieron con rabia y yo no hice otra cosa que sonreír. Pobre ingenuo si se pensaba que mi vida se reducía a los escasos encuentros que en ocasiones teníamos. Se notaba que no seguía mis movimientos, porque de ser así, habría descubierto lo mío con Frank hacía mucho tiempo.

Después de pasearnos por todo el amplio salón unas cuatro veces, llegaron las putas de lujo tal y como había predicho. Cathal, ni corto ni perezoso, apartó el brazo que cogía mi cadera y me abandonó a mi suerte en medio del salón para dirigirse a uno de los cuartos que daban a la estancia con dos de las prostitutas que acababan de llegar. En ese momento pude respirar de alivio. El mismo que aproveché para llegar hasta Frank. Necesitaba solventar una duda enorme que crecía en mí desde esa mañana.

—¿Ya se ha ido?

Me contempló con los ojos brillantes. Sostenía una copa de champán que le quité de las manos cuando dio el primer sorbo. Sonrió al ver ese gesto y, en cierto modo, en ocasiones pensaba que no era tan listo como parecía. Él se estaba enamorando de mí y yo, sin embargo, solo le usaba a mi antojo para lo que quería y me convenía. No buscaba el amor ni mucho menos; ni en él ni en nadie.

—¿Qué es lo que Cathal ha recibido esta mañana?

Movió los hombros de manera insignificante. Arrugué el entrecejo e incliné mi rostro hacia un lado para darle más énfasis a mi cara de sorpresa.

—¿No lo sabes? —volví a preguntarle.

—No —contestó a la vez que negaba con la cabeza.

—Me estás mintiendo —sentencié.

—Sería absurdo que lo hiciera. A estas alturas si te engaño, me miento a

mí mismo, Taragh.

Sopesé la idea durante unos minutos y me di cuenta de que tenía razón. No serviría de nada que lo hiciera, no llegaríamos a ninguna meta si entre nosotros hubiera secretos. Asentí y me giré para marcharme en el mismo instante en el que su mano se posó en mi hombro. Me volví para mirarle a la cara y saber qué necesitaba, y lo que me dijo, me dejó un tanto fuera de lugar.

—Estás preciosa.

—¿Se supone que debo darte las gracias?

Alzó una ceja divertido y negó.

—Se supone que tienes que remangártelo para que me puedas dar las gracias.

Esta vez la que esbozó una sonrisa lasciva fui yo. Agarré su mano guiándole junto a mí a las afueras del jardín, donde se suponía que nadie nos podría ver. A lo lejos contemplé que Cathal no había salido de la habitación donde estaba, y los invitados quedaban lo bastante separados de donde nos encontrábamos para percatarse de nada.

Me apoyé en la pared de hiedra que tenía a mi espalda, remangué mi vestido hasta que quedó a la altura de mis muslos y elevé un poco la pierna derecha para apoyarla en la cintura de Frank, dejando ver un pequeño cuchillo enfundado que lo sostenía con una diminuta cinta atada a mi muslo.

Masajeó mis piernas varias veces, a la vez que nuestras lenguas se fundían en un ardiente beso. Necesitaba desfogar cuanto antes y lo necesitaba de manera inmediata. Así que no esperé más. Con una destreza implacable, bajé la cremallera de su pantalón y hurgué en su interior hasta conseguir colocar su miembro donde yo quería. De una sola estocada se introdujo en mí para bombear con fuerza mi sexo seguidamente.

Los encuentros con Frank siempre habían sido un tanto intensos, pero nada del otro mundo. Él se aprovechaba de la oportunidad; yo, sin duda, hacía lo mismo sin importarme cuáles fueran sus sentimientos o previsiones de futuro, porque yo tenía claro que no habría ninguna.

Noté cómo mi vagina se oprimía por su contacto, a la vez que mi cuerpo comenzaba a pedir una liberación con urgencia. Agarré sus hombros y me dejé ir tan pronto como llegó. No esperé a que él terminase, pero poco después culminó y ambos nos recompusimos con rapidez para que nadie notara nuestra ausencia.

Cuando llegábamos a la fiesta de nuevo, vi a lo lejos cómo mi marido se

movía con premura entre los invitados, buscando algo o a alguien.

—Es mejor que nos separemos —anunció Frank.

Asentí, pero no me pronuncié. Tenía en mente algo y solo debía llevarlo a cabo. Cuando doblé la esquina escuché cómo Cathal le gritaba:

—¿Se puede saber dónde demonios estabas metido? ¡Te llevo buscando quince minutos!

—Lo siento, señor, estaba dando una vuelta.

—¡Una vuelta! —Se enervó de esa forma tan característica que él tenía.

Perdí el hilo de la conversación cuando mis pies toparon con la entrada trasera de la mansión, donde esa misma mañana habíamos estado desayunando. Bordeé la mesita que se encontraba al lado de las tumbonas y me planté frente a una de las puertas que había en esa zona. La misma por donde esa mañana habían metido una enorme caja que todavía nadie sabía qué era, excepto Cathal.

Pulsé en la entrada el código que teníamos para acceder a determinadas partes de la casa y para mi sorpresa era el mismo que yo poseía. Me extrañó ese detalle, pero no le di más importancia y me centré en mi tarea por entrar.

Al abrirla me asombré cuando un enorme pasillo tenue, escaso de luz, se plasmó ante mis ojos. No sabía la razón por la cual no había estado antes en ese sitio, y la curiosidad me podía más que otra cosa. Cerré la puerta con sigilo y avancé por el pasillo con decisión, hasta que después de recorrer un largo trecho, llegué a una puerta blindada.

En el marco había un nuevo lector de códigos junto a un detector dactilar. Eso me puso en alerta al instante y me enfadé a sabiendas de que no podría entrar de ninguna manera en esa habitación. Mi marido era muy listo y no se le escapaban las cosas así como así.

Probé suerte con el código anterior y, como era obvio, la puerta no se abrió. Lo intenté de nuevo pensando en su fecha de nacimiento o en cosas similares que pudiera servir de contraseña, pero nada de eso funcionó y, aunque lo consiguiera, era absurdo intentarlo más veces, puesto que el detector de huellas seguro que solo disponía de la de Cathal. Ya que si nadie sabía de la existencia de lo que había en aquella sala, dudosamente alguien que no fuera él habría puesto su huella.

Cuando me quise dar cuenta, oí cómo la puerta por la que yo había accedido minutos antes se abría. Me escondí en una de las esquinas, pero si llegaba a donde me encontraba de nada serviría, puesto que me vería y no

tendría escapatoria.

Pensé en todas las excusas que podría darle cuando me hallara y ninguna me pareció coherente. Escuché los pasos acercarse con intensidad, hasta que una voz me sobresaltó.

—Señor, en el salón le están buscando.

Oí cómo sus pasos se detenían.

—Ahora mismo voy —sentenció firme.

—Pero es que dice que no puede esperar, el señor Morgan tiene que marcharse de inmediato. Le ha llamado su hija y...

Era Frank. Él sabía que yo estaba allí seguramente e intentaba evitar un desastre...

Escuché cómo Cathal exhalaba un gran suspiro y se giraba para retroceder sobre sus pasos. Cuando llegó a la puerta, de nuevo paró y se quedó mirando a Frank con atención.

—Me ha saltado la alarma de esa habitación.

Señaló hacia donde estaba y tuve que esconderme de nuevo a prisa y corriendo para que no me descubriera. Durante unos segundos el silencio se hizo eco en la sala. Cathal miraba hacia mi escondite.

—¿Quiere que la vigile, señor? —Frank volvió a intentar salir del paso.

—Sí. Y si ves a alguien salir de aquí, llámame inmediatamente.

Por fin se marchó, escuché la puerta cerrarse y pude soltar todo el aire contenido en mi pecho. Contemplé la puerta de nuevo, y pensé en las miles de opciones que tenía para abrirla. No iba a ser fácil, pero, como todo, lo conseguiría.

6

Desperté cuando aún no había amanecido, el teléfono comenzó a sonar en mi mesita de noche y me sobresaltó. Abrí los ojos con esfuerzo, ya que me había acostado hacía menos de una hora, miré la pantalla y vi un número de teléfono que no conocía reflejado.

—¿Diga? —ladré.

—Estoy en la puerta de tu casa, necesito hablar contigo de un tema importante.

Su voz me sonaba, pero no la reconocí al instante.

—¿Quién coño eres? —pregunté de malas maneras.

—Pádraigín.

Bufé molesta. Colgué el teléfono, dejándola con la palabra en la boca. Me levanté para ponerme uno de los abrigos que colgaban tras mi puerta, cogí mi paquete de tabaco y, con delicadeza, guardé mi pistola entre el fino hilo de mis bragas, sujetándola para que no se cayera.

Sigilosa, bajé las escaleras de la casa que andaba a oscuras, pero antes de hacerlo, escuché unas voces procedentes del final del pasillo. Eran gemidos de las putas que seguramente, Cathal se estaría follando desde que terminó la fiesta. No tenía medida.

Llegué a la puerta principal después de cinco minutos y allí estaba. La muy hija de puta no tenía otra hora para venir, y eso era un detalle que no podía obviar, ¿por qué cojones había venido a mi casa?

—¿Se puede saber por qué demonios estás aquí? Tú y yo nos veíamos en el Mario's, ¿acaso has perdido la memoria? —cuestioné con sarcasmo.

—No —contestó demasiado segura de sí misma—. Tengo la información y quería traértela cuanto antes.

—¿Tan vital es?

—No lo sé, compruébalo tú misma.

Extendí mi mano a una de las personas que se había conseguido meter en la organización donde Maureen trabajaba. Tenía que averiguar si ella disponía del Tara Brooch, porque de ser así, entraría dentro de ese maldito

barco y lo sacaría de la forma que fuera. Obviamente acabaría con la vida de esa niñata pelirroja que cada vez que veía, una sensación de repulsa me recorría las entrañas. Ella no era nadie para arrebatarme lo que era mío.

Extendí la mano para que me entregara la carpeta, pero Pádraigín no lo hizo. Alcé una ceja de asombro y lo que a continuación me dijo, hizo que riera a carcajada limpia:

—Antes de entregarte la carpeta, quiero el doble del dinero.

La miré con cara de pocos amigos y después esboqué una sonrisa. Era cierto que en la ficha que tenía de ella, decía ser bastante avariciosa, pero no me imaginaba que una cría pusiera en peligro su vida por unos cuantos euros más.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Acaso no sabes con quién estás jugando, imbécil?

—Sí, sí lo sé, pero si no me das lo que quiero, no tendrás la información y se lo diré a tu marido.

Ahora la carcajada era monumental. ¿Me estaba amenazando?

—¡No sé qué te hace tanta gracia, maldita estúpida!

Su bufido hizo que me diera cuenta de una cosa: estaba nerviosa.

—Está bien, está bien —repetí tocándome la barriga—, ahora vuelvo, espérame aquí.

Entré en la mansión de nuevo, solo que por otra ala distinta, por donde se encontraban los criados y toda la seguridad de Cathal. Las habitaciones de esta zona no eran muy distintas de las otras, puesto que mi marido quería que la gente en la que confiaba, también tuviese lo mejor para su día a día. Llamé dos veces a la puerta de Jackson, quien seguramente estaría borracho como una cuba tras la fiesta.

Él era uno de los hombres de Frank. Tras la muerte de varios de ellos en el último asalto con Aidan. Jackson era una persona que aterrorizaba solo con mirarle la cara. En su ceja se marcaba un gran corte, su mentón lucía tenso y cuadrado, intimidando a todo aquel que se atreviera a mirarle de reojo. Era un hombre rudo, sádico y sin corazón. Pero una cosa sí tenía clara, era fiel a Cathal, pero pasaría por encima de cualquiera para defender a Frank, y era un hombre que estaba al tanto de todos nuestros planes. Porque al igual que Frank era la mano derecha de mi marido, Jackson lo era de Frank.

—¡Despierta!

Le lancé uno de los cojines a la cabeza haciendo que se despertara él y las

cuatro mujeres desnudas que tenía apoyadas en su duro pecho lleno de tatuajes. Abrió los ojos ante el susto y se incorporó de golpe en la cama, tapando como pudo su miembro, que yacía laxo entre sus piernas, con la sábana que una de las putas tenía cubriendo parte de su cuerpo.

—Veo que esta noche te has pegado una buena fiesta. Espero que sigas teniendo ganas de más, te necesito. —Le miré altiva.

—Señora.

Hizo un leve movimiento de cabeza y se levantó bajo mi expectante mirada. Lo cierto era que estaba quedándome con cada detalle de su cuerpo, nunca le había visto desnudo y realmente se me hacía la boca agua con solo observarle. Era un hombre endemoniadamente bello, con un cuerpo de escándalo y con lo que suponía, una bravura indomable.

Di la vuelta cuando terminó de vestirse y salió detrás de mí.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora?

—Un trabajo del que Cathal no debe de estar al tanto.

Asintió conforme, siempre lo hacía.

—Vamos, tengo otra puta que te va a interesar.

Sonrió lascivo por mi comentario, y acto seguido salimos a la calle de nuevo, donde a lo lejos pude divisar a una niñata histérica que no sabía cómo aparentar tranquilidad. Me hacía gracia ver a personas como ella, con tanta seguridad en sí misma cuando en realidad, no era más que una niña asustadiza que le tenía miedo a todo.

Estaba de espaldas cuando llegué sin hacer el mínimo ruido. Me puse la mano en la boca para indicarle a Jackson que estuviera callado y este sonrió, mostrándome uno de los dientes de oro que ocupaba una de sus paletas. Toqué el hombro de Pádraigín y esta pegó un bote que por pocas llega al cielo del susto que se dio, gilipollas...

—¡Oh, vaya! —comenté con tono inocente—. No pretendía asustarte. ¿Me das la carpeta?

Negó y yo miré a Jackson.

—¡Qué pena! No nos quiere dar la carpeta sin el dinero, ¿me das la pasta, Jackson?

Dramaticé un poco mientras él hacía como que buscaba algo en el interior de su abrigo, después yo saqué la pistola con silenciador que llevaba escondida en la espalda y le apunté.

—Bien, bonita, o me das la puta carpeta o mueres aquí, y ahora —

sentencié en tono firme.

La chica abrió los ojos en su máxima expansión y no titubeó al entregármela.

—Yo... no... no necesito que me pagues nada más, me quedará con la mitad de lo que me diste... —balbuceó.

Intentó girarse para irse, le hice un leve movimiento de cabeza a Jackson y este cogió la indirecta al momento. Agarró a la niñata por el brazo y esta no se movió presa del pánico.

—¿Sabes lo que le pasa a la gente que me amenaza?

Negó con los ojos llenos de lágrimas. Yo, en mi caso, no tenía ni una pizca de compasión por ella, había querido abusar de mí, y no lo iba a permitir. Antes de hablar de nuevo, la miré fijamente a los ojos. Podía sentir su miedo, su desesperación por salir de allí, pero estaba claro que hoy no era su día de suerte.

—Puedes follártela hasta que la mates si quieres —le hablé a Jackson, aunque la miraba a ella y a su cara de espanto—, después échasela de comer a Kirt.

Asintió y a rastras se la llevó. Antes de que le tapara la boca, escuché cómo preguntaba:

—¿Quién es Kirt?

Sonreí de medio lado, alcé la barbilla y contesté:

—El león que tenemos como mascota.

Después del incidente de altas horas de la madrugada, cuando estuve sola en mi habitación abrí la enorme carpeta y me sorprendió encontrarme todo lo que vi. La chica había hecho bien su trabajo, demasiado, ya que lo que tenía en mis manos era de un valor incalculable; era un diario de puño y letra de Byrne.

En la última búsqueda hacia el Ádh mór, conseguimos dar con él. Es todo demasiado extraño, ya que Oonagh, la joven Hagarty, dice tener encuentros con la diosa Áine, la misma que supuestamente le indicó qué debía de hacer, y la misma que le mostró un cofre escondido en el barco. Y la creo, sé que no miente porque si no, nada de lo que hemos descubierto tendría sentido...

Pero ¿qué estaba diciendo ese loco? ¿Una diosa? Sencillamente había perdido el juicio. Una cosa era «creer» o tener obsesión, mejor dicho, por cosas que jamás habíamos visto, y otra muy distinta era decir que había visto a la mismísima diosa, eso no se lo creía nadie. Continúe leyendo:

Dentro de él encontramos un anillo con un enorme rubí, que brillaba en demasía y que, únicamente, pudo ponerse Oonagh, porque según indicaciones de Áine, es para ella. Ya que a los demás nos quema con solo tocarlo. A todo esto, le tenemos que sumar que, según la joven, destacó que había un escudo colgado en una de las paredes...

Dejé de leer cuando vi lo del anillo y me paré a pensar. ¿Un anillo que quemaba a todos menos a ella? Pero ¿qué narices les pasaba a todos los tripulantes de aquel barco? Ya sabía algo más de Maureen, u Oonagh, como la llamaban en la Organización, y tras pasar unas veinte hojas, me encontré con fotografías de todo tipo, en las que la pelirroja aparecía.

Salí de mi dormitorio, guardando todos los documentos en un cajón de una de las cómodas pegadas a la ventana, que tenía doble fondo. Al poner un pie en el pasillo, me encontré de frente con Cathal, que venía cubierto por una bata de seda en color granate. La llevaba abierta, y únicamente estaba tapado con un bóxer. Se le veía despreocupado y joven, hasta que posó sus enormes ojos azules en mí, y todo ese halo de alegría desapareció de un plumazo de su rostro.

Alcé mi barbilla de forma insolente y pasé por su lado cuando se paró en la entrada de las escaleras. Sentí sus ojos clavados en mi piel, pero en ningún momento me giré. Llegué a la terraza y me senté, cuando Sinéad llegaba con la bandeja repleta de alimentos y bebidas para el desayuno.

Admiré la fuerza de la anciana mujer que sostenía con firmeza la gran bandeja en su mano, día sí y día también. Sinéad llevaba quince años trabajando para Cathal y, por lo que ella misma me había contado, él la encontró en la calle sin comida y sin hogar. Le pidió dinero para sobrevivir y él le dio un trabajo. Un gesto un tanto extraño en mi marido, ya que él no tenía corazón, ni nunca lo tendría. Sin embargo, con aquella mujer tenía un trato completamente distinto, era algo especial.

Vi cómo los zumos se tambaleaban varias veces cuando dejó los platos con la fruta sobre la mesa pequeña y redonda donde estaba sentada. Agarré los vasos por puro instinto y ella me miró agradecida, ese gesto hizo que sin poder evitarlo le sonriera con ternura, algo que no estaba acostumbrada a hacer habitualmente.

Cuando tomé asiento me percaté de que un hombre me observaba desde la lejanía con los brazos cruzados a la altura del pecho. Pocos minutos después de su escrutinio se acercó y arrastró la silla que tenía a mi lado para sentarse.

Muy pocas veces eran las ocasiones en las que desayunaba o comía con Cathal, él siempre lo hacía solo o incluso con sus putas, pero conmigo nunca.

Tenía una vida vacía, igual que cuando le conocí, solo que ahora con más lujos. Aun así, tenía dos opciones en mi vida y mi conciencia. Una era terminar con Cathal y adquirir su poder o la otra, que no me emocionaba tanto, pero con la que también me conformaba: morir.

—¿Quién era tu amiga?

Alcé una ceja interrogante, sabiendo que me hablaba de Pádraigín.

—La chica con la que estabas ayer —me instó con la mirada.

—¿Tú no se supone que te estabas follando a tus putas? —solté sin pensar.

Esbozó una sonrisa lasciva e indiferente. En ese momento me permití fijarme en sus perfilados labios, en su dentadura blanca inmaculada y en su incipiente barba. Era demasiado sexy, era demasiado malo.

—Eso no quiere decir que por las mañanas no me dedique a ver qué pasa en mi casa por las noches.

Tuve que sonreír con ironía. Me la había tirado con doble sentido. Sabía que Pádraigín estaba criando malvas y que entré en el pasillo que llevaba a la puerta secreta con el detector de huellas. Era un hombre al que no se le escapaba nada.

—Entonces, sabrás más que yo.

Evité el tema cogiendo mi zumo de naranja. Le di un sorbo y después pasé mi mano a la gran fuente de fruta que tenía delante. No dejaba de mirarme contemplando cada movimiento y cada paso que daba. Estaba segura de que podría leer mi mente si quisiera.

—¿Dónde está, Taragh? —preguntó con cansancio.

Puse los ojos en blanco y me levanté exasperada con sus preguntas. Prefería mil veces que no me dirigiera la palabra, era algo a lo que llevaba acostumbrada más de seis años y ahora no iba a ser menos. No me interesaba hablar con él, no quería mantener ni una simple conversación porque todo lo que viniese de Cathal O’Kennedy era sucio, porquería, que yo, no quería en mi vida.

—Hoy no tienes que darle de comer a Kirt.

De reojo vi cómo sonrió. El hijo de la gran puta sonrió como si nada. Como si decir que habías lanzado a cualquier persona a un león, fuese la cosa más normal del mundo.

—Esta mañana estaré fuera. Volveré por la noche.

Asintió, pero no dijo nada, habitual en él. El tema con Cathal O’Kennedy había terminado.

Media hora después me preparaba para salir en coche e ir al centro de Dublín. Tenía que comprobar de nuevo que la pieza supuestamente imitada del Tara Brooch seguía allí, era algo que todos los meses hacía una vez por lo menos. Llamémoslo obsesión. Solo que esta vez, había conseguido sobornar a uno de los jefes del Museo Nacional de Irlanda, y gracias a ello iba a poder averiguar si el broche que se encontraba allí era el verdadero o una imitación.

Paseé por las calles de Dublín sumida en mis pensamientos. Si el broche no estaba allí, entonces acabaría con la vida de aquella niñata pelirroja de un plumazo. Observé todos los detalles de cada calle por la que pasaba, me fijé en la gente despreocupada, caminando alegremente con sus familias o simplemente acelerados por el trabajo mientras sostenían un teléfono en su mano y hablaban sin parar, y yo... yo no tenía nada de eso.

Un frenazo me hizo salir de la nube en la que me encontraba y, a mi lado, vi cómo dos hombres encapuchados se bajaban de una furgoneta. Me pareció extraño, la gente comenzó a gritar cuando uno de ellos sacó una pistola, a la vez que corrían como caballos desbocados. No entendía nada, todo pasaba demasiado deprisa, hasta que mis ojos se cerraron al sentir un fuerte golpe en la cabeza.

Intenté tocar la venda de mis ojos, pero mis manos no podían moverse debido a la presión que le ejercían unas cuerdas atadas a los reposabrazos de una silla que, por el tacto que tenía, debía ser de madera desgastada y bastante antigua. Moví mis pies con sigilo para evitar que nadie me escuchase, si es que había alguien donde fuera que estuviera. Mi cuerpo permanecía suelto, sin ninguna atadura, ya que lo contoneé hacia los lados y no sentí ninguna presión que me lo impidiera. Puse en alerta todos mis sentidos, puesto que la gran venda que cubría mis ojos hacía imposible que viese nada a mi alrededor. Olfateé el ambiente, llenando mis fosas nasales de algún olor putrefacto y angustioso que hizo que mi estómago se agitase en más de una ocasión.

—Ya ha despertado.

Una voz que no conocía informó de mi estado y, en ese mismo momento, escuché una gran puerta abrirse, ya que por el sonido de la misma, imaginé que sería grande y pesada. No me alteré bajo ningún concepto cuando oí cómo unos pasos apresurados se dirigían hacia mí, de manera directa. Pocos segundos después, noté en mis brazos cómo unas grandes manos se ponían encima, a la vez que un perfume a hierbas, mezclado con un toque de menta, me embriagaba al instante. Y supe quién era. Lo supe desde que esa fragancia llegó a mi olfato.

—No entiendo a qué viene tanto numerito —sentencié sin temor en mi tono.

Nadie contestó. Pero la misma persona que tenía a escasos centímetros de mí, no se inmutó, y tampoco se meneó del sitio. Quizás si hubiese sido de otra manera, tendría miedo. O quizás estaría llorando por los rincones, pensando en qué podrían o no hacerme, pero no era mi caso, ya estaba preparada para lo que pudiera venir.

—Te recuerdo que no le temo a nada, y mucho menos a ti.

Mi voz sonó de nuevo firme y tajante. Escuché una leve carcajada frente a mi rostro que me hizo sonreír con malicia. Si creía que me iba a atemorizar,

por mal camino iba. Mis ojos se destaparon por completo y tuve que parpadear unas cuantas veces para acostumbrarme a la tenue luz que iluminaba la estancia con una bombilla colgando en medio de donde estuviéramos. Cuando mis ojos se acostumbraron, miré de frente a la persona que tenía ante mí. Y allí estaba. Con la sonrisa más lasciva y desdeñosa que había visto en mi vida, con el mismo porte que años atrás y con la misma cara de criminal que siempre había tenido.

Acercó su boca a la mía e intento fundirse en un beso que, como respuesta por mi parte, se quedó en un enorme mordisco en sus perfilados y finos labios. Sonrió cuando un hilo de sangre salió de este mientras una risa malvada emergía de su garganta, para después separarse de mí una milésima, y proporcionarme un golpe en el rostro. Noté cómo mi mejilla ardía, cuando un escozor se hizo eco en ella. Volví mi vista hacia él, y sonreí como una desequilibrada mental.

—¿Sólo sabes hacer eso? —Arqueé una ceja provocándole—. Suéltame y verás lo que es dar un buen guantazo.

Escupí de manera vulgar en el suelo cuando un líquido impregnó mis labios, por suerte, le cayó en el pantalón de pleno y tuvo que mirar hacia abajo para comprobar que, efectivamente, le había llegado a la ropa. De una zancada se posicionó de nuevo muy cerca de mi rostro, con una mano lo cogió haciendo una presión notable en él y, estrujando mis mejillas con intensidad, me dijo entre dientes:

—No sé cómo tu marido no te ha enseñado modales. El gran Cathal O’Kennedy está perdiendo facultades.

Sonreí como una hiena.

—O quizás no permita que me los enseñe.

—Zorra... —siseó entre dientes.

Dio un leve tirón a mi rostro y quitó su mano de donde la tenía. Cogió una de las sillas que había cerca de mí, bajo los expectantes ojos del otro hombre que se encontraba a mi lado con cara de pocos amigos, y un sinfín de herramientas torturadoras encima de una mesa de metal que estaba detrás de él.

La silla chirrió más de la cuenta, él, por su parte, achicó los ojos por el sonido estridente y se sentó de manera chulesca y despreocupada. Como él era. Pude apreciar que todos sus músculos seguían en el mismo sitio, incluso más tonificados de lo que hacía años. Su barba estaba rasurada, pero asomaba

un poco de vello al llevar varios días sin quitársela. Se rascó el mentón en repetidas ocasiones, hasta que posó sus enormes ojos azules como el cielo en mí. Mantenía una postura devastadora, ya que su mano derecha estaba apoyada en la pierna, y su cuerpo se semincorporaba hacia donde yo me encontraba sentada involuntariamente.

—¿Vamos a empezar ya o prefieres dormir un rato para descansar? — ironicé.

Elevó su rostro más de la cuenta, como si quisiera verme desde arriba o, más bien, como si intentara entrar dentro de mi mente para saber qué pensamientos tenía y qué pasos serían los que daría.

—¿Necesitas todo eso para torturarme?

Moví mi cabeza hacia el hombre que tenía a mi lado, le miré con desdén y una sonrisa floreció de mis labios al mirar de nuevo al imponente hombre que no conocía. Si no le temía a mi marido... mucho menos iba a temer a Kellan O'Flannagain.

—¿Vas a observarme hasta que te aburras?

Intenté sacarlo de sus casillas con mi tono de voz desmedido, pero sabía que en el fondo no lo conseguiría. Era conocido por ser uno de los sicarios más endemoniados y astutos de todo el planeta y, obviamente, yo no iba a conseguir nada en diez minutos que llevaba mirándome sin descanso. Era temible, quizás uno de los más grandes que hasta el momento se conocían, y no solo se dedicaba a asesinar a personas inocentes sin piedad y por un buen fajo de billetes, sino que, además, también sabía de sobra que meneaba varios asuntos con el tráfico de drogas. Lo que hacía que pensase que el motivo por el cual yo estaba sentada en esa incómoda silla, era por mi queridísimo marido y sus negocios, lo que él no sabía, era que Cathal O'Kennedy, no daría una piedra por mí. A decir verdad, no daría una puta piedra por nadie, por lo tanto, estaba perdiendo el tiempo.

—Sigues igual de sugerente que hace años. —Su voz ronca hizo que le mirara con más intensidad si es que podía—. Solo tengo ganas de follarte como un bestia.

Se removió incómodo en el asiento, yo sonreí de nuevo.

—Y, ¿a qué esperas? Temible Kellan... —ronroneé, él me miró con el brillo reluciendo en sus ojos, hasta que de un momento a otro, les vi oscurecerse, llegando a rozar un azul intenso que no predecía nada bueno.

Intenté abrir mis piernas, pero las cuerdas de los tobillos me lo impedían.

Las contemplé por un instante, y después posé mi vista de nuevo en él que me observaba expectante. Le hice un gesto alzando un poco una de mis cejas y, como una niña buena que no había roto un plato en su vida, le susurré con la voz ronca:

—Vaya... no puedo ponértelo tan fácil.

Hice un gesto con mis labios, y después me relajé bajo su atenta mirada. Se levantó con paso decidido, llegó a mi altura y agarró mi pelo por detrás, apretándolo con fuerza para que sintiera dolor. Bajó su rostro hasta pegarlo al mío, a consecuencia de eso, reí como una demente al sentir cerca de mi pecho el gran bulto que emergía entre sus piernas. Ningún hombre podía resistirse, y él no iba a ser menos.

—Adivino que no te bajas el pantalón por miedo —musité mirándole fijamente.

Asintió varias veces con la cabeza sin mostrar ninguna expresión en su rostro.

—No tengo que arriesgarme follándote la boca. Tengo donde elegir.

Bajó la mano que le quedaba libre hasta mi sexo y lo tocó por encima de la tela. Estaba perdiendo el poco control que le quedaba, y lo sabía, él lo sabía.

—Sin embargo —se apartó de mí poniendo distancia entre los dos—, no puedo permitirme el lujo de soltarte, porque quizás, ese pequeño detalle sea un fallo —aseguró con voz ronca.

—Entonces, dime, ¿qué piensas hacer?

Mi paciencia se estaba agotando y, aunque no podía permitirme el lujo de perder los nervios, intenté que mi voz sonara lo más tranquila posible. La situación me estaba crispando de manera considerable, si pensaba matarme, ya podía empezar, pero antes de nada quería saber los motivos.

—Imagino que la relación que tienes con tu marido seguirá siendo la misma. —Me miró de reojo con una sonrisa en los labios—. A mí no me la dais, yo sé que no le tienes el mínimo aprecio.

Alcé mis cejas ante su comentario, pero no contesté, quería que siguiera hablando, necesitaba saber por qué estaba allí.

—¿Sabes cuánto tiempo llevas en esa silla?

Negué con la cabeza, aunque mis músculos y todo mi cuerpo estaban exhaustos por estar en la misma posición, intuía que no solo llevaba así unas horas. Sentía partes de mi cuerpo agarrotadas, y sobre todo, lo que más me

molestaba en aquel momento era la presión que tenía martilleándome la cabeza debido a una gran dosis de cloroformo.

—Llevas poco más de cuarenta y ocho horas. Tu esposo estará buscándote como un loco.

Suspiré a la par que una risa incrédula salía de mis labios.

—Te equivocas, preciosa Taragh, te está buscando de verdad —aseguró convencido de nuevo.

—¿Vas a hacer de Cupido, vas a follarme o vas a preguntarme algo coherente? —escupí con desdén, puesto que me estaba tocando las narices su misterioso teatro.

Me contempló altivo, le hizo un gesto al hombre que estaba a mi lado y este asintió.

—No me importa que esté delante, pero no quiero que participe. —Le miré con chulería—. No me gustan los hombres calvos, no es nada personal.

El tipo ni se inmutó, pero puso mala cara, peor aún de lo que la tenía con anterioridad. Estaba claro que mi comentario no le había sentado bien, cuando sin esperármelo, vi que Kellan asentía de nuevo y este me tiraba un gigantesco cubo de agua helada a la cara, empapando hasta el último rincón de mi cuerpo.

Se aproximó a mí con determinación en sus ojos y puso un cuchillo de un tamaño considerable en mis mejillas, haciendo una presión notable.

—¿Te querrá igual cuando tu cara se deforme?

Reí como una tirana, algo que no esperaba.

—Él no quiere a nadie —siseé—. Pierdes el tiempo.

Sentí cómo el filo del cuchillo rasgaba mi carne hasta que se detuvo cerca de mi nariz. Controlé con suma perspicacia las lágrimas que intentaban asomar en mis ojos, y tensé la mandíbula sin mostrar algún sentimiento de dolor en mi rostro.

—Dolor... mmm... —Reí de nuevo.

Kellan negó con la cabeza sin poder llegar a creérselo y a continuación posó el gran cuchillo encima de mi sexo.

—Estás jodidamente loca. —Negó sin poder creerse mi reacción—. Pero estoy seguro de que si hago lo mismo aquí —presionó el cuchillo—, no te reirás tanto.

Acerqué mi boca a su oído y, de la manera más provocativa que pude, susurré:

—Prefiero que me claves otra cosa ahí...

Esta vez, esbozó una sonrisa arrebatadora e hizo que el cuchillo se moviera entre sus dedos con una agilidad impresionante en el aire. Lo lanzó a la pared que quedaba a nuestra derecha mientras me inspeccionaba, sin apartar sus cristalinos ojos de mí.

Agachó su cuerpo un poco, sacó una pequeña navaja de su bolsillo y con un rápido movimiento desató mis dos tobillos de la cuerda que los ataba. Me abrió las piernas todo lo que pudo, para después remangar mi vestido hasta la cintura, dejando ver únicamente mis bragas de color negro. Apartó el filo e introdujo dos de sus dedos con ímpetu en mi interior.

—Mmm... —jadeé aprisionando sus dedos en mí.

Seguidamente los sacó y se los llevó a la boca para saborearlos detenidamente ante mi mirada.

—Cuando terminemos, no quedará en tu cuerpo una parte por la que no haya pasado, y te juro que me suplicarás que pare. —Me reí de nuevo como una desequilibrada y el asintió retirándose.

Se sentó en la silla, cruzó sus piernas y después hizo el mismo gesto con sus brazos a la altura del pecho. Noté cómo la sangre de mi mejilla empezaba a empapar mi boca y se colocaba dentro de mi lengua, aun así, permanecí expectante.

—Tu marido recibió hace unos días una cosa, ¿verdad?

La caja.

—No lo sé. No entro en sus negocios —contesté como si nada.

Asintió sin convencimiento, miró a su hombre y este se puso delante de mí. El primer golpe llegó sin previo aviso a mi pómulo izquierdo, me acababa de dar con cuatro anillos en su puño. Me recompuse y miré de nuevo a Kellan cuando este se apartó.

—Te lo voy a preguntar otra vez, Taragh. ¿Recibió tu marido hace unos días algo?

Me reí. Me reí tanto que en ese momento pensé que había perdido el juicio por completo, es más, me convencí a mí misma que la poca cordura que me quedaba, había desaparecido totalmente de mi vida. Otro golpe llegó, esta vez a mi ojo izquierdo. Tardé poco en notar cómo este empezaba a hincharse, a la vez que sentía cómo se me cerraba poco a poco. Después de eso, el tipo cogió un bate de béisbol, y a continuación lo estampó contra mi estómago haciendo que una enorme sacudida me doblara por la mitad. El

cabrón tenía fuerza y lo estaba demostrando.

—¿Te he dicho alguna vez que no soporto pegarle a una mujer? — cuestionó sin moverse del sitio.

—Ya veo que se te da bien mandar a tu basura para que lo haga.

Vi cómo el hombre que tenía delante me observaba con odio, desde luego mis comentarios hacia él, no le estaban haciendo gracia, y a mí me importaba una mierda. Oí a Kellan suspirar con fuerza, a la vez que se levantaba de la silla. Fue hacia la mesa y dejó encima de esta un revolver al que le quitó todas las balas excepto una. Cuando terminó su cometido lo cerró con fuerza y se puso delante de mí, presionando el arma contra mi frente.

—Vamos a ver si la suerte está de tu lado, si no, nos veremos en el otro mundo. —Se inclinó para llegar a mi oído—. No obstante, viva o muerta te follaré unas cuantas veces.

Le miré altiva sin mostrar miedo. No lo tenía. Hacía mucho tiempo que el miedo a morir era una de mis menores preocupaciones y, en ese momento, ya no tenía nada por lo que continuar en el mundo, ya no.

Puso el dedo en el gatillo mirándome a los ojos y, sin pensarlo, lo apretó. Mis ojos se quedaron abiertos e inmediatamente maldije a la puta bala por no salir en ese preciso instante. Tiró el arma con mala cara a la otra punta de la estancia y después puso sus manos en mis hombros.

—Oh, pequeña, has tenido suerte, siempre tienes suerte —se burló de mí.

Su comentario me lo pasé por mis partes más íntimas, nunca mejor dicho. ¿Suerte? ¿Dónde estuvo la suerte aquel día que...? Dejé mis pensamientos a un lado cuando noté que algo afilado se clavaba en mi mano derecha. La navaja.

Aguanté el grito de dolor que estuve a punto de dar y le miré desafiante.

—¿Solo me has secuestrado para torturarme? Porque eres un torturador pésimo.

Me revolví, incómoda, aun con la navaja clavada en mi mano. Se apartó unos segundos y tras pensarlo, la sacó de un tirón y arrancó con un leve movimiento las cuerdas que me mantenían atada a la silla. Meneé mis manos lo poco que me lo permitió, antes de cogerme por el cabello y llevarme a rastras hasta un colchón enmohecido que había en el suelo.

—Bien, Taragh, vayamos por partes. —Su tono de voz se tornó cansado y desesperante—. El juego ha terminado —sentenció, a lo que yo me reí de él—. O me dices lo que quiero saber o te juro por Dios que no te reconocerá

nadie en tu funeral.

Le hizo un gesto al tipo que le acompañaba y este salió de la estancia. Lo supe cuando la puerta de nuevo volvió a abrirse con ese estridente ruido. Le miré a los ojos esperando su próximo movimiento y no tardó mucho en llegar.

Me giró de manera brusca, colocando las palmas de mis manos en el putrefacto colchón, abrió mis piernas con un leve movimiento de su rodilla y, sin previo aviso, arrancó mi ropa interior de un solo tirón. Puso su mano encima de la mía lastimada y la apretó con fuerza. Aprovechando que no podía ver mi rostro, cerré los ojos fuertemente intentando aguantar las terribles ganas de gritar que tenía en el aquel instante.

—Una vez más, contesta a mi pregunta y no me hagas perder el tiempo. Todo terminará antes para ti, no seas tan necia y no me subestimes.

Y no lo hacía para nada. Sabía que la mayor probabilidad de salir con vida de allí, se reducía a cero. Pero si algo me había enseñado la vida era a ser leal. Y no porque amara a Cathal o porque no quisiera perjudicarlo, ese era un pensamiento demasiado hipócrita para mí, cuando se suponía que lo único que ansiaba era terminar con su vida de una manera u otra, por todo el daño que me había hecho a lo largo de mi vida. Pero lo que no iba a consentir era que después de tanto tiempo, otra persona, en este caso Kellan, se llevara consigo lo que yo tanto deseaba de él. Su poder. No, desde luego que no era una opción, y aguantaría hasta mi último aliento.

—No tengo nada que decirte al respecto, si quieres creerme hazlo, si no, mátame —aseguré con tono firme.

—¿Estás segura? Es muy fácil, solo dime sí o no.

—¿Y después me dejarás irme de rositas a mi casa? —ironicé—. ¿Piensas que soy estúpida? —alcé la voz.

Moví mi cuello lo justo y necesario y me encontré a mi lado una botella de cerveza tirada en el suelo. Antes de que pudiera reaccionar, la cogí con rapidez y se la estrellé en la cabeza haciendo que un gran corte empezara a sangrar sin medida. Me arrastré como pude por el suelo escuchando sus quejidos y cuando intenté ponerme en pie, agarró mi tobillo y caí de bruces, dándome tal golpe, que sentí toda mi mandíbula moverse.

Me cogió por el cuello, con un solo movimiento me giró para quedar de cara a él, alcé mi mano y le pegué con los puños cerrados todo lo que pude y más mientras él se reía como un tirano.

—¡Maldita puta!

La puerta se abrió y de nuevo entró su hombre de confianza. Al verle sangrar este se alarmó, pero Kellan no tuvo reparo en chillarle:

—¡Lárgate!

Lo hizo sin rechistar, yo seguía intentando escapar de su agarre, del que inevitablemente no pude. Me puso bocabajo abriéndome por completo.

—No pensarías que iba a ser tan fácil. —Reí con malicia.

—Ya no tienes escapatoria.

Un gruñido, como el de un animal, salió de su garganta al introducirse en mí. Tras varias estocadas rudas, agarró mi cabello de nuevo y tiró hacia atrás. Estaba claro que pretendía hacerme daño como fuese, así que no me resistí y dejé que me hiciera lo que buenamente deseaba.

—Vamos a divertirnos un rato —fue la última frase que pronunció.

Estuve así durante un tiempo en el que no supe a ciencia cierta la hora que era, ni las que habían pasado. Notaba mi cuerpo exhausto por las rudas acometidas que Kellan tenía hacia mí, sentía mi cuerpo débil y sin ningún aliciente para sobrevivir. Mientras me follaba una y otra vez sin descanso, mi piel se rajaba poco a poco debido a los cortes que me hacía con un puñal que tenía escondido en el cinturón de su pantalón. Mi espalda pedía a gritos un respiro, pero no me lo permití, no lo haría delante de él.

Cuando pensé que la conciencia me abandonaría por completo, y que lo último que vería en mi vida sería la cara del gilipollas que tenía bombeando mi cuerpo en ese instante, oí cómo la estridente puerta sonaba de nuevo, y unos pasos acelerados llegaban hasta él.

—¡Rápido! —apremió el hombre—. Está aquí.

Mi cuerpo se quedó frío por unos instantes mientras mis ojos se esforzaban en cerrarse. Solo escuché ruido y voces por todas partes, las mismas que no sabía identificar con exactitud. Oí balas que salían proyectadas de los cañones de las armas de las personas que acababan de llegar a donde me encontraba. Lo último que sentí en mi dañada piel, fueron unas enormes manos que me cobijaban bajo sus brazos, el mismo momento en el que deseé con todas mis fuerzas morir en aquel preciso instante.

Abuela... Maureen

Cinco años antes...

Todo estaba listo para la festividad de Imbolc. Como cada treinta y uno de enero, se marcharon al mismo lugar donde cada año se reunían. La casa de Elisha Pierce (Fayette), en el condado de Limerick, siempre era un buen cuartel general, donde se podían hacer los rituales y las reuniones de la Organización, sin levantar sospecha alguna. La abuela Maureen se presentó junto a Eithne Casey (con el nombre de Muirne dentro de la Organización), cargadas con los ingredientes para preparar los dulces del fin del solsticio de invierno (Yule) y dar la bienvenida al periodo de Imbolc, hasta el equinoccio de primavera (Ostara). Era el día del año en que los celtas lo dedicaban a la fertilidad y el material principal era el fuego.

—¿Solo somos nosotras tres? Creía que también vendría Deirdre. —Se extrañó la anfitriona.

—Cambio de planes. Dijo que lo haría en casa de su hermana, que no se encontraba bien —aclaró Maureen—. Además, en cierto modo, nos irá bien. Somos tres y todas sabemos que es el número perfecto.

—Pues entonces, mejor. ¿Lo habéis traído todo?

—Sí. —Abrió su cesta—. Harina, levadura en polvo, pasas, bicarbonato, margarina, jarabe de maíz, azúcar moreno... —Rebuscó en el interior—. Vaya, me acabo de dar cuenta de que no he traído ni las semillas de amapola ni el jengibre de tierra para terminar de hacer la receta del pan especiado del Retorno del Sol. Soy un verdadero desastre. —Se fastidió—. Juraría que lo había puesto con los demás ingredientes.

—Pues yo no tengo ninguno de los dos. Pero no te preocupes, querida. Le diré a Roger que vaya él al pueblo a buscarlo.

—No, es mejor que vaya yo con él. Prefiero escoger bien el jengibre. Sabes que soy bastante quisquillosa para esas cosas. ¿Tienes tú todo para el bizcocho del ritual? —preguntó a Eithne.

—Sí. Repasado antes de salir de casa. Todo listo —asintió orgullosa la

aludida.

—Y mi pastel de miel está ya horneado y listo también —hizo constar Elisha.

—Pues entonces, será mejor que vaya al pueblo a por los ingredientes que me faltan.

—¿Te acompaño? —Se ofreció Eithne.

—No, déjalo. Mejor será que vaya yo sola con Roger. Vosotras comenzad a preparar el bizcocho y a colocar las velas con el laurel, para el ritual de mañana.

—Tengo la cabeza en los pies —refunfuñó al chófer mientras salían de la tienda de comestibles y se dirigían al coche—. Estaba convencida de que llevaba todos los ingredientes. Mira que siempre...

—¡Maureen! —Alguien la llamó con un genio desmedido.

La aludida paró en seco y reconoció aquella voz. Era él. Hubiera reconocido aquella voz entre un millón. Le daba rabia reconocer que aquel ser siempre la perseguiría hasta el resto de sus días.

—Roger, ¿podrías hacer el favor de volver al coche? Enseguida me reuniré contigo.

—Sí, señora. —Obedeció.

No fue hasta que vio a Roger entrar y cerrar la puerta del coche, cuando se dignó a darse la vuelta para verse las caras con aquel individuo.

—¿Qué haces aquí? —Aquella pregunta sonó más a una amenaza que a otra cosa. Al decirla entre dientes, apenas se le movió un músculo de la cara.

—¡Vaya!, yo también me alegro de verte. Veo que estás igual, mejor de lo que te recordaba. —Sonrió de medio lado de forma chulesca y se acercó a ella.

—Ahórrate tus cumplidos y contesta a mi pregunta. —Maureen no estaba para bromas.

—Simplemente vine a celebrar la festividad de Latha Fhèill Bríghde.

—Latha Fhèill Bríghde... —repitió y rio sarcásticamente—. Ese es uno de los tantos motivos por los que tu objetivo jamás se llevó a cabo.

—¿Qué prefieres que diga? ¿Imbolc?

—Cómo debe de ser. O Lá Fhéile Bride, también estaría bien dicho. Ahora estamos en Irlanda, por mucho que esté bien dicho en Escocia.

—Yo pensaba que estabas en el condado de Kildare, pero un pajarito me dijo que estarías en casa de Fayette.

—¡Por Dios!, para o me voy a acabar desencajando la mandíbula. —Rio esta vez a carcajada limpia.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —Al visitante no le estaba gustando demasiado la actitud de «su amiga».

—Querido, primero llamas Latha Fhèill Bríghde a la festividad de Imbolc, cuando los dos sabemos que lo has pronunciado en escocés, no en irlandés. Aunque los dos sabemos que está bien dicho en gaélico, pero ahora mismo estamos en Irlanda, no en Escocia. Luego me dices que pensabas que estaba en Kildare. En Kildare está el santuario de Santa Brígida, la cristiana. No la diosa de los celtas.

—Escocés, cristiano... ¡¿Qué más da?! —Se enervó.

—¿Que qué más da? Yo creía que querías formar parte de la Organización y estos son unos de los motivos por los que nunca se te aceptó. Aunque de sobra sabes que no fue el principal impedimento.

—¿Podemos hablar en algún sitio? —preguntó intentando no perder los papeles.

—¿De qué quieres hablar? ¿De tu nieta y mi nieto? Olvídalo. Ya puedes quitarle a tu querida Taragh a John de la cabeza. Él merece a alguien mucho mejor y que no lleve la misma sangre que tú. Y seguro que a su lado, nunca tendrá buenas intenciones. Yo ya convencí a mi nieto de que no la volviera a ver.

—La estás juzgando sin conocerla.

Y, aunque era cierto que lo estaba haciendo, Maureen no creía en la bondad de los O’Leany, y mucho menos en el hombre que tenía delante de ella. Además, cuando él desviaba el tema solo significaba una cosa: no eran intenciones transparentes para nada, y su nieto era demasiado joven e ingenuo para darse cuenta de ello.

—Teniendo el apellido O’Leany, que venga por tu parte, jamás tendrá mi beneplácito.

—Te espero el martes, en el Cork Lough —cortó tajante—. Necesito hablar contigo.

—¿Y qué te hace pensar que me voy a presentar?

—Porque te conviene y sabes que acabaré siguiéndote donde quiera que vayas y terminarás aceptando mi cita. Recuerda, el martes en Cork Lough a las tres de la tarde. Te espero en el mismo banco, donde solíamos sentarnos hace tantos años. ¿Te acuerdas? —Esa vez, fue él quien rio de modo

sarcástico y giró sobre sus talones, hasta desaparecer en la primera esquina.

—¡Maldito seas, Andrew O’Leany! —maldijo para ella.

Al llegar a casa de Elisha, su rostro lo decía todo. Sus amigas conocían la historia de Andrew y temían por ella. No por el hecho de que le hiciera daño a Maureen, sino porque era conocido por conseguir todo lo que se proponía, fuera al precio que fuera.

Al día siguiente, se juntaron las tres para comenzar el ritual. Vestidas con unas túnicas, al amanecer comenzaron a encender velas anaranjadas por todas las aberturas de la casa, comenzando por la puerta principal, y colocando una en las ventanas de todas las habitaciones de la mansión.

En una sala preparada para el acto, había una especie de altar con un círculo que lo formaban cinco velas blancas y un montón de laurel en el centro. Junto a ellas había tres cruces de Brighid, hechas con gavillas de avena. Encendieron tres varas de incienso, lo pasearon por toda la habitación y terminaron poniéndolo sobre la mesa junto a un cuenco, donde una especie de pebetero mantenía viva una gran llama.

Cada una de las tres mujeres sostenía una vela naranja untada en aceite de romero y al unísono comenzaron a recitar:

—*Oh, bandia Brighid. Máthair bandia, tugaimid ar tú, d’alúim ár saol. Tá tú an solas a illuminates an gcroí na mná go léir. An Yule tosú a osclaíonn, lengthen an lá lena solas agus teas. Purify, a thabhairt dúinn solas, cúram do do flock agus an cliabhán an nuabheirthe.* (Oh, diosa Brighid. Diosa madre, a ti te invocamos para que alumbres nuestras vidas. Tú eres la luz que alumbra el corazón de todas las mujeres. Que el Yule, que comienza a despertar, alargue los días con su luz y su calor. Purifícanos, danos luz, cuida por tu rebaño y la cuna del recién nacido).

Al terminar la oración, se quedaron mirando la llama del cuenco y entonces Eithne rompió el silencio:

—Esperad, he traído algo. —Se acercó al quicio de la puerta y en el suelo había un sobre—. Este año no ha sido de los mejores de mi vida, pero me siento orgullosa por haber dado el paso de divorciarme de Fergus. La vida que llevaba a su lado no era la que me merecía. Fergus es pasado. —Del sobre sacó una fotografía de los dos juntos el día de su boda—. Se suponía que el día que se hizo esta foto iba a ser uno de los mejores de mi vida, junto al nacimiento de mis hijos. Pues bien. —Suspiró profundamente y la lanzó al fuego.

—¡Eithne! —exclamó Elisha.

—Hoy comienza el año para los celtas. Así que yo también quiero empezar pidiendo que este año, mi propia cosecha (mi alma) vaya bien. *Cabhraigh liom* (ayúdame) —pidió a la llama del cuenco, mientras veía que la fotografía, que había reposado durante casi cuarenta años en la cómoda de su habitación, ardía y desaparecían las caras sonrientes de ella y de Fergus.

—Seguro que lo hará.

—Y nosotras estaremos a tu lado.

—Venga, vamos a comer lo que hemos preparado. Nos lo merecemos. — Eithne pareció despertar de golpe y animó a las chicas a cambiar de tema.

Al día siguiente, Eithne volvió a Galway y Maureen a Cork. Era lunes y se maldecía simplemente al recordar que al día siguiente debía encontrarse con O'Leany.

—¡Ya has vuelto! —Se alegró su marido Eoin al verla. Recorrió la barra para encontrarse con ella y le dio un suave beso en los labios—. ¿Cómo está Winnie?

—Muy bien. Me manda recuerdos para todos. La verdad es que es una delicia estar con ella. Allí se respira una paz... —Sonrió y representó su papel de mentirosa a la perfección.

—¡Nana! —La joven Maureen se alegró al verla y la achuchó después de regalarle un gran beso.

—Caramba..., no sabía que se me había echado tanto de menos. —Se sorprendió la aludida.

De repente vio a Maureen alejarse detrás de la barra para reunirse con su padre. Aquella joven ya tenía su destino preparado. Sabía que estaba haciendo un buen trabajo con ella, pero todavía le quedaba mucho por aprender y no había demasiado tiempo. Y después de haberse encontrado con Andrew O'Leany en Limerick, algo le hacía pensar que el camino no iba a ser fácil, ya que aquel hombre podría ponerles las cosas difíciles.

El reloj decidió no aliarse aquella mañana con Maureen. Quedaba menos de una hora para su cita con la sabandija de O'Leany y ya estaba lista. Respiró hondo antes de posar la mano sobre el pomo de la puerta de la calle y salir. Podría haber cogido el autobús o un taxi, pero prefirió ir caminando a su cita. Todavía tenía vitalidad, por mucho que se hiciera la débil delante de su familia. Maureen era más astuta de lo que los demás creían. Y después de casi una hora de camino, llegó al lugar de destino. Andrew tenía razón, él ya

la esperaba en el banco donde tantas veces se habían reunido décadas atrás.

—Tan puntual como siempre. —Se alegró al verla.

—No estoy para pitorreo, Andrew. ¿Y bien? Ya estoy aquí, ¿qué quieres?

—De sobra sabes lo que quiero. Quiero mi lugar en la Organización.

—¿Y qué pretendes hacer para que yo dé la cara por ti? ¿Volver a engatusarme como hace años? Lo siento, querido, pero ha llovido mucho desde entonces. La Maureen que conociste antaño, ya no existe. He madurado y si algo he aprendido en todo este tiempo, es a no fiarme ni de mi propia sombra. ¿Para qué quieres entrar? ¿Quién te dice que mereces un lugar entre nosotros? Te recuerdo que tu sangre no es pura irlandesa.

—Pero sí celta.

—Déjame dudarlo.

—Veo que pones demasiado ahínco en que tu nieta Maureen aprenda la cultura celta. Ella tampoco es irlandesa cien por cien.

—Tienes razón, no es irlandesa, pero es celta. Su rama viene de España y la diosa Áine ya comienza a rondarla. Lo que pasa es que ella todavía no lo sabe.

—¡Yo también soy celta cien por cien! —Se enfureció contestando entre dientes.

—No te equivoques. A ti nadie se te ha aparecido.

—¿Quieres decir que todos los de la Organización han sido elegidos por algún dios?

—Por supuesto, y podría nombrártelos. A tu propio padre se le apareció Goibniu (dios herrero de los Tuatha dé Danann). A Byrne y a su hijo se les apareció el mismo dios Lúgh (dios dueño del arco iris y la vía láctea), a mí la propia diosa Danu (diosa del fuego y la poesía) me siguió durante tres días en Blacksod. A Elisha...

—Para, para... —la interrumpió.

—A tu edad, si nadie se te ha aparecido, significa que no puedes formar parte de los nuestros.

—¡Se hizo el estudio de mi árbol genealógico!

—Cierto. En el que constaba que eras celta irlandés cien por cien, por parte de tu padre y escocés por parte de tu abuela materna, del clan de los Ferguson. Pero si no se te apareció ningún dios, querrá decir que quizás también tengas sangre inglesa. Vamos, que eres un *sasanach*.

—Ni se te ocurra volver a llamarme así. —Se embraveció.

—¿Cómo? ¿*Sasanach*? Es así como llaman los celtas a la gente inglesa, ¿no?

—Y los dos sabemos que es de forma despectiva. —Se enfureció más—. Mi sangre no es sucia.

—Querido, los dos sabemos que tu sangre al igual que la mía es tan roja como la de cualquier otro. Pero yo no soy nadie para intervenir en este caso. ¿Por qué no hablas directamente con Byrne?

—Sabes de sobra que Byrne no puede ni verme.

—¿Y quieres formar parte de una hermandad donde la persona, que según tú dices no puede ni verte, es el jefe mayor? Vamos mal, Andrew. Vamos muy mal.

—Mi padre formaba parte de la Organización. Y lo sabes.

—Sí, un gran hombre, por cierto. Pero como te he dicho antes, él era cien por cien irlandés. Quizás, lo que deberías revisar sería el árbol genealógico de tu madre. Ahora, si me lo permites —se envalentonó y se puso en pie—, tengo muchas cosas que hacer.

—Nos volveremos a ver, Maureen —dijo el anciano contemplando el lago. Su enfado y su orgullo, le impidió mirarla a la cara.

—Espero que no sea pronto. Buenas tardes, Andrew.

Cathab

Mansión de Mabahide

—¡Sinéad! ¡Sinéad! ¡Ven a mi dormitorio, ya! —vociferé.

Miré a uno de los criados de reajo y le di la orden para que llamara al médico lo antes posible. Taragh estaba gravemente herida, y necesitaba ayuda de inmediato o moriría, su cuerpo estaba demasiado débil.

La tumbé en la cama sin importarme que todas las telas se mancharan de sangre. Quité toda la ropa que cubría su cuerpo, y vi innumerables cardenales alrededor de sus caderas y hombros. La ira empezó a carcomerme por dentro, en el preciso instante en el que Sinéad entraba.

—¡Señor! ¿Qué le ha pasado? —preguntó aterrorizada.

—¡Rápido! Ayúdame a tatar las heridas.

Tras intentar vendar la mano que peor estaba, limpiamos todas las heridas que tenía en la espalda con extrema precaución. Diez minutos después, el médico, que tenía contratado desde hacía varios años, apareció dándome un respiro que ni yo mismo sabía que necesitaba.

—¡Dios mío, señor O’Kennedy! —Me miró horrorizado.

Tiró su maletín en lo alto de la cama, sin dañarla a ella. Lo abrió con rapidez y comenzó a sacar miles de utensilios para intentar curarla.

—Tiene el pulso muy débil, no sé si...

—Inténtelo —sentencié.

—Creo que lo mejor sería..., quizás..., que la llevase a un hospital —dudó por un instante—. Señor, si se queda aquí no sé si sobrevivirá. Tiene demasiadas contusiones y habría que realizarle varias pruebas para comprobar que no tiene nada dañado que no veamos.

—Salve a mi mujer y podrá marcharse de esta casa. —Le miré fijamente—. De lo contrario, despídase de su vida.

Salí del dormitorio dando un portazo, dejando a Sinéad con ella. Saqué el teléfono de mi bolsillo, justo en el momento en el que escuché la puerta de la entrada abrirse. Bajé las escaleras de cuatro en cuatro y me encontré de frente

con mis hombres: Frank, Jackson y Ryan.

—¿Dónde está? —pregunté desencajado.

Ninguno contestó. Así que me obligué a preguntarlo más alto, porque más claro era imposible.

—¿¡Que dónde cojones está!?

Llegué a su altura y les contemplé desafiante, hasta que Ryan comenzó el primero a hablar:

—Señor..., buscamos por los alrededores de la nave industrial y ya no había nadie. Se hicieron una gota de agua.

Solté un bufido que heló el mismo polo norte. Pasé mi mano derecha por el mentón, y después agarré el puente de mi nariz para pensar, necesitaba pensar...

—Quiero que lo busquéis hasta debajo de la tierra, y cuando lo hagáis...

—Les miré sin pestañear—. Quiero que lo traigáis sin un solo rasguño.

Los tres asintieron. Dejando las órdenes claras, me encaminé hacia mi despacho cuando escuché al gilipollas de Frank abrir la boca:

—¿Cómo está la señora?

—El médico la está atendiendo ahora mismo.

—¿Dónde?

La pregunta hizo que me paralizara. Me giré hecho un basilisco y lo fulminé con la mirada.

—¿Acaso tengo que darte explicaciones de dónde está también? —bufé.

—Lo siento, señor —se apresuró a decir.

—¡Fuera!

Les señalé la puerta de la calle con los ojos a punto de salirse de las órbitas y acto seguido, desaparecieron sin rechistar.

Tiempo atrás Frank había sido mi mano derecha, pero lo que él no sabía es que hacía tiempo que había dejado de serlo. El mismo que tardó en tirarse a mi mujer a escondidas y como un perro con el rabo entre las piernas, se pensaba que yo no estaba al tanto. Y qué equivocados estaban... Sabía tantas cosas...

Entré en mi despacho, fui a la vitrina que se encontraba en una de las esquinas y saqué la primera botella que encontré sin importarme de qué fuera. No me molesté ni en coger un vaso, el líquido acababa de traspasar mi garganta.

Bien era cierto que no me preocupaba por Taragh nunca, o por lo menos a

sus ojos no lo hacía. Pero ella, de una manera u otra era mi mujer, y lo que era mío no lo tocaba nadie, o tarde o temprano, acabaría pagándolo.

Hacía seis años que habíamos llegado a un acuerdo matrimonial. Ella sería mi esposa de cara a la galería, tendría todas las comodidades habidas y por haber, pero solo tenía que cumplir una cosa: no podía traicionarme. Obviamente tenía un interés mayor por ella, pero eso de momento, no tenía por qué saberlo. En un futuro quizás, se enteraría de más cosas que ahora mismo no tenían demasiada importancia.

No sabía por qué habían cometido con ella semejante atrocidad y necesitaba que despertase cuanto antes, para poder entender la razón por la que Kellan la había herido de aquella manera. Cuando hasta hacía unos años, habíamos llegado a hacer negocios incluso juntos. Oí cómo llamaban a la puerta de mi despacho, alcé la vista y me levanté con rapidez.

—Señor, suba —murmuró Sinéad.

Asentí dándole las gracias por venir a buscarme y llegué al dormitorio segundos después. El doctor apuntaba en una carpeta algo, cuando me vio, la cerró de golpe y me observó.

—Señor O’Kennedy, su mujer presenta varias heridas leves en la zona de la espalda. No es nada grave que no se pueda curar con el tiempo. El corte que tiene en la cara es superficial, y no es necesario darle puntos, pero la mano... —le insté para que continuara—. He tenido que poner cuatro puntos para cerrar la herida, le costará un tiempo poder recuperarse y según vaya avanzando, veremos si no ha perdido sensibilidad en ella. No hay síntomas de que haya afectado a ningún nervio, pero sin el equipo necesario es imposible saberlo a ciencia cierta.

Asentí de nuevo mirándola. Tenía la cara hinchada, uno de sus ojos estaba casi cerrado y el color que reflejaba no tenía buena pinta.

—Aquí le dejo una pomada para los cardenales que tiene en el ojo, en los hombros, en las caderas... —Me contempló de nuevo con temor—. Señor... —dudó.

—Hable de una maldita vez.

Asintió y suspiró ante mi rugido.

—He encontrado restos de semen..., quizás en unos días sea conveniente hacer un análisis de nuevo para verificar un posible embarazo.

Le temblaba la voz. Yo en cambio temblaba de rabia.

—No se preocupe, doctor, creo que toma precauciones —realmente no lo

sabía— y si no es así —le miré detenidamente—, yo mismo le sacaré a ese niño con mis propias manos.

Vi cómo tragaba saliva. Le invité a que saliera de la habitación, y este lo hizo sin rechistar. Sinéad, atenta a todo, le esperaba tras la puerta para acompañarle a la salida.

—Paga al doctor, Sinéad.

Ella asintió y cerró la puerta dejándome solo con Taragh. Me senté a su lado y cogí mi cara con ambas manos, tenía que soltar la rabia acumulada de alguna manera, o moriría allí mismo.

Entré en el cuarto de baño que tenía en la misma estancia y me eché un poco de agua en la cara. Me miré en el espejo y lo único que vi, fue el reflejo de un monstruo. En eso era en lo que me había convertido con el paso de los años, en un tirano sin corazón que solo ansiaba el poder y, por culpa de eso, personas como Taragh, lo estaban pagando. Personas que ni siquiera sabían a qué me dedicaba en realidad. No era alguien honrado precisamente, pero odiaba las injusticias y, aunque no sintiera nada por ella, o eso era lo que pensaba, llevaba seis años a mi lado, seis años en los que yo no había dejado de despreciarla cada día y sin saber por qué, esos pensamientos me golpearon con fuerza la mente.

Tenía mis intenciones desde el primer día, pero ¿realmente no había nada más? ¿O acaso me estaba intentado acorazar de alguna forma contra un sentimiento mayor? No lo sabía, y lo que tenía claro era la ira que emanaba de mi cuerpo en aquel preciso momento.

Golpeé con tanta fuerza el cristal que estaba delante de mí que se hizo añicos. Bufé como un energúmeno y a continuación mi puño comenzó a golpear con tanta rabia el mármol de lavabo que pensé que se me estaban partiendo todos los huesos de la mano.

Tres días después, tras notar una mejoría considerable por parte de Taragh, el médico decidió bajarle la morfina que estaba poniéndole con un gotero para evitar que los dolores fueran a más. A altas horas de la madrugada, salí de mi despacho y me acosté en la misma cama que llevaba durmiendo desde que llegó. Todavía no se había percatado de mi presencia por las noches, y ansiaba el momento en el que despertara. No sé si para que se diera cuenta o simplemente para sacarla de sus casillas como habitualmente solía pasar.

Cuando por fin conseguí conciliar el sueño después de llevar demasiadas

horas intentando dar con el paradero de Kellan, por fin pude olvidarme del escabroso día que llevaba a cuestas. No había permitido que ninguno de mis hombres entrara en mi habitación, y lo hice por una sencilla razón: para que Frank no pudiera verla hasta que a mí me diera la gana. No sabía qué era lo que me molestaba más, si el simple hecho de que se estuviesen acostando o que él, como un imbécil, se estuviera enamorando de mi mujer.

Me incorporé de golpe en la cama cuando la escuché gritar. Encendí la lamparita que se encontraba en la mesita de noche y me giré preso del susto que me había llevado. La contemplé. Estaba con los ojos cerrados, gritando de manera desgarrada, y me percaté de que lloraba sin control. No entendía nada de lo que estaba diciendo, excepto cuando gritaba a pulmón abierto: «No...».

Esas simples palabras me hicieron saber al instante qué le ocurría. De nuevo, volvía a tener pesadillas del pasado... Otra vez, el dolor le desgarraba el alma.

La cogí por los hombros y la zarandé un poco para que despertara, pero nada de eso surgió efecto.

—¡Taragh!

No contestó. Se dedicó a patlear entre las sábanas, destapándose por completo y dejando su cuerpo blanquecino sin protección ante mí. La abracé por la espalda cuando empezó a escurrirse por la cama, dando patadas en todas las direcciones.

—¡Tranquilízate! —bramé.

Al escuchar mi tono de voz, abrió los ojos de golpe, se giró y me contempló con una expresión que no supe descifrar. Apoyó una de sus manos en el colchón, miró a su alrededor sin entender nada, y después me observó a mí. Para ser claros, admiraba su belleza salvaje, su cuerpo y su carácter, y en ese momento parecía una diosa desnuda en mi cama.

Nos separaban tan pocos centímetros que no sé lo que me impulsó a coger su mano con firmeza y tirar de ella hasta que prácticamente la arrastré y quedó entre mis piernas. Noté cómo mi miembro crecía a pasos agigantados, cogí su cara con una sola mano y la besé.

La besé con tanta rudeza que ni yo mismo entendía por qué me comportaba con ella de esa manera, cuando lo que menos necesitaba en aquel momento era a una bestia. Ignoré las lágrimas que habían caído en su rostro presas de la pesadilla, y cuando se resistió para que mi lengua entrara en su

interior, lo único que hizo fue que mi impaciencia creciera.

Agarré su cintura hasta que la conseguí colocar encima de mí. Peleaba como un salvaje, intentando deshacerse de mis brazos de cualquier forma, pero no se lo permití. En uno de los forcejeos, le dio una patada a la lamparita de noche y esta cayó al suelo haciéndose mil pedazos. Apresé sus piernas con las mías, dejándola encajada justamente donde quería. Con una de mis manos cogí sus muñecas y la miré con intensidad.

—¡Suéltame! —grito enfurecida.

—No quiero —recalqué las dos palabras.

Al ver que no conseguiría nada, mantuvo la conexión con mis ojos que apenas se veían por los escasos rayos de la luna que entraban por la ventana. Noté su sexo húmedo con la punta de mi glande que llamaba a su puerta de forma insistente, y cuando menos lo esperaba, ella intentó separar un poco las piernas para permitirme el acceso.

Nuestra conexión no se rompió en ningún momento. Sentí mi verga resbalar por sus paredes, a la vez que ella involuntariamente se arqueaba. Deseaba con todas mis fuerzas verla gemir en mis brazos, algo que hasta el momento no había conseguido desde hacía seis años, ni una sola vez. Era una mujer fuerte, y aguantaba cualquier pulso que le echaran.

Mis músculos se tensaron cuando empezó a moverse de forma acompasada y ruda. Subía y bajaba a una velocidad inquietante mientras resbalaba con una intensidad prohibida. Sus caderas iban intensificando el ritmo, noté que temblaba, podía sentir cómo su sexo absorbía todo de mí pidiéndome a gritos más y más. Alcé las caderas con ímpetu, agarrándola del trasero, un pequeño suspiro emergió de sus labios cuando posicioné mi boca en su cuello, y creí perder toda la cordura que me quedaba pensando en que había llegado el momento de escucharla de verdad. Pero no fue así...

Escondió su cara en mi cuello en cuanto su cuerpo comenzó a temblar bajo mis manos, y un gruñido salvaje escapó de mi garganta derramándose por completo en ella. Ese acto, por su parte, como de costumbre me enfureció. Con la respiración agitada y a punto de echar espumarajos por la boca, levanté su cuerpo con brusquedad, y la lancé a mi lado. De reojo vi cómo se sorprendía por mi actitud inapropiada dado el momento, pero me dio exactamente lo mismo. Me levanté de la cama, agarré mi bata granate y salí de la habitación pegando un fuerte portazo.

Taragh

Condado de Clare

Nunca me habían atemorizado los ocho kilómetros, ni sus doscientos cuarenta metros de altura que se extendían sobre el océano Atlántico en el litoral occidental del Condado de Clare. Me senté en uno de los bordes, viendo las abruptas e impresionantes rocas que se alzaban ante mí. El aire frío cortaba mis mejillas, notaba cómo me escocía la cara, pero no importaba, en ese momento no lo hacía. El césped y la tierra se mezclaban bajo mis piernas, moví los pies con indiferencia y de nuevo, observé la maravillosa belleza de aquellos acantilados en Moher, que me quitaban el aliento cada vez que los veía.

Tenía una pequeña casa que compré años atrás para desconectar de todo, incluido Cathal que, algunas veces, me agotaba más de lo que quería aparentar. Era sencilla, de una sola planta y disponía de todo lo que necesitaba para pasar unos días; un dormitorio, un salón con una cocina independiente, un baño y una diminuta buhardilla donde guardaba algunas cosas sin importancia.

Observé cómo las olas rompían con rabia en sus exuberantes paredes, que se alzaban impetuosas, creando una vista inmejorable cada vez que la marea las arrastraba hasta los acantilados. Miré un punto fijo en el agua, grabando en mi memoria cada resquicio de aquel sitio, era simplemente maravilloso. Intenté que los malos recuerdos y la angustia que en ese momento paseaba por mi mente, con total libertad, desapareciera. En ese preciso instante, me planteé la posibilidad de tirarme al vacío para mezclarme con sus aguas y que, de esa manera, todo terminara de una maldita vez.

Esos pensamientos se fueron con la misma rapidez que llegaron, cuando recordé a la persona que más odia en el mundo: mi marido. Y es que yo sola me contradecía una y otra vez, ya que algunas veces ansiaba llegar al final de mi meta, y otras parecía que el mundo se escapaba de mis manos y me daban

ganas de morir cuanto antes.

Noté una presencia a mi lado, no me importó y tampoco levanté la vista de donde la tenía depositada. Kathleen se tiró al suelo para sentarse junto a mí, y optó por posicionarse de la misma manera en la que me encontraba. Juntó sus rodillas y se las llevó al pecho para después apoyar su barbilla en ellas.

—No sabía que estabas aquí... —murmuró apenada.

—Entonces, ¿cómo me has encontrado?

Mi tono salió demasiado sarcástico, algo que no pretendía.

—Tu marido me ha llamado.

Sonreí con ironía, esta vez a posta.

—Y, ¿qué se supone que quiere el «todopoderoso O’Kennedy»?

—Saber dónde estás. —Silencio—. Pero le he dicho que no tengo ni remota idea de dónde te encuentras.

—Y deduzco que tú, ya sabías que estaba aquí.

Giré mi rostro para contemplarla, estaba demasiado seria. Ella solo asintió.

—¿Dónde está Nial? —Me interesé.

Nial era su hijo. Tenía tres años, y lo estaba criando ella sola, junto a su madre que era lo bastante mayor como para poder ayudarla en algo. Kathleen no había tenido una vida fácil, aunque tampoco la buscó. Dejó la prostitución cuando se quedó embarazada al enamorarse de uno de sus clientes, y este, al enterarse del embarazo, la abandonó a su suerte. Nunca más supo nada de él. Lo pasó realmente mal y, en esos momentos, yo apenas la ayudé a superarlo. Ni siquiera le dejé mi hombro para que llorara, y a día de hoy seguía sin entender por qué se preocupa tanto por mí, cuando no era recíproco.

—Está en casa con mi madre, tiene muchas ganas de verte.

Asentí, y volví mi rostro al hermoso acantilado.

—¿Estás así por lo del secuestro?

Negué.

—Taragh, por favor, habla conmigo, todo te será más fácil —casi me suplicó.

—Lo del secuestro me importa una verdadera mierda, Kathleen.

Mi tono tajante hizo que se callara y mirara al horizonte también.

—Es por... —calló cuando mis ojos se clavaron en ella fulminándola—.

¿Otra vez estás teniendo pesadillas?

—Sí —contesté en un susurro apenas audible.

Su cara entristeció, y unas tenues lágrimas asomaron en sus ojos.

—Taragh..., el pasado, pasado está y nada vas a poder hacer para cambiar algo. Tienes que pasar página y ser feliz, o por lo menos intentarlo.

—Seré feliz cuando mi marido muera o cuando lo haga yo.

Sus labios volvieron a sellarse, esta vez pude contemplar de reojo cómo lloraba en silencio por mi comentario. Era buena persona para estar conmigo, y cada vez que ese pensamiento cruzaba mi mente, me alejaba de ella tanto tiempo que en ocasiones no recordaba ni su voz.

—Si necesitas hablar, ya sabes que yo siempre estaré aquí para...

—¿Qué quieres que te cuente, Kathleen? —La miré con rabia—. ¿Quieres que te diga la vida de mierda que llevo con mi marido?, ¿o que te cuente la de personas a las que he disparado sin sentir ni un solo remordimiento? —no contestó—. ¿O, quizás quieras que te diga que mis días no hacen más que empeorar porque no consigo lo que quiero?, o también puedo decirte —ironicé con rabia—, que no sé si prefiero acostarme esta noche y no levantarme nunca más, ¿qué coño quieres que te cuente?! —Estallé.

Vi cómo agachaba la mirada y se limpiaba parte de las lágrimas que ya caían sin control por su cara, y ese gesto me desesperó tanto que creí que la mataría allí mismo. ¿Por qué cojones lloraba ahora? No me molesté ni en preguntarle, me levanté veloz, encaminándome hacia mi humilde casa para permanecer en la soledad que más necesitaba. Era todo irónico, ansiaba el poder que albergaba Cathal, pero tenía una casa de apenas treinta metros cuadrados cerca de los acantilados de Moher...

—Todo es por mi culpa... —musitó.

Ordené a mis pies que pararan el paso cuando la escuché. Giré sobre mis talones y, sin moverme del sitio, la inspeccioné. En ese mismo instante, me di cuenta de que algo la carcomía por dentro.

—¿Cómo que todo es por tu culpa? Explícate, Kathleen —exigí.

Me miró con los ojos inundados en lágrimas, pero no se levantó de su sitio.

—Hay una cosa que no te conté hace años...

Achiqué los ojos instándola a seguir. Tragó saliva y prosiguió, mientras tanto, yo comenzaba a apretar mis puños de manera considerable, sintiendo cómo las uñas se clavaban en las palmas de mis manos. Estaba segura de que su revelación no iba a gustarme para nada.

—Hace seis años, cuando tus padres fallecieron... —No pudo mantenerme la vista, y miró hacia el suelo—. Cathal me llamó para exigirme que me acompañaras ese día...

Elevó sus ojos hinchados, yo, en mi caso, giré la cara un poco para intentar no perderme ni un solo detalle. Mi rostro, no mostraba ninguna emoción.

—Me pagó cien mil euros —murmuró avergonzada—. No sabía qué intenciones tenía, ni mucho menos, te lo juro. Yo estaba mal de dinero y la oferta... —Se mordió el labio con inquietud—. ¡Joder! Lo siento muchísimo, Taragh. Sé que debí contártelo y no tenía que haber aceptado sin más, pero pensé que sería una posibilidad para ti, para tu futuro y...

Movió la cabeza con desesperación y se llevó las manos al rostro. Se levantó del suelo e hizo el amago de venir hacia mí, cuando yo retrocedí dos pasos.

—¡Joder, dime algo! ¡Pégame! ¡Haz lo que sea, pero háblame!

Y no fue así.

Le eché un último vistazo y me giré de nuevo para encaminarme hacia mi casa. Si seguía allí la mataría con mis propias manos y ese era un pensamiento demasiado retorcido para llevarlo a cabo.

—¡Taragh! —me llamó a pleno pulmón.

No se movió del sitio. Entré en la casa pegando un tremendo portazo, haciendo que la puerta de madera antigua rugiera bajo el golpe. Avivé el fuego, lo suficiente para que la chimenea no dejara de calentar el hogar, y me senté en el pequeño sofá que adornaba la estancia, pensando y pensado en por qué narices Cathal le había propuesto ese trato hacía años. Otra cosa más que se sumaba a mi lista de preguntas.

Esa noche no conseguí conciliar el sueño. Después de llevar horas y horas, sentada en aquel sofá, me levanté para prepararme algo caliente con lo que alimentar mi cuerpo, ya que llevaba todo el día, desde que había salido a las seis de la mañana de la mansión, sin hacer el mínimo ruido para que nadie se percatara de mi ausencia, sin comer.

Mi labor se vio interrumpida cuando unos tremendos golpes en la puerta de entrada me asaltaron, dándome un susto mayúsculo. Me acerqué y me paré tras ella, pensando en si abría o no. Hasta que de nuevo volvieron a resonar.

—¡Taragh, abre la puta puerta o la tiraré abajo!

Cathal.

¿Cómo demonios me había encontrado? Suspiré varias veces hasta que al final supe que no tendría escapatoria. Abrí con lentitud, cuando la puerta llegó a la mitad, Cathal le propinó un fuerte manotazo y entró como un vendaval. Afuera llovía con furia, y los relámpagos crujían con una intensidad desbordante.

Como un loco, entró e inspeccionó toda la vivienda buscando algo o a alguien que obviamente, no encontró.

—¿Se puede saber qué cojones haces aquí? —gritó fuera de sí—. ¿De quién es esta casa?

No le contesté. Se acercó a mí con paso ligero, me cogió del cuello y me estampó contra la puerta que todavía permanecía abierta.

—Contéstame —ordenó con tono firme.

—A ti te importa una mierda de quién sea esta casa —escupí con rabia.

Sus ojos se achicaron tanto que creía que me mataría en aquel preciso instante. Con el mismo agarre, me soltó en la calle haciendo que toda mi ropa se empapara en segundos, cerró la puerta y me dejó bajo la inmensa lluvia que calaba hasta mis huesos.

Aporree la puerta en repetidas ocasiones, pero no me abrió. Mis dientes castañeaban, mi pulso se aceleró y el frío me estaba consumiendo poco a poco. Me dirigí hacia mi coche que estaba aparcado en la puerta, y por el que seguramente me habría encontrado. Él sabía de sobra que muchas veces cuando necesitaba despejarme, venía hasta los acantilados. Quitó mi camiseta calándome más si es que podía, y la lió en mi mano derecha para propinarle un puñetazo al cristal del copiloto.

Miles de fragmentos saltaron en mis manos y en el interior del coche, abrí el pestillo y, con cuidado de no cortarme, me senté en el asiento del conductor. Abracé mi cuerpo en un intento en vano por calentarme. La única opción que me quedó fue pensar que si puenteaba el coche, podría alejarme de allí a toda prisa, sin que pudiera alcanzarme. Más adelante, ya vería cómo lo solucionaba. Y así lo hice. Abrí la tapa que se encontraba debajo del volante y saqué todos los cables que ocupaban aquel pequeño espacio. Mientras recordaba mentalmente cómo Frank me enseñó a hacerlo, la puerta de mi lado se abrió y un hombre con cara de pocos amigos agarró mi pelo con fuerza y me sacó a rastras del vehículo.

—¡Suéltame! —grité mientras pataleaba en el suelo.

No me hizo ni caso. Arrastró mi cuerpo llenándolo de barro hasta que

llegamos de nuevo a la casa. Cerró de un brusco portazo, y después me arrojó cerca de la chimenea. Apoyé mis manos en el suelo, clavándome algunos trozos de madera que había esparcidos, le miré con rabia, y con toda la valentía que pude me levanté desafiante bajo sus expectantes ojos que echaban fuego.

—Eres un hijo de puta... —siseé.

De mi garganta salió un grito de odio que ni yo misma esperaba, y me lancé encima de él con los puños cerrados. Comencé a golpear su pecho con ímpetu, pero en su rostro solo veía reflejada una sonrisa tirana que no quitó en ningún momento. Elevé la rodilla y justamente le di en medio de las piernas, provocándole un dolor que hizo que su cara se contrajera. Me observó con rencor, y después apresó mi cuerpo dejándome de espaldas pegada a su pecho. Finalmente, agarró mis dos brazos que cruzó entre sí para que no pudiera moverme.

Estaba fuera de sí, no veía más allá de herirle de cualquier manera, e incluso si tenía la oportunidad de matarle allí mismo, lo haría. Pataleé de nuevo intentando que me soltara, eché mi cabeza hacia atrás para golpearle de cualquier forma, pero me fue imposible.

—¡Ya basta! —bramó encolerizado.

No cesé. Seguí intentándolo hasta que percibí cómo mis fuerzas menguaban por el sobreesfuerzo, mi respiración estaba agitada, mi corazón parecía querer escaparse de mi pecho y el aire ya no llenaba mis pulmones. Dejé de hacer presión para que se confiara, pero era un hombre demasiado astuto como para creerse aquella patraña barata, con él no funcionaban las cosas así. Ya me lo había demostrado en varias ocasiones, y lo raro era que no se hubiera defendido, porque estaba claro que, aunque yo poseía una fuerza inhumana en ciertas ocasiones, él podría terminar con mi vida con un solo puñetazo que me diera.

Conmigo a cuestas, llegó hasta la chimenea y cogió el atizador que se encontraba en el suelo. Me miró con una amenaza clara en el rostro, y después me soltó haciéndome un gesto para que me sentara en el sofá. Agarró con fuerza el atizador y lo elevó para desafiarme.

—Me considero una persona con muy poca paciencia, y tú, ya estás llegando al límite de acabar con ella.

—¿Para qué has venido? —pregunté con rabia.

Arqueó una ceja, puso sus dos grandes manos sobre la mesa y me miró

desafiante. Exhaló un suspiro gigantesco, para después agarrar el atizador con más fuerza.

—¿Desde cuándo sales de la mansión sin avisar? —bramó.

—Desde que me da la gana. Te recuerdo que tú no eres mi dueño.

—Mientras vivas bajo mi techo, ¡sí! —aseguró mordaz.

Le contemplé con tanto odio, que creía que de mis orejas saldría humo en cualquier momento.

—Quiero saber todos los detalles de lo que pasó con Kellan.

Lo sabía. No había venido a por mí porque estuviera preocupado ni mucho menos. Como siempre, sus intereses ganaban la partida.

—¡Contéstame! —gritó como un energúmeno.

Cathal y sus modales. No hubo una sola vez, en los seis años que llevábamos, en los que le hubiera visto hablarle bien a alguien.

—¿Qué quieres saber exactamente? —Arrugué mi entrecejo.

—Dónde estabas.

No preguntó, exigió, típico.

—En Dublín.

Me instó con la mirada para que continuara. Mi pasotismo le estaba desesperando.

—Me dieron un fuerte golpe y perdí el conocimiento. Después no sé qué pasó, ni sabía dónde estaba ni nada. ¿Contento? —ironicé.

Negó con la cabeza.

—Dime la verdad, Taragh... —siseó.

Tomé un largo suspiro y decidí ser sincera. Total, no sabía ni por qué Kellan había venido a por mí y no a por él directamente.

—Me preguntó que si habías recibido algo en casa. Se le veía muy interesado.

Achicó los ojos.

—¿Que, qué?

Giró un poco el rostro para escucharme mejor, puse los ojos en blanco y se lo repetí de nuevo, recalcando cada palabra.

—¿Y qué le contestaste? —Volvió al ataque.

Su rostro no mostraba ninguna emoción, pero sabía que Cathal tenía en cuenta que el día que le llegó la enorme caja, yo estaba desayunando en el mismo sitio que él.

—Que no sabía nada, ni había visto nada.

Durante unos segundos permaneció quieto, observando cualquier gesto que me delatara, y en una ocasión, achicó los ojos más de la cuenta esperando que me pusiera nerviosa. Cosa que no llegó, puesto que en este caso, no le estaba mintiendo.

—¿Y qué más?

—Nada más. Me preguntó lo mismo tres veces, y a la tercera perdió los nervios.

—Demasiado tardó en perderlos —afirmó.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar sumido en sus pensamientos. No preguntó nada más ni «¿Qué te hizo, qué te deshizo?». . . Le importaba una mierda si me había estado follando hasta desmayarse. Por él como si me hubiera cortado la mano.

—Nos vamos —pronunció después de un rato.

—Yo no me voy a ningún sitio.

Sonrió con malicia, se acercó al sofá y agarró mi codo con ímpetu. Me cogió con una sola mano por la cadera y me sacó al exterior de la calle sin importarle que la puerta se quedara abierta y las luces encendidas. Mis pies no tocaban el suelo, lo hicieron cuando llegamos a su coche.

—Sube —ordenó.

Abrió la puerta sin apartar sus fieros y cabreados ojos de mí. Le fulminé con la misma intensidad que él lo hacía y entré.

—¿Qué pasa con mis cosas y mi coche? —pregunté contemplando la carretera.

No me respondió.

Maureen

Dublín

Estaba satisfecha. Es más, estaba orgullosa de mí misma. Pocas veces alguien te felicitaba tan a menudo por un trabajo. Y si ese trabajo había sido el resultado de tantos meses de investigación y esfuerzo, la verdad era que valía la pena.

Debo reconocer que la experiencia del Fomoré fue algo surrealista para mí, y para cualquiera que hubiese estado en mi pellejo. De hecho, el tema de Áine, muchas veces me sobrepasaba. Sus corrientes de aire alrededor de mis pies y mis sueños con otras «hadas», cada vez eran más comunes y debía dar parte a Byrne, cada vez que me sucedía.

Debido a mis constantes viajes a Dublín, la Organización creyó oportuno cederme uno de sus pisos francos en la ciudad. Nunca entendí por qué había ocasiones en las que Saoirse, no podía ser partícipe de algunos de aquellos viajes que yo realizaba a la capital, aunque fueran puntuales. Jack me aconsejó que nadie de mi entorno lo supiera. A excepción de mi abuela, claro estaba.

El anillo reposaba en el primer cajón de la mesita de noche y muchas veces era el protagonista de mis desvelos. Sin lugar a dudas, aquel objeto debía de tener un poder. Solo faltaba saber cuál era. Mentalmente volví a repasar el instante en el que bajé al camarote del Ádh mór. La mesa, la barrica, la estantería, el cuadro con aquel escudo esculpido de madera... El escudo. Me era demasiado familiar y todavía no había conseguido averiguar dónde lo había visto antes.

—Buenos días.

Cada mañana recibía la primera frase del día por parte de mi amado en el teléfono. Por muy lejos que él estuviera, siempre lo sentía cerca.

—Buenos días —esbocé una sonrisa al contestarle.

—¿Cómo has dormido hoy?

—Pues, ¿cómo quieres que despierte, si no has dormido junto a mí? Mal,

como siempre que dormimos separados.

—Créeme cariño, que nada me agradaría más que estar junto a ti. ¿Cómo van las maniobras?

Había mentido a Aidan (como siempre) referente al tema de mi misión en el Fomoré. La verdad era que hacía dos semanas que había vuelto a la capital y todavía no se lo había dicho. Byrne me había asignado traducir el libro que encontré en el barco y no estaba dispuesto a que volviera a Cork tan pronto. Al menos debía traducir lo más importante y luego podría volver a casa y continuar con el resto.

—Bien —resoplé.

—Ese «bien» no ha sonado demasiado sincero.

—No, es solo que tengo un equipo del ejército noruego con nosotros y chocamos bastante.

Estaba convencida de que algún día la lengua se me llenaría de llagas por tanto mentir.

—No exageres. Te prometo que en cuanto llegues a Dublín, haré todo lo posible por ir a verte y yo mismo te traeré a Cork.

—¿Lo dices en serio? —Me levanté de golpe de la cama y me apoyé en el cabecero.

—Te lo prometo. Se lo diremos a mi hermana y nos alojaremos allí.

—Estoy deseando verte...

—Y yo a ti, pequeña.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Y colgó.

—Byrne, ¿cuándo podré volver a casa?

—Vamos mejorando. —Me miró de reojo y sonrió—. Llevas cuatro días sin hacerme esa pregunta.

—Lo digo en serio. Necesito volver a casa, de verdad.

—¿Para verte con Aidan? —preguntó Jack con sorna.

—Por ejemplo. —Le hice una mueca alzando mis cejas al máximo—. Tú, como no tienes a nadie que te espere... —Le devolví la pelota.

—No seáis críos. —El jefe intentó poner paz—. La verdad es que todos estamos cansados. Es martes, espero que para el próximo lunes, ya hayamos podido terminar parte del libro —se dirigió a mí.

—¿Y si termino antes?

—No te aseguro nada. Pero podría darte un permiso de cuatro días y volver para cuando el Ádh mór estuviera de vuelta en Dublín. Los equipos que están intentando sacarlo a flote tienen bastantes esperanzas en que puedan acabarlo de ajustar, y llevarlo a la superficie esta misma semana. Solo falta saber cuánto tiempo tardarán en traerlo. Así que te quiero aquí en cuanto atraque el barco en el puerto. ¿Entendido? —me amenazó apuntándome con el dedo.

—Deme el libro y déjeme ponerme con ello.

En cuanto llegué a casa, llamé a Aidan y le dije que podríamos vernos la próxima semana, pero no podría volver a Cork, ya que solo disponía de un permiso de cuatro días. Al día siguiente se puso en contacto con su hermana y aquel mismo fin de semana disfrutábamos de la compañía el uno del otro.

—Nunca creí que sería tan duro estar tanto tiempo lejos de ti —me confesó al entrar por la puerta.

—Chis. No digas nada, no perdamos el tiempo. Tu hermana volverá en un par de horas —le corté mientras le desabrochaba la camisa.

—Dios, Maureen, te he echado tanto de menos... —Su boca devoraba la mía con ansia.

—Yo también, mi amor, pero sabes que esto es importante para mí y para nuestro futuro. —Mis dientes mordían su labio inferior y mis manos comenzaban a desabrochar su cinturón.

Al caer en la cama, nuestros cuerpos ya estaban totalmente desnudos y nuestras manos no hacían más que recorrer los cuerpos que tanto anhelaban. Regueros de besos y roces voluntarios se habían convertido en nuestros únicos objetivos. Sobraban las palabras. Aquello no podía cesar.

—Veo que es cierto. —Posó su mano en mi sexo y lamió sus dedos—. Me has echado de menos y alguien ahí abajo está contento con el reencuentro.

—Oh, calla, y sigue besándome. —Puse mi mano en su nuda y lo acerqué más a mí.

Si hubiera sido en otras circunstancias, habiéramos perdido el tiempo con caricias y arrumacos. Pero aquel momento era de desesperación pura. No tardó en abrir mis piernas y comenzar a embestirme de tal manera que mis gemidos se hicieron algo más sonoros de lo normal. Aquel era un Aidan que raras veces hacía acto de presencia, pero cuando se volvía salvaje, lo disfrutaba más de lo que jamás podría imaginar.

—Lo siento, cariño, pero voy a saciarte hasta que tu cuerpo diga basta —me susurró en la boca.

—Ardo en deseos. No pares, te lo suplico.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Mis piernas se enrollaron en su cintura; aquellas embestidas eran gloria divina. Hubo un momento en que oímos que alguien entraba en casa. Supusimos que sería Saoirse o Connor, pero como teníamos la puerta cerrada, no le dimos demasiada importancia. Ellos entenderían que aquel era nuestro momento.

De repente el teléfono de Aidan sonó.

—No lo cojas, por favor —supliqué antes llegar al orgasmo.

—No pienso dejarte a medias. —Sonrió a medida que embestía—. Ya puede ser Dios bajando a la tierra, que no pienso hacerle ni puñetero caso.

El supuesto «Dios», volvió a llamar tres veces más, y una vez los dos estuvimos extasiados, Aidan decidió coger el aparato algo fastidiado.

—Diga —contestó secamente—. Sí, soy yo... —En aquel momento abrió mucho los ojos y se puso en pie exaltado—. ¡¿Qué coño...?! ¡¿Dónde estás?! ¡¿Qué quieres?! ¡¿Verme?! ¡¿Para qué?! —De repente miró a la puerta, cogió la sábana y decidió salir del dormitorio—. ¡Saoirse! ¡Saoirse! —chilló y yo le seguí, quedándome en el marco de la puerta.

—Estoy aquí —contestó su hermana, desde la cocina—. ¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —Aidan se preocupó.

—Claro que estoy bien. ¿No me ves? ¿Con quién hablas?

—De acuerdo. —Volvió a su conversación telefónica—. Te hago saber que no me apetece en absoluto tener esta conversación contigo. Pero cuanto antes hablemos, antes terminará toda esta pesadilla... ¡Oh, no! Ella no viene. Si va ella, no hay trato. —Miró a su hermana fijamente—. ¡Te he dicho que no! —Alzó demasiado la voz para dejarle claro a quien estaba al otro lado del aparato, que iba en serio—. Está bien. Esta noche, a las nueve en el castillo. No tardes. No me gusta esperar. —Y colgó.

Saoirse y yo nos quedamos mudas al ver cómo Aidan inspiraba y espiraba demasiado alto. Estaba alterado y no dejaba de moverse de un lado a otro, hasta que terminó dándole un puñetazo a la pared.

—¡Dios, Aidan! ¡Estás loco! —Se alarmó la joven—. ¿Qué ha sucedido? ¿Quién era?

—¿De veras estás bien? —dijo mirando fijamente a su hermana.

—Te he dicho que sí. Que estoy bien. No sé a qué viene esto. —Le cogió la mano y la examinó por el puñetazo tan grande que había dado—. Te voy a curar eso, pero antes dime quién estaba al otro lado del hilo telefónico.

—Era Mick —contestó secamente con la mirada fija en la mesita del salón.

—¿Cómo?! —exclamamos las dos al mismo tiempo mientras yo salía del dormitorio con una bata que tenía Saoirse tras la puerta.

—Dice que quiere vernos. Evidentemente, le he dicho que tú no ibas a ningún lugar —se dirigió a su hermana.

—Pero ¿qué quiere ahora? ¿No escapó la noche que me liberaron en el parque Phoenix?

—Mira, no sé lo que quiere, pero como sea alguna de sus gilipolleces, te juro que lo mato.

—Ni se te ocurra hacer una locura como esa.

—¿Una locura como esa, dices? Te recuerdo que a punto estuve de irte a llevar flores al cementerio. Y todo por su culpa. Eso es lo que él se merece.

—Pero tú no eres como él —intervine acercándome al sofá y sentándome a su lado.

—Creía que ya lo habíamos perdido de vista y justo ahora que todo nos va bien... tiene que aparecer él. ¡Mierda! —Volvió a enfurecerse.

Tras mucho discutir con Aidan, aceptó que yo le acompañara. Aunque estaba convencida de que lo había hecho para asegurarme que no iba a matar a su padre. Sabía que mi compañía lo tranquilizaría.

Quedamos con Mick en una esquina y, a la hora acordada, el hombre estaba esperando como un clavo.

—Me alegro de verte —dijo el hombre al verle.

—Vamos, no me vengas ahora con cumplidos. —La voz de Aidan era más de fastidio que de querer mantener una conversación cordial con su progenitor—. ¿Qué quieres?

—¿Tomamos una pinta?

—Sí, claro. Y de paso celebramos que nos reencontramos, ¿no?

—Aidan —le cogí del brazo—, déjale hablar.

—Está bien, entremos en el primer *pub* que encontremos.

Tras pedir nuestras bebidas, Mick, algo nervioso, comenzó a hablar:

—Antes de nada, quiero que sepas que no ha sido fácil para mí dar este paso. Pero creo y sé que te debo una explicación.

—No estaría mal. —Aidan se echó hacia atrás en el respaldo de la silla y cruzó sus brazos a la altura del pecho.

—Aidan, quiero que sepas que todo lo que hice fue para protegeros. — Parecía demasiado nervioso, algo que me confirmó cuando no dejó de mirar a todos los lados.

—Pues piénsate dos veces las cosas antes de hacerlas, porque esa vez, te salió como el culo.

—Aidan. —Volví a frenarle.

—Sigue.

—Sé que nunca fui un ejemplo de padre, pero me dejé llevar. Estaba desesperado y Taragh me convenció.

Al oír el nombre de aquella mujer, el vello de la nuca se me erizó y un fuerte escalofrío me recorrió la espalda.

—Ella fue la que me ofreció un trato para ayudarme a matar a Cathal. Reconozco que yo robé los cuatro millones de euros. Taragh se enteró, saldó mi deuda y a cambio tuve que ponerme bajo sus órdenes. Juro que no quería que nada malo os sucediera.

Los ojos de Aidan radiaban un odio que jamás había visto y tampoco imaginé en la vida que vería.

—Créeme cuando te digo que todo lo hice para protegeros a tu hermana y a ti. Con tu madre... no llegué a tiempo. —Bajó la mirada, mostrándose arrepentido—. Fue Taragh quien la mató. —Un sollozo salió de su garganta.

Yo apenas conocía a aquel hombre, pero sus palabras y sus gestos parecían sinceros. En la Organización habían comenzado a darme clases de lenguaje no verbal, y muy buen actor debía de ser aquel hombre para mentir tan bien. Sus ojos miraban en todo momento los de Aidan, y a menudo miraba arriba a su izquierda (recordando escenas). Aquellas eran algunas de las señales que me tranquilizaron y me hicieron saber que decía la verdad.

Tras relatar toda aquella historia, Aidan siguió en silencio. De la misma manera que había interpretado los ojos de Mick, también lo hice con los de Aidan. Los suyos miraban fijamente a los de su progenitor y en ocasiones hacia arriba, mostrando el desprecio que sentía por él. Era tal la rabia que le tenía a su padre, que sabía que se estaba conteniendo por mí.

—¿Has terminado? —Fue lo primero que salió de sus labios.

—Sí. —Mick volvió a bajar la vista, arrepentido.

—Pues si ya has acabado, ya puedes irte por donde has venido.

—Pero...

—¿Qué esperas que te diga? —le cortó el hijo—. ¿Que ya está bien? ¿Que todo ha terminado? ¿Que te perdono? Lo siento, pero tengo demasiadas imágenes duras y escabrosas en mi mente para borrarlo todo de un plumazo. —Se levantó y se encaró con él, siseándole entre dientes—. No tienes ni puta idea de la mierda de vida que he llevado por tu culpa. Mientras los demás niños se dedicaban a jugar y a irse de excursión con sus padres, mi hermana y yo nos quedábamos en la calle o con algún vecino que tenía la suficiente caridad cristiana para acogernos en su casa. Por no hablar de los últimos cinco años. Han sido más duros de lo que jamás podrías llegar a imaginar. Tú estuviste en la cárcel, pero el marrón me lo pasaste a mí. Me pasé horas en el muelle descargando barcos de mercancías. Era yo quien actuaba de *sparring* con los matones de Cathal. Era a mí, a quien perseguían si no entregaba el dinero a tiempo. El dinero que ¡tú! —le escupió aquella palabra en la cara— debías. Yo no debí cargar con toda aquella mierda que solo a ti te pertenecía.

—Te estoy diciendo que lo siento. —Sus ojos entristecieron.

—¿Que lo sientes? —volvió a sisear—. Sal de mi vista. No te digo ni que te perdono ni que no. Pero si tanto bien quieres para mi hermana y para mí, lárgate de nuestras vidas. No vuelvas a aparecer. Y como yo me entere de que vuelvo a tener problemas con Taragh por tu culpa, juro por esta luz que me ilumina, que dejaré que ella misma te corte las pelotas. Vámonos, Maureen.

La mano de Aidan me apretaba con fuerza mientras caminábamos a toda prisa en dirección a casa de Saoirse. Deseaba alejarse lo antes posible de su padre. No había sido un trago fácil para él, y yo había sido testigo. Yo también tenía preguntas. Sobre todo una con nombre de mujer: Taragh. Aquel nombre creía haberlo borrado de mi mente, pero estaba claro que se repetía e intentaba interponerse en nuestras vidas.

—Aidan —le llamé mientras me arrastraba calle abajo—. ¡Aidan! —No me hacía caso, pese a que me tenía la mano cogida—. ¡Aidan! —Paré en seco y me solté de su mano.

Me obedeció y me miró. Apenas fueron unos segundos, en los que nos dijimos muchas cosas simplemente mirándonos a los ojos, y nos fundimos en un gran abrazo.

—Dios, Maureen. Te necesito tanto... —me confesó mientras me abrazaba con fuerza—. Si no hubieras estado a mi lado en este encuentro, le hubiera matado con mis propias manos.

—Lo sé. —Me separé de él, le miré a los ojos y junté mis labios fuertemente con los suyos—. Ya pasó. —Le acaricié la cara—. A partir de ahora todo va a ir bien. Te ha confesado los motivos de sus fallos y el porqué de las cosas. Olvídate de él. Debes tranquilizarte.

El silencio fue el único que habló. Ni una sonrisa, ningún beso más, simplemente un movimiento de cabeza a modo de asentimiento.

No podía conciliar el sueño y sabía que Aidan tampoco dormía.

—¿Te puedo preguntar algo? —dije mientras miraba el techo.

No contestó, simplemente asintió con un leve sonido. Él yacía de medio lado, mirando a la pared.

—¿Taragh fue muy importante en tu vida? —conseguí soltar.

Dio un giro de golpe y me miró de reojo. La luz no estaba encendida, pero la claridad de la farola de la calle me permitió ver la expresión de su cara.

—¿A qué viene eso? —Aquella pregunta no se la esperaba para nada.

—Llámame loca, celosa o como te dé la gana. Pero me da la sensación de que esa mujer siempre va a estar en nuestras vidas.

—¿Qué te hace pensar tal cosa?

—Tu tatuaje, por ejemplo. —Toqué su costado donde estaba grabado el nombre de ella.

—Este tatuaje es la señal de que a veces hacemos cosas sin pensarlas.

—¿La querías?

—Maureen... —Trató de explicarse.

—Puedes decírmelo sin ningún problema. Lo entenderé, de verdad. Es normal que antes de mí hubiera otras mujeres. Creo que en estos años, jamás te he mostrado celos pese a la cantidad de modelos que has fotografiado.

—Fue una época un poco rara. Recuerdo cuando ella salía con John. Yo la miraba y pensaba: «Guau, qué pedazo de mujer» —me explicaba acercándose a mí e invitándome a que me recostara en su pecho—. Ella era capaz de hipnotizar a cualquiera que pasara por su lado. Cuando John y ella dejaron de verse, vino a mí. No tuve ni que llamarla ni hacerle señal alguna. Te mentiría si te dijera que no estaba en una nube estando con ella. Me enseñó mucho. Llegué a hacer verdaderas locuras por ella, y entre esas locuras está este tatuaje. Pero con el tiempo me di cuenta de que lo único que hacía era utilizarme. Taragh no se mueve si no puede sacar provecho de algo. Jamás supe qué quería de mí, pero lo intuía. Y no me equivoqué.

»Un día, de la noche a la mañana, desapareció y cuando la volví a ver era

para que realizara los pagos de mi padre. Me trató como a un trapo y me echó en cara lo que yo sospechaba. Me utilizó para su provecho. Es una mujer con ansia de poder. Por eso, no me ha extrañado nada de lo que me ha contado mi padre esta noche. Ella es así. Pero no debes preocuparte. Sácate esos miedos de la cabeza. Ella jamás se interpondrá entre nosotros y no se meterá en nuestras vidas. Es más, prometo quitarme este tatuaje para que te quedes más tranquila y veas que hablo en serio.

—Gracias —fue lo único que pude decir, antes de apretar nuestros labios y besarnos.

Taragh

Me desperté sobresaltada cuando unos leves movimientos mecieron mi cuerpo. Abrí los ojos de golpe y me encontré con Frank que, asustado, me miraba a mí y después a la puerta de mi dormitorio.

—¡Taragh! ¿Estás bien?

Besó mis labios fugazmente, no me dio tiempo a devolverle el beso, le contemplé sin saber muy bien qué le pasaba, hasta que recordé cómo habíamos llegado ayer...

Cathal me bajó de su coche a la fuerza, cogió mi brazo de nuevo y ese gesto me molestó tanto que me giré para plantarle cara, algo que no me dio tiempo a hacer, ya que ya había tenido suficiente, según él, con el numerito en los acantilados de Moher. A rastras, prácticamente, entré en la mansión bajo la atenta mirada de Ryan, Jackson y Frank. Y este último, a punto estuvo de sacar su arma y disparar a su propio jefe.

—¿Qué cojones pasó ayer?

Estaba enfadado, no era para menos.

—Sabes cómo son los modales de tu jefe, no sé de qué demonios te sorprendes ahora.

—¡Esa no es forma de tratar a nadie! ¡Y mucho menos a ti! —bufó.

Me levanté de la cama para lavarme la cara, tenía los ojos pegados por el cansancio. Desde el cuarto de baño me permití observarle con detenimiento. Era un hombre demasiado atractivo. Su pelo crecía con rapidez en su rapada cabeza, sus brazos lucían fuertes junto a su tez morena y una camisa blanca que realzaba su musculatura. Fruncía el ceño cuando se enfadaba y eso le hacía irresistible.

—Quita esa cara.

Le di con la toalla pequeña de manera juguetona y sonrió. Su perfecta dentadura blanca se mostró para mí, en el mismo momento que cogía mis caderas con posesión para pegarme a él. Posicionó su cabeza entre mis pechos, dejándola reposar durante unos minutos.

—Juro que mataré a ese cabrón lentamente por todo lo que te está haciendo —murmuró entre dientes.

—Solo lo hace cuando le saco de sus casillas.

No sé a qué vino ese comentario por mi parte.

—No le defiendas. —Se molestó.

Cogí su cara con ambas manos y le besé.

—No lo hago, recuerda que el objetivo que ambos tenemos es el mismo —musité en sus labios.

Escuché que alguien subía las escaleras y me separé de él lo antes posible. Se metió en el cuarto de baño, poniendo un dedo en su boca. Sinéad apareció de la nada, tocó a mi puerta ya abierta y miró a través de ella.

—Señora, el señor la está esperando en la terraza de la piscina.

Alcé una ceja pensativa.

—¿Para qué? —espeté.

Movió los hombros en señal de indiferencia. Estaba claro que a ella no se lo iba a decir. Asentí con pesar, a la vez que un resoplido escapaba de mis labios. Ella me observó con miedo y a continuación me hizo una pregunta que no esperaba:

—Señora... ¿está usted bien?

Fijé mis ojos en la anciana mujer que tenía delante. No solo se estaba preocupando por mí esta vez. Aunque en otras ocasiones no lo demostrara con palabras, en sus ojos siempre se reflejaba el dolor que sentía cuando a mí o a Cathal nos pasaba algo. Asentí y no pronuncié una palabra, ella, por su parte, hizo lo mismo y desapareció de mi vista.

Me puse lo primero que encontré encima de una de las sillas que tenía en el dormitorio, y salí a toda prisa para que Frank pudiera salir del baño sin ser visto. Cogí mi teléfono cuando vi que vibraba, era Kathleen, la novena vez que me llamaba esta mañana, pero no se lo cogería. Estaba molesta y agradecida a la misma vez, pero todavía necesitaba tiempo para asimilar su confesión.

Bajé las escaleras con desgana y antes de llegar a la calle me encontré con Ryan. Me observó con atención, pero no dijo nada. Su rostro estaba serio e implacable como el del hombre que tenía delante de mí, viendo el periódico como todos los días. Me senté en la silla y crucé mis brazos a la altura de mi pecho, le contemplé durante unos minutos esperando que hablase, pero no hizo nada. Miró a Ryan y vi de reojo cómo este asentía a la vez que

desaparecía de nuestro campo de visión.

—¿Qué coño quieres? —pregunté de malas maneras.

—Desayuna.

Siempre daba órdenes, y llegaba un punto en el que no las aguantaba más. Prefería pasar desapercibida como lo había estado haciendo durante seis años, y no llegaba a comprender por qué ahora se estaba tomando tantas molestias conmigo. Estaba claro que algo le interesaba.

—Adivino que no quieres que muera de hambre.

Sonrió con malicia.

—Siempre puedo pedirte que le hagas una visita a Kirt.

Alcé una ceja. Él y su león.

—Kirt y yo tenemos buena relación —aseguré a la defensiva para darle en todas las narices.

Conseguí lo contrario.

—Cierto. Casi se me olvidaba.

Voleó el periódico encima de la mesa con tanta fuerza que casi termina en la piscina. Me miró con inquietud, levantó un poco su estrepitoso cuerpo y lo incorporó hacia delante para darle más énfasis a la situación. Sus ojos azules me abrasaron.

—¿Quién tuvo el honor de conocer a nuestro león?

—¿Ahora es nuestro? —Arqueeé una ceja.

—¡Claro! Le has dado de comer —dramatizó.

Cogió su café y le dio un sorbo esperando mi respuesta. Tenía que buscar una escapatoria, y no sabía cómo hacerlo.

—Desacuerdos entre mujeres.

Fue lo único que se me ocurrió, imbécil de mí.

—¿Te crees que soy estúpido? ¿Os peleasteis por un vestido?

Qué pena me daba. Se creía que adoraba las compras, y qué equivocado estaba, porque cada vez que me gastaba tantísimo dinero, era para comprar armas...

—Más o menos, sí, fue así. —Sonreí con malicia.

Arqueó una ceja con diversión y no entendí por qué no preguntó más. Echó hacia atrás su cuerpo marcando todos y cada uno de sus músculos. En ese momento Ryan llegó de nuevo, le hizo un gesto y ambos se dirigieron al pasillo misterioso al que nadie podía acceder. ¿Por qué no llevaba a Frank con él ya?

Quince minutos después, los dos salieron de allí y desde mi posición pude observar cómo Ryan cerraba la puerta sin mirar, y esta se quedaba abierta... No me lo pensé dos veces y cuando entraron en la mansión, me levanté veloz como el viento y entré.

Corrí por el pasillo con la respiración agitada hasta que llegué a la puerta que estaba cerrada el día que la descubrí, y para mi sorpresa, se encontraba abierta. La empujé con un poco de indecisión al no saber qué podría encontrarme dentro, y lo que vi me dejó fuera de lugar.

Era enorme, y no precisamente porque tuviera una gran amplitud, sino porque estaba vacía excepto por cinco vitrinas de cristal de un tamaño mediano, y una mesa en una de las esquinas. La iluminación era escasa y una sola lámpara, en la pared, iluminaba parte de la habitación.

Me acerqué con rapidez a las vitrinas que aparentemente parecían blindadas. Obviamente no me equivoqué cuando llegué a la primera que se encontraba vacía. Sus cristales eran duros y me atrevería a decir que eran exactamente los mismos que se podían encontrar en museos, joyerías y bancos. Una pequeña pero llamativa tabla se posicionaba en una esquina con un teclado, me imaginé que sería para poder abrirlas.

Continué mi camino y las dos siguientes también estaban vacías. Hasta que al llegar a las que se situaban en el fondo, hallé dos objetos dentro de ellas. Mis ojos se abrieron como platos al reconocer la primera: la espada de Nuada.

Conocía a la perfección la leyenda de los Tuatha Dé Danann, y sabía que aquel objeto, según contaban las antiguas historias, pertenecía a ellos. Eran unos seres mitológicos llegados desde las islas del norte que fueron los quintos en invadir Irlanda, el primer día de mayo en la Beltane (fiesta del fuego), y consigo traían supuestamente poderosas posesiones mágicas.

Contemplé con asombro la desgastada y antigua empuñadura de la espada de Nuada, su hoja perfectamente limpia y la inscripción que en ella se grababa. Por lo que tenía entendido, perteneció al rey de dichos dioses y era uno de los símbolos más grandes y valiosos conocidos. Se suponía que su significado era: victoria, conquista y gobierno. Ya que los pensamientos del rey que la empuñaba viajaban por el aire transmitiéndolos a la *claideb* (espada), y que cuando la agitaba, brillaba en demasía por su *calad volg* (vainas duras). Además se decía también que podía curar heridas o proteger de la muerte. Pero ¿por qué demonios tenía tanta protección una imitación? Por

todos era sabido que los supuestos tesoros de los Tuatha Dé Danann, nunca habían existido en realidad.

No entendía nada y continué hasta la siguiente cristalera. Al lado vi que una enorme caja se encontraba de pie, doblada en varias partes para ocupar menos espacio.

—Esta era la caja... —musité para mí misma.

Observé el interior y me encontré el caldero de Dagda. Mi mente daba vueltas intentando asimilar el porqué de todo lo que acaba de ver, pero ninguna explicación era coherente. Decidí dar media vuelta antes de ser vista, y pensarlo detenidamente en mi habitación, cuando nadie me interrumpiera. Pero mis intenciones se vieron abordadas cuando una voz carraspeó detrás de mí.

—Ejem... ejem...

Reconocí ese gruñido al instante. Y mentiría si no dijese que todo el vello de mi cuerpo se erizó al escucharle. Me había pillado con las manos en la masa, y nunca mejor dicho. Mi cabeza empezó a funcionar a mil, buscando una absurda excusa que darle antes de girarme para encontrarme con un hombre fiero y temible, pero en ese momento, no encontré ninguna.

Oí cómo suspiraba.

—¿Qué haces aquí, Taragh?

Su tono tranquilo hizo que pusiera todos mis sentidos en alerta, me giré lentamente para enfrentarme a lo inevitable.

—¿Me vas a matar?

Fue lo único que se me ocurrió.

—¿Crees que tendría que matarte?

Su tono me desconcertaba más de la cuenta. Era inquietante escucharle hablar con tanta normalidad, como si no importara que me hubiera adentrado en un sitio en el que no debía.

—No lo sé.

No pude evitar mirar de reojo las piezas que tenía tras de mí, y ese gesto, no pasó desapercibido para Cathal. Dio un paso hacia mí, y yo involuntariamente retrocedí otro.

—¿Sabes lo que es? —Señaló el caldero.

—Supongo que por lo que el otro día casi me matan —respondí irónica.

Asintió.

—Supuestamente tiene poderes de generosidad y prosperidad. Dicen que

poseía las propiedades de rejuvenecimiento y restauración. Según la tradición, contenía hidromiel o cerveza fermentada...

Hizo una pausa mientras contemplaba expectante mi reacción. No me inmuté.

—... y también los guerreros caídos en la batalla resucitaban al ser sumergidos en él. Se supone que es el origen del famoso Santo Grial del rey Arturo. Aunque nunca se sabrá dónde está el límite de la invención y la realidad —terminé por él.

Sonrió con asombro.

—Veo que estás bastante informada.

—Me conozco la leyenda de los Tuatha Dé Danann mejor que a mí misma.

Otro paso más, otro que yo retrocedí y me quedé entre la pared y una de las vitrinas.

—¿Y qué sabes más, Taragh? —inquirió con un brillo extraño en sus ojos.

—No sé a qué te refieres.

Miré a ambos lados buscando una salida que no encontré. Si no pasaba por delante de él, me sería imposible y, en ese mismo instante, me cercioré de que había cerrado la única puerta que había.

—¿Tienes prisa? —preguntó con malicia.

—¿Vas a descuartizarme y meterme en una de estas vitrinas?

La pregunta iba totalmente en serio.

—¿Crees que eres merecedora de que lo haga?

—Me parece que después de aguantarte durante tantos años, merezco más que eso.

Intenté que mi boca se callara, pero fue en vano. Vi cómo se aproximaba y mi respiración se agitaba a cada paso que daba. Conseguí ponerme tras la vitrina que había cerca de la mesa de madera, y él se quedó justo enfrente.

—¿Para qué quiere un hombre como tú imitaciones como estas?

No apartaba los ojos de mí, y era una de las muchas veces que seguía sin saber qué significado tenía esa mirada mansa y fiera a la vez.

—¿¡Imitaciones!?

Una gran carcajada maléfica emergió de su garganta, arrugué el entrecejo sin entender nada y, en el momento que alzó la cabeza un instante hacia arriba, aproveché para salir corriendo hacia la puerta. No llegué ni a la mitad

cuando me estampó contra la mesa.

—¿A dónde crees que vas, mujer? No pensarás que voy a dejar que te vayas sin más.

Y por su mirada descubrí algo. Algo que me alarmó más de la cuenta.

—No son... no son... —no atinaba a decirlo—. No son imitaciones... —murmuré sin creerlo. Negó con la cabeza a expensas de mi siguiente reacción—. Los has robado... —murmuré.

—Chica lista.

Giré mi rostro, confusa, él no me quitaba los ojos de encima.

—Eres un ladrón de tesoros...

No pregunté, lo afirmé susurrando. Estaba segura de ello.

—Veo que no necesitas mucho tiempo para encajar las piezas.

Parpadeé varias veces sin creer lo que acaba de descubrir. No entendía cómo ese detalle había podido escaparse de mis manos. No me cabía en la cabeza que nadie supiera nada de todo aquello, ni de cómo yo misma lo había dejado pasar por alto. Cuando desde hacía mucho tiempo, estudiaba todos sus pasos de cerca.

Miré de nuevo aquellos maravillosos objetos que se encontraban a tan solo dos pasos de mí, sumida en mis pensamientos, hasta que Cathal agarró mis mejillas con fuerza y se acercó más de la cuenta. Pegó su frente a la mía y, antes de que pudiera darme cuenta, me encontré sus labios encima, haciendo lo imposible por entrelazar mi lengua con la suya. Y me dejé. Sin saber por qué, lo hice.

Sentí cómo se pegaba a mi cuerpo, rozando cada parte de mi figura sin consideración. Noté sus manos colándose por la fina tela del vestido que llevaba puesto, a la vez que una de sus manos me agarraba el trasero para depositarme sobre la mesa.

Sus besos eran rudos, sin una pizca de compasión. No sabía si se estaba debatiendo consigo mismo o no, pero en ese momento poco me importaba. Posé mis manos encima de sus hombros y ese gesto le sorprendió, lo noté cuando de su garganta salió algo parecido a un gruñido que me dislocó. Escuché cómo se abría su cinturón y a continuación bajaba la cremallera de su pantalón. Y esta vez, algo cambió.

Yo cambié.

No sabía si saldría o no de aquella habitación, con él nada se podía adivinar ni dar por hecho. Pero el simple detalle de haberme dejado entrar a

conciencia en un sitio que todo el mundo desconocía, me inquietó. Porque estaba claro que lo había hecho aposta, al igual que la primera vez que había estado allí, estaba segura de que lo sabía, nada se escapaba de sus manos, excepto mi plan. De eso, no se imaginaba ni la mitad.

Guie mi mano hasta su miembro y lo masajeeé como nunca antes había hecho, lo que hizo que otro gruñido llegara a mis oídos mientras me mordisqueaba el cuello. Eché la cabeza hacia atrás y solté un pequeño gemido que no esperaba. El deseo me estaba nublando la razón, y eso era malo, muy malo.

Escurrí mi trasero hasta el filo de la mesa, entrelacé mis piernas alrededor de su cintura y junto a mi mano, guie su grueso y duro miembro hasta el fondo de mis entrañas. Por un momento se quedó quieto en mi interior y me miró con tanta intensidad que me desarmé en aquel instante.

Nunca le había visto el rostro de esa manera al acostarse conmigo. En realidad las pocas ocasiones en que habíamos mantenido sexo con la luz encendida, siempre estaba de espaldas a él, y ese pequeño gesto en aquel momento me impactó. Su mandíbula se encontraba tensa, sus labios se juntaron haciendo una fina línea y sus ojos brillaban hambrientos de mí.

Moví mi cuerpo sin romper aquella conexión y él me siguió. Durante bastantes minutos en los que solo se escuchaban nuestros jadeos mudos y nuestros sexos chocar con frenesí, intenté analizar cada gesto de su rostro que en ese momento no mostraba emoción alguna, como la mayoría de las veces.

Cuando sentí que mi cuerpo comenzaba a vibrar debido al gran orgasmo que se estaba creando en mi interior, metí la cabeza en el hueco de su cuello para que no viera cómo me deshacía poco a poco en sus brazos, sin pretenderlo. De nuevo, otra vez mi intento fue fallido cuando agarró mi cuello con brusquedad por detrás y quedé frente a él.

—Mírame —ordenó.

Negué con la cabeza. Sí abría la boca saldrían más gemidos de los que quería. Intenté de nuevo agachar el rostro, pero fue en vano cuando soltó mi cuello y agarró mi mentón con decisión. Vi su mirada fiera y dura clavándose en mi alma mientras bombeaba cada vez más fuerte en mi interior, produciéndome unas sensaciones hasta ahora desconocidas para mí. Era tan... intenso, que no sabría describirlo con claridad, porque todo lo que dijera, se quedaría corto. Cerré los ojos cuando sentí que llegaba a pasos agigantados. Apretó mis caderas con sus dedos, clavándolos con firmeza, lo

que hizo que los abriera de nuevo.

—No se te ocurra volver a cerrar los ojos, Taragh.

Su voz rasgada, ronca y brusca hizo que explotara en mil pedazos sin poder evitarlo. Me contempló con delirio, e incluso cuando sus embestidas se volvieron aún más rudas, creí que había perdido la cabeza. No pude evitar los jadeos que me ahogaban, hasta que finalmente, él mismo, los absorbió besándome con impaciencia en el mismo instante que noté cómo se derramaba dentro de mí, y yo, sin poder creérmelo, volvía a estallar en mil pedazos en cuestión de segundos

Durante más de dos horas contemplé el techo de mi dormitorio. Me aprendí de memoria todos los símbolos celtas que adornaba el blanquecino techo mientras pensaba una y otra vez en lo que había pasado hacía escasas horas. No entendía nada, y mi cabeza no dejaba de darle vueltas a todo, incluso a las últimas palabras que me dijo antes de salir de aquella habitación: «Vete...».

Fue lo único que sus labios pronunciaron. Anduve por el pasillo con cierto temor a encontrarme de un momento a otro con una bala en el pecho, pero no fue así. Cuando salí al exterior me debatí conmigo misma. No sabía si salir corriendo o encerrarme en mi habitación, y al final, opté por la segunda opción. Por el camino me crucé con Frank, quien me manifestó su molestia con una simple mirada que me fulminó. Pero en aquel momento me importó una verdadera mierda su ataque de celos, mi mente estaba en otro lugar. Sin obviar lo que había visto, se encontraba en unos ojos azules como las aguas de mis adorados acantilados, se mecían en medio de unos gemidos inimaginables, y se ubicaban en una batalla desconocida para mí.

Miré el reloj que tenía sobre la mesa, y vi que eran las cuatro de la madrugada. No había salido de mi dormitorio en todo el día ni para comer. Cathal, por su parte, tampoco había venido a buscarme para ello, y fue algo que en ese momento agradecí. Me encontraba dirigiéndome al baño de nuevo para refrescar mi cara, cuando un sonido extraño procedente de la planta de abajo me sobresaltó. ¿Qué demonios había sido aquello?

Encaminé mis pies a la puerta del dormitorio, no sin antes ponerme mi bata de seda negra para cubrir mi único conjunto de encaje que llevaba puesto. Abrí con cuidado de no hacer demasiado ruido y, cuando asomé la cabeza, me encontré a Cathal en el pasillo con un simple pantalón de pijama y una camiseta de tirantes cubriendo su pecho. Observé sus pies descalzos y sus imponentes brazos moverse cuando se puso un dedo en la boca con la mano derecha para pedirme silencio. Arrugué el entrecejo sin saber qué pasaba, y vi claramente cómo en su mano izquierda llevaba una pistola.

Miró hacia abajo por el hueco de las escaleras, escondiéndose en la pared que había frente a mi dormitorio. Volvió de nuevo hacia mí y me empujó hacia la habitación, pero él no entró.

—No te muevas de aquí —ordenó—. Si la cosa se pone fea, entra en mi habitación. —Arrugué el entrecejo más de lo normal—. Detrás de la estantería de madera hay un pasadizo que te llevará hasta el castillo de Malahide, solo tienes que abrir la puerta con el único libro de color verde que hay. Corre, y no mires atrás.

Su tono serio me inquietó. Se giró para marcharse y le agarré del brazo sin saber por qué.

—¿A dónde vas? —me apresuré a decir.

Me miró con extrañeza. Ni yo me entendía ni él me entendía a mí, estaba claro.

—No es hora de ponerse a discutir, hazme caso y punto —musitó en tono firme.

—No puedes ir solo, ¿no sabes cuántos son! —Me alarmé.

Pero qué cojones estaba haciendo...

—¡Taragh! —Se enervó.

Durante lo que me pareció una eternidad, nos miramos a los ojos sin decir nada. Pero ellos solos transmitían muchas más cosas de las que éramos capaces de expresar, y todo cambió en un segundo.

—¿Y qué pretendes? ¿Venir conmigo cuando no sabes ni usar una pistola? Solo me entorpecerías y acabarías muerta al instante.

Sus palabras me dolieron, pero era cierto que no tenía ni idea de con quién se las gastaba. Le miré con odio y finalmente, tras un último vistazo se marchó dejándome pensativa en la entrada de mi dormitorio.

Vi cómo descendía las escaleras y no me lo pensé. Giré sobre mis talones y saqué de debajo de mi colchón una escopeta que compré hacía unos años, y que todavía no había estrenado. La cargué en segundos, cogí una pequeña pistola que tenía en el cajón de la mesita y me la puse dentro del bolsillo de la bata, dispuesta a morir por el hombre al que yo misma quería matar, y salí de mi dormitorio obviando lo que acababa de decirme.

Me había ofrecido la libertad sin pedirla. Aun sabiendo que podría irme y no volver jamás, dejándolo a su suerte. Estaba claro que aquel día era el día de las incomprensiones para mí.

Oí un forcejeo por parte de varias personas, incluido mi marido, y después

escuché un fuerte golpe. Bajé las escaleras agazapada y, efectivamente, en la entrada me encontré con un hombre corpulento enmascarado. Antes de que se diera cuenta de mi presencia, con la culata de mi escopeta, le propiné un grandioso golpe que lo dejó inconsciente en el acto.

Desvié mis pasos hasta que llegué a la cocina donde me encontré con Sinéad, agachada tras la encimera de mármol. Cogí su mano con fuerza y la ayudé a levantarse, la anciana estaba muerta de miedo y no era para menos.

—¿Cuántos hombres son? —susurré.

—He visto a tres, señora.

Me miró a mí, después a la escopeta que sostenía con firmeza en mi mano derecha.

—Se han llevado al señor, lo tienen en la sala de espera —murmuró atropelladamente.

—¿La han visto?

Negó con la cabeza.

—Bien, suba a mi dormitorio Sinéad, y espere allí hasta que yo vaya a buscarla. No salga bajo ningún concepto.

Asintió aterrorizada. De mi bolsillo saqué la pequeña pistola que había cogido y la cargué bajo sus temerosos ojos.

—Tome —me miró con pánico—, si alguien se acerca a usted, dispare. Está cargada.

—Pero, señora...

—¡Sinéad! Hágame caso —exigí.

La pobre mujer asintió varias veces y, temblorosa, cogió el arma. Me levanté de mi escondite, eché un leve vistazo al *hall* y le hice un gesto con la cabeza para que corriera escaleras arriba. Bordeé la cocina y salí por la puerta que daba al salón comedor, la inspeccioné y me di cuenta de que no había nadie más. Giré mis talones de nuevo a la cocina, y llegué al *hall*. Atravesé el pasillo hasta llegar al marco de la puerta de la sala de estar, donde Cathal se reunía a veces con sus conocidos.

—Muy bien, señor O’Kennedy. Hemos visto que tiene usted una casa muy bonita —dijo uno de ellos con sarcasmo.

—Y con muchas cosas que llevarnos —aseguró el otro riéndose.

Eran ladrones de calle. Y si lo habían reducido, estaba claro que no había sido entre esos dos solamente, por lo tanto, me quedaba alguno más dando vueltas por la mansión.

Miré a mi alrededor, pero no vi nada. Volví la vista cuando escuché que uno de ellos le propinaba un golpe en la mejilla a mi marido.

—¡Dinos dónde escondes la joyas!

Cathal soltó una carcajada que heló el inframundo.

—Estás muerto —aseguró.

—No, O’Kennedy, si lo que espera es que sus hombres vengan, están todos bien dormiditos —afirmó con diversión.

El otro tipo que estaba con el ladrón se encargó de atarle las cuerdas que le faltaban alrededor de las piernas, dejándolo inmovilizado. Di un paso atrás y me topé con un duro torso.

—Vaya, vaya, vaya... ¿qué tenemos aquí?

Asesté un fuerte codazo a la cara de mi oponente cuando este intentó cogerme sin éxito, se retiró hacia atrás cogiéndose la nariz con una mano y escuché que en el interior de la sala decían:

—¡Mata a esa puta!

—Antes tendremos que divertirnos... —murmuró lascivo el que acaba de atar a Cathal.

—¡Dejadla! —chilló mi marido desgarrándose la garganta.

Vi cómo el otro hombre se dirigía hacia mí, así que aproveché la ocasión y salí corriendo hacia el despacho de Cathal, que se encontraba al final del pasillo a mano izquierda. Abrí la puerta con rapidez, mientras los dos hombres corrían detrás de mí, me puse detrás de la estantería que tenía cercana a la entrada y esperé.

Sentía que mi respiración se agitaba, y escuchar a Cathal gritar como un bárbaro me ponía de los nervios, ya que no entendía si vociferaba para que no me hiciesen nada o era porque le estaban avasallando a golpes.

Giré mi rostro y me encontré para mi sorpresa, dentro de la vitrina un sinfín de cuchillos de caza. Abrí el cristal muy despacio y saqué el primero que encontré a mano, quité la funda que lo cubría y lo agarré con fuerza. Mi pulso volvió a acelerarse cuando escuché cómo la puerta se abría y el mismo hombre al que había golpeado con mi codo entraba silbando.

—¿Te encargas tú? —preguntó el que estaba con Cathal.

—Sí, claro, esa putita no se va a resistir a mis encantos.

Contemplé que se rascaba la entrepierna de manera vulgar, y me dieron ganas de vomitar allí mismo. Pero si algo había aprendido en todos los años que me entrené para saber defenderme, era que una mujer tenía más

habilidades que un hombre. Dejé la escopeta de pie junto a la vitrina, y salí de mi escondite con el cuchillo escondido en el filo de mis bragas en la parte trasera.

—Por favor..., no me mates —tartamudeé haciéndome la víctima.

Rio lascivo y se acercó a mí con urgencia. Agarró mi cuello y me voleó en lo alto del escritorio de mi marido. Solté un pequeño chillido, haciendo que se confiara. Elevé las manos intentando protegerme, y él arrastró mis piernas hasta que quedé encajada entre su cuerpo.

—¡La putita tiene un conjunto de encaje! —chilló a pleno pulmón para que le oyeran.

—¡Pues fóllatela y después la matas!

Alguno de los dos con los que iba le contestó, no supe a ciencia cierta quién.

—¡Soltadla! —bramó Cathal fuera de sí mismo—. ¡Te juro que te mataré! —siseó entre dientes de tal manera, que sabía que acababa de perder los papeles por completo.

No entendía su manera de actuar y, por la forma de amenazarles, tenía claro que iba completamente en serio, pero... ¿qué le estaba pasando?

—Bueno, guapa... ¿por dónde empezamos?

Le contemplé como si fuese a echarme a llorar en cualquier momento. Idiota...

Agarró mi cintura, y después comenzó a sobarme todo el cuerpo con sus asquerosas manos, metió la cabeza en mi cuello, en el mismo momento en el que yo introducía la mano tras mi espalda. Sin más tiempo de demora, crucé mis piernas alrededor de su cintura y lo apresé contra mí, alzó el rostro con diversión.

—¿Juguetona, eh?

Pero sus facciones se contrajeron cuando vio que sonreía.

—Necio... —siseé.

No le dio tiempo a enfatizar el entrecejo que comenzaba a fruncir cuando clavé el cuchillo en la parte izquierda de su cuello, haciendo que se desangrara de inmediato y cayera laxo a mis pies. Por consecuente, mi ropa y mi piel se mancharon de sangre al completo. Me levanté de un salto con una sonrisa abrumadora en mis labios, cogí la escopeta y me dirigí hacia la sala de estar de nuevo.

—¿Has terminado ya? ¡No la oigo gritar! —se mofó uno de ellos.

Paré mis pies en la puerta y con la escopeta le di un leve empujón para que se abriera del todo. Me miraron horrorizados, y Cathal... no sabría cómo definir la expresión que tenía. ¿Desconfianza?

—Tira la pistola —ordené.

El acompañante hizo amago de moverse y apunté con mi cañón su rostro.

—Ni te muevas.

—¿Mark...?

Supuse que así se llamaba el tipo que acababa de matar. Le apunté con la escopeta de nuevo, y no hizo amago por soltarla, por lo tanto, disparé en su pierna izquierda.

—¡Ahhhhh! —Se retorció de dolor.

El otro hombre retrocedió dos pasos.

—No repito las cosas dos veces. —Tiró la pistola lejos de él, miré al otro viendo las intenciones que tenía—. Ni se te ocurra —siseé—. Desátale, ¡ya! —grité.

Obedeció a la primera de cambio, y tardó menos de un minuto en desatar al hombre que desbordaba ira por todos los poros de su piel.

El banquete estaba servido.

Kirt se paseaba lentamente por el gran recinto del que disponía tras la mansión. Su pelaje anaranjado se movía de un lado a otro con su extensa melena aterciopelada. Algunas veces me ponía en su situación, y me apenaba saber que no estaba en su hábitat, sino encerrado en un recinto en el que, aunque pudiera campar a sus anchas, siempre tenía unos horarios de entrada y salida.

A lo lejos, escuché cómo Cathal les decía de todo a sus hombres, y a decir verdad nada bueno salió de su boca en las dos horas que estuvo a punto de matarlos. Nadie se atrevió a respirar, y sabía que cuando acabara con ellos, el turno sería mío. Me levanté de mi asiento en el suelo, y pasé por su lado. Cuando lo hice, mi marido enmudeció al instante. Le miré de reojo sin ninguna emoción en mi rostro, al contrario que él, ya que me inspeccionaba de los pies a la cabeza.

Entré en la casa, y de nuevo escuché los atronadores gritos de Cathal hacia sus hombres. A la primera persona que vi fue a Sinéad, que se dirigió a toda prisa hacia mí.

—Señora, ¿se encuentra bien?

Se espantó al ver la sangre impregnada en mi piel. Parecía que el demonio, en ese momento, era yo.

—Sí, no se preocupe. Voy a darme un baño —le informé.

Asintió y con la mano temblorosa sacó el arma que la noche anterior le había dado.

—No.

Negué con la cabeza y la sostuve en su mano.

—Quédesela. Se carga y se descarga así. Aquí pone o quita el seguro, es muy fácil.

En dos breves movimientos la enseñé, y ella me contempló con miedo. Le hice un gesto de tranquilidad con los ojos y la cogió sin replicar. Un sentimiento sobreprotector me inundó por aquella mujer.

Subí las escaleras arrastrando mis pies, estaba agotada. Cuando llegué al

baño, puse el tapón de la bañera y me encargué de llenarla con agua hirviendo. Me daba igual si me quemaba la piel, necesitaba quitar todos los rastros de sangre de mi cuerpo y, sobre todo, relajarme y dejar de pensar en lo mismo que llevaba dándole vueltas el día anterior.

Apoyé la cabeza en el filo de la bañera y cerré los ojos durante un instante. Recordé que tenía una llamada perdida de Mick, y me propuse quedar con él esa misma tarde para empezar a planear lo que llevaba tiempo en mi mente.

Cerré los ojos un instante y me permití perderme en los sueños, los mismos que me atormentaban cada noche, algunas veces de manera más sutil, y otras, rasgándome el alma...

Bajé las escaleras de la mansión sigilosamente cuando escuché una conversación alterada en una de las habitaciones. Allí estaba mi marido con un hombre que no conocía, discutiendo por cuestiones que no entendía. Al llegar al último escalón, el pie se me torció y resbalé haciendo un estrepitoso ruido que no pasó desapercibido para nadie.

Cathal salió con cara de pocos amigos a paso ligero, me vio tirada en el suelo y no hizo ni el amago de ayudarme a levantar. Me miró de soslayo y continuó su paso escaleras arriba, a los pocos minutos bajó con unos documentos y me contempló, parado frente a mí, mientras yo me sentaba en el último escalón donde me había resbalado, ya que un dolor punzante me atravesaba el vientre.

—¿Estás espiándome? —preguntó de malas maneras.

—No, yo solo...

No pude terminar la frase cuando otro pinchazo se apoderó de mi cuerpo. Me contempló con indiferencia y no le dio mayor importancia. Al revés, pude ver en sus ojos el desprecio y la repulsa que sentía hacia mí. Me echó un último vistazo de reojo y desapareció de mi campo de visión, pegando un fuerte portazo a la puerta de la habitación donde estaban. ¿Qué le había hecho ahora para que se comportase de esa manera tan cruel?

Hacia dos años casi desde que nuestra convivencia y matrimonio comenzó. Me mudé a su casa el día después de vernos en el Grand Hotel y, a la mañana siguiente, me encontré firmando los papeles del matrimonio en su despacho, como quién firma un recibo en el banco. Los días pasaban y él únicamente se mostraba como un tirano ante mí, haciendo que un odio visceral creciera en mi interior a grandes escalas.

Tenía todos los lujos que quería a cambio de ser la esposa de un mafioso de los más peligrosos que había en el mundo, pero no me importó. Por lo menos tenía un techo donde vivir y un plato donde comer. Él solamente me necesitaba de cara a la galería para sus negocios y punto, pero de puertas para adentro, todo cambiaba de manera inquietante. Era invisible para él en todos los aspectos, y llegó un día, unos meses después de nuestro acuerdo, en los que ya ni siquiera me llevaba a los eventos o sitios donde tenía que presumir de mujer.

A lo lejos vi cómo Sinéad se acercaba a mí a toda prisa con el semblante preocupado.

—Señora, ¿se encuentra bien?

Tan atenta como siempre, y ese gesto, lo agradecí. Tanto que me puse a llorar en sus brazos como una niña pequeña. Nunca había deseado nada, pero las muestras de cariño que esta mujer me hacía día a día, me alimentaban el alma, aplacando de vez en cuando ese carácter tan arisco que me perseguía.

—Me duele..., me duele mucho.

Doblé mi cuerpo de nuevo, estaba viendo las estrellas desde cerca y no hablaba metafóricamente. Agarré mi abultado vientre, y me horroricé cuando Sinéad gritó:

—¡Señor O’Kennedy! ¡Ayúdeme!

Abrí los ojos de golpe cuando noté una presencia conmigo en el cuarto de baño. Había pasado mucho tiempo, y mis habilidades no hacían más que crecer a pasos agigantados. Volví mi rostro cansado y contemplé a un imponente Frank, cabreado hasta decir basta.

—Tu marido te espera —gruñó.

Vi cómo se giraba sin hacer ningún gesto más y eso me extrañó. Le estaba dando un ataque de cuernos, aunque no lo quisiera asumir. Le llamé con tono cansado:

—Frank...

Tensó todos los músculos de su cuerpo, pude ver perfectamente cómo su espalda se definía más de lo normal, y lo confirmé cuando vi sus puños apretados situados a ambos lados de su pantalón de lino blanco.

—¿Qué pasa? —Alcé una ceja, pero él no se volvió.

—Nada. No pasa nada —bufó.

Salí del agua antes de que se marchase y, mojando el suelo de mármol,

me puse frente a él. Me miró fijamente a los ojos, para después pasearlos por todo mi cuerpo desnudo, en el cual todavía se apreciaban marcas del altercado con Kellan. Segundos después, elevó su amenazante mirada hacia mi rostro, sin mostrar ninguna emoción.

—Si aprietas tanto los dientes —me pegué a él, hasta que llegué a su oído —, se te partirán todos —murmuré sensual.

Sentí una de sus grandes manos en mi trasero, pegándome por completo a él. Sus labios impactaron con los míos, donde se fundieron en un ardiente beso que no dejó lugar a nada. Despegué mis labios segundos después mientras bajaba mis manos, y las colocaba por la fina tela de sus calzoncillos para agarrar con decisión su miembro.

De su garganta salió un rugido estremecedor que me hizo tocar con maestría su erección.

—No soporto que te toque... —murmuró roncamente a la vez que con enfado.

—Es mi marido —contesté como si nada.

—¡Me importa una mierda!

Enervado, se separó de mí bruscamente y se llevó las manos a la cabeza. Alcé una ceja al ver su gesto desmedido y resoplé.

—Frank, que yo sepa entre tú y yo solo hay sexo. Nada más.

Me fulminó con la mirada y, echándome un último vistazo, salió del cuarto de baño pegando un portazo. Suspiré varias veces y me adecenté para bajar.

Ahora me tocaba el turno a mí...

Llegué al jardín donde siempre desayunábamos esperando encontrármelo allí, pero no fue así. La hora del desayuno y el almuerzo ya había pasado. Giré la esquina de la mansión cuando escuché un disparo que me alertó.

Cathal se paseaba con una pistola en la mano mientras sus tres hombres de confianza estaban en un lateral, viendo cómo su jefe se pasaba el dorso de la mano donde sostenía una botella de *whiskey* repetidas veces por el mentón. Desde lejos imponía lo suficiente como para que le tuvieras un respeto. No me extrañaba que ninguno de los que estaban a su lado abriese la boca. Su gesto era fiero, duro y atemorizante, estaba completamente ido.

Vi cómo daba grandes tragos a la botella que sostenía, hasta que hice acto de presencia y dejó una mano apoyada en su cadera, y la otra colgando con el arma en ella. Alzó una mano en el aire y soltó un breve bufido; no supe cómo

tomármelo.

Estaba borracho.

—¡Bien! —anunció como un demente dando dos palmadas en el aire con la botella y la pistola en ellas—. Aquí tenéis un ejemplo a seguir.

Me instó con la mano para que me acercase a él, dudé.

—¡Vamos, acércate! —Arrastró las palabras con dificultad.

Elevó la pistola apuntando a sus tres hombres, ellos abrieron los ojos en su máxima expansión, no era para menos.

Miré a mi alrededor y justo enfrente de él, había un pequeño muro de piedra en el que centenares de botellas de cristal se encontraban esparcidas, rotas en mil pedazos y algunas intactas. Se acercó a ellas a paso ligero con los pies descalzos y la misma ropa que la noche anterior.

Pasó por encima de los cristales sin ningún miramiento ni rastro de dolor en sus ojos. Colocó con dificultad unas cuantas de pie, y se posicionó a mi lado. No sabría descifrar la cara que me imaginé que tenía, pero sí vi el rostro de los tres hombres desconcertados que tenía al lado. Cargó la pistola con una soltura tremenda y me la extendió.

—Enséñales cómo se dispara. —Arrugué el entrecejo—. ¡Vamos, no tengo todo el día! —bufó malhumorado.

La cogí dudosa y le miré con los ojos bien abiertos sin pronunciar ni una palabra. Agarró mi brazo con brusquedad y me posicionó delante de él. Cogió mis caderas, presionándome contra su creciente bulto que emergía de entre sus piernas. Arrastró su lengua por mi cuello hasta que llegó a mi oído, y de reojo vi cómo la cara de Frank se transformaba por segundos. Estaba perdiendo los nervios, lo conocía de sobra.

—Si fallas, le pego un tiro a cualquiera de los tres —aseguró de forma ruda.

Tragué saliva y me permití mirar a los hombres que, «acojonados» sería quedarme corta, me observaban temiendo llevarse el tiro que su jefe acababa de decir. Y lo haría. De eso no me cabía la menor duda.

—¿A qué demonios estás esperando? —alzó la voz crispado.

Le contemplé con rencor mientras bebía otro trago del líquido amarillento. Elevé mi mano lo justo y necesario para apuntar en la posición correcta, y disparé. Así lo hice hasta terminar con las siete botellas que había colocado en fila india. Ryan y Jackson abrieron los ojos desmesuradamente, al contrario que Frank, ya que sabía de sobra cómo manejaba las armas.

—¿No es increíble? —Rio macabramente.

Nadie habló.

—¿Ya has tenido suficiente? —le pregunté enfadada.

—No. Ve a mi despacho y me daré por satisfecho.

Me miró lascivamente ante los ojos de todos. Le di un golpe en el pecho de malas maneras con el arma para que la cogiera. Sonrió a la vez que asentía y no dejé de sentir sus ojos en mi espalda hasta que doblé la esquina. ¿Qué coño había querido demostrar?

Encaminé mis pies al despacho, abrí la puerta y me encontré todo impoluto. Me senté en la silla y vi la pantalla del ordenador. En ella aparecía yo con aquel tipo al que le clavé el cuchillo en el cuello, la imagen estaba paralizada en ese mismo momento, cuando mis piernas estaban entrelazadas a él. Oí cómo la puerta se abría, y lo siguiente que vi fue la botella que Cathal llevaba en la mano posarse con ímpetu en el escritorio. Se sentó, entrelazó sus manos y me observó desafiante.

Se pasó la mano por el mentón pensativo, y después volvió a darle un trago a la botella. Me la ofreció para que hiciese lo mismo, y negué sin quitarle los ojos de encima.

—¿Dónde has aprendido a manejar las armas de esa manera?

Me contempló expectante, estudiando cada movimiento o gesto por mi parte.

—Mi abuelo me enseñó.

Achicó los ojos. Era cierto que después del gran incidente que tuve en mi vida, decidí aprender a defenderme de la manera que fuese, y mi abuelo, que conocía de sobra el uso de las armas y la defensa propia, me instruyó. Aunque nuestra relación no fuera de amor puro, fue el único hombre que tras lo sucedido, me ofreció el consuelo que necesitaba, y sobre todo, la ayuda necesaria para poder sobrevivir día a día en el mundo en el que me movía.

—¿Quién es tu abuelo? —gruñó.

—No lo conoces, no tiene relevancia que te diga su nombre.

Asintió lentamente y otro trago llegó hasta su estómago.

—No te lo voy a preguntar dos veces —rugió como un león.

—Andrew O’Leanny.

Elevó sus ojos hasta que los fusionó con los míos, giró un poco el rostro y procesó lo que le acababa de decir durante unos segundos. Sin moverse del sitio, elevó la mano para que me marchara del despacho. Había dado por

terminada la conversación de la que obviamente, no había sacado nada en conclusión.

Cuatro horas después me encontraba en una cafetería de Trinity Street, sentada con una impaciencia palpable. A lo lejos vi a un hombre con una gorra y un abrigo hasta la nariz, supe que era él. Se sentó en la silla y miró a varios lados.

—¿Cómo vienes así?

Se escandalizó cuando vio mi rostro descubierto.

—¿Qué pasa? —Moví los hombros de manera indiferente.

—¡Que alguien te puede estar siguiendo!

—Nadie sabe nada. Habla de una vez, y acabemos con esto cuanto antes —exigí.

Se pasó las manos por la cara con desesperación, estaba más que asustado. Observó de nuevo los alrededores y susurró:

—Tienes que acercarte a Cathal, tienes que hacer que confíe en ti.

Arrugué el entrecejo.

—Cada año tiene un ritual que no cambia. Dentro de un mes o menos, irá a Glendalough, allí está enterrado su padre. No sé con exactitud la fecha, pero todos los años va. La seguridad no estará, ya que sé de primera mano que soborna al personal para que le dejen acceso a solas, y ese es el momento idóneo para terminar con su vida.

Nunca me había hablado de su padre, pero me parecía demasiado retorcido por nuestra parte querer asesinarle allí mismo.

—Y entonces, ¿para qué te necesito? —Alcé una ceja.

Noté su nerviosismo en el mismo instante en que las palabras salieron de mi boca. Vi cómo le temblaba la mano, y me contempló suplicante.

—Conozco todos los lugares por los que distribuye la droga, puedes hacerle más daño del que crees —aseguró atropelladamente.

—No pretendo hacerle daño de esa manera que tú piensas.

Se puso más nervioso aún.

—Pero te soy útil, ¡te lo puedo asegurar! ¡No te fallaré! —suplicó.

Asentí pero no contesté. Me levanté de la silla para marcharme, viendo de reojo cómo cerraba los ojos y los volvía a abrir, preso del pánico. Ya tenía el sitio perfecto donde nadie sospecharía, y lo único que tenía que hacer, era acercarme un poco más a él.

—Tenemos un plan entonces.

Tras casi cinco horas de viaje, llegué esa misma noche a Cong. Un pueblo situado en el condado de Mayo, y en el cual, mi abuelo residía. Había recibido un mensaje con extrema urgencia por su parte y no me lo pensé dos veces, sería algo importante.

Tras la muerte de mis padres, la relación con Andrew fue la misma, hasta que yo, cuando mi vida comenzó a convertirse en un infierno día tras día, decidí llamarle. No había cambiado la relación demasiado entre nosotros, pero por lo menos nos veíamos y hablábamos de vez en cuando, sin obviar todo el tiempo que me había dedicado durante los siguientes años.

Llegué a la entrada de Cong, y me paré en Ashford Castle, el castillo convertido en hotel que adornaba la entrada del pueblo. A los pocos segundos, el anciano Andrew O'Leanny se subía en el asiento del copiloto con su bastón plateado.

—Estás esplendida, querida.

—Y tú arrugado y viejo —contesté incorporándome a la carretera.

Sonrió con malicia, él y sus característicos gestos que nunca cambiarían.

—Y dime, Andrew, ¿a qué viene tanta prisa?

—¿Has encontrado algo?

Se refería al Tara Brooch, sin duda. Sabía cuán importante era para él que las cosas que pertenecían a su familia continuasen en ella durante siglos, y yo, no iba a decepcionarle bajo ningún concepto.

—Tuve un altercado y no pude encontrarme con el director que me facilitaría la información acerca del broche que se encuentra en el Museo Nacional de Irlanda.

Giró su rostro para mirarme.

—¿Y a qué esperas, Taragh? Ya te dije quién lo tenía. No sigas dándole vueltas al asunto, sé muy bien de lo que te hablo. Esa familia... es lo peor.

Su tono de voz salió tranquilo como de costumbre, pero sabía que por dentro los demonios se lo llevaban con la familia Hagarty.

—Lo sé, y créeme que haré lo que sea necesario para recuperarlo. Pero

antes debo de tener la información confirmada para no fallar en mis siguientes movimientos.

—Pues siento decirte que se te acaba el tiempo.

Le miré por un segundo confusa.

—¿A qué te refieres?

—Maureen —carraspeó con cierto pesar— está trabajando dentro de una organización secreta que recupera los tesoros del país. No tardará demasiado tiempo en darle cargo de conciencia y devolverlo de alguna forma sin que Byrne, su jefe, la descubra. Es joven, pero tiene a la vieja astuta detrás que sabe cómo encaminarla.

Conocía a la abuela Maureen y, por lo que me había contado de ella, no era trigo limpio en ningún aspecto.

—¿Y sabes a ciencia cierta dónde lo esconde? Algo así no se puede ocultar durante mucho tiempo, cualquier persona podría descubrirla.

—No lo sé, Taragh, por eso mismo te dije que debías darte prisa. Estás dejando pasar el tiempo, y al final, perderemos el único legado que queda en nuestra familia. Ya te lo dije hace mucho tiempo, poco después del entierro de tus padres, y unos años después mientras estabas de paseo en Cork.

—Es cierto. Cuando volviste a nombrarme a la familia Hagarty, el día que estuve en Cork, pensé que estabas perdiendo la memoria.

Asintió sin decir nada. Sabía que lo había hecho intencionadamente. Andrew no era una persona con poca memoria, de eso no me cabía la menor duda. Recordé aquel día con exactitud, cuando me presenté en el *pub* y John intentó echarme. Pobres idiotas, tardaron demasiado tiempo en darse cuenta de que solo eran marionetas, y que mi único fin era tener a Mick atado por los huevos. Ya que sabía que tarde o temprano, terminaría cometiendo un error tan grave como robarle a Cathal cuatro millones de euros. Y esa era mi baza para poseer todo lo que mi marido tenía.

Por mucho que Mick alardeara de que su familia no le importaba una mierda, yo sabía que todo aquello era una mera patraña, y que únicamente lo hacía para protegerles. Él fue la mano derecha de Cathal en su tiempo, y sabía más que nadie todos los movimientos que hacía.

Si me acercaba a John, lo engatusaba y caía en mis redes, en poco tiempo conseguiría que Aidan, que era mi blanco realmente, se rindiera a mis pies. Y como siempre, acerté de pleno, haciendo que el pobre e ingenuo Aidan se enamorase de su mayor pesadilla.

Paré el coche cuando entramos en el pueblo y lo aparqué en la entrada del Royal Abbey, unas ruinas antiguas que se encontraban en la plaza, justo al lado de la estatua de los protagonistas de la película que décadas atrás se filmó allí *El hombre tranquilo*, con John Wayne y Maureen O'Hara. Su simple nombre me causaba repulsa.

Andrew se bajó del coche y me miró serio.

—El tiempo corre en tu contra, no lo olvides.

Asentí sumida en mis pensamientos. Así que la pelirroja dulce y tonta trabajaba en una organización secreta, y yo me enteraba ahora. Tenía que encontrarme con ella de la manera que fuera, debía de sacarle la información de su escondite, aunque tuviera que arrancarle la piel a tiras.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo en aquel preciso momento. Me volví por instinto buscando algo o alguien, pero no vi nada. Me despedí de mi abuelo tras tomarnos un té en la taberna Pat Cohan, y después decidí darme una vuelta por el diminuto pueblo para poner en orden mis pensamientos.

Miré mi reloj y me di cuenta de que se me había hecho realmente tarde. Para ser exactos, eran las doce de la noche casi, tendría que quedarme a dormir allí. Anduve cerca del Royal Abbey de nuevo, conduciendo mis pasos hasta llegar a un largo puente de madera, que llevaba hasta la Monk's Fishing (caseta de pescadores). Sorteé varias rocas para entrar dentro de ellas, y apoyé mis brazos en uno de sus muros de piedra, viendo cómo el agua corría debajo de la casita.

Oí un suspiro detrás de mí, y enseguida supe por qué notaba que alguien me seguía.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sumida en mis pensamientos.

Sus pasos se acercaron un poco más, hasta que le sentí tras mi espalda.

—¿No crees que no deberías de ir sola a ningún sitio después de lo que pasó hace unos días?

Su tono salió de lo más normal y me extrañó. Él no era así.

—¿Acaso te preocupa mi bienestar? —No pude evitar ser sarcástica.

Apoyó sus brazos en el muro, a mi lado y me contempló. Quería descubrir lo que mi mente escondía, pero no tenía motivos para hacerlo. Lo único que debía de seguir ocultando era mi plan, y para eso, tenía que engatusarle de cualquier manera, y qué mejor forma que contándole algo como lo de Tara Brooch.

—Eres mi mujer, algo tendrás que preocuparme —gruñó sin apartar sus

ojos de mí.

Apenas se veía, excepto por los potentes rayos de la luna que esa noche alumbraban la Isla Esmeralda con ímpetu. Suspiré un par de veces sin saber qué contestar, y durante más de cinco minutos, ninguno de los dos habló.

—¿Qué hacías aquí?

Tragué saliva, ¿por qué me hablaba de esa manera? Sin gritos, sin brusquedad, sin exigencias...

—Mi abuelo me llamó. Él vive aquí.

Asintió sin mostrar emoción alguna en su rostro.

—Querías verle supongo.

Tuve que reírme sin poder evitarlo, pero era una risa irónica. Cathal alzó las cejas sorprendido por mi acto.

—Está bien, tú me has contado algo tuyo, yo te contaré algo mío —asintió levemente sin quitarme los ojos de encima—. Cuando mis padres murieron, mi abuelo vino a verme. Me dijo que nuestra familia era poseedora de una reliquia de Irlanda. Se suponía que la tenían ellos, pero no fue así, alguien la robó.

—¿De qué reliquia hablas?

—De Tara Brooch, ¿lo conoces?

—Sí.

Ese «sí» salió más serio de lo normal. Intuí que quizás se estaba enfadando al pensar que podría dedicarme a lo mismo que hacía él, y cuán equivocado estaba. Pegué un salto desde mi posición y terminé sentándome en el muro. Le contemplé durante unos segundos, y mi pulso se aceleró cuando se giró hacia mí.

—Se supone que el broche está en el Museo Nacional de Irlanda.

—Por lo que Andrew me ha dicho, lo que hay allí es una imitación.

—¿Y le crees?

—¡Claro que le creo! No tendría motivos para mentirme. —Miré sus ojos de nuevo—. Sé quién lo tiene, pero solo necesito tiempo para sacarle a la fuerza dónde está escondido.

—¿Quién lo tiene? —preguntó confuso.

—¿Recuerdas a Aidan? El hijo de Mick —su cara se contrajo, me di cuenta en ese momento de que no le hacía demasiada gracia hablar de ellos— está saliendo con una chica llamada Maureen Hagarty, y ella es quien lo tiene.

Le conté la historia de pies a cabeza, incluidos todos los detalles que mi abuelo me había estado contado. Contemplé cómo me prestaba suma atención a todo lo que le estaba diciendo sin interrumpirme y, cuando terminé de hablar, esperé su reacción que no tardó demasiado en llegar.

—¿Hacemos un trato?

Arrugué el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—Yo te ayudo a encontrar el Tara Brooch, y tú... —Se puso frente a mí, colocándose en medio de mis piernas—, vienes conmigo mañana a Irlanda del Norte.

Noté mi cuerpo temblar cuando sus brazos rozaron mis piernas que colgaban de aquel antiguo muro. Sentí que el pulso se me aceleraba cuando me ofreció un intercambio que no entendía, y mis ojos brillaron como la misma luna que se alzaba en lo alto del cielo, al ver que estaba confiando en mí.

—¿A qué se supone que tendría que ayudarte? Tú sabes más que yo de todas estas cosas, Cathal... —susurré dándome cuenta de que no me necesitaba para nada.

—Has demostrado saber más que yo sobre los Tuatha Dé Danann, y te necesito.

Me necesitaba...

Esas palabras resonaron atronadoras en mi mente, y me dejé llevar más allá del momento que estaba viviendo. Agarré su rostro con determinación, y acaricié su barba incipiente con demasiada ternura, tanta, que ni yo misma me reconocía. Acerqué mis labios a los suyos y deposité suaves besos encima de ellos, hasta que introduje mi lengua en su boca con vivacidad.

Un gruñido escapó de su garganta cuando entrelacé mis manos en su cuello, apretándolo hacia mí. Noté cómo mi bajo vientre pedía a gritos ser aliviado, y mi respiración se agitó más de la cuenta al separarme de él. Cogió con fuerza mis manos y me escrutó con la mirada, después de interrumpir nuestro apasionado beso. Agarró mi trasero para bajarme de aquel improvisado asiento, haciendo que me escurriera por todo su esbelto cuerpo, sintiendo cada parte de él, dura y tersa.

Salimos de la Monk's Fishing con paso acelerado hasta que de nuevo, llegamos a la entrada el pueblo. Frente a la taberna se situaba un pequeño hostel, donde desde fuera pude divisar una gran carreta en su terraza

principal. Me quedé observando la fachada durante un instante. Era de color verde agua y todo estaba reformado de pies a cabeza. Pequeños adornos con macetas de todo tipo, decoraban sus paredes haciéndolo espectacular.

Cathal se dio cuenta de dónde miraba, no cesó en su destino y continuó hasta entrar en la pequeña recepción que disponía. Con rapidez pidió una habitación y el joven que nos atendió le extendió una llave de inmediato cuando dejó un billete de cien euros encima de la mesa y le dijo que no le devolviera el cambio.

Subí las escaleras que me llevaban a la primera planta casi a rastras. Cuando llegamos a la puerta, mi marido abrió con la llave para después darle un puntapié que me dolió hasta a mí.

Le contemplé fijamente cuando se volvió para quedarse embelesado con mi cuerpo. No entendía qué narices nos estaba pasando, ni por qué actuábamos de esa manera. Sus ojos me traspasaron el alma...

Apoyé mis manos en la puerta de madera blanca, intentando controlar las rudas sacudidas que mi respiración me daba al sentir que el aire no llegaba a mis pulmones de ninguna manera. Me dio la sensación de necesitarle más de la cuenta y me aterrorizó ese simple detalle.

Dio un paso hacia mí decidido y colocó ambas manos a los dos lados de mi cabeza, sin dejar de mirarme a los ojos. Pude ver que una fiera batalla se debatía dentro de su mente, y me aposté la mayor de las fortunas al pensar que le estaba rondado lo mismo que a mí. Arrastró su mano hasta que llegó a mi mentón y lo cogió con firmeza.

Sentí esa leve presión que no llegaba a dolor, pero poco le quedaba, entreabrí los labios un poco, lo que hizo que mirara mi boca y mis ojos de manera alternativa. Finalmente me besó de una manera tan dura que un hilillo de sangre empezó a emanar de mi labio inferior. Su lengua paseó por ese pequeño corte que me había hecho él mismo, a la vez que de nuevo se introducía dentro de mí para fusionarse con la mía.

Cogí su camisa con ambas manos, estampándolo junto a mi cuerpo para notar su calor. Y no fue lo único que sentí con el primer roce, el bulto que emergía de sus piernas parecía querer romperle el pantalón en cualquier momento.

Comenzó a desatar mi blusa, hasta que mi sostén de encaje burdeos quedó a la vista, expuesto ante él. Paseé mis manos por sus fuertes hombros a la vez que enredaba alternativamente mis manos en su cabello, tirando de él con

fuerza. Cathal, por su parte, manoseó de arriba abajo mi figura sin detenerse demasiado en ninguna zona. Pegaba tanto su cuerpo al mío que creía que en cualquier momento se fundiría con mi piel.

—Qué me estás haciendo...

Fue un susurro tan bajo que apenas pude escucharle, pero lo hice. No le contesté por temor a que de mi boca salieran palabras que no sentía o que quizás, con el paso de los días pudiera darme cuenta cuán equivocada había estado al expresarlas. Abrí su camisa por completo y adoré cada músculo que en su esbelto pecho se mostraba delicioso para mí. Hasta que me percaté de algo que jamás en la vida había visto... Cogió mi cuerpo con una rapidez asombrosa y me lanzó a la cama sin ningún miramiento. El Cathal rudo y salvaje había vuelto.

Doblé mis rodillas del todo y me quedé sentada encima de ellas con cara de asombro mientras notaba cómo mis ojos se agrandaban cada vez más. Cathal pegó un fuerte tirón de su camisa y comenzó a caminar por la habitación como un león enjaulado. Se llevó las manos al pelo y después las paseó por su rostro con desesperación. ¿Cuánto tiempo llevaba sin verle sin camisa? Años... Esa era la respuesta, años...

—Cathal... —un susurro estrangulado salió de mi garganta.

Escuché cómo rugía igual que un animal para que no continuara. Abrió la puerta de la terraza y me percaté de que había cogido la habitación que tenía la carreta. ¿Tan absorta estaba que ni me había dado cuenta? ¿Y él? ¿Cómo se había fijado en ese simple detalle? Intenté por todos los medios calmar mi respiración agitada, cubrí un poco mi pecho con la blusa y me levanté con las piernas temblorosas.

Estaba apoyado en la barandilla, agarraba tan fuerte el metal que sus nudillos se tornaron blanquecinos y pensé que en cualquier momento se le partirían los huesos de la presión. Paré en seco detrás de él, notando cómo su cuerpo se tensaba. Me acerqué con delicadeza y posicioné una de mis manos encima de la suya, en el mismo momento en el que entraban en contacto la apartó con brusquedad y me fulminó con la mirada. Dio media vuelta y se metió dentro de la habitación sin decir media palabra. Una congoja se apoderó de mí, me giré y no pude evitar chillar para que parara.

—¡Cathal!

No me hizo caso. Aceleré mis pasos y entré detrás de él.

—¡Cathal, mírame!

Escuché que respiraba con dificultad y, antes de que pudiera decir nada más, me aprisionó con su cuerpo dejándome entre la pared y él. Le miré con extrañeza y cuando iba a preguntar por lo que acaba de ver, se adelantó.

—No hay preguntas —sentenció firme.

Y el Cathal más bestia y salvaje apareció esa noche, haciéndome perder todo el sentido que era capaz de tener. No pude evitarlo, y de nuevo, me deshice entre sus brazos de una manera abrumadora, haciendo que él mismo viera lo que era capaz de hacerme sentir.

A la mañana siguiente madrugamos más de la cuenta y nos pusimos en camino cuando los rayos del sol, aún no alumbraban el horizonte. Nos esperaban cerca de seis horas de camino, y no podíamos entretenernos si queríamos llegar con luz. Durante todo el trayecto Cathal no se pronunció. El silencio entre nosotros era más que incómodo y no sabía cómo solucionarlo, necesitaba respuestas y no las tenía.

Llegamos a Bushmills, aparcamos el coche en el parking donde estaba uno de los monumentos más conocidos de Irlanda: la Calzada del Gigante. Miré de reojo a Cathal. Estaba muy serio, fruncía el ceño como solía hacerlo habitualmente y no conectó sus ojos con los míos en ningún momento.

Salió del coche sin decirme nada, le seguí. Llegamos al mostrador donde tenía que comprar las entradas, le dijo dos palabras a la chica que había y esta se puso a coquetear con él. Al final entramos en el recinto. Pocos minutos después bajamos por una rampa hasta que llegamos a la calle, donde un largo camino nos guio hasta la mismísima calzada.

Las montañas se alzaban intimidantes hacia nosotros y no pude dejar de observarlas mientras caminaba a paso acelerado, ya que mi marido más que andar corría. Le contemplé desde lejos quedándome con cada uno de sus gestos. Su manera de andar chula y prepotente, y sus tensos brazos perfectamente moldeados junto a su altura endemoniada, no hacían más que llamar la atención de todas las féminas que pasaban por allí. Se giró con violencia cuando no me encontró a su lado, había andado demasiado deprisa como para darse cuenta. Llegué a su altura y me contempló fiero. Continuó andando y me apresuré por llegar a su lado, me estaba cabreando más de la cuenta.

—¿A qué cojones viene ese carácter repentino que tienes hacia mí?

Se paró en seco y acercó su rostro al mío intentando amilanarme.

—¿Alguna vez he sido delicado contigo? —bramó.

Le importaba una verdadera mierda quién nos estuviera observando dado su elevado tono de voz. El mismo que siempre tenía, y a mí, me importaba

menos todavía. Miré por un segundo a ambos lados y fijé mi vista en él con crueldad.

—No hemos venido aquí para hablar, camina —ordené.

Le dejé atrás, eché a andar y cuando se situó a mi lado, pude ver de reojo cómo una media sonrisa intentaba escaparse de sus labios, ¿se estaba intentado reír? No me lo podía creer...

Llegamos a la zona donde unas cuarenta mil columnas de basalto se alzaban ante nosotros. No pude evitarlo y caminé por encima de ellas hasta llegar a la más alta de todas, me acerqué al borde, aun sabiendo el peligro que podía correr si una de las olas del mar embravecido golpeaba contra mí.

—¡Taragh! —vociferó.

En menos de diez zancadas llegó a mí, me observó fulminante, agarró mi codo con violencia y como un búfalo me dijo:

—¿Estás loca?

Pegué mi rostro al suyo y noté cómo se tensaba de nuevo, solté mi agarre con facilidad de un solo tirón y siseé:

—Si estoy loca o no, no es tu problema. Ahora, si me haces el favor, me gustaría ver las vistas. No todos los días viene una a Irlanda del Norte, y mucho menos a la Calzada del Gigante.

Achicó los ojos, pero no respondió. Miré hacia el horizonte, contemplando la maravillosa vista.

—¿Conoces la leyenda de este sitio? —gruñó.

—Mejor que tú —le reté.

Sentí que se pegaba de nuevo a mí, y muy cerca de mi oído susurró:

—Como vuelvas a ser una impertinente y me hables de nuevo así, te tiraré al agua para que veas el mar desde cerca.

Sonreí con malicia, este hombre no me conocía. Y no me callé, no le tenía ningún miedo, y si realmente quería acercarme a él, tenía que saber quién era yo en todos los aspectos.

—No si antes te ahogo yo.

Se quedó paralizado ante mi comentario desmedido, le eché una última mirada y me bajé de las rocas, dejándolo pensativo. Estaba tensando el hilo de Cathal O’Kennedy demasiado y, en cualquier momento, podía romperse, aun así, no me importó.

Me crucé de brazos esperando que me guiara, pero no lo hizo. De su bolsillo sacó una especie de mapa y lo situó encima de una roca que estaba un

poco más plana. Comenzó a hacer regueros con su dedo, concentrándose en su tarea. La gente que pasaba a nuestro lado nos contemplaba de forma inquietante, sin entender muy bien qué estábamos haciendo.

Recordé la leyenda del lugar, y no pude evitar sonreír.

—¿De qué te ríes? —preguntó malhumorado.

—De ti, obviamente, no.

Alzó una ceja y siguió a lo suyo.

Se decía que tiempo atrás, un gigante irlandés llamado Finn, y un gigante escocés, concretamente de la isla Staffa, llamado Bennandoner tenían sus rivalidades por ver quién era más fuerte. Para que el gigante escocés no consiguiera llegar hasta Irlanda, Finn creó las rocas hexagonales que a día de hoy se posicionaban en la Calzada del Gigante. Finn, al saber del tamaño de Bennandoner, supo que perdería la batalla contra él, ya que no disponía de la altura ni la fuerza necesaria para hacerlo.

Cuando Finn vio que Bennandoner se acercaba a Irlanda, se metió en una cuna de bebé, y al gigante escocés lo recibió la mujer de Finn, diciéndole que ese era su pequeño bebé, y que el padre no estaba en ese momento. El gigante escocés al ver el gran tamaño del niño, salió despavorido al imaginarse al padre, y por una vez, pudo más la astucia que la fuerza.

Era feliz recordando las leyendas de Irlanda, tenía tantas que mostrar, tantas cosas que enseñar, que era imposible describirlas todas en tan solo unas horas. Observé cómo el mar se fundía con la tierra y me pareció algo sobrehumano. Nunca se podría demostrar si la leyenda en sí era cierta o no, pero yo, a fin de cuentas, me la creía, como también lo hacía con las dichas hadas.

—¡Eso es! —bramó eufórico.

Me giré con la ceja alzada para mirarle señalar con el dedo un punto de la montaña.

—Todavía no entiendo qué hago aquí contigo —renegué.

—Por lo que se ve, turismo.

Ese comentario como si nada, tan irónico y tan... Cathal, me desorientó de nuevo.

—¡Vamos!

Tiró de mi mano con fuerza y por poco me dejó los dientes en las rocas, al tropezar con dos de ellas. Era imposible avanzar a la misma velocidad que él.

—¿No te das cuenta de que tus piernas son más largas que las mías? —

bufé.

—No tenemos tiempo —contestó apresuradamente sin soltar mi mano.

Me esforcé por correr literalmente para poder seguir su paso. Miré hacia arriba y vi la respetuosa montaña que minutos antes había contemplado desde la lejanía.

—¿No pensarás subir? —pregunté escandalizada.

—¡Pues claro!

Arrugó su entrecejo y paró en seco, volví mis ojos al cielo, y cuando le vi las intenciones de ponerse a despotricar en medio del sendero que conducía a la montaña, pasé por delante de él y me puse la primera.

—¿Qué hay que encontrar? —pregunté sin saber hacia dónde ir.

Pasó por delante de mí para que le siguiera, hasta que llegamos a unas enormes columnas que llegaban casi hasta el filo de la montaña. En una de ellas había una chica apoyada haciéndose una foto, Cathal se puso delante y comenzó a rebuscar entre las columnas.

—Eh, perdona, ¡eh! ¿Me oyes? —espetó la chica malhumorada.

Cathal hizo como si lloviera: ni caso. Siguió rebuscando entre las columnas buscando... ¿algo? No lo tenía claro porque no me lo había dicho tampoco.

—Cathal...

Toqué mi frente a la vez que escuchaba a la chica renegar cerca de él, si llegaba a perder la paciencia le pegaría un tiro allí mismo. No me hizo ni puto caso y siguió a lo suyo. La muchacha me desesperó cuando por enésima vez le dijo que se quitase de en medio.

—¿Te callas? ¿O te callo?

Abrí mi abrigo para que viera la pistola que llevaba en el lateral. La chica abrió los ojos de par en par y se giró con rapidez para marcharse, al final, nos quedamos solos. Cathal me miró y negó con la cabeza al ver lo que acaba de hacer.

—¿Se puede saber qué estás buscando?

—Según el mapa —paró de hablar al ver algo, pero enseguida continuó —, por aquí tiene que haber una inscripción o algo —aseguró hablando más para sí mismo que para mí.

—¿Una pista? Por llamarlo de alguna manera...

Asintió sin mirarme. Me acerqué a donde estaba y comencé a examinar las columnas junto a él. Pasé mi mano por una de ellas, y bajo mis dedos algo

me sobresaltó.

—¿Qué es esto?

Cathal levantó la cabeza de su escondite y vino hacia mí. Miró la extraña forma que hacía la columna e intentó descifrarla. Se fijó en el resto y ninguna tenía nada parecido. Achicó los ojos un poco, y pasó los dedos como había hecho yo segundos antes.

—No lo entiendo...

Alcé una ceja, yo tampoco lo hacía.

—Parece la forma de una montaña —continuó intentando averiguarlo.

—¿Y dónde nos encontramos ahora mismo? —ironicé.

Me miró con mala cara.

—Cathal... ¿realmente piensas que un tesoro de hace siglos va a estar aquí? ¿Al paso de la gente y todavía nadie lo ha descubierto? ¡Es absurdo!

—Cosas peores he visto —afirmó.

—Pero no es lo normal...

No me hizo caso, su entrecejo se arrugaba tanto que parecía no tener fin. Hasta que sin darme cuenta, y después de mi quinto resoplido, abrió los ojos como platos.

—¿Qué pasa?

Agarró mi brazo con fuerza y tiró de mí, para que comenzara a caminar.

—¡Cathal!

Nada. Sacó su teléfono y tecleó con rapidez a alguien.

—Mándame las últimas coordenadas que tienes. —Escuchó atentamente lo que le decía—. Sí, de acuerdo. ¿Qué pone en la inscripción? —Paró un segundo y resopló—. Un subterráneo... —pensó en alto—, muy bien.

Y colgó.

La noche comenzaba a caer encima de nosotros. Llegamos al coche y lo puso en marcha a toda prisa. Atravesamos un sinfín de caminos, y en la lejanía vi el castillo de Dunluce.

—¿Vamos ahí? —Señalé con el dedo.

—Sí —contestó concentrado.

—No vamos a ver nada, se está haciendo de noche.

No quería fastidiar la euforia que tenía, pero no llegaba a entender cómo hacía las cosas así por así. ¿Y cómo demonios había conseguido la espada de Nuada y el caldero de Dagda? Algún día tendría que preguntarle, me interesaba en exceso saber cómo lo había hecho.

Bajó del coche en extremo silencio, abrió el maletero y agarró un maletín que había dentro. Se encaminó hacia la entrada, le esperé fuera viendo cómo el chico del mostrador asentía con énfasis, a saber qué le estaría diciendo. Minutos después, salió a la calle y me hizo un gesto con la cabeza para que le acompañase.

El castillo estaba en ruinas, pero su estructura todavía se conservaba, e incluso en ciertas partes, habían comenzado a reformarlo. Pasamos por el puente de madera que conducía al interior, y me paré un instante para contemplar lo que tenía bajo mis pies. Nunca la había visto, pero se decía que había una cueva de mar natural, donde solo se podía acceder con barcos cuando el mar estaba muy tranquilo.

—¿Qué buscamos? —pregunté harta de su silencio.

—Columnas.

Tajante. Como siempre.

Llegamos a una muralla defensiva en la que había una fila de columnas, que formaban parte de un paseo cubierto con vistas al jardín, donde anteriormente se encontraba la casa principal. Al lado de esta, pude ver una torre con un espacio para bajar por ella.

—Espérame aquí.

Asentí mirando a mi alrededor. Allí no había nada, estábamos perdiendo el tiempo. Vi que Cathal encendía una enorme linterna para mirar el interior de dicha torre, donde no podía verse nada ya, dada la escasa luz que nos acompañaba. Subió a los pocos minutos bufando como un toro.

—¡Maldita sea! —bramó.

Le ayudé a repasar columna a columna, buscando algún tipo de inscripción en ellas, pero no encontré nada. Después de llevar media hora observándolas con las linternas, de reojo vi cómo Cathal se paraba en seco.

—Taragh —me llamó—, ven.

Giré sobre mis talones y me dirigí hacia él. Me miró por encima de sus pestañas y señaló un pequeño dibujo que había tallado en una de las columnas que estábamos revisando. Me agaché para verlo mejor, y no pude evitar abrir mis ojos en su máxima expansión.

—Es... es... —Negué, no podía creerlo—. ¿Quién te informa de estas cosas?

—¡No es momento de preguntas! —Se desesperó.

Lo aniquilé con la mirada y guie mis ojos de nuevo al pequeño dibujo.

—Es una lanza, se ve claramente.

—Lo que no entiendo son las letras que están encima, no consigo verlas con claridad —habló como si nada.

Otra vez, estaba conmigo el Cathal normal.

Repasé con mis dedos las letras, cogí un papel y un lápiz del maletín, y mientras las volvía a tocar con la mano izquierda, con la derecha hacía el mismo recorrido a la vez. Cuando terminé, miré las letras deformadas que había escrito, los dos nos miramos y al unísono dijimos:

—Odín.

Esa misma noche volvimos a la mansión a altas horas de la madrugada. En el trayecto no pronunciamos ni una sola palabra, cada uno iba sumido en sus pensamientos. Cathal escaneó la columna varias veces y tomó un par de fotografías antes de marcharnos, estaba claro que era un ladrón de tesoros en toda regla, ya que me demostró que iba lo suficientemente preparado para ello.

Subí a mi habitación para darme un extenso baño, y después me tumbé en la cama. Estaba agotada, pero mi estómago rugía con fuerza y me vi obligada a levantarme de nuevo. Bajé las escaleras despacio para no despertar a nadie, y a lo lejos del pasillo pude ver la luz del despacho de Cathal encendida. Me dirigí hasta allí, y me encontré a mi marido con un cigarro en una mano, con la otra sostenía su cabeza mientras miraba la foto que horas antes había sacado.

—¿Qué haces despierta? —preguntó serio.

—Tenía hambre.

Elevó sus ojos y me traspasó. Asintió y no dijo nada más. Entré en el despacho, entornando la puerta, me fui a su lado y me apoyé en el filo de la mesa. Vi cómo miraba de reojo mi tatuaje en la pierna, a la vez que repasaba mis muslos desnudos en varias ocasiones. Terminó clavando los ojos en mi bata de seda negra, y después en mí, de manera descarada. Acomodó su estrepitoso cuerpo hacia atrás y me contempló durante una eternidad.

—¿Qué hace el nombre de un dios nórdico en una columna del castillo de Dunlunce?

Moví mis hombros dándole a entender que no lo sabía. Se pasó la mano por el mentón y volvió a mirarme.

—Cuéntame lo de la lanza, otra vez.

—La lanza de Lugh nunca perdía su objetivo. —Me observaba con extremada atención—. Su nombre es Gai Belga, despedía llamas y brillaba, y nunca fallaba el golpe, devolviéndola a las manos de quien la arrojaba. Según contaban, poseía terribles poderes, ya que estaba cargada de una energía

destructora.

Negó con la cabeza varias veces.

—No tiene sentido. —Juntó sus manos para tocar con nerviosismo sus pulgares.

Suspiré un par de veces y me levanté de mi incómodo asiento. Pero antes de poder menear los pies, un pensamiento cruzó mi mente. Alcé una ceja sin ser consciente, en el mismo instante que Cathal me observaba.

—¿Qué pasa?

Giré sobre mis talones de nuevo, y me coloqué entre su ordenador y él. No le pedí permiso, pero tampoco dijo nada. Contemplé la fotografía, ampliándola un poco.

Odín...

—¿Por qué hacer referencia a otros dioses en la mitología?

Achicó los ojos sin comprender qué le quería decir. Me agaché un poco para poder mover con el ratón del ordenador la imagen, y oí cómo Cathal suspiraba. Le estaba alterando.

—No entiendo qué tiene que ver el dios del rayo y el relámpago.

—Ni yo... —contesté concentrada en la imagen.

—Sigue sin tener sentido. —Se desesperó.

—Creo que necesitamos descansar, así es imposible pensar nada coherente.

Resoplé al no encontrar ninguna explicación. Me volví para irme de nuevo por donde había venido, y me encontré con sus ojos hambrientos que brillaban más de la cuenta.

—¿Por qué llevas mi nombre tatuado en el corazón? —solté sin pensarlo.

Su gesto cambió al enfado.

—Vete a la cama, Taragh.

—No quiero —le reté—. Contéstame.

—No voy a contestarte, vete a la cama —recalcó la última orden.

—No.

Se levantó de su asiento y me miró desde su imponente altura, No me atemorice ni un poco siquiera, al revés, le miré altiva. Cuando iba a vocearme o a saber qué, otro pensamiento pasó por mi mente. Me giré como un torbellino hacia el ordenador y repasé el nombre junto a la lanza.

—¡Claro! Lugh era el dios que equivalía a Loki.

—¿Qué quieres decir? —preguntó pensativo.

Moví mis manos con nerviosismo, creía que lo había descubierto y no sabía por qué motivo la emoción me albergaba en aquel momento.

—Loki —volví mi rostro para mirarle—, era el dios malo, ¿no?

Asintió entrecerrando los ojos.

—Lugh era el dios celta que se comparaba con Loki —comenté atropelladamente.

—Y Loki era hijo de... —Abrió los ojos y su cara se transformó.

—¡Odín! —afirmamos los dos al unísono.

—Por lo tanto la lanza de Lugh está...

No le dejé terminar.

—... en Noruega. La lanza de Lugh está en Noruega.

Se sentó de golpe de nuevo con el asombro reflejado en su rostro, agarró mis caderas y terminé encima de él. La bata se me abrió un poco, y pude ver cómo me miraba con deseo.

—¿Quieres venir a Noruega conmigo? —preguntó con voz ronca, masajeando mis glúteos.

Asentí. Noté cómo mi piel se erizaba a la vez que sus labios se entreabrían con exigencia. Agarró mi nuca y me pegó a él con ímpetu, el mismo que tenía siempre. Otra vez mi bajo vientre me retó, deseé perderme en su cuerpo, aunque me poseyera como un loco sin compasión. Ese pensamiento me enfadó, pero no fui capaz de levantarme.

Posé mis manos en la cremallera de su pantalón y muy despacio conseguí bajarla. Oí cómo suspiraba varias veces cuando saqué su miembro. Alzó mi trasero para poder colocarme justo donde quería. Poco a poco fui notando cómo mis paredes absorbían toda su largura, proporcionándome un placer que jamás había experimentado.

—Joder... —murmuró entre dientes cuando llegué al fondo.

Comencé a moverme en círculos, echó la cabeza hacia atrás y tomó una gran bocanada de aire. Posó sus manos en mis caderas para intentar, como siempre, controlar la situación.

—No —sentenció.

Y por muy extraño que pareciera, no se quejó ni puso ninguna objeción.

Bailé sobre él saboreando cada acometida, sintiendo intensamente su longitud en mi sexo. Agarré su rostro con fuerza cuando mi cuerpo comenzó a temblar de manera involuntaria, previniendo el gran orgasmo que se apoderaría de mí minutos después. Erguí mi cuerpo para que Cathal pudiera

arremeter con fuerza en mi interior, y me pegué tanto a él que nuestras narices chocaban cada vez que mi cuerpo subía y bajaba. Posé mi frente junto a la suya y me dejé llevar de manera arrolladora.

Las sirenas de la ambulancia sonaban con fuerza, llegando hasta el último rincón de mis sentidos. Miré a mi izquierda, tumbada sobre la camilla y encontré a un enfermero a mi lado. Mi único acompañante...

—¿Se encuentra bien?

Noté cómo mis ojos quemaban, mientras lo único que pensaba era que él no había venido, ni siquiera se molestó en eso...

Agarré mi vientre de nuevo cuando otro enorme pinchazo me atravesó, junto a un grito de dolor que fue inevitable que no saliera de mi garganta. Vi que la expresión del médico cambiaba, pero no me atreví a preguntarle.

Llegamos poco después al hospital materno de Holles Street. Me bajaron a toda prisa y con rapidez entramos por unas puertas que daban directas a urgencias. Sentía que el aire me faltaba y no conseguía mantener la vista fija en ningún sitio cuando comencé a marearme.

—¡Rápido, sus constantes vitales están bajando!

—¡Aguantate, chica, ya estamos llegando! —añadió otro enfermero con desesperación.

Llegamos al quirófano y todo pasó a una velocidad vertiginosa. Las lágrimas empapaban mi rostro sin control, mientras un equipo de médicos me ayudaba a colocarme en una gran silla.

—Hay que sacarlo cuanto antes —aseguró la que supuse que era la ginecóloga.

Pusieron dos grandes círculos en mi barriga, y los conectaron a un aparato para verificar que el bebé estaba bien, pero nada más lejos de mi ignorancia, y mis esperanzas...

—¡Empuja! —animó la doctora.

Y así lo hice... hasta que mis fuerzas fallaron por completo, y sentí cómo se desprendía de mí. Intenté incorporarme un poco para ver a la preciosa criatura que había llevado durante nueve meses en mi vientre. La doctora me miró con una expresión que no supe descifrar, hasta que se acercó a mí y, con cariño, murmuró:

—Lo siento mucho.

Abrí los ojos en su máxima expansión, cuando mi corazón comenzó a latir frenéticamente, anunciando una de las mayores tragedias que habría podido

imaginar en mi vida. Con las pocas fuerzas que disponía mi cuerpo, forcejeé con los enfermeros que sostuvieron mis manos cuando intenté levantarme de aquel terrible aposento.

—¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo! —grité desgarrada.

La doctora se acercó de nuevo a mí con el bebé envuelto en una sábana de color azul y sopesó la idea durante unos segundos.

—Es mejor que no...

—¡Déjeme verlo! —volví a gritar desesperada.

Compungida me enseñó al bebé inerte, y sin ningún aliciente de vida en su pequeño rostro. Mi mundo se vino abajo y lo único que pude hacer fue llorar, hasta que caí desmayada por las emociones de ese día.

Un día y medio después, salí de aquel hospital con la cara demacrada, mi ropa llena de sangre y sola... Llegué a la puerta principal, y una fuerte lluvia me empapó todo el cuerpo hasta que terminé calada. Miré al cielo un instante, caí de rodillas y grité. Grité tan fuerte que sentí cómo mi garganta se desgarraba de dolor, pero no era nada parecido a lo que sentía interiormente, ya que mi alma murió aquel mismo día.

Desperté con brusquedad cuando un portazo resonó en mis oídos. Saqué el puñal que tenía debajo de la almohada y sin pensarlo lo puse en el cuello de la persona que se acababa de poner encima de mí.

Cathal abrió los ojos y me miró extrañado. Lo retiré inmediatamente y me incorporé somnolienta y dolida por la pesadilla que acababa de volver a recordar.

—¿Duermes con un puñal debajo de tu almohada? —Se extrañó.

Contempló mi rostro afligido, y después se percató de mis mejillas mojadas. Me limpié con rapidez, y cambié de tema a toda velocidad.

—Te aseguro que tú duermes con algo peor debajo de tu almohada.

Asintió pensativo.

—Con una pistola.

—¿Lo ves? —ironicé.

—Voy a salir esta mañana. Le he mandado a un contacto lo que encontramos ayer, y vamos a intentar ubicar el sitio donde se encuentra la lanza. Volveré de madrugada.

Me quedé durante unos minutos pensando. ¿Me estaba dando explicaciones? Él se dio cuenta de ese gesto y cambió su semblante, pero no supo qué más decir, se levantó de la cama, confuso, y se encaminó hacia la

puerta.

—Llámame si me necesitas —fue lo único que pude pronunciar.

Asintió y desapareció de mi vista sin mirar atrás. Agarré mis rodillas con fuerza y coloqué mi cabeza en medio de ellas, necesitaba dejar de soñar lo mismo una y otra vez, tenía que continuar con mi vida y dejar de atarme al pasado de esa manera.

Me levanté, puse unas prendas informales en mi cuerpo y salí decidida hacia una de las partes traseras de la mansión. Llegué allí y miré la pequeña tumba que habíamos hecho hacía cuatro años, debajo de un sauce llorón gigantesco.

Con los ojos fijos en ninguna parte, caí de rodillas y repasé las letras de la pequeña lápida con mis dedos: William O’Kennedy.

Llevaba tanto tiempo sin llorar de verdad, que cuando las lágrimas comenzaron a descender por mis mejillas, me pareció irreal. Noté que mi pecho se oprimía tanto que pocos segundos después, un llanto desgarrador pero silencioso me poseyó.

Odiaba demasiado a Cathal por haberme dejado sola ante aquello. Por no llorar la pena junto a mí y alejarme más si podía de su vida. Durante mucho tiempo fui un simple espectro que no comía, no bebía y lo único que quería era morir para encontrarme con mi precioso bebé al que no tuve la posibilidad de verle ni siquiera sus pequeños ojitos.

Pero gracias a los cuidados de la anciana Sinéad, y los desprecios que Cathal me hizo durante tantísimo tiempo, pude convertirme en la mujer que era a día de hoy. La mujer que estaba dispuesta a vender su alma al diablo para conseguir todo lo que su marido poseía, y la misma que ya no quería una vida llena de felicidad, sino una vida llena de tinieblas.

Limpié como pude las lágrimas que caían por mis ojos y miré fijamente la piedra con la cruz de Odín incrustada. Muchas veces me iba allí y me sentaba junto a ella simplemente para hacerle compañía. Algunas veces parecía una loca, pero no me importaba, solo quería sentirme cerca de mi hijo, y la única manera era esa. Nunca le faltaban flores frescas, y en más de una ocasión me sorprendía ver flores nuevas, porque eso significaba que Cathal también asistía al mismo sitio sin que le viera, al igual que hacía yo.

Intuí que había alguien detrás de mí, sabía que era él...

—¿No te habías marchado? —pregunté con voz estrangulada.

Suspiró.

—Se me habían olvidado unos papeles en el despacho.

Asentí sin girarme. No quería que me viera de esa manera. Escuché que retrocedían sus pasos, marchándose por el mismo sitio por el que había venido, y una sacudida estremeció todo mi cuerpo. Me abracé a mí misma para intentar calmar la pesadumbre que se apoderaba de mis sentidos, en el mismo instante en el que noté cómo unos grandes brazos me abrazaban desde atrás, rodeándome por completo y junto a esas sacudidas y sollozos, pude escuchar un tono de voz melancólico que jamás había oído en Cathal:

—Lo siento...

Unas horas después me encontraba de camino a Dublín para reunirme con uno de los directores del Museo Nacional de Irlanda. Por fin podría saber la verdad y terminar con otro de los asuntos que a veces me quitaba el sueño. Después del imprevisto encuentro que había tenido con Cathal en la parte trasera de la mansión, tras pronunciar aquellas palabras que hicieron que mi corazón sangrara un poco más, se levantó y se marchó sin mirar atrás, después de estrecharme con sus fuertes brazos lo que me pareció una eternidad. No entendí su gesto, ni su comprensión en ese momento. Él no era así.

Miré a Frank que en este caso me acompañaba bajo órdenes estrictas de su jefe, que más bien le bufó semejante chillido que lo escuché desde donde estaba. Fueron unas palabras claras y concisas: «No la dejes sola».

—¿Entro contigo? —se limitó a preguntar en tono hosco.

—No. Y cambia tus modales hacia mí —espeté con malas formas.

—Te hablo como te mereces.

Le fulminé con la mirada y siseé:

—¿Perdona?

—Lo que has oído —rugió alto.

Ese gesto me enervó.

—No soy nada tuyo para que me trates de esa forma, y la próxima vez que lo hagas, que espero que no sea así, te meteré un puto tiro por el culo.

Abrí la puerta del copiloto y bajé pegando un fuerte portazo en ella. Aceleré mis pasos y entré dentro del museo hasta que llegué al mostrador y pregunté por el director. Pocos minutos después apareció, no esperé a que llegara a donde estaba.

—Señora O’Kennedy. —Hizo un asentimiento con la cabeza a modo de saludo.

—Señor White. —Le imité el gesto.

—¿Me acompaña?

Asentí y seguí tras él, hasta que llegamos a un despacho retirado de las

salas de exposición. A la lejanía pude apreciar el Tara Brooch, al cual le dediqué unos minutos para inspeccionarlo como pude desde la distancia.

—Me temo que tengo unas noticias inquietantes, señora O’Kennedy.

—¿Y bien?

Tomé asiento y esperé paciente a que continuara, pero lo cierto era que me estaba sacando de mis casillas, ya que se tiró casi cinco minutos buscando unos documentos que finalmente, extendió encima de su mesa para que pudiera verlos.

—Entenderá usted que si hago esto es porque conozco a su marido, pero esta conversación nunca ha existido.

—No se preocupe, señor White, mis labios estarán sellados.

Asintió y lo que me dijo a continuación me encrespó:

—Hemos tomado pruebas del broche de nuevo... y...

—¿Y? —pregunté con desesperación y enojo en mi tono.

—Llevaba usted razón, es una imitación.

Agarré con fuerza los reposabrazos de la silla, me levanté como un vendaval y me dirigí hacia la puerta.

—¡Espere! ¡Señora O’Kennedy! ¿Cómo lo sabía?

Me giré para mirarle de manera fría y arrolladora. Los demonios me llevaban en aquel instante.

—Gracias por su tiempo, señor White.

Salí por la puerta delantera y el aire golpeó mi cara con brusquedad. A lo lejos vi el coche de Frank aparcado. Me di cuenta de que no se percataría si me iba por otro sitio, y comencé a caminar sin ningún rumbo para despejar mis pensamientos.

Tendría que ir al *pub* de los Hagarty en Cork y buscar a esa maldita puta, fuese de la manera que fuese. No podía adueñarse de algo que era mío sin más. Tras más de diez minutos andando a paso ligero, recordé que ella se había trasladado a Dublín y en ese instante supe a quién debía de llamar.

—¿Dónde vive tu hijo? —solté cuando descolgó el teléfono.

—Taragh, por favor, ya está bien. Déjales en paz... —suplicó abatido.

—Sé la cafetería en la que trabaja tu hija, Saoirse. Si no me lo dices, iré a por ella —sentencié.

—Taragh..., por favor...

Crucé el puente de Ha’penny a la misma vez que colgaba el teléfono, ¡el idiota de Mick me desesperaba! Mis ánimos no estaban para caldearlos

mucho más y él me los había sacado de quicio. Encontraría a la pelirroja, me costase lo que me costase.

Y la suerte aquel día estuvo de mi lado de una manera que ni yo misma me lo hubiese imaginado. Choqué contra alguien cuando guardaba el teléfono en el bolso y al levantar la vista, la rabia me cegó...

Allí estaba ella. Con su cara de niña buena habitual, su pelo pelirrojo suelto y he de decir que un cuerpo más moldeado y adulto. Aun teniendo veinte años, ya no era una simple niñata. Me contempló con miedo, a la misma vez que con rabia y eso me gustó. Tanto que no pude evitar dar dos pasos hacia ella, los mismos que retrocedió hasta quedar pegada a la barandilla del Ha'penny. Unos cuantos candados, que había entrelazados entre sí, resonaron más de la cuenta al apoyarse y no pude evitar sonreír. El pánico atenazaba su rostro.

—Vaya, vaya, vaya —canturreé—. Si es la valiente Maureen.

El reflejo de una cobarde pasó por su rostro de nuevo cuando escuchó mi tono. Di otro paso hacia ella y la miré desde arriba, ya que era un poco más baja que yo. Su cara no mostró ningún signo de emoción, pero podía oler su miedo a leguas.

—¿Qué quieres?

Su tono se me antojó impertinente, a la vez que rabioso.

—Quiero lo que es mío.

Arrugó el entrecejo dándome a entender que no sabía de lo que hablaba.

—No te hagas la tonta, ¡maldita niñata! —Me acerqué hasta su oído y susurré con firmeza—: O me das el broche o te juro por Dios que te mataré antes de lo que esperas.

Me costó unos minutos asimilar el pequeño empujón que había dado a mi hombro para que me apartase de ella. Achiqué los ojos, a la misma vez que mi mano derecha agarraba su cuello con fuerza.

—¡No vuelvas a tocarme! —vociferé.

—¡Suéltame, imbécil!

Sonreí como una demente cuando dio dos manotazos a mi brazo para intentar soltarse. Algo imposible, ya que contuve toda la fuerza que tenía en ese agarre.

—Oh, te estás rebelando, ¡no me lo puedo creer! —ironicé.

Y cuando menos me lo esperaba, cogió mi brazo con decisión haciendo que quedara de espaldas a ella. Acercó su boca a mi oído y murmuró segura

de sí misma:

—No vuelvas a tocarme tú.

Reí. Elevé una de mis piernas propinándole un golpe en sus partes y por narices tuvo que soltarme. Me giré para encararme a ella y alcé mis manos instándola a pegarme.

—¡Vamos, pequeña Maureen! ¡Enséñame lo que sabes hacer!

La gente evitó pasar por el puente al contemplar nuestra escena, hasta tal punto que quedó vacío por completo. La pelirroja me miraba con rabia, y yo, sin embargo, estaba emocionada por poder pegarle una paliza, aunque fuese en medio de la capital irlandesa.

Dio dos pasos hacia delante con decisión y se abalanzó sobre mí. Vi cómo sus manos paraban mis golpes, hasta que uno llegó a su costado izquierdo y la hizo retroceder. No tardó en devolvérmelo y su puño se estrelló contra mi mandíbula, esta vez, haciendo que me tambaleara. Me toqué la comisura del labio y sonreí.

—Sabes defenderte. —La fulminé con la mirada—. ¿Sabes nadar? —pregunté con desdén.

Me tiré encima de ella y conseguí llevarla hasta la barandilla, sacando su cabeza por el borde. Ella pataleó y me asestó varios golpes para soltarse, pero no tuvo éxito.

—Si no me dices dónde tienes el broche, mi cara será lo último que veas.

—¡Yo no tengo nada tuyo! —gritó a pleno pulmón.

—¡No me mientas! —la amenacé entre dientes.

Vi cómo una patrulla de la policía se acercaba hacia nosotras, y la solté con rapidez para desaparecer de allí cuanto antes. No podía levantar sospechas, pero no me quedé con las ganas de amenazarla de nuevo:

—Te juro que volveré a por ti, Maureen Hagarty.

Una hora después llegué de nuevo a la mansión, olvidándome de Frank y sus gilipolleces, cogí un taxi y me planté en mi casa sin avisarle.

Paseaba de arriba abajo en la cocina, bajo los expectantes ojos de Sinéad, que me contemplaba preocupada. Pasé la mano por mi frente, ¿cómo podía tener esa habilidad para mentir siendo tan joven? Simplemente no lo entendía. Mi teléfono sonó a modo de mensaje y lo abrí suspirando, era Kathleen:

Por favor, necesitamos hablar. Te ruego que no me hagas ir a tu casa.

Sabía de sobra que a mi amiga venir a la mansión no le agradaba. Ella no

estaba acostumbrada al tipo de vida que yo tenía, y mucho menos a los constantes malos genios de mi marido. No necesitaba ponerla a prueba porque sabía de sobra que si no aparecía cuanto antes en Moher, ella misma vendría a mí, aunque tuviera que quedarse en la puerta de entrada.

Un fuerte derrape rechinó en mis oídos al mezclarse con las piedras de la entrada de la mansión. Alcé una ceja sugerente y me dirigí hacia la ventana para ver de quién se trataba: Frank.

Lo había olvidado por completo, mi mente únicamente había tenido tiempo de pensar una y otra vez en las palabras que aquella dichosa pelirroja me había dicho, y no sabía por qué demonios mi sexto sentido me decía que no mentía.

Entró como un toro en la cocina, y a uno de los criados que se encontraba en el hall, le vociferó:

—¿Dónde está la señora?

—En la cocina.

La voz del pobre hombre tembló y, cuando abrió las puertas abatibles, vi cómo se hacía una gota de agua. Sinéad no fue menos, y se marchó cuando se lo pedí con la mirada. Esa mujer sabía de todos, pero callaba en lo más profundo de su ser, y era algo que valoraba mucho en ella.

—¿Dónde narices estabas? ¿Te crees que puedes desaparecer sin decirme nada? ¡Llevo más de una hora esperándote!

Volví mi vista de manera impasible hacia él.

—No... me... grites... —recalqué lentamente cada palabra.

—¡Joder! ¡Maldita seas! ¡Siempre haces lo que te da la gana!

Pegó un fuerte puñetazo sobre la encimera de la isla que teníamos en la cocina. De nuevo mis ojos impasibles se posaron en su puño que ardía por el golpe. Me acerqué a él con decisión, y clavé mis ojos verdes de manera inquietante en él.

—No te olvides de quién manda en esta casa, Frank.

Me contempló con tanto odio que pude percibir cómo su nariz se hinchaba cada vez que respiraba. Fui a girarme para marcharme de la cocina, cuando escuché que escupía con rabia:

—¿Te lo pasaste bien anoche?

Arrugué el entrecejo y muy despacio, me volví para quedar frente a él.

—¿A qué te refieres? —pregunté con desgana.

Se acercó a mí y siseó muy cerca de mi rostro:

—Ayer te vi follándote a tu marido en su despacho y, por lo que se ve, disfrutaste bastante.

Sonreí con maldad.

—¿Ahora te dedicas a espiar detrás de las puertas?

Su cara enrojecía por segundos debido a la ira y, a mí, me importaba una mierda.

—¿Y tú te dedicas a acostarte con tu marido todos los días? —espetó.

—Lo que yo haga o no, no es de tu incumbencia.

—Espero que no olvides lo que tenemos entre manos. Parece que estás flaqueando —apostilló con malicia.

Mojé mis labios un poco y, sin apartar la mirada de él, murmuré:

—Dedícate a cumplir órdenes que es para lo que sirves, y no te metas en mis asuntos.

Estaba celoso. Podía notarlo en cada movimiento que hacía, cuando se pasaba las manos por el rostro desesperado o incluso cuando apretaba la mandíbula con fuerza. Oí cómo la puerta de la cocina volvía a abrirse y esta vez, me encontré con Ryan. Lo había escuchado todo, y me lo confirmó su cara seria e implacable.

—El señor O’Kennedy acaba de llegar. La está esperando en el jardín.

Pasé por al lado de Ryan quien no meneó ni un músculo hasta que salí de la cocina. No le quitaba los ojos a Frank. Llegué a la parte trasera del jardín, donde se suponía que Cathal estaba y me lo encontré afilando unos cuchillos encima del muro de piedra que bordeaba la mansión.

—Me has llamado.

Alzó el rostro cuando me vio, y no supe descifrar si su cara transmitía enfado u otro sentimiento que no podía adivinar.

—Sí —se limitó a decir.

—Me dijiste que llegarías de madrugada.

—Digamos que he podido concluir mis asuntos antes.

—¿Has encontrado algo?

No me acerqué a él. Me mantuve a una distancia prudente, dado que no entendía qué hacía afilando los cuchillos de manera tan sigilosa e inquietante.

—Estamos en ello. Pronto.

Levantó su escandaloso cuerpo del muro para dirigirse a mí.

—Me dijiste que tu abuelo te enseñó a defenderte, aparte del manejo de las armas.

Asentí y él imitó mi gesto.

—Veamos si estás a la altura.

No entendía a qué venía aquello, pero aun así, no me amilané. Sería una manera de descargar la rabia que me consumía ese día. Cuando se quedó a escasos centímetros de mí, colocó sus manos en posición de ataque. Ese gesto me hizo gracia.

—¿Para qué quieres pelear conmigo, Cathal? —pregunté sarcástica.

—Ya te lo he dicho —sentenció.

—Y, ¿para qué se supone que debo estar a la altura?

—Si vas a venir conmigo en busca de reliquias, necesito que estés preparada para cualquier cosa. No podrías imaginarte a lo que tengo que enfrentarme en algunas ocasiones.

Alzó su barbilla con desesperación, a la espera de mi siguiente

movimiento.

—Está bien —pronuncié sin darle más vueltas.

El primer golpe llegó sin esperármelo cuando sentí que mi pómulo derecho ardía. Me pasé la mano por la zona afectada y le miré desafiante.

—Peleas como una nena —escupí con rabia.

Me lancé a por él, coordinando cada paso y cada movimiento que mi cuerpo daba. Una de las veces, elevé mi mano para darle en el costado, pero él lo paró con facilidad y quedé atrapada entre sus brazos. Levanté mi pierna izquierda, propinándole un golpe que hizo que me soltara de inmediato. Me giré de nuevo hacia él, y golpeé con fuerza contra su mandíbula, haciendo que retrocediera varios pasos.

Encolerizado, o eso me pareció a mí, se aproximó con rapidez hacia mi cuerpo y de un solo golpe en mi hombro me tiró al suelo. Esta vez sí me había atizado con ganas. Veloz me levanté del suelo de un solo brinco y conseguí parar su segundo puñetazo que llegaba como un rayo hacia mi otra mejilla. Si seguíamos mucho más tiempo así, acabaríamos en el hospital, los dos.

Más tarde noté cómo mis fuerzas empezaban a flaquear, mientras veía que él se mantenía firme y en posición, como si ninguno de mis ataques le hubiesen afectado. En un descuido giré mi rostro para escupir de manera vulgar, y Cathal aprovechó para inmovilizarme en el suelo. Puso su antebrazo en mi cuello, ejerciendo presión, hasta que sentí un dolor agudo en la zona. Le golpeé con ímpetu en el brazo, pero de nada sirvió, me tenía bien agarrada.

—Ahora mismo estarías muerta —murmuró con chulería.

Entreabrí un poco mis labios y pasé mi lengua por ellos intentando que se desconcentrase y no falló. Nunca fallaba. Conseguí ponerme encima de él de un solo movimiento, saqué de mi muslo derecho el pequeño cuchillo que llevaba siempre y lo coloqué con decisión en su cuello. Podría acabar con su vida en aquel preciso instante, pero por el momento, no podía hacerlo.

—Nunca subestimes el poder de una mujer, Cathal.

Sus ojos emanaban un fuego abrasador que me dislocó todos los sentidos. Aun así no dejé de ejercer presión hasta que vi que un hilo de sangre corría hacia el césped. Él, por su parte, no dijo nada, esperando a ver cuál era mi próximo movimiento.

El deseo comenzó a llamar mi atención cuando agarró mis caderas con

ahínco y presionó mi figura hacia abajo, hasta que noté el generoso bulto que Cathal poseía. Mi respiración se tornó agitada y tuve que pararme a pensar qué demonios estaba haciendo, y por qué mi cuerpo reaccionaba así cada vez que estaba cerca de él. Antes por lo menos, me repulsaba su simple tacto, ahora, lo necesitaba como el aire para respirar.

—Señor, tiene una llamada.

La voz de Ryan nos hizo volver a la realidad. Elevé mi rostro y vi cómo Ryan me contemplaba con el entrecejo fruncido, sin entender el motivo de que un cuchillo estuviera en el cuello de su jefe. Cathal se levantó sin quitarme los ojos de encima y antes de marcharse murmuró:

—Vístete, tenemos que asistir esta noche a una fiesta.

Me puse un vestido negro hasta los tobillos, con un escote en forma de pico y la espalda descubierta llena de una hilera de brillantes que no dejaban lugar a la imaginación. Cogí mi abrigo para la ocasión, en ese caso de color dorado, y me calcé unos zapatos a juego. Antes de salir me cercioré de llevar todas las cosas necesarias dentro del minibolso que me acompañaría esa noche.

Bajé las escaleras con decisión y, al final de ellas, me encontré con Jackson, vestido con un esmoquin negro, camisa blanca y pajarita negra también. Me sorprendió verle tan elegante cuando muy pocas veces lo había visto de esa manera, ya que él era un tipo demasiado rudo para llevar semejante cursilada, como él decía en ocasiones, igual que lo era una simple pajarita.

—Buenas noches, señora. —Asentí con la cabeza devolviéndole el saludo —. El señor O’Kennedy la está esperando en el salón —continuó.

Caminé hacia el lugar donde Jackson me había indicado, y abrí la gran puerta de madera que había antes de cruzar a la estancia. Seis pares de ojos me observaron con atención. Los de Ryan mostraban confusión, los de Frank desconcierto y a la vez pasión, y los de Cathal..., los de Cathal decían más de mil y una cosas a la misma vez, la primera: un deseo irrefrenable.

—Bien —carraspeó mi marido antes de continuar.

Entrelacé mis manos posicionándome a su lado, miré la enorme chimenea que se alzaba ante mí respetuosa por sus grandes llamas y le escuché con atención.

—Esta noche hay que hablar con Flynn Nollaig, es uno de los narcos que dirige toda la zona norte de Irlanda. Tenemos que llegar a un trato con él sea

como sea y para eso, Frank y Jackson vendréis conmigo por si la cosa se pone interesante.

No entendía qué hacía yo en aquella reunión, ¿me estaba contando sus planes? Todos me miraron de reojo menos Ryan, no quité la vista de mi marido en ningún momento, pero me sorprendió ver los entrecejos fruncidos de Frank y Jackson.

—Vosotros dos iréis en un coche conmigo, y Taragh y Ryan irán en otro —ordenó con brusquedad.

—Si me disculpa, señor... —Frank—, ¿para qué viene ella?

Cathal elevó una de sus cejas y sonrió con malicia.

—Para presumir de mujer y después arrancarle el bonito vestido que lleva, ¿te parece bien? —Esto último salió de su garganta como un gruñido.

Frank asintió, pero no se atrevió a contestar; yo, por mi parte, tuve que disimular una risa ahogada que estaba a punto de florecer de mis labios, al igual que Ryan, que pude verle de reojo, solo que él sí sonrió mostrando ese diente de oro que lucía con entusiasmo.

—¡Andando!

Como burros salieron del salón, fui a hacer lo mismo, pero Cathal me cogió del brazo antes de que pudiera irme. Volví mis ojos con sorpresa ante el gesto, a la vez que veía cómo esperaba a que la puerta del salón se cerrase. Cuando todos desaparecieron, me observó con intensidad.

—¿Sabes lo que más valoro de la gente?

La pregunta me puso un poco nerviosa, pero lo disimulé a la perfección.

—La lealtad —contesté altiva—. Es lo único que sé de ti.

Asintió con entusiasmo.

—¿Estás en mi mismo bando, Taragh?

—Siempre lo he estado —mentí.

Un brillo extraño asomó de sus ojos, aunque terminó asintiendo de nuevo.

—Está bien. Coge este mapa —me extendió un papel pequeño—, memorízalo antes de llegar. Aquí tienes apuntada la contraseña de una de las puertas, del resto se encargará Ryan.

Arrugué el entrecejo y, antes de que me diera tiempo a preguntar, continuó:

—Tienes que llegar a este despacho y buscar un papel que ponga «confidencial» en un sobre con este sello.

Sacó otro papel del bolsillo, mostrándome un sello rojo con el apellido del

hombre al que íbamos a ver un rato después.

—¿Qué se supone que hay dentro? —pregunté curiosa.

—Un mapa.

—¿Sobre la lanza?

Asintió sin quitarme los ojos de encima.

—¿Crees que podrás hacerlo? —Dudó en tono serio.

Arranqué el papel de sus manos y decidida le miré con firmeza. Me estaba ganando su confianza, y eso era un punto a favor, aunque de momento, el tema de los tesoros quedaría entre él y yo. No le diría nada a Frank.

—Por supuesto —afirmé.

Antes de poder girarme, Cathal me paró de nuevo y me entregó una pistola.

—Si la cosa se pone fea, vete sin mirar atrás. Te encontraré —aseguró con rotundidad.

—De acuerdo.

Agarró mis mejillas con fuerza y me besó. Sentí cómo presionaba mis labios con fuerza, para después introducir su lengua con urgencia dentro de mi boca. Me alarmó la intensidad con la que mis sentidos despertaron, y me tuve que ver obligada a posar mis manos en sus hombros en un intento fallido por separarle de mí. Cogió mi trasero con más fuerza y lo estrujó a la vez que me juntaba junto a su cuerpo. Poco después, con la respiración agitada, separó sus labios con esfuerzo y me traspasó con sus ojos de esa manera tan intimidante que siempre albergaba.

—Ten cuidado.

Una hora después estábamos en plena fiesta donde no faltaba de nada. Había mujeres que lucían semidesnudas en lo alto de pequeñas tarimas de cristal. Bailaban al son de la música contoneándose de manera lasciva, mientras que de algunas, los hombres que estaban en la sala, bebían de sus piernas los licores que les ofrecían. Era todo desmesurado y extravagante.

Contemplaba cómo las féminas observaban a Cathal, con ojos lujuriosos a lo que él en ese instante no respondió. Raro en el señor O’Kennedy. No pasaron desapercibidas para él las miradas de diversos hombres hacia mí, y uno en concreto hizo el intento de acercarse, pero Cathal reaccionó como una bala y me pegó a su cuerpo con posesión.

Sus actos me desconcertaban. Había estado pasando de mí olímpicamente durante años, pero después del encuentro que habíamos tenido cuando me

confirmó a qué se dedicaba realmente, todo había cambiado. A lo lejos pude ver a un hombre gordo, bajito y sin pelo, que babeaba por las cinco mujeres que tenía alrededor de él. Ese era: Flynn Nollaig.

Con el semblante teñido por el asco, nos acercamos a él. Pude ver que Cathal me miraba de reojo, y viendo mi gesto, apretó con sus dedos mi cintura.

—Quita esa cara —exigió.

—Me causa repulsa.

Una pequeña carcajada salió de su garganta. No podía creer que un comentario tan simple como ese, le hubiese hecho gracia. Creo que era la primera vez que le veía reírse.

—Imagino que el mismo que te causé yo cuando me conociste.

Qué equivocado estaba...

Le miré con el entrecejo fruncido, cuando fui a contestarle, sentí los ojos de aquel gordo asqueroso que me observaba lascivo. El estómago me dio una sacudida que no vomité allí de milagro.

—¡O’Kennedy!

El hombre palmeó a mi marido, con efusividad, mientras Cathal le sonreía como si fuese la persona que más se alegraba de ver en el mundo. Cogió una de las copas que el camarero le ofrecía, y me presentó:

—Flynn, esta es mi mujer, Taragh O’Kennedy.

—Oh, maravillosa. —Me dio un beso en la mano y tuve que contenerme para no limpiarme en el momento. A saber qué había tenido en la boca minutos antes—. Sabia elección, amigo. Es una bella dama. ¿Te apetece una copa de champán, O’Kennedy?

Sonreí forzada ante su comentario y gracias a Dios que no se me notó lo falsa que estaba siendo en ese momento. Me asqueaba de verdad. Sus ojos parecían chiribitas a punto de salirse de las cuencas, su nariz era respingona y puntiaguda y su barbilla se juntaba con la papada que le salía por debajo de esta. Cathal cogió la copa con gusto antes de girarse hacia mí para mirarme mientras el gordinflón se dejaba manosear por las mujeres que tenía alrededor. Miré a mi marido y, discretamente, me limpié la mano con el vestido, de nuevo sonrió.

—Vete, Ryan está esperándote en la puerta. Sé discreta.

Asentí en el mismo momento que dos mujeres venían a sus brazos, cogiéndole cada una de uno. No mostré emoción alguna, pero me di cuenta

de cómo él me contemplaba a la espera de un atisbo de celos que no llegó. Me giré enfadada al saber cómo terminaría la noche, y no precisamente porque fuera a ser yo la que se mezclara entre sus sábanas. No entendía ese sentimiento y, por más que intenté apartarlo de mi mente, me fue imposible.

—Vamos —escupí de malas maneras cuando llegué a Ryan.

Este me siguió sin decir ni media palabra. Cruzamos un largo pasillo en el que no se encontraba nadie, y cuando llegamos a la puerta exacta, abrí con lentitud y me encontré con dos hombres vigilando las cámaras de seguridad.

—¡Oh, lo siento! Pensé que este era el baño. —Me hice la tonta.

Los dos me miraron desconfiados, pero uno de ellos flaqueó y mostró una sonrisa lasciva.

—Si quieres yo te enseño dónde está.

—Si me haces el favor. —Sonreí a la vez que le contestaba insinuante.

El hombre salió tras de mí, y cuando llegamos cerca de la otra puerta, donde Ryan se encontraba escondido, salió y le dio un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente. Metió el cuerpo del hombre dentro de la habitación y el otro, al escuchar el ruido, salió en su busca.

—¿Qué hace ahí, señorita?

—Su amigo me ha traído aquí, supongo...

No terminé la frase cuando el tipo entró en la estancia y Ryan se ocupó de él. Salimos de nuevo al pasillo hasta que cruzamos la puerta. Ryan se puso manos a la obra con el control de las cámaras, y las bloqueó todas para que durante veinte minutos no pudiesen recuperar ninguna grabación. Me acerqué a la puerta que había en la misma habitación, y tecleé el código que Cathal me había dado en la mansión.

Entré con Ryan como un vendaval y comenzamos a revolver todo lo que había en las estanterías, el escritorio y los cajones.

—¡No está! —gruñó.

El tiempo se nos echaba encima de manera considerable, y pobre de nosotros como no consiguiéramos lo que nos había pedido. No podía fallar o perdería la confianza que había conseguido.

—Tiene que haber algo que no hayamos visto —susurré.

Saqué los cajones del escritorio, y descubrí que había uno con doble fondo. Yo tenía muchos en mi dormitorio, y eran los mejores para esconder las cosas que nadie quería encontrar. Alcé el sobre con el sello y este sonrió.

—¡Vámonos! —murmuró con rapidez.

Salimos de la habitación con premura y al llegar al pasillo escuchamos unos pasos hacia nosotros. Era Flynn. Nos metimos a toda prisa en el cuarto donde se encontraban sus dos hombres inconscientes y, en el momento en el que pasaba por nuestra puerta, uno de ellos despertó. Ryan, no se lo pensó dos veces y le propinó una patada en la cabeza que consiguió dejarlo en el mismo estado de nuevo.

—Las cámaras ya están activas, si salimos por el pasillo nos verán.

Le miré sin saber qué hacer. Busqué por la habitación hasta que encontré una ventana al fondo.

—¿Y si salimos por allí? —propuse.

—No tenemos otra opción.

Remangué mi vestido todo lo que pude, menos mal que era una planta baja, aun así, la altura que tenía era considerable. Ryan fue el primero en saltar. Agarré el marco de la ventana de madera y di un salto hasta caer en sus brazos, él, incómodo, me soltó al momento.

Metí la carta en mi bolso de mano y salimos a los jardines como dos personas normales que paseaban por allí. Esa parte estaba totalmente vacía y conseguimos que nadie nos viese. Al llegar a la entrada, Ryan se alejó de mí para buscar un trago. Esperé paciente hasta que Cathal salió, con él iban las dos putas que anteriormente se habían pegado a sus costados. Reclinó la cabeza y asentí. Les pidió que se esperaran un momento y avanzó hacia mí.

—Puedes marcharte cuando quieras. Déjala en mi despacho.

Su tono frío y distante me enfadó. Agarró a las dos prostitutas y se encaminó hacia el interior de la casa, dejándome expectante como una auténtica gilipollas.

Con la ira saliendo de todos los poros de mi piel, caminé hacia la salida y al llegar, me encontré a Frank apoyado en el capó de su coche fumándose un cigarro con su habitual chulería. Le miré de arriba abajo, pasé por su lado y continué mi camino en busca de un taxi que me llevara a la mansión.

—¡Taragh! —me llamó a viva voz.

No le hice caso, estaba que escupía fuego por la boca.

—¡Taragh!

Llegó a mi lado y agarró mi muñeca con delicadeza. Me giró y me contempló durante unos segundos.

—Siento mucho cómo te he hablado antes, pero... —Miró hacia abajo—. No puedo soportarlo. No soporto que te toque, ni siquiera que te mire —

murmuró.

No contesté.

Me acerqué con decisión a él y le besé. Sí, estaba despechada, eso no podía negarlo, pero por lo menos, usaría a Frank para intentar quitarme el malestar que mi cuerpo tenía. Aunque en el fondo, sabía que nada conseguiría calmarlo.

A la mañana siguiente desperté en un hostal de mala muerte a las ocho de la mañana. La noche dio para mucho, y el alcohol y el sexo fueron uno de los principales causantes. Miré a mi derecha y me encontré a Frank, durmiendo plácidamente con la sábana tapando parte de su impresionante cuerpo. Admiré cada detalle de él y me odié una vez más a mí misma por no ser capaz de dejar de pensar en mi marido.

«Ojalá él durmiera así conmigo alguna vez...», pensé.

Contemplé cómo su pecho subía y bajaba con tranquilidad. Admiré sus facciones duras y tersas y, por un momento, me maldije por no amarle igual que él lo hacía. En el fondo me apenaba saber que le causaba tanto daño, no sabía cómo podía sobrevivir día a día viendo en este caso, cómo me acostaba con su mayor enemigo.

El tema de Frank era algo que se suponía que los dos teníamos claro. Solo estábamos juntos en esto con un único fin: la destrucción de Cathal O'Kennedy. Él controlaría todo el narcotráfico del que disponía mientras yo me quedaría con todas sus posesiones, y ahora, con los tesoros que tenía dentro de la mansión, y resto de negocios que daban dinero en exceso.

Aunque por otro lado temía. Temía porque Cathal, no era una persona a la que se le escapara cualquier cosa de entre las manos. Solía tenerlo todo atado y si no encontraba lo que buscaba, removía cielo y tierra. Todos estos años había estado controlando sus movimientos a escondidas, intentando saber más de él, mientras yo era un simple fantasma a sus ojos, pero lo inquietante era que todavía no había encontrado un punto débil.

—Buenos días, preciosa.

Sonreí de medio lado porque me apetecía de verdad. Admiré sus ojos somnolientos y me arrastré hasta él para poder tocar con mis dedos su barba incipiente.

—Tengo que irme —le miré a los ojos—, si Cathal llega antes que yo, sospechará.

Asintió a la vez que levantaba su cuerpo un poco para besarme. Saboreé

ese beso más de la cuenta, entrelazando mis manos alrededor de su cuello. Depositó cuatro castos besos más en mis labios y pegamos nuestras frentes.

—Lo siento de verdad, no volverá a pasar.

—Déjalo, Frank, no pasa nada —contesté en un tono tan normal, que ni yo misma reconocí.

Salí de debajo de las sábanas y me dirigí hacia el cuarto de baño para darme una ducha antes de marcharme. Noté sus ojos en mi cuerpo desnudo, hasta que desaparecí de su vista.

—Nos vemos luego.

Asintió, se levantó de la cama y con su desnudez llegó hasta mí. Era más o menos de mi misma altura, por lo que no tuve que mirar hacia arriba como estaba acostumbrada a hacerlo con Cathal.

—Ayer hablé con el abogado.

—Con Colmon —afirmé.

Colmon era mi abogado. Intenté por otros medios que sobornaran al abogado de Cathal, para que así no tuviera que empezar de cero, pero nos fue imposible. Era un tipo legal y fiel a sus clientes.

—Me dijo que ya tiene casi todo lo que necesitas listo. En una semana más o menos se pondrá en contacto contigo.

Asentí y salí sin mirar atrás. No podía perder más tiempo o Cathal se daría cuenta.

Pero mi suerte no estuvo de mi lado ese día.

Bajé del taxi que me dejó en la entrada de la mansión y anduve con la misma ropa que la noche anterior, hasta que llegué a la fuente situada enfrente de la puerta principal. De las bocas de unos diminutos ángeles salían chorros de agua, creando una imagen preciosa para mis ojos. Todo eso se borró de mi mente de un plumazo cuando alcé la vista, y vi al mismísimo demonio con los brazos cruzados detrás de la espalda, mirándome fijamente.

Mierda...

Con paso decidido llegué hasta las grandes puertas que se alzaban majestuosas para entrar en el *hall*. El gesto de Cathal era fiero, rudo y temerario. Cuando pasé por su lado, siguió mirando al frente y antes de que pudiera entrar en la casa, me agarró con presión del brazo, quedándonos uno al lado del otro. Contuve la respiración lo que me pareció una eternidad sin apartar mis ojos del *hall*, hasta que noté cómo giraba su rostro y me clavaba esa mirada tan intensa como los mares de Irlanda. Le imité el gesto altiva sin

titubear por un instante, si no, se daría cuenta de que le estaba mintiendo. Y lo que me extrañó fue que no preguntó nada, simplemente se dedicó a escrutarme de una manera aterradora.

No supe descifrar su gesto, aparentaba seriedad, pero yo sabía que un enfado mayúsculo crecía en su interior.

—¿Dónde estabas? —bufó.

—¿Dónde estabas tú? —le contesté de la misma manera.

—Aquí —sentenció firme.

Me fulminó con los ojos, y me soltó de su agarre que ya estaba empezando a doler en mi brazo, debido a la presión que me estaba ejerciendo. Di dos pasos más y, antes de subir las escaleras, escuché un coche. Frank había llegado.

Me giré presa del pánico por la que podría montarse si empezaba a encajar piezas. Frank bajó del coche con una sonrisa y llegó a la puerta donde escrutó a su jefe. Pasó por su lado sin darle importancia a su gesto, Cathal ni se movió del sitio.

—Buenos días, O’Kennedy —canturreó.

Tras unos instantes, que para mí fueron eternos, oí cómo contestaba de manera ruda:

—Buenos días, Frank.

Me metí en el hueco de la escalera, y esperé a que Cathal se diera media vuelta para llegar a su despacho. No pude divisar quién entraba, pero oí todo lo que decían, aunque tampoco pude descifrar la voz, ya que susurraban demasiado bajo:

—Aquí tiene el sobre.

—¿Las has visto? —preguntó con tono hosco mi marido.

—No, señor.

—Muy bien.

¿De qué sobre hablaba? Subí las escaleras antes de que saliera del despacho y llegué arriba pensando en qué podrían haberle entregado esta mañana. Me cambié de ropa con rapidez y pocos minutos después bajé. Tenía que averiguar qué contenía ese sobre. Sobre todo por si era algo que me repercutiera.

Di una vuelta por la mansión y, al no verle en ninguno de los sitios principales, me fui directa al jardín. Pasé por la zona de la piscina y vi la puerta, donde Cathal escondía sus reliquias, entornada, me quedé en la

esquina agazapada para que no me vieran, cuando Frank se dirigió hacia allí.

—¿A dónde vas? —preguntó Ryan con tono hosco.

—Necesito comentarle a Cathal unos asuntos de ayer. Conseguí reclutar a unos cuantos más para la zona del norte.

—Ahora no puede atender esos asuntos.

Frank alzó una ceja e intentó pasar, pero le fue en vano cuando Ryan, le puso una mano con firmeza en el pecho para impedirle el paso.

—¡Vamos, Ryan! Déjate de tonterías —esto último lo dijo con enfado.

—No puedes pasar, ya lo sabes.

—¿Cómo que no?

Intentó forcejear con él, pero le fue imposible. Ryan le ganaba en fuerza, peso y altura. No podía enfrentarse a semejante gigante y salir ileso. Frank bufó y se dio la vuelta en dirección hacia donde yo estaba. Al verme me miró de reojo e hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera.

—¿Sabes qué esconde ahí abajo?

Movió la cabeza señalando la puerta.

—No —mentí.

—No sé por qué demonios no me deja entrar. Es la cuarta vez que lo intento. —Se desesperó.

—Necesito que me ayudes.

Cambié de tema a toda velocidad para evitar que siguiera preguntando sobre el escondite de mi marido. Me instó con la mirada para que continuara.

—Esta mañana, alguien, creo que ha sido Ryan, no he sabido reconocer su voz porque estaban susurrando demasiado, le ha entregado un sobre a Cathal con algo que creo que no ha llegado a ver. Necesito coger ese sobre y ver qué hay dentro. —Me contempló interrogante—. Voy a entrar en el despacho —sentencié.

—¡Eso es una locura! —susurró.

Agarró mi antebrazo y me arrastró varios pasos hasta que nos pusimos detrás de una gran hiedra que bordeaba parte de la casa, quedando semiocultos.

—¿Sabes lo que podría hacerte si te descubre? —Sonó preocupado.

—Ya veré que me invento si llega el caso. Por eso mismo necesito que vigiles si entra en la mansión.

—¿¡Te has olvidado de que hay cámaras de seguridad!?

—¡No, joder! —Me desesperé—. No podemos fallar y menos ahora. Si

ese sobre tiene algo que nos incumba a ti o a mí, estamos perdidos.

Pareció meditar mi decisión.

—Está bien, pero a la mínima que me oigas hablar con alguien, sea quien sea, sal del puto despacho a toda prisa.

Asentí y no perdí más tiempo. Avancé a grandes pasos, mirando a todos lados por si alguno de los criados se encontraba merodeando por la zona. Jackson no me importaba, ya que sus labios estaban más que sellados. Llegué a la puerta del despacho y estaba cerrada. ¡Mierda!

Me volví para mirar a Frank, y este sin hablar me hizo un gesto para que buscara la llave en su habitación. Subí las escaleras de cuatro en cuatro con el corazón golpeando con fuerza en mi pecho, abrí la puerta del dormitorio de Cathal, y comencé a buscar en todos los cajones y muebles que había, pero no la encontré.

—¡Maldita sea! —Me enfadé.

Miré debajo de la almohada, en la mesita de noche, y por último abrí el armario sin éxito. Salí del dormitorio con semblante turbio y me posicioné cerca de Frank.

—Quédate en el salón, ya sé dónde están las llaves.

—¡Taragh! ¡Taragh! ¿Dónde vas?

Aprisionó mi cuerpo en una de las esquinas de la mansión y me separé de él a toda prisa.

—¿Estás loco!?! No te acerques tanto. ¡Aquí no!

Miré hacia mi izquierda y vi una de las cámaras apuntando hacia nosotros. Negué con la cabeza, y con un hilo de voz apenas audible musité:

—Quédate en el salón o merodeando por aquí. Voy a intentar entrar donde está Cathal, y le robaré las llaves.

—¿Has perdido el juicio, insensata!?

Sus ojos se mostraron grandes y desorbitantes ante mí. No le di más vueltas y salí del pasillo a toda velocidad para no darle más tiempo a decir nada. Llegué a la terraza y Ryan me paró cuando intenté entrar.

—Aparta, Ryan. —Le fulminé con la mirada.

—No puedes pasar —sentenció.

—Entre mi marido y yo, no hay secretos, ¡déjame pasar! —bufé.

No supe descifrar aquella mirada desconfiada, cargada de reproches y, por supuesto, de palabras no dichas. No me importó en aquel momento y eso me dejó claro que había sido él quien le había entregado aquel sobre por la

mañana.

Guie mis pasos por el largo pasillo oscuro hasta que llegué al final donde se encontraba la puerta medio entornada. Me percaté en ese momento que justo al lado, había otra entrada, apenas visible si no te fijabas bien, dada la escasa luz que había. La empujé un poco y pasé decidida. Cathal me contempló de reojo con la expresión seria y ceñuda.

—¿Qué haces aquí? —espetó con mala gana.

—Se me olvidó darte el sobre ayer. Lo tengo en mi habitación.

Asintió, pero no dijo nada.

—¿Lo has abierto?

Su tono era más frío que el mismísimo polo norte. El tirano había vuelto con el hacha de guerra en alto.

—No. Creo que eso no me pertenece a mí. Que me des tu confianza no significa que tenga que allanar tus cosas.

Vi cómo sonreía irónico.

—La confianza... —murmuró.

Recorrí con mis ojos toda la sala hasta que encima de la mesa de madera que había en una de las esquinas, vi un manajo de llaves junto con su pistola y algunos papeles más. Como una experta moví mis pies con lentitud hasta llegar a la primera vitrina. Tendría que esquivar dos más para poder llegar a donde quería, Cathal estaba sumido aplicando un producto extraño al caldero de Dagda que el otro día había llegado. Cuando me acerqué a la mesa, me apoyé en ella de manera desinteresada y coloqué mi mano justo encima del manajo. En ese momento Cathal levantó la vista.

—¿Alguna vez has escuchado eso de que la confianza se gana, pero se pierde de un plumazo?

Tragué saliva con disimulo.

—Sí —me límite a contestar.

Asintió y se dirigió a mí con paso conciso. Agarré con fuerza el manajo de llaves y lo guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón rezando para que ninguna de las llaves chocara y se escuchara el sonido. Posó las manos a ambos lados de mis costados y me miró con intensidad muy cerca de mi rostro.

No era el momento de perder los papeles o se daría cuenta de mi plan suicida. Exhaló un fuerte suspiro sin quitar la expresión amenazadora de su rostro y habló:

—Solo espero que no me pase eso contigo, nunca —recalcó esa última palabra.

De nuevo tuve que tragar saliva, a la vez que entreabría mis labios.

—Si algo he aprendido en el trayecto de mi vida, es a ser leal.

Asintió lo que me pareció convencido en el momento en el que Ryan entraba en la sala.

—Cathal...

Se percató de que estaba allí, se habría olvidado... ¿Le había llamado Cathal? ¿Desde cuándo se tuteaban?

—Espérame fuera, Ryan.

Entornó la puerta y antes de desaparecer de nuestra vista dijo:

—Es urgente.

Asintió de nuevo sin separar su fría mirada de mis ojos, quitó las manos de mi alrededor y le hizo un gesto con la mano.

—Déjanos solos, Taragh.

No dije nada más. Encaminé mis pasos hasta la salida y una vez llegué, corrí como si me persiguiera el mismo diablo. Llegué a la entrada y Frank se asustó al ver mi gesto.

—¿Qué ha pasado?

—Quédate aquí —comenté a toda velocidad.

Vio que sacaba de mi pantalón las llaves y abría la puerta. Estaba nervioso y no era para menos. Mis ojos pasearon como dos rayos X por todo el despacho y no conseguí ver nada, me acerqué a los cajones y ahí estaba.

Lo cogí con los dedos temblorosos por la adrenalina que recorría mi cuerpo en aquel momento, y justo cuando estaba a punto de sacar lo que parecían ser unas fotografías, escuché cómo Frank hablaba alto y claro. Las metí en el cajón con rapidez y fui hasta la puerta.

Para cuando iba a salir, me encontré con los ojos de Ryan que me fulminaban. La cerré y miré el lugar intentando pensar dónde podría esconderme, pero no había nada. Escuché los pasos de mi marido acercarse, hasta que oí cómo el pomo de la puerta giraba...

Me agaché todo lo que pude debajo del escritorio cuando los pasos de Cathal hicieron acto de presencia en el despacho. Cerró la puerta con ímpetu y se dirigió hasta la mesa. El escritorio era bastante grande y pude meterme debajo de él, al lado de la torre del ordenador. Pero si estiraba los pies un poco me pillaría de lleno. Me enfadé conmigo misma por pensar que el plan me saldría a la perfección. Tenía que haberme quedado de pie y haber intentado inventarme cualquier excusa. Si ahora me encontraba, estaría perdida.

Abrió el cajón y sacó el sobre con energía. La puerta se abrió, pero no pude ver quién era, tampoco habló. Oí que Cathal se reía con sarcasmo, y en ese momento pegaba un fuerte puñetazo a la mesa, gesto que me hizo dar un pequeño respingo.

—¿Y bien?

¿Jackson? ¿Era Jackson? No me lo podía creer, y lo peor de todo era que no sabía qué cojones había dentro del maldito sobre.

—Acabo de confirmar lo que ya temía —pronunció Cathal como un energúmeno.

—¿Quiere que haga algo más, señor?

—¿Por qué estaba la puerta abierta?

—No lo sé, siempre está cerrada —aseguró Ryan.

Escuché cómo respiraba exasperado a la vez que un gruñido salía de su garganta. Tras un extenso silencio se levantó de la silla, y cargó el arma antes de salir.

—O’Kennedy, creo que antes de eso...

Se hizo el silencio y temí que me hubieran descubierto. Escuché cómo Cathal guardaba el arma en su bolsillo y resoplaba un par de veces, para después pegarle varias patadas con fuerza a la silla que tenía en el otro lado del escritorio.

—¡Lo voy a matar!

—Cathal...

¿Otro? ¿Desde cuándo le llamaban todos por su nombre? No entendía nada y las dudas me estaban matando.

—¿Sabes dónde está Kellan? —preguntó de momento.

Entonces, ¿estaban hablando sobre Kellan? Respiré aliviada y me desinflé como un globo en ese instante.

—Pronto. Estamos muy cerca.

—Bien. Si me disculpas, tengo que ir a por algo que me pertenece.

¡Mierda, el sobre!

Salió del despacho dando un fuerte portazo, y yo lo hice de mi escondite en el momento que la puerta se abría.

—¡Joder! —grité del susto.

—Pensaba que te había pasado algo. No te puedes imaginar cómo ha salido Cathal de la casa.

—Tengo que irme a mi despacho a toda prisa, va hacia allí.

Salí corriendo con la respiración agitada y llegué a la entrada cuando de reojo vi que mi marido bajaba las escaleras de la mansión con el semblante teñido por la ira.

—¿¡Dónde está Taragh!?! —bramó.

—No lo sé, señor —contestó Frank.

Le ignoró y siguió caminando. Si no corría más deprisa, me pisaría los talones en menos de lo que esperaba. Cuando llegué, abrí la puerta de mi despacho torpemente debido a los nervios y entré cerrando con agilidad. Me senté en el escritorio intentado controlar mi respiración desbocada. Mis pulmones tenían prisa por salir corriendo, era imposible que no se diera cuenta de que había estado corriendo.

Miré hacia una de las estanterías que tenía encima de mi cabeza y comencé a amontonar libros en mis manos a una velocidad vertiginosa, cuando la puerta se abrió.

Le contemplé de reojo. Su nariz se hinchaba sin parar debido al gran esfuerzo que estaba haciendo por controlar su estado de ánimo. ¿Qué cojones habría visto...?

—¿Por qué estás tan agitada? —Alzó una ceja.

—Estos libros... ¡pesan un montón!

Llegó hasta mí y me los quitó de un plumazo.

—El sobre —bramó.

Asentí y abrí el cajón de mi escritorio para tenderse. Lo cogió de malas

formas y me miró altivo.

—Cámbiate de ropa. Nos vamos de paseo.

Salió por la puerta sin pronunciar ni una palabra más, yo en cambio me tuve que sentar, ya que comencé a sentir que mis piernas flaqueaban. Cogí mi cabeza con ambas manos y lo único que pude hacer fue susurrar:

—Tengo que acabar con esto cuanto antes.

Treinta minutos después, vi que Cathal se desviaba a la izquierda cuando llegamos a Dunshaughlin, le miré de reojo sin entender a dónde iba. El trayecto lo habíamos hecho en pleno silencio y no cambió el entrecejo fruncido en todo el camino. Por no hablar de que iba a una velocidad excesiva. Entramos en una estrecha carretera hasta que paró el coche en uno de los aparcamientos, abrió la puerta y salió del vehículo sin decir nada más. Le imité el gesto yendo tras él.

—¿Qué hacemos aquí?

Estábamos en Teamhair na Rí (colina de Tara), uno de los lugares más sagrados de la Isla Esmeralda. Antiguamente, los reyes tenían que ganar en la batalla para tener derecho a ser elegidos como tales, y se decía que cuando el verdadero rey de Irlanda se paró sobre la piedra del destino, la roca rugió como un león.

—Vamos a dar un paseo, ya te lo he dicho.

Su malhumor empezó a hacer mella en mí, enfadándome, ¿qué había hecho ahora? No me dirigió la palabra en todo el trayecto. Fuimos recorriendo la colina de Tara, donde de nuevo pude ver los dos anillos. Uno era el Teach Chormaic (casa de Corma), que se ubicaba hacia el este, y el otro Forradh (asiento real), que estaba al oeste.

Y en el centro de los dos, pude divisar la Lia Fáil (piedra del destino). La roca que contaban las leyendas que fue traída por los Tuatha Dé Danann. Mis ojos se abrieron con intensidad al ver aquella hermosa roca en medio del prado verde, que relucía ante mi mirada. Me acerqué a ella, llamada por su gran belleza y posicioné las manos tocando la rugosidad de su cuerpo.

—¿También vas a robarla? —musité.

—¿Acaso crees que podría robarse? —preguntó irónico.

—No lo sé. Eres el gran O’Kennedy —contesté con desdén.

Se acercó a mí, hasta que llegó a mi lado y cogió mi muñeca con fuerza.

—No me hables así —siseó entre dientes.

Lo aniquilé con la mirada y retiré mi muñeca de sus grandes manos, que,

por muy extraño que pareciera, hicieron que un latigazo me atravesara la columna.

—¿Crees que puede tener relevancia con la lanza de Lugh?

—Claro que la tiene —murmuré embelesada con la roca.

—¿Por qué? —gruñó.

—Porque son los cuatro tesoros de Irlanda, Cathal. Todos ellos se supone que vinieron gracias a los Tuatha Dé Danann.

—Eso no quiere decir que tenga que ver nada con el paradero de la lanza.

Pensé durante un momento. Los cuatro tesoros de Irlanda eran: la espada de Nuada, el caldero de Dagda, la piedra del destino y la lanza de Lugh...

—Si todos ellos vinieron desde las tierras altas del norte... —achicó los ojos sin entender qué le quería decir— puede ser que alguno haya sido devuelto a su origen. O lo hayan querido devolver. Podríamos ir a los sitios donde encontraste la espada y el caldero. De esa manera quizás pudiera ayudarte.

Mi tono de nuevo salió normal. Admiraba y me fascinaba la mitología celta y todo lo que conllevara, pero no sabía si el hecho de que Cathal tuviera en su poder los tesoros más preciados de Irlanda, me gustaba o no.

—¿Por qué estás robando los tesoros de Irlanda?

—Eso no te incumbe —sentenció tajante.

Asentí. Nunca me incumbía nada..., pero me enteraría.

Dejamos la piedra atrás y nos introducimos en el Mound of the Hostages (montículo de los rehenes) y en Sloping Trenches (las trincheras inclinadas), donde pudimos apreciar unas vistas más intensas. Paseé mis manos por las diversas lápidas que había en un pequeño cementerio, mientras el único ruido de fondo que nos acompañaba, era el de los cuervos que revoloteaban por encima de nuestras cabezas.

—¿Encontraste algo sobre el broche? —preguntó como si nada.

—Sí.

Miré al horizonte, pensativa. ¿Qué quería hacer con mi vida realmente? Por mi cabeza pasó la cantidad de gente a la que había utilizado a lo largo de seis años para mi beneficio solamente. De ser una persona arisca de cara a la sociedad, me había vuelto un monstruo irreconocible. Suspiré un par de veces, hasta que noté que Cathal se ponía a mi lado.

—¿Y bien?

Se apoyó de manera chulesca en una de las lápidas y me observó con

atención mientras cruzaba sus brazos a la altura del pecho.

—Conseguí un contacto en el Museo Nacional de Irlanda, me confirmaron que lo que tienen allí es una imitación. Se dieron cuenta cuando yo les alerté.

Arrugó el entrecejo un poco.

—Pensé que Maureen Hagarty era poseedora de Tara Brooch —le conté.

Evité comentarle todo el enfrentamiento que tuve con ella, tampoco era necesario, ni relevante.

—¿Por qué hablas en pasado? —preguntó confuso.

—Porque me la encontré de casualidad cuando salía de Dublín. Y creo que me dijo la verdad.

—¿Me estás queriendo decir que supones que no te engañó? —Rio irónico.

—No todo el mundo es como tú, Cathal.

Ese comentario le sentó mal. Lo pude notar cuando sus ojos chispearon de rabia, suponía que por ese motivo. No preguntó nada más y me hizo un movimiento de cabeza para marcharnos.

En el camino vi cómo tensaba sus puños contra el volante, no entendía el porqué de su estado de ánimo pero tampoco busqué respuestas. No me interesaban.

Llegamos a la mansión y tiró del freno de mano con brusquedad para dejar el coche aparcado en la puerta. Antes de que pudiera bajarme, él ya estaba en mi puerta abriéndola. Ese gesto me extrañó y más, después de lo que sucedió a continuación.

Agarró mi brazo con fuerza y me dirigió con premura al interior de la vivienda. De refilón pude ver que Frank se encontraba en la zona donde solían practicar con las armas, y donde el día anterior yo peleaba con mi marido. Miré de soslayo a los tres hombres que se encontraban allí, cuando Ryan comenzó a andar hacia nosotros.

Subimos las escaleras en pleno silencio y no pude aguantar más.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Apretó mi brazo más—. ¡Me estás haciendo daño!

Apresó mi brazo con más fuerza, abrió la puerta de mi dormitorio y le miré. Se quedó en el marco contemplando mi rostro. Ryan llegó hasta nosotros y entró también. Cathal le miró con seriedad y las únicas palabras que pronunció fueron:

—Que no salga de aquí bajo ningún concepto.

Arrugué el entrecejo y miré hacia la cama...

Unas veinte fotos estaban colocadas en forma de cuadrado, y todas ellas eran de Frank y yo en situaciones demasiado comprometidas.

Maureen

Dublín

Echaba de menos a mi chico. El calor que desprendía durante la noche hubiera sido de gran ayuda en aquellas frías estancias en la soledad de mi camarote en el Fomoré. Por no hablar cuando Áine se encaprichaba en hacerme compañía y la temperatura bajaba para hacerme saber de su presencia. Sé que sonaba raro, pero a veces, hasta la compañía de la diosa no era suficiente. Necesitaba a Aidan. Su olor, su tacto, su respiración... todo él era básico en mi vida.

Eran las ocho de la mañana y mi teléfono sonó. Por un momento creí que era Mick. No sé, fue una sensación rara que me pasó por la cabeza, aunque luego me autoconvencí de que no podía ser. Que si quería algo, ya podría llamar directamente a su hijo. Sabiendo, eso sí, que su trato no sería mucho más cordial del que tuvo la noche anterior.

Pero no era Mick. Miré la pantalla de mi teléfono y vi el nombre y la fotografía de Charlie (a modo de despiste), en la pantalla. Eso quería decir que era Byrne.

—Buenos días. ¿Hay alguna bomba o no recuerda que hoy tenía el día libre?

—Lo recuerdo perfectamente, pero se tendrá que aplazar. Tenemos una alarma demasiado grande para que continúes tus días de descanso.

—¿Qué ha sucedido? —Me incorporé de golpe y salí del dormitorio para dirigirme al salón.

—En realidad son dos bombas, como para proceder al código rojo.

—¿Código rojo? Byrne, me acabo de despertar y no conozco cómo se actúa en un código rojo.

—Maureen, no puedo hablar por teléfono. Debes venir con urgencia al puerto.

—¿De veras es tan importante?

—Lo es. —Y me colgó.

Pues vaya... Algo me decía que lo de aplazar los días de fiesta, no era una broma. Si no, no me hubiera llamado con tanta urgencia.

Me despedí de Aidan, diciéndole la verdad (por una vez). Que me habían llamado del trabajo porque algo no iba bien. Así que nuestro encuentro romántico debería esperar unos días más. Lo entendió. De hecho, él también tenía trabajo en Cork y mi padre había solicitado su ayuda para hacer unas chapuzas en el *pub*.

Llegué lo más rápido que pude, alterada por lo que podría suponer un código rojo.

—Buenos días. ¿Dónde está el fuego? —saludé colgando mi abrigo en el perchero del despacho mayor.

Byrne padre e hijo me miraron fijamente, sus rostros eran más serios de lo habitual. Yo había visto a Peter enfadado en el barco, pero aquella cara era más de preocupación que de otra cosa.

—No pueden remolcar el *Ádh mór* —lamentó Harry—. Por lo visto, cada vez que se acercan a la zona, el oleaje es tan grande que no pueden trabajar.

—Pero si han estado trabajando estas dos semanas y no ha pasado nada. —Me extrañé.

—Lo sabemos, pero parece ser que algo sucede —Peter me dio la razón.

—¿Pretende que yo vuelva a la zona? —sugerí.

—Esa es una de las opciones. Aunque si lo podemos evitar, mejor. Esperaremos a mañana o pasado. A ver qué dice la persona que está al mando.

—Quizás *Áine* no quiere que se lleven el barco —opiné.

—Podría ser. Pero solo tú nos lo podrías asegurar.

—Pero...

En aquel momento no pude continuar. Mi «corriente particular» estaba comenzando a hacer efecto y mis pies estaban siendo envueltos por el aire de la señora.

—¡Maureen! —me llamó Byrne preocupado al ver que no me movía.

Era la primera vez que podía estar por los dos lados a la vez. Me refiero a que podía escuchar a Byrne y «sentir» aquella fuerza.

—*Mbaineann an long go dtí an fharraige* —susurró la voz.

—El barco pertenece a la mar —repetí.

—*Ba chóir an am atá caite a chur faoi thalamh in aice Hy Brasil.*

—Este pasado debe estar enterrado cerca de Hy Brasil.

—*Ní mór don pian Belong faoi ghlas.*

—El dolor debe permanecer encerrado.

—*Aontas.*

—La unión.

—Oonagh, *Éire agus an Spáinn.*

—Oonagh, Irlanda y España.

—*Ach nach bhfuil anois an t—am.*

—Pero ahora no es el momento.

Un silencio se hizo de golpe y Byrne preguntó:

—Pregúntale dónde están los documentos. —Sonó alterado.

—*Cá bhfuil na doiciméid?* —Formulé la pregunta.

—*Nach bhfuil gach súl chairde.*

—No todos los ojos son amigos.

Los Byrne se miraron entre ellos y sus caras eran de interrogación.

—¿A qué se refiere? —preguntó.

—*Lámh.*

—La mano... —repitió Peter al comprender aquella palabra y se quedó pensativo—. ¿A qué se refiere?

Aquella pregunta no pudo ser contestada, porque caí al suelo al ser abandonada por toda aquella energía.

—¡Maureen! —Se acercaron los dos a la vez—. Maureen, ¿estás bien?

—Sí. —Abrí los ojos mucho e intenté sentarme.

—Trae un vaso de agua —pidió el padre al hijo.

—Voy. No te muevas.

—Tranquilo. Estoy bien, de verdad. Simplemente es que siempre que se va, me deja muerta. Aunque —cogí el vaso y le di un pequeño sorbo—, esta vez ha sido algo diferente.

—Yo también he notado algo raro —Peter me dio la razón de nuevo.

—Yo no puedo opinar porque ha sido la primera vez que he visto algo semejante y yo, en lugar de agua, necesito un whiskey doble. —Harry también estaba descolocado y se marchó al mueble bar del despacho.

En aquel momento la puerta se abrió y entró Jack.

—¿Qué diablos...? ¿Qué ha sucedido?

—Áine ha estado hablando con nosotros a través de Maureen.

—¿En serio? —Jack no daba crédito a aquellas palabras.

—¿A qué te refieres con diferente? —me preguntó Peter, volviendo a

coger el hilo de la conversación que estábamos teniendo antes de que llegara Jack, mientras me ayudaba a levantarme para acompañarme al sofá de su despacho.

—En que esta vez, he podido estar en los dos ambientes. No sé si me explico. Les escuchaba a ustedes y a Áine a la vez. ¿Recuerda que en el Fomoré entré en trance y no respondía a nada? Era como si la energía me absorbiera por completo. Hoy me he dado cuenta de que he podido oírles a los dos.

—Quizás es que comienzas a dominar parte de tu «poder».

—Mi poder... —Pensé en voz alta—. Ya hablaremos de eso en otro momento. Porque entre este «poder» y el comunicarme con las hadas en apuros... Por cierto, ¿qué era eso de los documentos que le habéis preguntado a Áine?

—Ha desaparecido mi diario de la misión.

—¿Cómo?! —No podía dar crédito—. ¿Cómo que ha desaparecido?

—¿Tu diario? —Jack también se sobresaltó—. ¿Cómo ha sido?

—No tengo ni la menor idea. Yo estaba convencido de que lo tenía Chloé, y esta mañana al pedirselo me ha dicho que no. He llamado al Fomoré y lo han revisado de arriba abajo por completo. No hay rastro de él.

—¿Y qué es? ¿Una especie de cuaderno de bitácora?

—Más o menos. Pero ese es el de la Organización. Y no entiendo cómo puede haber sido robado.

—A ver, reconstruyamos los hechos —planteó Jack—. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—En la caja fuerte de mi despacho en el Fomoré. Al atracar en Dublín, Chloé subió conmigo a la oficina y me ayudó a vaciar el despacho. Ella se quedó unos mapas para estudiarlos y di por hecho que también tendría el cuaderno. Pero esta mañana a primera hora, me ha dicho que no. Que no lo había visto, ni en el despacho siquiera.

—¿Y no hay ninguna copia? —pregunté.

—Claro que la hay. En el ordenador se filtra todo lo que se escribe. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es que hay alguien que ha robado el diario de la misión —aclaró Harry.

—¡Mierda! —Peter golpeó la mesa con el puño—. Era lo que nos faltaba: tener un infiltrado en la misión. Jack —se dirigió al aludido—, quiero una lista con la tripulación y que los interrogues. Confío en ti.

—Descuida, me pongo a ello. —Obedeció saliendo de la sala.

—¿Y yo qué hago? —No tenía sentido que siguiera allí—. Áine me ha dicho que no se puede mover el Ádh mór. Eso quiere decir que no vale la pena que vuelva a embarcarme, ¿no?

—Supongo. Aunque hay algo que me ha llamado la atención. —Peter seguía nervioso, pero me miró achicando los ojos—. Ha dicho: «Oonagh, Irlanda y España». Ha dado a entender que tú eres un nexo entre Irlanda y España, pero eso ya lo sabíamos. Aunque, ¿qué tiene que ver el Ádh mór?

—Eso ahora no tiene importancia —intervino Harry—. Olvidémonos de ese punto y mejor será que encontremos el verdadero diario.

Cathal

Salí del dormitorio de mi supuesta mujer como un energúmeno. La sangre me hervía desde primera hora de la mañana, desde que abrí aquel puto sobre que me confirmó lo que durante años había estado sospechando. Y no sabía por qué, en ese preciso instante, decidí investigarlo a fondo hasta dar con las pruebas necesarias.

Entré en mi despacho y me serví una botella de *whiskey* sin vaso, sin hielo, y sin nada. Necesitaba beber para tranquilizar el pesar que tenía en mi interior. No sabía si por la rabia que emergía de mi cuerpo o porque tenía claro desde un principio que los encuentros entre Frank y ella eran más que ocasionales.

Sabía que no me quería al igual que yo a ella, y también tenía claro que los seis años que llevábamos juntos no habían servido nada más que para tapar bocas de cara a la galería. Yo me acostaba con otras mujeres y era justo que ella hiciera lo mismo. Pero desde aquel día en el que le mostré la habitación secreta... Desde ese preciso instante en el que pude ver con claridad que ansiaba mis caricias más o igual que yo...

Cuando contrajimos matrimonio, pusimos unas pautas que intenté seguir al pie de la letra, sobre todo por el tema del sexo. Pero en ocasiones, era imposible contenerse a semejante mujer. Cuando la conocí irradiaba maldad por todos los poros de su piel, pero desde que pasó lo de William... cambió. Cambió de tal manera que, en ciertas ocasiones, me sorprendía con sus actos o con la información que algunas veces me pasaban mis propios hombres. Se estaba convirtiendo en alguien que, al final, terminaría destruyéndose a sí misma.

Y para colmo el día que intentaron atracar la mansión... apareció ella, como una diosa salvaje de la mitología celta. Sin temor a tener una escopeta en la mano, y sin miedo a enfrentarse con quién demonios estuviera asaltando su casa. Me asombré más de la cuenta, y también desconfié. ¿Cómo se me había podido pasar por alto ese detalle?

El día que la obligué a disparar, tuve que beber hasta caer desmayado después de poner la vida de mis tres hombres en juego. Porque tenía claro que si fallaba un solo tiro, hubiera matado a cualquiera de ellos. No quería más mentiras, no quería más secretos y, aunque era egoísta por mi parte pensar así, estaba harto de tanta farsa.

Agarré la botella con decisión y cogí mi arma con la mano derecha. La puerta golpeó con fuerza en la pared mientras caminaba con decisión hasta la parte trasera. Allí estaba Frank con Jackson. Dejé la botella en el muro junto a la pistola. Ambos me miraban. El traidor estaba desconcertado, y no era para menos.

Me senté en el muro y le contemplé fijamente, esperando una reacción que no llegó. ¿Me temía pero se acostaba con mi mujer? Carecía de sentido.

—Habla —vociferé furioso.

Los dos se miraron sin saber a quién me dirigía. Le hice un gesto con la cabeza a Jackson, quien desapareció bajo la interrogante mirada de Frank.

—Así que todo este revuelo es por mí.

—Me temo que sí. —Bebí otro trago de mi botella.

Vi cómo se cruzaba de brazos, contemplándome con el semblante serio y sin ningún rastro de emoción en él. Junté mis labios en una fina línea, notando cómo mi paciencia comenzaba a agotarse. Aflojé el nudo de mi corbata, la saqué por mi cuello, y me remangué la camisa. Lo mataría con mis propias manos.

Era mi hombre de confianza desde hacía muchos años hasta que hacía un tiempo empecé a desconfiar de él. Al igual que me pasó con Mick. No me gustaban las traiciones, no soportaba que la gente de mi confianza fuera tan rastrera y no estaba dispuesto a permitirlo.

Miré hacia arriba y vi que Taragh aporreaba el cristal de la ventana de su habitación, intentando llamar mi atención. La fulminé con la mirada en el mismo instante en el que Frank elevó la suya hacia arriba y la vio. Su expresión cambió por completo, y una sonrisa burlona asomó en sus labios.

—¿Vas a matarme?

Alzó los brazos en el aire, negó con la cabeza, pero en ningún momento su sonrisa desapareció. Sentí cómo la rabia emanaba por mi cara, y si hubiese podido, el fuego hubiera salido por mi boca en cualquier momento.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Su tono cambió, se volvió serio e implacable. En esa ocasión quien rio

como un demente fui yo. A estas alturas de mi vida, ya nada me intimidaba.

—Desde hace mucho, Frank. Espero que por lo menos la hayas disfrutado —siseé odiándola a cada palabra que decía. Sí, la odiaba a ella, no a él. Él... me importaba una verdadera mierda.

—Desde luego que sí, lo he hecho.

El primer impacto no tardó en llegar cuando le propiné un puñetazo en la mandíbula que le partió el labio. Estaba colérico, cegado por la rabia... Arremetí de nuevo contra él sin descanso y, en un descuido, su puño llegó a mis costillas haciendo que me doblara. Sabía defenderse como el mejor, y tenía claro que acabar con su vida no iba a ser fácil, pero lo haría.

Rodamos por el suelo como dos bestias, pegándonos sin parar entre bocinazos y gruñidos.

—¡Confiaba en ti! —grité lleno de cólera.

—¡No te la mereces! ¡No mereces nada, eres un puto monstruo!

Golpeó mi cara con saña cuando consiguió ponerse encima, agarré su cuello para intentar que dejara de golpearme y, cuando lo tuve en el sitio que necesitaba, le propiné un rodillazo que hizo que me soltara. Me levanté arrastrándome por el césped, hasta que me puse sobre él.

—¡Qué sabrás tú de si la merezco o no! —bufé.

Se separó de mí cuando, con un movimiento de sus brazos consiguió tirarme al suelo. Ambos estábamos exhaustos e intentábamos levantarnos, pero nuestros cuerpos gritaban de dolor y de rabia. Una rabia contenida que si no terminaba pronto, nos consumiría.

—La dejaste sola en el peor momento de su vida. Siempre la has utilizado —escupió con desdén.

Me abalancé sobre él, cuando de mi garganta salió un grito colérico. Escuché desde la ventana cómo Taragh golpeaba el cristal insistentemente, pero no me permití desviar los ojos hacia ella. Estaba nublado por la furia.

—¡Parad ya!

Podía escuchar cómo gritaba dejándose la garganta, pero eso no era suficiente, ya nada lo era.

Me levanté con rapidez y me dirigí hacia mi arma, en el mismo momento que una bala rozaba mi hombro izquierdo. Le apunté con decisión, pero él había sido más rápido, ya que la tenía guardada en su cintura.

—Si te mueves te pego un tiro, Cathal. Fin del juego.

Agarré el arma con demasiada fuerza, mientras lo fulminaba con la

mirada. Oí unas voces procedentes de la mansión, pero ninguno de los dos desvió la mirada. Si fallaba en ese momento, estaba muerto. De reojo vi que Taragh corría, mientras que Ryan intentaba alcanzarla. Cuando llegó a donde estábamos los dos, apuntándonos con las pistolas, se metió en medio y Ryan la cogió por la cintura para llevársela.

—¡Suéltame! —exigió con coraje.

El gigante de Ryan no lo hizo, y esta le propinó semejante golpe en la nariz, que de ella empezó a emanar un pequeño hilo de sangre. Se puso en medio de nuestro reto alzando las manos. Tenía el semblante serio, pero sobre todo, estaba apoderado por el miedo.

—Bajad las armas. —Nos miró, ninguno nos movimos—. Por favor, bajad las armas.

Su tono se quebró y no entendí por qué me miraba suplicante. ¿Tanto le quería? La rabia me engulló de nuevo y apreté la pistola con más ímpetu.

—Si no te quitas, te irás tú con él —aseguré entre dientes.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Frank.

En ese momento Ryan y Jackson llegaron, sacaron sus armas y apuntaron a Frank, quien sorprendido abrió los ojos en su máxima expansión, mirando a su supuesto compañero.

—¿Tú? —preguntó sin poder creérselo.

—La lealtad es una de las principales reglas en esta vida, Frank —afirmé con tono rudo—. Y tú, te la has tomado a la ligera.

Vi cómo Taragh abría los ojos desmesuradamente, me miró de nuevo, esta vez suplicante.

—Por favor, Cathal, soltad las armas. No tiene que morir nadie más.

La miré encolerizado por todo lo que estaba pasando. ¿Me estaba pidiendo que le perdonase la vida sin más?

—Quizás debería matarte a ti.

Di un paso y coloqué la pistola en su frente. Ella no me temió, al revés: alzó la cabeza altiva con una determinación aplastante. Escuché cómo Frank gritaba a la vez que se desgarraba su garganta:

—¡¡¡Noooooooooooooooo!!!

Dio un paso más cuando Ryan se acercó a él sin vacilar.

—¿De verdad vas a matarme sin más, después de tantos años? —Le miró con impotencia.

—Te has pasado de la raya, Frank —contestó Ryan.

No sé por qué motivo bajé el arma y la dejé reposando sobre mi costado, le hice un gesto a mis hombres para que hicieran lo mismo y acataron el orden de inmediato. Frank aprovechó la ocasión y apuntó con decisión hacia mi cabeza. Taragh se puso delante de mí y, en ese momento, el corazón me dio un inexplicable vuelco.

—Frank, baja el arma —le pidió con las manos en el aire.

—¿¡Por qué debería de hacerlo!? ¿¡Para dejar que me mate!? ¿¡Para que te mate a ti!?

Sus ojos brillaron, estaba realmente enamorado de ella. Por primera vez en mi vida, vi cómo el cuerpo de Taragh temblaba al no saber qué pasaría aquella tarde. Mi voz salió sin explicación:

—Decide de qué lado estás, Taragh.

Me miró, y después lo hizo con él. El corazón golpeaba con fuerza mi pecho, le estaba dando la oportunidad de alejarse de mí lo más lejos posible, y todavía seguía sin entender el motivo. En silencio le pidió de nuevo que soltara el arma y este la tiró al suelo, abatido.

—Vente conmigo, Taragh, no tienes por qué seguir aquí —suplicó sabiendo la oportunidad que les estaba dando a ambos.

Giró el rostro de nuevo hacia mí y vi cómo sus ojos brillaban. Me traspasó con sus ojos verdes durante lo que me pareció una eternidad, yo, por mi parte, no mostré ningún signo de emoción.

—Vete... —musitó de forma estrangulada.

Frank abrió los ojos y negó con la cabeza.

—No pienso irme si no es contigo —sentenció.

—¡Márchate, Frank! —gritó con rabia—. Márchate y no vuelvas... —susurró.

Él no creía lo que acababa de decirle. Le echó un último vistazo y, tragando el nudo de emociones que pugnaba por salir de su interior, se dio media vuelta y desapareció de nuestra vista.

Agarré su cuello con impotencia, y la metí a rastras en la mansión.

Taragh

—¡Suéltame! —grité llena de ira.

Noté cómo sus dedos se clavaban en mi cuello con decisión. Me hacía daño, era imposible poder quitármelos de encima, y cuando lo intenté no pude hacer nada más que patear como una niña pequeña, sin éxito. Subí las escaleras de la mansión arrastrándome. Mis piernas chocaban en todos los escalones, dándome corrientes por todo el cuerpo debido al dolor.

Minutos antes le había suplicado a Ryan que me dejara salir, ya que por la ventana de mi habitación estaba contemplando cómo casi se mataban el uno al otro. Su lealtad no lo había permitido, y solo me quedó la astucia para escapar de mi dormitorio. Entré en el cuarto de baño, cogí el taburete que había, solté un pequeño grito haciéndole creer que me había caído y entró. Aproveché el momento y le golpeé en la cabeza. Pude salir corriendo, y di gracias a Dios porque la puerta estaba abierta, aunque al llegar al jardín terminó alcanzándome. Obviamente me pisaba los talones a cada paso que daba.

Cathal siguió arrastrándome sin ningún miramiento, hasta que llegamos al pasillo donde conseguí soltarme. Me giré y le propiné un empujón, pero no se movió ni un solo milímetro. Volví a darle con fuerza, abrió la puerta de mi dormitorio y me lanzó a la cama con brusquedad. Entre gritos por mi parte y bufidos por la suya, forcejamos hasta perder los papeles por completo. Aporreé su pecho con fuerza en un intento por hacerle daño fuera de la manera que fuese.

—¡Te odio! ¡Te odio y ojalá murieras ahora mismo! ¡Te odio! —repetí desgarrada.

Agarró mis muñecas, haciendo una presión inhumana sobre ellas y con mis piernas intenté defenderme de cualquier forma. Las apresó con las suyas dejándome inmovilizada, hasta que de su garganta salió un rugido como el de un león:

—¡Ya basta!

Le atesté un cabezazo que hizo que su nariz comenzara a sangrar. Él levantó la mano con el puño cerrado para pegarme. Sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas, vi cómo su pecho subía y bajaba a la vez que me escrutaba con el puño en alto.

—¡Vamos! ¡Pégame! —siseé con rabia.

Al ver que no lo hacía me solté con brusquedad de su agarre, y le empujé con la ira explotando por todos los poros de mi piel.

—Estás perdiendo facultades, O’Kennedy. No eres más que un miserable —escupí entre dientes.

Entreabrió los labios durante un instante, hasta que estos se volvieron a sellar formando una fina línea. Con los ojos fijos en mí, se levantó de la cama, retrocedió sus pasos y me echó un último vistazo antes de salir por la puerta.

Durante más de dos semanas estuve sin salir de mi dormitorio, ya que la puerta estaba cerrada con llave desde fuera y, por supuesto, a Cathal no le vi, tampoco vino a verme. Sinéad se encargaba de subirme la comida, pero apenas probaba bocado. Ryan se encargó, bajo estrictas órdenes de su jefe, de controlarme de vez en cuando. Saltar por la ventana era algo que no podía permitirme, ya que estaba en una segunda planta, y no tenía nada a lo que apoyarme, para no matarme en el intento. Un día, a la hora de comer, me vi desesperada y cuando Sinéad entró, la agarré del brazo metiéndola en el interior.

—Sinéad, sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero —la miré a los ojos— necesito que me ayudes a salir de aquí.

Ella no contestó, tan solo asintió.

—Gracias —susurré sin saber por qué lo hacía.

Salió al exterior y se cercioró de que no había nadie.

—En diez minutos le pondré el tentempié al servicio. Puede aprovechar ese momento para salir sin que nadie la vea. Cogeré las llaves de su coche y las dejaré encima de la mesita del *hall*. Si hace demasiado ruido la oirán. Cuando se marche yo subiré y cerraré la puerta para que nadie se percate.

—¿Y Cathal? —pregunté temerosa de su respuesta.

—El señor no está.

La miré estupefacta.

—¿Cómo que no está?

—El señor O’Kennedy se fue el mismo día que prohibió que saliera de su

habitación. No hemos vuelto a verle.

Mi cuerpo cayó sentado en la cama mirando al frente sin creerlo, ¿por qué se había ido? Asentí y Sinéad salió, cerró la puerta y a continuación volvió a abrirla sin hacer ruido. Contemplé mi reloj y cuando vi que pasaban los diez minutos más largos de mi vida, abrí con premura y salí disparada.

Bajé las escaleras de puntillas para no hacer ruido, cogí las llaves que ya estaban preparadas encima de la mesita que Sinéad me había dicho, y entré en el garaje a toda prisa. Arranqué el coche y salí disparada hacia Moher. Tenía que hablar con alguien o acabaría volviéndome loca. Cuando doblaba la esquina, vi que un coche entraba dentro del camino de la mansión.

Cathal...

Solo le rezaba a Dios para que Sinéad, no se buscara un problema por mi culpa, como siempre.

Pisé el acelerador a todo lo que me dio el coche, y en cuatro horas estuve en Moher. Llegué a la puerta de la casa de Kathleen y toqué despacio por si Nial estaba durmiendo. Me pareció notar que abría la tapa de la mirilla y después abrió. Su rostro estaba desaliñado, tenía los ojos hinchados.

—¿Estás bien?

Negó con la cabeza sin decir nada.

—¿Está bien Nial? —Me asusté.

Asintió y se echó a llorar. Se lanzó a mis brazos y no tuve más remedio que acogerla en ellos, lo necesitaba, ella lo necesitaba.

—Kathleen, ¿qué ha pasado? —Toqué su pelo.

—El padre de Nial vino... y... me amenazó... y yo... yo... ¡Dios mío qué he hecho! —Lloró con más fuerza.

—Eh, eh.

Me dirigí con ella al sofá y la senté intentado que se tranquilizara. Toqué su hombro varias veces mientras se limpiaba la nariz y cuando estuvo más calmada habló:

—Taragh... —murmuró llevándose las manos a la boca.

—Cuéntame con tranquilidad qué ha pasado, pero cálmate, por favor.

—Él se presentó aquí, y me dijo que iba a luchar por su hijo y que me quitaría la custodia, que tenía dinero suficiente para hacer que me quitaran del medio...

Se volvió a tapar las manos con la cara y me temí lo peor. El padre de Nial no quiso hacerse cargo desde nunca del niño, no entendía a qué venía

todo esto ahora.

—¿Dónde está? —pregunté temerosa de la respuesta.

Sus ojos brillaron llenos de dolor cuando me miró.

—Kathleen... ¿dónde está? —repetí lentamente.

—Muerto... —susurró ella.

Agarré el puente de mi nariz intentando darme la tranquilidad que necesitaba.

—Kathleen... ¿qué has hecho? —musité atónita.

No lo hubiese imaginado jamás.

—Me amenazó, se puso violento y... cuando intentaba escapar de él, llegué a la cocina y le apuñalé. —Se tapó la cara con las manos y empezó a llorar de nuevo.

No sabía qué contestarle, no sabía qué hacer, porque yo tenía muy claro que una vez cruzabas esa línea, te convertías en un monstruo como lo era yo. Y lo peor de todo, era que la entendía, pero no podía decírselo. No debía incitarla para que en un futuro, volviera a cometer semejante locura.

—¿Dónde está el cuerpo?

Abrí los ojos en mi máxima expansión cuando miró los acantilados que se veían en la lejanía desde la ventana de su casa. Los cerré con fuerza y suspiré sin poder evitarlo.

—Dios...

—¡No puedo perder a mi hijo, por favor, entiéndeme, Taragh!

Y lo hacía, claro que la entendía. Más de lo que ella se imaginaba. Intenté tranquilizarla y decidí que cuando volviese a la mansión, debía de pedirle unos cuantos favores a Cathal, para que el asesinato que había cometido nunca se supiese. Si el cuerpo aparecía algún día... Kathleen tendría un problema y de los grandes.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que esto no te pase factura.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Taragh. —Lloró en mis brazos.

—Lo hiciste por tu hijo, pero espero que no haya una próxima vez.

Durante más de una hora lloró rota de dolor, la entendía perfectamente. Yo no me acordaba ni de la primera persona a la que un día disparé, y ese pensamiento, me llenó de repulsa hacia mí misma.

—Siento lo que te pasó el otro día. Sé que estabas enfadada, pero no puedo ni quiero perderte. —Me miró con sinceridad.

Asentí apretando mis labios.

—¿Sabes por qué Cathal te ofreció ese trato?

—No —negó varias veces con la cabeza, y la miré con recelo—. ¡Te juro que no!

—Está bien. —Puse las palmas de las manos hacia ella—. Intentaré averiguarlo, porque no tiene sentido.

—Gracias por venir.

Se abrazó de nuevo a mí y hundió su cara en mi cuello. Noté cómo la garganta me oprimía.

—Kathleen..., necesito contarte muchas cosas que hasta ahora no sabes de mí.

Se separó un poco y me miró.

—¿A qué te refieres? —preguntó confusa.

Limpió el resto de sus lágrimas y me prestó atención. Tocaba ceder la patata caliente.

—Yo no soy quien piensas —murmuré.

—Pues entonces, déjame conocerte.

Durante más de tres horas le resumí los seis años que llevaba con Cathal, solo que con la cruda realidad. La que dolía. Ella lo único que sabía era que mi marido era uno de los mafiosos más peligrosos del país y de medio mundo, y también sabía lo que pasó con William. Pero todo el sufrimiento que llevaba cargando a mi espalda hacia años..., de eso, no tenía ni idea. Le conté de principio a fin el macabro plan que llevaba a cabo con Mick y Frank, y todas las sensaciones por las que había pasado hacía solo unos meses con Cathal. Antes de levantarme para dirigirme a mi rincón de pensar en los imponentes acantilados, me di media vuelta cuando escuché cómo me decía:

—¿Le odias o le quieres?

Con los ojos cansados asentí. Ni yo misma lo sabía.

Cerré la puerta tras de mí y me apoyé en ella, mirando el oscuro cielo que se cernía sobre mí. Tenía que aclarar mi mente lo antes posible o terminaría volviéndome loca. ¿Era posible amar a un tirano?

Llegué al punto exacto en el que siempre me sentaba para contemplar la hermosa y respetuosa vista de los acantilados. Mi cabeza no dejaba de pensar una y otra vez en lo mismo, ¡maldita sea! Le echaba de menos.

Echaba de menos sus caricias, sus brazos alrededor de mi cuerpo, sus besos rudos y salvajes y su manera tan bestial de hacerme el amor, aunque

nunca lo reconociera. El brillo en sus ojos cada vez que me deshacía en sus brazos, el control que ejercía cuando le sacaba de sus casillas e incluso el poder sentarme con él a beberme un simple café por las mañanas. Por todo aquello, me odiaba a mí misma.

La lluvia comenzó a caer con furia sobre mí, pero no me importó que mis huesos se calaran hasta el más recóndito sitio de mi cuerpo. El aire atizó mis mejillas en repetidas ocasiones, y el tiempo se paró en el instante en el que oí sus pasos tras de mí.

Siempre me encontraba.

Siempre.

Noté que unas lágrimas recorrían mi rostro y no me importó. Ya nada lo hacía. Miré a la luna que me iluminaba brillante y majestuosa, y tomé una exhalación que llenó mis pulmones. Admiré sus largas y fuertes piernas cuando se situó delante de mí y poco a poco, fui elevando mi vista hasta toparme con sus ojos que me observaban contraídos.

Se agachó quedándose apoyado sobre una de sus rodillas y, con la otra mano, tocó la tierra que había en mis pies hasta que llegó a mi pierna. Su simple tacto hizo que mi cuerpo recibiera una descarga eléctrica, que me nubló el pensamiento. Le contemplé con intensidad sin decir una sola palabra.

Antes de que pudiera pensar en mis actos, agarré su brazo con decisión y tiré de él hacia mí. Busqué su boca con desesperación y le besé frenéticamente, necesitaba sentirle dentro de mí, de la forma que fuese. Le empujé un poco para poder ponerme a horcajadas encima de él, agarré su rostro con ambas manos y me perdí en aquella dulce y temible sensación que reventaba todos mis planes por segundos.

No necesitamos palabras, ni preguntas, únicamente éramos él y yo. La lluvia rugió con más fuerza y me perdí en sus caricias, que manoseaban mi cuerpo con rapidez. Desabroché su pantalón, con urgencia, mientras él lo hacía con el mío. No me importó la lluvia, ni los truenos que resonaban con rabia. Saqué una de mis piernas de la ropa mojada y me coloqué de nuevo encima de él, para segundos después, sentir cómo mi sexo se contraía al notar su extenso miembro dentro de mí.

Un jadeo de placer salió de mis labios. Tiré de su pelo hacia atrás y mis ojos traspasaron los suyos de manera intimidante. No estaba dispuesta a perderme un detalle de aquella mirada azul llena de deseo y pasión, llena de

palabras y secretos no contados.

Mis caderas tomaron las riendas de la situación, a la vez que sentía cómo Cathal ejercía una presión constante en ellas. Me abracé con fuerza a los sentimientos que nacían en mi interior, mientras pequeñas lágrimas se mezclaban con la lluvia en mi rostro.

Sí, lo amaba. Lo amaba demasiado.

Media hora después, el agua caliente empapaba mi cuerpo desnudo en aquel plato de ducha que tenía mi modesta casa en Moher. Noté los brazos de Cathal apretándome con más ímpetu a su cuerpo, a la vez que sentía cómo mis labios hinchados gritaban de dolor por usarlos en exceso. Agarré su cabello negro y tiré de él hacia atrás para interrumpir aquel frenético beso.

Estábamos helados y necesitábamos una ducha de agua caliente con urgencia, pero ni con esas, pude obviar lo que estaba a punto de hacer. Algo que no me había atrevido en los seis años que lo conocía.

Me observó con expectación, yo sentía que mis ojos brillaban sin verlos. Elevé mi mano un poco y la posicioné en su hombro. Después fui bajando lentamente hasta llegar a su corazón donde me recreé más de la cuenta, sobre todo en la zona donde mi nombre se dibujaba con letras celtas, y una espiral debajo de ella. Seguí mi recorrido hasta su vientre, recorrí sus costados y después las volví a subir hasta llegar a sus grandes hombros. Notaba cómo respiraba con agitación, pero necesitaba tocarle, tocarle de verdad.

Bajé las manos por sus robustos brazos y llegué a sus manos. Las entrelacé temerosa de su reacción, y me sorprendió cuando él las agarró con fuerza. No me quitó los ojos de encima en ningún momento, tenía su expresión fiera e intimidante que a mí no me asustaba, sino que me encendía como una cerilla, y no había sido consciente en todo este tiempo de ello.

—¿Por qué...? —murmuré cuando llegué a su corazón.

No me contestó y oí cómo soltaba una gran exhalación. Posé mis labios en su cuello poniéndome de puntillas y bajé hasta llegar al pecho donde me paré un rato. Pensé que no me contestaría cuando escuché que decía:

—Me lo hice cuando tuviste a William.

Su voz me dio la sensación de que se entrecortó, miré hacia arriba y vi que se recomponía por segundos. Mis ojos se llenaron de lágrimas al escuchar aquellas palabras y tuve que apartarme lo suficiente como para poder mirarle a la cara.

—Entonces... —susurré—. ¿Te importó?

Dobló la cabeza un poco y achicó los ojos, pero pude ver que la ira no manaba de él en aquel instante.

—¿Cómo no iba a importarme? ¡Era mi hijo, Taragh!

—¿Y por qué nunca compartiste tu dolor conmigo?

Mi voz sonó desgarrada. La garganta se me cerró y tuve que contenerme para no llorar como una niña pequeña ante él. Salí de la ducha y cogí la primera toalla que encontré. Mientras me iba del cuarto de baño, escuché cómo me llamaba:

—¡Taragh!

Intenté secarme el pelo con brío, haciendo caso omiso al hombre que gritaba a pleno pulmón mi nombre desde el baño. Oí que se abría la puerta, de reojo vi que no se había molestado en ponerse siquiera la toalla. Se acercó por detrás de mí, y me giró para que quedara frente a él.

—No soy un hombre de palabras, lo sabes —no le contesté—. Pero jamás desprecié ni pensé que fuera una tontería por lo que estabas pasando. —Me contempló con decisión—. Porque yo también lo sufrí. —Su voz se apagó.

Me giré presa del nudo de emociones que pugnaban por salir en cualquier momento y me senté en el suelo, en una de las cálidas y gruesas mantas que había puesto cuando llegué frente a la chimenea. ¿Desde cuándo estaba dejando que Cathal viera reflejado en mi rostro todo lo que sentía? Junté mis rodillas y metí la cabeza en ellas, en el mismo momento en el que la manta se movió un poco, y vi que dejaba caer su cuerpo tras de mí. Se arrastró por el suelo unos centímetros, cobijándome entre sus piernas.

—¿Por qué siempre me has apartado de tu lado, Cathal? —murmuré ensimismada en las llamas que se alzaban con fuerza.

—Porque no sé ser de otra manera —contestó en el mismo tono.

Siempre me até a que nuestra relación no era cordial porque ninguno de los dos lo estaba buscando. Pero con el paso de estos últimos días, me estaba dando cuenta de que teníamos demasiadas cosas en común, que ni siquiera sabíamos el uno del otro.

—Tampoco te has esforzado nunca por ser de otra manera —rebatí su respuesta.

—Nunca he tenido que hacerlo —aseguró con un tono tan normal que no esperaba.

Él siempre hablaba renegando, chillando u ordenando. Verlo tan normal, tan... humano, me sorprendió. Se hizo un pequeño silencio entre nosotros y

me atreví a preguntarle por algo que ya sospechaba:

—¿Por qué reaccionaste así con lo de Frank? Tú también te acuestas con más mujeres y yo nunca he dicho nada.

Me estaba mintiendo a mí misma. No lo había hecho porque hasta el día, no había sentido ni una pizca de aprecio hacia él. Oí cómo suspiraba y me permití dejar de mirar las llamas del avivado fuego para no perderme ningún detalle.

—Frank era uno de mis hombres de confianza.

—Entonces, ¿no te importaría que me acostase con otros hombres? —
Alcé una ceja que él notó. Mi tono demasiadas veces me delataba.

¿Por qué estábamos teniendo esa conversación? Escuché cómo de su garganta salía un gruñido a la vez que se revolvía incómodo.

—Prefiero que no te acuestes con nadie —afirmó de manera ruda.

—No entiendo por qué, si hasta hace unos meses era invisible para ti —
ataqué de nuevo.

—Tú nunca has sido invisible para mí —gruñó.

La conversación estaba empezando a caldearse, podía notar que respiraba con dificultad, a la vez que mis preguntas se aporreaban en mi mente de manera atropellada.

—Pues no lo parecía. De hecho, el otro día no lo pareció cuando llegaste con las dos fulanas una cogida a cada brazo —espeté con rabia.

—Yo llegué a mi destino. Tú no —me echó en cara.

Tuve que morderme la lengua tanto que creía que me haría sangre de un momento a otro. Sí, me fui con Frank por despecho sin saber el motivo, y pensé que él haría lo mismo. Pero por lo que se veía, me había equivocado por una vez con Cathal O’Kennedy.

—¿Por qué siempre me has tratado de esa manera tan despectiva?

De nuevo mi lengua se adelantó. Resopló con fuerza.

—¿Podemos dejar el tema?

Más que preguntar lo ordenó, como siempre hacía. Me giré furiosa por su contestación, ¿por qué no podía sincerarse conmigo? Le contemplé fijamente a los ojos y vi un atisbo de rabia en ellos.

—¿Por qué le pagaste a Kathleen cien mil euros?

Antes de que pudiera tapar mi boca, la pregunta había salido. Cathal, por su parte, no mostró sorpresa alguna, exhaló un fuerte suspiro y clavó sus cristalinos ojos en mí con una intensidad exorbitante.

—¿Ahora te enteras? —ironizó.

Asentí echando humo hasta por las orejas.

—Digamos que alguien me ofreció un trato —prosiguió.

—¿Un trato? Estaba sola, nadie que no fuese Kathleen, podía haberte ofrecido nada, es más, yo no tenía nada por aquel entonces.

—Lo sé, me di cuenta dos semanas después de casarme contigo —contestó como si nada.

Le importaba una mierda los sentimientos de las personas, y a mí en aquel instante me estaba haciendo daño, aunque fuese agua pasada.

—O sea, que ese es el motivo por el que me tratabas como si fuese una mierda.

—Taragh —espetó cansado de la conversación—, ni lo sé ni quiero seguir hablando de esto.

—¿Por qué te hiciste ese tatuaje?

Atacaba como una depredadora sin descanso y, como era de esperar, él se hartó.

—¡Ya está bien! —bufó.

—¡No, no está bien! ¡Quiero respuestas! —Elevé mi tono de voz demasiado.

Incorporó su cuerpo intimidante hasta quedar demasiado cerca de mí. Le propiné un empujón que hizo que mi mano se quejara y, al intentar volver a repetir el gesto, agarró mi muñeca con energía.

—Ni se te ocurra —siseó entre dientes.

Alcé mi barbilla altiva y me pegué un poco más a su rostro.

—No me amenes, Cathal, ni se te ocurra.

—Me gustabas más cuando te callabas —murmuró roncamente mirando de manera alternativa mis labios y mis ojos.

—Pues ese tiempo, ha terminado —respondí ante su comentario.

Acercó su boca a la mía, y en menos de lo que podía esperarme, terminamos unidos en un solo cuerpo de manera bestial, dejando fluir toda la rabia que ambos guardábamos en el interior, y que no queríamos exponer bajo ningún concepto.

—¿Cómo me has encontrado? —conseguí preguntar entre jadeos.

—Yo siempre te encontraré, Taragh.

Pasamos unas cuantas horas frente al fuego, en las que ninguno de los dos pronunció una sola palabra más, después de nuestro encuentro arrollador.

Estaba claro que no iba a sincerarse conmigo, ni yo tampoco. La cabeza me dolía al pensar en el gran giro que estaban dando los acontecimientos a mi plan, y busqué una respuesta que no encontré durante horas y horas.

Cuando volví a abrir los ojos, sobresaltada por el sonido estridente de un teléfono móvil, estaba apoyada en el duro torso de mi marido, y este gruñó hasta que de un manotazo consiguió alcanzar el aparato.

—Dime.

Giré mi rostro para mirarle, en el mismo instante en el que clavaba los ojos en mí.

—¿Dónde? —Hizo una pausa y yo arrugué el entrecejo—. De acuerdo, voy para allá.

Se levantó con premura al colgar el teléfono, fue hacia la silla que había en el salón donde estaba extendida la ropa que se nos había empapado antes, y vi cómo se vestía a toda prisa.

—¿A dónde vas?

Me puse en pie también para posicionarme a su lado.

—Tengo que salir del país esta misma noche.

—Pero... si es muy tarde... —susurré.

Me contempló durante un instante, supongo que dudando si decirme la verdad o mentirme.

—Han encontrado a Kellan.

Abrí los ojos en mi máxima expansión, pero no pregunté.

—Está en Río de Janeiro, en Brasil —continuó.

—¿Y qué demonios vas a hacer tú allí?

Mi tono de voz salió demasiado malhumorado como para que lo pasara por alto, me echó una mirada que no admitía replica y aseguró:

—Buscarle, cogerle y traerle.

Salí de la mansión temprano para poder hacer unas cuantas compras en Dublín y acudir a una de las citas que tenía previstas para esa misma mañana con el abogado. Llegaba el cumpleaños de Nial y, como cada año, me decidí a buscar en las miles de jugueterías que había, algo que se adaptara a él.

Iba paseando inmersa en mis pensamientos, recordando la conversación que tuvo Cathal en Moher hacía una semana y media, y cómo había desaparecido de mi vista al día siguiente para coger el primer avión que le llevaría a Río de Janeiro. No tenía claro qué quería hacerle, pero era mejor no preguntar. No había tenido noticias suyas, excepto un mensaje el día que llegó en el que decía:

Estoy bien.

Ni más ni menos.

Abrí la puerta del edificio cerca de Trinity College y en ese momento me sonó el teléfono. Era Andrew.

—Hola, Taragh.

Sus modales me preocuparon, mi madre siempre fue más educada que él, y escuchar un simple «hola», por parte de mi abuelo, no sabía si me gustaba o me ponía nerviosa.

—Andrew —me limité a contestar tajante.

Me había ayudado en muchas ocasiones, y no podía negar que bajo ese aspecto de hombre serio y sin corazón, encontré a una persona en la que apoyarme durante un tiempo. Aunque fuese de manera esporádica. Sabía que era un buen hombre, y yo me portaba demasiado mal con él y, aunque no pudiera perdonarle, el pasado, pasado estaba.

—¿Encontraste algo en el museo?

—Lo cierto es que sí. El broche era una imitación.

Oí cómo suspiraba con fuerza al otro lado de la línea.

—Te dije que lo tenían los Hagarty, te dije —recalcó— que aquella niñaata pelirroja era la que sabía más de la cuenta, y la misma que lo escondía.

—¡Ya lo sé! —Me desesperé—. Y pienso encontrarlo aunque tarde años,

pero ¡necesito pensar con claridad!

—¿Y qué has hecho al respecto de momento?

—Nada.

Bufó.

—Taragh, es algo que pertenece a nuestra familia desde hace millones de años, ¿vas a dejar que se pierda en manos de otro así como así?

Parecía abatido. Llevaba demasiado tiempo luchando por ese maldito broche.

—Andrew, te juro que lo encontraré. Solo necesito más tiempo —suspiré—. Ahora tengo que dejarte, he de hacer unos papeles. Te llamaré.

Colgué sin esperar respuesta, no me gustaba saber que estaba fallando de aquella manera a mi familia, o por lo menos a lo único que pertenecía a ella. Tenía que encontrar de nuevo a aquella chica repelente. Tenía que mantener una conversación para saber si me estaba mintiendo o no.

Subí las escaleras hasta la tercera planta y toqué a la puerta de forma insistente. La parsimonia de este abogado me sacaba de mis casillas. Entré en el despacho, sin esperar a que me dieran paso, mientras oía cómo la cacatúa de su secretaria me llamaba para que esperase en la sala.

—¡Señora! —me llamó por enésima vez.

—¡Cállese! —bufé con malas formas.

Miré al abogado, que alzó la cabeza, y me contempló por encima de sus gafas, en el mismo instante en el que cerraba la puerta en las narices de su secretaria.

—Deberías cambiar de secretaria, no sé cómo la soportas.

—Buenos días, Taragh. Por lo general, la gente suele esperar —dijo tranquilamente.

—Yo no tengo tiempo para eso. Habla —ordené.

Rebuscó entre la montonera de papeles que tenía en la mesa, y dio con mi expediente con una rapidez que me sorprendió. Estaba claro que tenerme en su despacho no le hacía mucha gracia, y le ponía bastante nervioso.

—He estado revisando vuestros documentos y os casasteis en separación de bienes.

Sí, estúpida de mí que el día que contraje matrimonio con Cathal, no miré ni lo que firmaba.

—O sea, que todo es de él. Sigo igual que antes —gruñí.

—No.

Arrugué el entrecejo y le observé sin entender nada. Le insté con la mirada y este revolvió los papeles de nuevo hasta dar con el que buscaba, puse los ojos en blanco al ver el temblor que aparecía en sus manos.

—El caso es que el señor O’Kennedy, hace cuatro años más o menos, cambió muchas de las cosas que él posee a su nombre.

—¿Que, qué? —pregunté asombrada.

Apoyé mis manos en la mesa y le quité los papeles de un manotazo. Comencé a leer la extensa hoja que tenía ante mí, viendo desde viviendas a mi nombre hasta coches de alta gama que jamás había visto. ¿Cómo era posible? Y sobre todo, ¿con qué propósito lo había hecho?

—Yo no he firmado nada, esto es imposible —añadí confusa.

—¿Es esa su firma?

Señaló los documentos que sostenía en mis manos. Miré hacia abajo y me di cuenta de que era exactamente como mi letra.

—Sí... —contesté con asombro—, pero estos papeles no los he firmado yo.

—Usted sabe más que yo, quién es su marido. Creo que no es necesario que la ponga al día del poder que puede tener un buen fajo de billetes.

—Me imagino.

Sostuve la mirada en los folios durante un rato, intentando adivinar los propósitos de Cathal, hasta que el abogado me sacó de mis pensamientos.

—También tengo el testamento... —balbuceó.

¿El testamento? ¿Cathal ya había hecho su testamento?

—¿Y bien? —pregunté histérica intentando que no se me notase.

—En él dice que el día que fallezca, todas sus pertenencias deben pasar a su posesión. Y puesto que no tiene familia... —me miró titubeante—, todo es suyo, Taragh.

Recosté mi cuerpo en el respaldo de la silla y miré al abogado fijamente.

—¿Estás seguro, Colmon?

—Sí —respondió firme.

Me levanté de la silla aturdida y sin conseguir encajar ni una pieza del puzzle que acababa de saltar por los aires en mi mente. Salí del despacho, pero antes de irme me giré de nuevo, observé a mi abogado y siseé:

—¿Esto no será ninguna treta tuya y de mi marido?

—¡No, Taragh, por Dios! —casi me suplicó.

Asentí porque deduje por su mirada de pánico que me estaba diciendo la

verdad. Cerré la puerta con delicadeza para dirigirme a la salida, donde su secretaria no alzó ni la barbilla para despedirse.

El aire rozó mis mejillas cuando llegué a la calle. Comencé a andar sin ningún rumbo, dándole vueltas a todo el descabellado asunto que acababa de descubrir, ¿sería cierto? Había momentos en los que no me fiaba ni de mí misma, y en este caso, todo me sonaba muy extraño como para ser verdad. ¿Por qué iba a poner tantas posesiones tuyas a mi nombre? No lo entendía, sencillamente.

Paré en seco cuando me choqué con un hombre que pasaba justo a mi lado. Me agaché al suelo para coger mi bolso que había caído por el impacto y, al levantar la vista, me encontré con un hombre que llevaba demasiados días sin ver.

El pelo le había crecido un poco más de lo habitual, llevaba una barba recortada que le daba un aspecto temible, y escondía sus músculos bajo una cazadora de color marrón. No sentí nada. Ni un pequeño aliciente al llevar tantos días sin vernos, ni nada.

—Taragh.

—¿Me estás siguiendo?

Asintió. Negué con la cabeza y pasé por su lado.

—Taragh, ¿te ha hecho algo? —Se preocupó.

No sabía cómo habíamos llegado a ese punto. Cómo él había podido enamorarse de mí cuando yo ni siquiera le había dado esperanzas para ello. Nunca tendríamos un futuro juntos porque ambos deseábamos lo mismo a fin de cuentas. Pasé por su lado sin contestar a su pregunta, pero antes de que pudiera dar dos pasos más, me agarró con suavidad del brazo.

—Taragh...

Murmuró mi nombre como si en sus labios le quemara el simple hecho de pronunciarlo. Elevé mis ojos impregnándome de aquella mirada ruda y compresiva que siempre tenía conmigo. Algunas veces me maldecía por no poder tener los mismos sentimientos que él.

—Te echo de menos —murmuró.

Se pegó a mi cuerpo tanto que pude inspirar su fragancia, le miré a los ojos de nuevo y contesté:

—Tengo que irme. Si alguien nos ve juntos...

—Escúchame un momento, por favor, yo...

—Frank, ya —le pedí.

Asintió pero no soltó mi brazo. Contempló mis labios y mis ojos de manera alternativa, hasta que conseguí deshacerme de su agarre. Encaminé mis pies hacia mi coche, y a lo lejos escuché cómo me llamaba:

—¡Taragh! —Llegó a mi lado con el rostro contraído—. Tienes que saber algo.

—No, Frank, déjalo. No te busques más problemas —renegué exasperada—. Tienes la oportunidad de empezar de cero, te ha perdonado la vida.

—¿Me estás diciendo que todo lo que teníamos planeado, no se va a llevar acabo? —Se extrañó.

Resoplé. No sabía ni qué pensar, ni tampoco cómo esas palabras habían salido de mi boca sin más.

—No te estoy diciendo nada —bufé—. Ya hablaremos, Frank.

Me giré de nuevo, pero su comentario me heló la sangre.

—¿Sabías que Cathal fue el culpable de que tus padres murieran?

Volví mi cuerpo lentamente, observándole con el entrecejo fruncido. ¿Qué narices estaba diciendo el idiota?

—¿De qué estás hablando? —espeté furiosa.

—No podía ni quería decírtelo. Pero en vista de la posición que estás tomando ahora mismo, creo que ha sido lo mejor que he hecho.

—¿¡Para qué demonios iba a querer matar a mis padres, si no me conocía!?! —Me desesperó.

—Porque él sabía que tenías el Tara Brooch.

Alcé las cejas.

—¿De qué estás hablado, Frank?

¿Cómo sabía él lo del broche?

—No se merece que le des la oportunidad de vivir. Él no ha hecho nada bueno por ti, nunca le has importado, y nunca lo hará.

Se dio la vuelta bajo mi rostro de estupefacción y desapareció ante mis ojos sin dejarme nada claro. Contemplé un punto fijo en la calle, buscando las piezas que mi mente encajaba a toda velocidad. ¿De verdad había matado a mis padres? Sabía que a Cathal O’Kennedy nada ni nadie se le interponía en medio de sus metas, pero no podía creer que hubiese hecho semejante atrocidad, no obstante, no tardaría en preguntárselo.

Maureen

Dublín

El tema del infiltrado había causado demasiado revuelo en la Organización. Casi no se podía respirar cerca de Byrne. La gente evitaba a toda costa estar cerca de él, por miedo a que a la mínima ladrara.

Duff, profesor del NMCI en Cork, tuvo que trasladarse unos días a Dublín para echarme una mano con los documentos y también evitaba cruzarse con él en los pasillos.

—Madre mía, cómo está el patio. —Agitó la mano de arriba abajo, al entrar en nuestro «despacho provisional».

—¿Qué ha pasado? —Levanté la cabeza de mis papeles.

—¿No has oído nada?

—Sí. He oído unas voces, pero no sé a qué vienen.

—Pues esta vez la ha pagado con Chloé, al llevarle un café. Por lo visto, está tan furioso que no atiende a razones.

—Pues miedo me da llevarle lo que acabo de encontrar. —Alcé los papeles que tenía en las manos.

—¿A qué te refieres?

—¿Recuerdas el cuaderno de bitácora que Byrne me mostró en la primera cita?

—Sí, claro. Allí se nombra el *Ádh mór*.

—Pues en el libro que saqué del barco nombra algo que lo va a exaltar más.

—¿Por qué? ¿No me digas que tiene algo que ver con el topo? —bromeó.

—Ojalá. Peor, aún. Me veo en la biblioteca nacional, hasta que tenga ochenta años. —Le mostré parte del texto que estaba traduciendo.

—¿Del siglo XVII?

—Efectivamente. En concreto, de los años 1601 al 1602. Ahora, piensa qué sucedió en aquella época en aguas irlandesas.

—Mil seiscientos... —Pensó y abrió los ojos en demasía—. ¿La batalla de

Kinsale?

—¡Bingo! Por lo visto, el Ádh mór era uno de los barcos que participó en dicha batalla.

—¡Eso es un bombazo, Maureen!

—Lo sé. Pero solo falta que le distraiga y se ponga de mal humor. Todos sabemos lo poco que le gusta el desorden en sus asuntos, y mucho menos en los casos abiertos. Acuérdate cómo se pone cada vez que lleva más de un caso a la vez.

—Pues yo pienso que estás equivocada. Yo de ti, correría al despacho y le mostraría tu descubrimiento. Así lograrás calmarlo.

—En fin, lo pensaré. —Resoplé dudando—. Pero primero, me merezco un café. Voy a la máquina. ¿Quieres uno?

—No, gracias. Continuaré con las coordenadas y los mapas de ruta. —Se sentó en su mesa y miró el ordenador.

Al salir, el pasillo estaba desierto y el silencio primaba en el ambiente. Incluso el insoportable de Hayes pasó a toda velocidad, con la cabeza gacha, hacia su despacho. Apostaría el sueldo de un mes entero, a que aquello se debía a la tensión que Byrne había causado. Intenté que nadie me viera y caminé sigilosamente hacia la máquina. Pero alguien me vio.

—¿Dónde vas? —Jack me sorprendió por detrás.

—Voy a la máquina a por un café —susurré excusándome.

—Y, ¿por qué susurras? —me imitó.

—No quiero que Byrne me pille y la pague también conmigo.

—Dudo que el jefe se enfade contigo. —Apoyó su hombro en la máquina cruzando las piernas y los brazos.

—Yo no estoy tan segura.

—Eres demasiado útil para él.

—¡Maureen! —Mi plan había fracasado, el jefe me había pillado—. ¡Ven a mi despacho!

—Ánimo. —Jack me sonrió alzando el puño a modo de fuerza y me guiñó un ojo.

«Me sonrió y guiñó un ojo...». Aquel detalle de Jack me sorprendió. Él podría ser muchas cosas, pero pocas veces se había mostrado demasiado detallista conmigo y menos... regalarme una sonrisa, así como así.

Al menos no recibí parte de su enfado. Al salir de la oficina, Jack estaba en su despacho y me llamó al verme pasar.

—¿Cómo fue la tormenta?

—No ha habido, sencillamente. Era para unas traducciones bastante complejas.

—¿Lo solucionasteis?

—Sí, ¿por qué? —Jack preguntaba demasiado.

—Entonces habrás amansado a la fiera, por hoy, al menos.

—Yo no estoy tan segura. —Bostecé.

—¿Estás cansada?

—Exhausta, sería la palabra más precisa. Hoy ha sido un día duro. Los papeles del Ádh mór han sido bastante reveladores y... —me callé de golpe. Me daba la sensación que estaba hablando demasiado. Sería mejor que Byrne supiera antes que Jack el tema de Kinsale.

—¿Y si nos vamos a tomar algo esta tarde?

—¿Tomar algo? —Me sorprendió aquella proposición—. ¿Tú y yo?

—Sí. Aunque si quieres, podemos llevar a Charlie también —bromeó regalándome otra de sus «sonrisas».

—Jack, ¿estás bien?

—Claro, ¿qué te hace pensar lo contrario?

—No sé, jamás te había visto como hoy. Con el follón que hay en la Organización a ti se te ve muy tranquilo.

—No te confundas, Maureen. No todos llevamos el estrés de la misma manera. Tú tienes tu trabajo, Duff el suyo, los Byrne el suyo y yo... digamos que me organizo, valga la redundancia, de otra manera. Bueno, te animas a la pinta, ¿sí o sí?

—Si consigues que Byrne me deje salir antes... acepto.

—Estás deseando largarte de aquí, ¿verdad? —Me miró fijamente y vio mis ansias de abandonar la oficina—. Espera en tu despacho y ve recogiendo tus papeles. Iré a buscarte en cuanto convenza a Byrne.

—Ahora en serio, Jack. —Intenté parecer seria en el pub donde estábamos—. A ti te sucede algo.

—¿Y por qué piensas eso? —Sonrió antes de beber su pinta.

—Lo has vuelto a hacer. —Le apunté con el dedo y me contagió la sonrisa—. Tú nunca sonríes. Y hoy estás demasiado amable conmigo.

Tragó lentamente, dejó el vaso en la mesa y me miró a los ojos.

—Está bien, me has pillado. —Alzó las manos a modo de rendición—. Voy a ser sincero contigo. Digamos que después del viaje de la misión del

Ádh mór, he comenzado a verte de otra manera.

—Vamos, que por fin no me tomas por una niñaata.

—Nunca te tomé por una niñaata —se defendió—. Pero digamos que algo más madura sí. Y eres de «acción, reacción». Eso me gusta.

—¿Te gusta? Jack, apenas me conoces. Reconozco que la misión del Fomoré fue algo dura y tú y yo pasamos momentos muy complicados con los cabreos de Byrne. —Me entró la risa al recordar el desespero del jefe al no poder dar con el paradero de la isla.

—No solo en los cabreos, Maureen. También hicimos un buen equipo con Moore. Es imposible olvidar cómo afrontabas tus encuentros con Áine, cuando otra persona se hubiera venido abajo.

—¿Tú crees? Reconozco que no ha sido fácil. Que podría asustarme como alguien que ve un fantasma por primera vez. Pero no sé, la paz que impregna la diosa al envolverme con esa corriente de aire... me relaja. Me transmite tranquilidad y sus susurros son melódicos. —Le miré a los ojos a medida que le iba explicando y me fijé que él también me miraba perplejo. Me estaba escuchando atentamente y eso era raro en él. El Jack que yo conocía, no era el mismo.

—Vaya... De la manera que lo explicas, me dan ganas de llamar a la diosa y que me envuelva a mí también.

—¿A ti qué dios se te apareció? Según me explicó mi abuela, todos los miembros de la Organización han sido llamados por alguno.

—Lo mío, en realidad, no fue ningún dios el que se me apareció. Fueron leprechauns y nunca en persona, sino en sueños.

—¿En sueños? ¿Y cómo supiste entonces que existía la Organización? Además, ¿tú no eres medio ruso?

—Vamos por partes. Yo no soy medio ruso. Simplemente, mi padre trabajaba en Moscú, siendo yo un adolescente y viví allí hasta que tuve edad para ir a la universidad. Tanto mi padre como mi madre son irlandeses, del condado de Kerry, los dos. Lo de los sueños de los *leprechauns* no se lo dije jamás a nadie. Simplemente, un día vino a visitarme Byrne con su padre, mi antiguo jefe, y me interrogaron acerca de mis sueños. Evidentemente en un principio, lo negué todo. Pero insistieron demasiado, acabé cediendo y confesé. Yo me estaba licenciando en Historia en la Universidad de Dublín. El tema de la Organización era algo demasiado goloso, estudiando lo que yo estudiaba. Así que ingresé en el club.

—¿Y el tema de la fotografía? Porque no me puedes negar que también entiendes de eso.

—La fotografía era un trabajo extra que me busqué para poder pagarme los estudios. Trabajé en una tienda de revelado de fotos y comencé a coger experiencia. Así de simple.

—Y lo que aprendiste, también le fue útil a la Organización.

—Maureen, aquí, cuantas más cosas sepas... —se acercó a mi oído y me susurró— más útil serás para el fin de cada misión.

Al acabar de articular aquellas palabras, un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Jack fijó sus ojos en los míos, a una distancia de apenas un palmo y acabó volviendo a acercarse a mí, para terminar besándome.

Sí, me besó.

Fue un beso casto, simplemente la unión de dos labios, llegando a ser algo más que un roce. Pero un gesto íntimo, más que fraternal. Aquello me hizo retroceder de golpe y tocarme la boca.

—Lo siento —se disculpó abochornado—. No debí... ¡Dios, Maureen! Lo siento mucho, de verdad.

—Tranquilo, no pasa nada. —Le resté importancia sin saber por qué.

—No sé qué me ha pasado. Yo...

—Tranquilo, Jack. Déjalo, no pienses más. Ha sido un impulso y ya está.

—Está bien. Pero, no me lo tengas en cuenta, por favor. No quisiera que por esta estupidez mía, toda la confianza y el buen rollo que tenemos entre los dos se fuera al traste.

—Por mi parte ya está olvidado. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Gracias. —Sonrió y bebió un largo trago de su cerveza.

Maureen

Cork

¡Libre! Esa fue mi sensación en cuanto puse un pie en el pub de mi familia. El Hagarty's seguía igual, con los mismos clientes de a diario y a la misma hora de siempre. Había pasado varias semanas fuera y deseaba cruzar la puerta y absorber aquel aroma que tanto añoraba. Y, cómo no, tres de los hombres de la familia charlaban tras la barra.

—¡Por fin en casa! —exclamé al sentarme en el taburete.

—¡Maureen! —Mi padre dio un salto al verme—. ¿Por qué no has llamado diciendo que llegabas?

—¿Y perderme vuestras caras? No, gracias. —Reí entre sus brazos.

—¿Cómo has venido? ¿En tren?

—No, Aidan fue a dejar el coche y mi equipaje a casa.

—Pues él tampoco nos dijo que vendrías —protestó mi abuelo.

—Vamos, no te enfades, él simplemente cumplió órdenes mías. —Le resté importancia a la cosa.

—Pero deberías haber avisado y habríamos llamado a la familia.

—Abuelo... —puse los ojos en blanco—, déjalo, de verdad.

—No hagas caso al abuelo —intervino mi tío Brannagh—. Ahora explícanos, ¿cómo fue ese viaje?

—Genial, pero... —miré sus caras al querer conocer mis «aventuras»— debo reconocer que ha sido más duro de lo que creía.

—¿No era lo que esperabas?

—Sí y no. Lo que más me sorprendió fue que quizás quiera cambiar de puesto de trabajo.

—¿Cambiar? ¿Dónde? —El viejo Hagarty no esperaba aquella decisión mía.

—A ver, el tema de las comunicaciones en puerto lo tengo bastante dominado, pese a que me faltan horas de prácticas. En Dublín me han ofrecido un puesto y lo tendría seguro. Pero, no sé, el estar navegando ha sido

toda una experiencia. Y, aunque ya he dicho que ha resultado ser más duro de lo que esperaba, la verdad es que me ha gustado bastante. El cálculo de coordenadas, el viento, el oleaje, ver el amanecer y atardecer en pleno mar...

—¿Has pasado alguna tormenta? —Conocía a la perfección por dónde iba mi padre y en cierto modo le contesté la verdad.

—Pues sí. Hubo un día en especial, en el suroeste del país, que pasamos una gran tormenta. —Sus caras eran de satisfacción, aunque ellos conocían demasiado bien el tema de la mar y no les gustaba la idea de que la benjamina marinera Hagarty pasara lo que ellos tantas veces habían vivido—. Pero si lo que queréis es quitarme la idea de embarcarme, lo siento, pero no lo vais a lograr. La adrenalina marinera ya corre por mis venas y no quiero que me la quitéis.

—Tampoco era mi intención —opinó el mayor de los tres.

—Lo sé, pero aquí, tu hijo mayor creo que sí tenía esa idea. ¿Me equivoco, papá?

—Estaba demasiado acostumbrado a tenerte cerca. —Apenado, pasó su mano por mis hombros.

—Lo sé, y temo decirte que a partir de ahora me verás cada vez menos.

—¿Y qué ha dicho Aidan?

—Aidan me conoció cuando yo tenía la idea de meterme en el mundo de la mar. Sabe el esfuerzo que tuve que hacer para estudiar comunicaciones, pero ha vivido conmigo estas semanas la ilusión que estaba teniendo por navegar y no se ha atrevido a protestar.

—Porque sabe que tiene las de perder —saltó mi tío bromeando desde el otro lado de la barra.

Los tres rieron por el comentario.

—Sean, nos vamos a buscar a los niños. —Alyson entró con mi abuela por la puerta que daba a la vivienda—. ¡Maureen! ¿Cuándo has llegado?

—Se alegró al verme.

—Ahora mismo.

—Qué poca vergüenza has tenido de no avisarme. —Me abrazó.

—Tenía intención de ir a verte mañana. —La aludida se sorprendió al notar mi tono—. Quiero que comencemos cuanto antes con los preparativos de la boda.

—¿En serio lo dices? —Alyson dio un bote de alegría al oír aquellas palabras.

—Sí, pero primero quiero hablarlo con mi abuela, porque tengo algunas ideas y luego te voy a necesitar —sugerí a mi madrastra.

—¡Por supuesto!

—Te espero mañana por la mañana en casa —sentenció mi abuela en mi oreja—. Me consta que tenemos que hablar.

En ese momento dudé si habría hablado con Byrne.

—Mañana hablamos.

Aquella mañana estábamos las dos solas en su casa.

—Aidan vendrá después. Tiene una sesión de fotos a primera hora.

—Mejor, así podremos hablar tranquilamente. Bien —me entregó una taza de té y se sentó a mi lado en la mesa de la cocina—, comienza desde el principio. Desde que embarcasteis hasta que te despediste de Byrne anteayer.

Ella era de las pocas personas con la que podía hablar libremente del tema de la Organización, de Áine, del Ádh mór... Y no veía el fin mientras le iba relatando cada detalle de lo vivido tanto en el barco como en el bote, en la oficina de la central...

—¿Ese es el anillo? —Señaló el objeto que llevaba puesto.

—No. Lo tengo en el bolso. —Saqué la joya y se la mostré—. ¿Qué opinas?

—Es bonito.

—¿Te atreves a cogerlo?

—Lo intentaré. —Extendió su mano y la deposité en su palma—. Está caliente, pero no me quema.

—Quizás puede ser por el vínculo que tú y yo tenemos. Ese puede ser el motivo de que no te queme.

—Podría ser. ¿No sabes qué poder tiene?

—No. Apenas me lo he puesto. Alguna vez lo examinaba en mi dormitorio, pero no sentía nada en especial. Es más, ni soñaba nada fuera de lo común.

Seguí relatando el resto del viaje y la aparición de la diosa en el despacho de Byrne.

—¿La mano? —Se sorprendió al repetirle lo que la diosa nos había advertido.

—Sí. Simplemente nombró la mano y que no todos los ojos son amigos.

—No tengo ni idea de a qué se puede referir.

—Nadie lo sabe. Pero no ha vuelto a hacer aparición alguna desde

entonces.

—Vaya... Pues sí que ha sido un viaje interesante.

—Ni que lo digas. Aunque he tenido que montarme una película para justificar mis ausencias. —Mi abuela se sorprendió por mi comentario—. He dicho a papá, a tío Brannagh, al abuelo y a Aidan que quiero decantarme por alta mar. Que quiero pasar tiempo en un barco. Por ahora. Se me hace duro el tener que inventar historias y no quiero estar cada dos por tres mintiendo. Así que si tengo que pasar temporadas en el piso franco y en la central, al menos, que piensen que estoy en alta mar.

—Has hecho bien. Aunque sabes que siempre te puedo echar una mano.

—Lo sé, abuela, pero no quiero meterte en más líos. Ya tienes bastante con los tuyos. Pero hay más.

—¿Más? —No esperaba más noticias.

—¿Recuerdas el diario que te he dicho que saqué del Ádh mór? —Ella asintió—. Pues relata parte de la batalla de Kinsale.

—¿Batalla de Kinsale? —repitió y pensó—. ¡Claro! Por eso Áine te nombró a ti, a Irlanda y España. En esa batalla, Irlanda pidió ayuda a España para luchar contra Inglaterra.

—¿Y qué tengo yo que ver en eso? ¿Que yo sea española?

—Quizás, pero habrá que estudiarlo.

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta. Era Aidan.

—Llegas a tiempo —le advirtió ella—. Iba a explicarle a Maureen lo que tenéis que hacer antes de casaros.

La facilidad que tenía aquella mujer para cambiar de tema, cada día me asombraba más y más.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer? —Aidan se sentó junto a mí en la cocina, mientras mi abuela preparaba más té.

—Tenemos que ir a Glengarriff. —Antes de que dijéramos nada, prosiguió—: Maureen siempre me dijo que quería una boda típica celta. Y si ese es su deseo, vamos a hacerlo como cuando yo me casé. Hay que ir al bosque. ¿Cuándo queréis ir?

—¿Tiene que ser ahora?

—Ahora mismo, no hace falta. Pero si queréis, a partir de mañana podemos ir. Eso sí, cuanto antes mejor. La tradición dice que deber ser por el Beltayne (el primero de mayo), pero ahora mismo estamos también en buena época.

—¿Tienes algo que hacer mañana? —pregunté a Aidan.

—Tenía que preparar una sesión para el fin de semana, pero por un día que me salte, no pasa nada.

—No tiene que ser por la mañana. Ha de ser por la tarde noche.

—Entonces, mañana.

—Perfecto, tú llevarás un vestido verde claro que tengo arriba en mi dormitorio. —Me indicó y luego se dirigió a Aidan—. Tú vas a necesitar al menos una camisa o camiseta verde oscura. Y coged un saco de dormir, que lo vais a hacer al raso.

—Cada vez que dudes de mi amor, recuerda este día —me advirtió Aidan mientras íbamos caminando de la mano por el bosque.

—Vamos, cariño, tú sabes lo que esto significa para mí. —Simulé haciendo pucheros.

—¿Y qué se supone que debemos hacer aquí? Aparte de pasar la noche, claro.

—Debéis adentraros en el bosque y pasear entre los robles. Maureen —me advirtió—, *Áine awaits tú* (Áine te espera).

Asentí con la cabeza y miré hacia el espesor del bosque.

—¿Vamos? —Aidan tiró de mi mano.

—Mañana, a primera hora, os estaré esperando en la entrada del parque. *Ádh mór* (buena suerte).

—*Go raibh maith agat* (gracias), *slán* (adiós).

Aidan y yo continuamos andando entre los árboles.

—La verdad es que estás preciosa. —Me miró sonriendo mientras caminábamos—. Pareces una ninfa del bosque.

—¿Tú crees que en realidad parezco un hada? —Reí divertida.

—Sí. Eres mi Campanilla particular y yo, vestido de verde, parezco tu Peter Pan. Me siento ridículo con esta ropa. Prométeme que no les contarás a mis amigos que me vestí así.

—Te lo prometo. —Reí.

—Cuando tu abuela me llamó para decirme que los pantalones también debían ser verde oscuro, casi me da un infarto. Tengo complejo de gusano.

En aquel instante, «algo» se cruzó corriendo a toda velocidad por nuestro camino.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté sorprendida.

—¿El qué?

—¿No has visto algo moverse?

—Sí, claro. Las hojas de los árboles.

—No, me refiero a algo que... —Volví a ver otro «torbellino» pasar delante de mis narices—. ¡Eso! —Señalé el árbol donde «aquello» se había escondido.

—Maureen, yo no veo nada. ¿Estás bien?

—Sí, sí. —Quería convencerme de que eran alucinaciones mías, pero mis pies comenzaron a tener frío y mi vestido empezó a moverse por mis tobillos. La *señora* ya estaba allí.

—*Tá tú cheana anseo. Fáilte go dtí an oíche nuair a bhíonn an ghealach bless do ghrá. Beidh an dair roghnaithe finné go léir an grá go roinneann tú le chéile. Ón anocht beidh tú a bheith ar cheann. Ní bheidh ach bás leith an grá nach mbeidh a dearmad a dhéanamh.* (Ya estáis aquí. Bienvenidos a la noche en que la luna bendecirá vuestro amor. El roble elegido será testigo de todo el cariño que vosotros compartís. Desde esta noche seréis uno. Solo la muerte separará este amor que jamás será olvidado).

Aquella corriente tan conocida por mí, se convirtió en una leve brisa y el bosque cobró una luz especial. Los torbellinos, que yo veía, pasaron a tener cara y cuerpo: los *leprechauns*. Un tintineo hizo que mirara arriba en las ramas de los árboles y allí pude ver dos hadas sentadas con un aura que las envolvía. No sabía si lo que estaba contemplando era realidad o un sueño. Miré a Aidan y él también tenía un brillo especial en los ojos.

—Aidan, ¿te sucede algo?

—No, ¿por qué? —Su semblante parecía normal, pero algo me hacía intuir que también estaba bajo algún tipo de «hechizo»—. ¿Te parece bien que acampemos en ese árbol?

La verdad es que no pudo haber tenido mejor idea. Era un robusto roble con unas raíces que sobresalían de la mejor manera posible, para cobijarnos en ellas.

—Mi abuela siempre me dijo que los árboles son el símbolo más sagrado para los celtas —expliqué mientras yacíamos en nuestro saco de dormir, bien acurrucados—. Decía que un árbol provee todo lo que el hombre puede necesitar; las ramas para el calor del hogar y poder hacer fuego para cocinar, pero también te puedes proteger y construir casas con ellas, te da alimentos, te protege de la lluvia y cobija a los pájaros.

—Tu abuela es toda una experta en el mundo celta.

—Sí y creo que ya sé por qué nos ha traído aquí. En este bosque predominan los robles y son símbolo de fuerza, poder, resistencia y longevidad.

Aidan se calló durante un rato, pero su mano no dejaba de acariciarme la espalda.

—¿En qué piensas?

—En que soy feliz, Maureen. Ahora puedo decir que estoy en el mejor momento de mi vida. Tengo una estabilidad, un trabajo, mi hermana que también está bien y... estoy durmiendo bajo un roble para darle un capricho a la mujer de mi vida. —Con su dedo índice alzó mi barbilla—. *Is breá liom tú* (te quiero). —Me sorprendió con aquella frase en irlandés, que tantas veces le había dicho yo.

—*Is breá liom tú ró* (yo también te quiero).

Aquella noche resultó ser más mágica de lo que jamás imaginé. No sé si era porque sabía que estábamos bajo un «hechizo», que hizo que todo me pareciera más especial. Pero lo que sí noté fue que el amor de Aidan hacia mí era más puro y verdadero, si cabía. Cada beso, cada caricia suya era gloria que me envolvía y me elevaba de tal manera que no era normal.

Si me hubieran dicho que en el momento de máxima pasión, estábamos flotando en el aire, no lo hubiera puesto en duda. Yo sentía algo bajo nosotros que no era normal. Me sentía tan cómoda en aquel lugar, que di gracias a la diosa por protegernos y a todos los seres de alrededor, por crear un ambiente tan maravilloso.

—Creo que lo mejor sería que tu vestido fuera de gasa azul celeste y el cinturón verde, ¿no crees? —opinó tía Maeve.

—¿Tú crees? Pareceré un paje, en lugar de una novia. —Me extrañé.

—No seas tonta —me regañó—. Mira este dibujo. Louise Kennedy tiene dos modelos preciosos —el nombrar a la mayor diseñadora de ropa irlandesa, hizo que los ojos me hicieran chiribitas—. Tienes el modelo Anabella y el modelo Amber. No te digo que sean el mismo vestido, pero sí el mismo estilo, aunque añadiéndole el cinturón verde con el bordado dorado. ¿Qué opinas tú, mamá?

—Déjame ver esas fotos. —Agarró el catálogo de la diseñadora e inspeccionó los vestidos—. Sí, tienes razón. Los dos aciertan bastante bien

con lo que buscamos. Pero es ella la que debe decidir.

—Yo pondría las mangas largas. A modo de campana —opiné—. Y el cuello, lo prefiero estilo barco.

—También puede quedar bonito. Este vestido tardará menos tiempo del previsto, para realizarlo. Seguro que Darcy no pone ningún problema. Ya hablé con mi hermana Muriel y dijo que solo le quedaba repasar el bordado de los símbolos celtas del pañuelo.

Mientras seguíamos haciendo la lista de los preparativos de la boda, mi teléfono sonó. Al ver en la pantalla el nombre de la persona que llamaba, miré a mi abuela y soplé.

—Hola, jefe. —Me levanté de la silla y salí al patio trasero.

—Necesito reunirme contigo y con los demás, cuanto antes. Te veo mañana a primera hora en el NMCI. Duff te espera en su zona.

—Entendido. A las ocho estaré allí.

Al entrar a la cocina, volví a sentarme y seguí con la conversación como si nada. Aunque aquella apariencia era una careta. Intuía que la boda no se iba a celebrar en la fecha acordada. Quedaban apenas dos semanas para el gran día y sospechaba que algo rompería tanta dicha.

Al día siguiente volví a mi trabajo en el NMCI. Todo parecía estar en orden. Yo tenía mi propio despacho donde Duff se encargaba de mandarme los documentos de la Organización y me ponía al día con los temas de la escuela.

—Tenemos visita. —Duff abrió la puerta, dejando entrar a la persona que le acompañaba.

—Keegan Hayes... —Me recliné en mi silla al ver a mi compañero de oficina en Dublín.

—El mismo que viste y calza.

—Te diría que me alegro de verte, pero mi abuela me enseñó de pequeña a no decir mentiras.

—Vaya, parece que ya os conocéis —opinó Duff.

—Aquí el señor —le señalé con mi bolígrafo en la mano—, quiso fastidiarme más de una vez el estudio del *Ádh mór*.

—No exageres —opinó el aludido.

—¿Para qué has venido? —le pregunté.

—Byrne me ha citado.

—¿Aquí? —Era la primera vez que había una reunión de la Organización en Cork.

—Quedó en llegar a las once —apuntilló Duff.

Byrne llegó a la hora citada y no venía solo. En esta ocasión le acompañaba su hija Chloé.

—Os preguntaréis por qué os he citado aquí y no en Dublín, como es lo más normal. —Nos miró esperando respuesta y, al no contestar, prosiguió—: He estado en Limerick, en casa de Elisha —nombró a la compañera que conocí el día del solsticio de verano—. Allí llegó una información... —Hizo una pausa mientras ojeaba sus papeles—. La cuestión es que ha desaparecido un caldero. Pero no es uno cualquiera. Es una réplica exacta del caldero de Dagda.

Todos nos quedamos de piedra al oír aquella noticia.

—No me irá a decir que el caldero de Dagda existió de verdad. —Me asombré.

—Si el verdadero existió o no, eso no lo sabemos. Tenemos constancia de que en el siglo VII se creó una réplica de él.

Alcé la mano a modo de duda y Byrne me dio paso.

—Si no sabemos si el real existió o no, ¿cómo sabemos que es una réplica?

—Buena pregunta. —Cogió un papel y me lo dio—. Ahí es donde tú entras en acción.

Eché un ojo al papel y vi una serie de anotaciones en gaélico.

—Aquí pone que forma parte de un tesoro y que está hecho de bronce, con incrustaciones de piedras preciosas.

—Efectivamente, y parte del tesoro al que pertenece, se sospecha que también está esparcido.

Keegan alzó su mano y el jefe le dio paso.

—¿Y qué se supone que debemos hacer nosotros?

—Primero ir a Dublín y allí tendréis la base. Se sospecha que esto ha sido fruto de un robo de gente bien organizada. Vamos, que son especialistas en el tema de los tesoros celtas y han sabido dónde buscar. Maureen es experta en el idioma y avanza en el tema celta. Tú, Keegan, eres experto en materiales. Tanto sean piedras preciosas como demás materiales sólidos. Los dos debéis hacer equipo.

Vaya, aquello no me gustaba. ¿Debía convivir con Keegan en Dublín? La

idea no era de mi agrado. En absoluto. Volví a alzar la mano.

—¿Esto tiene algo que ver con la información que tuve que buscar una vez en Dublín?

—Sí y no. El tema de Tara es esencial, como ya sabéis en la cultura celta. Todos sabemos que los reyes de la época eran proclamados como tal, en la colina. Ahora debemos centrarnos en lo referente a Dagda. ¿Qué sabemos de él?

Nadie respondió y todos los ojos se clavaron en mí.

—Que... —No sabía si arrancar y contesté tímida—: ¿Era el padre de los dioses? —Seguían mirándome—. ¿El jefe de los Tuatha dé Danann? —Me callé y vi que todos me observaban—. No esperaréis que os dé una lección de mitología y os hable de los dioses celtas, ¿verdad? Eso se estudia en el colegio. ¿Hay que hacer informe? —Cambié de tema mirando a Byrne.

—Sí. —Sonrió—. Pero buenas respuestas. En fin, se os pasarán más indicaciones en cuanto lo tengamos todo listo.

—¿Y por qué estamos tardando tanto? —preguntó Keegan—. Me refiero a que si ahora debemos esperar instrucciones... ¿no dará paso a que pueda haber tráfico con el supuesto tesoro?

Ahí el pedante lo había clavado. Tenía toda la razón y eso me hizo prestar más atención a la respuesta que iba a darle Byrne.

—Está siendo un caso algo complicado, no te voy a mentir. Pero dudo que haya salido del país al ser algo de tanto valor, tanto económico como histórico. Es la corazonada que tengo. Señores —nos miró a los tres—, ¿alguna otra duda? —Al no contestar nadie concluyó—: Bien, entonces comenzaremos con el plan. A ti, Maureen, Chloé te dará los informes que debes traducir...

—¿Qué sabemos del topo?

—¿Alguna pregunta más? —Mi pregunta no le gustó, me ignoró y miró a los demás fijamente.

Miré a Chloé y ella negó con la cabeza. No sabían nada y seguro que eso a Byrne le sacaba de sus casillas.

En casa preferí avisar a Aidan con tiempo. Así que aproveché un momento en que estábamos jugando con Briana en el salón.

—Demasiado estabas durando aquí —se quejó después de contarle que debía ausentarme unos días.

—Vamos, Aidan. Acabamos de llegar y me han propuesto una misión en

el mar —le aclaré—. ¿Qué más puedo pedir? Tú más que nadie sabes lo que significa esto para mí. Además, me han dicho que cuantas más misiones realice, más puedo llegar a ascender. Pero esto no es cosa de cuatro días. Pueden pasar años.

—¿Cuándo zarpas?

—Todavía no lo sé.

—Entonces, ya nos podemos olvidar de la boda.

La traducción de los textos de Byrne estaba a punto de terminar cuando Duff entró en el despacho.

—Tu tiempo ya ha terminado.

—¿De qué? —Alcé mi mirada del ordenador.

—Byrne te espera mañana en Dublín.

—¿Mañana? Creía que esperaría a la semana que viene. Solo estamos a jueves. Esto no está terminado todavía.

—¿Qué te queda? —Se colocó sus gafas para mirar lo que estaba haciendo en el ordenador—. Creo que con esto ya es suficiente. Te has centrado demasiado en la búsqueda de información sobre el caldero y te falta la traducción de los documentos, que lo puedes hacer en cualquier otro momento. No te preocupes. Yo de ti, lo haría en Dublín, en cuanto tengas un rato.

Aidan se tomó aquello como algo normal, tras funcionar el plan que quise llevar a cabo. Hablé con mi abuela y quedamos en que no quería depender de ella cada vez que debiera hacer un viaje. Así que decidí que creara un conjuro conjunto. Ella me lo había propuesto en una ocasión y yo había declinado la oferta, pero después de meditarlo mucho, llegué a la conclusión de que lo mejor sería hacerlo. Ella me explicó que era el que le hizo a la familia hacía muchos años. Reunió a mi abuelo, a mi padre y a mis tíos y, cogiendo su colgante, les dijo que sus viajes serían intermitentes y que necesitaba estar en Blacksod durante temporadas. Les dijo que no llamaran a casa de sus familiares, que ella sería la que se pondría en contacto con ellos. Y el mismo ritual lo hizo en su pueblo, con sus hermanos, sobrinos y demás. Se lo montó bien y se ofreció a hacérselo a Aidan, John y Cindy, con la excusa de que ella no podría cubrirme eternamente. No me gustaba la idea, pero algo me decía que debía hacerlo. Todos estarían convencidos de que yo estaba en alta mar y no podrían llamarme.

Llegué a la ciudad de Dublín a primera hora de la mañana. Cogí un taxi y

me dirigí con todo mi equipaje a las oficinas del puerto. Esperaba encontrarme a Byrne (padre), pero me informaron que todavía no había llegado. Fue su hijo Harry quien me recibió.

—Te confieso que este es uno de los casos que más me está costando descifrar —se sinceró.

—¿A qué te refieres? ¿No está todo atado?

—Por lo visto son demasiado profesionales y saben cómo no dejar huella. No sabemos a ciencia cierta por dónde los podemos pillar. Si por mar, tierra o aire. —Se reclinó en su sillón—. En fin, a ver qué dice mi padre cuando llegue.

—¿Hay que zarpar? —Mis ojos se iluminaron al ver la posibilidad de subirme a un barco.

—Que yo sepa no. Pero ya te digo que es mi padre quien lo tiene todo planeado.

Byrne padre llamó por teléfono y nos avisó que tardaría al menos una hora en llegar. Dio permiso a Harry para que comenzara la reunión con el material que este disponía, sin él.

—Me temo que tampoco podremos comenzar la charla sin Keegan —se disculpó.

—¿En serio tengo que trabajar con él? —Me fastidiaba pensar que debía de estar codo con codo con aquel tipo.

—Sí. —Sonrió de medio lado—. Por lo visto no te cae muy bien. ¿Me equivoco?

—En absoluto. La verdad es que desde que lo conocí, me... —no me atrevía a ser demasiado sincera, pero me aventuré— incomoda su presencia. Me da la sensación de estar constantemente bajo su supervisión. Además, tú nos viste trabajar aquí en la central. No congeniamos. Lo dicho, me saca de quicio.

—Te saca de quicio y apenas os habéis visto un par de veces. —Volvió a reclinarse en el sillón, mostró una leve sonrisa y juntó los dedos de las dos manos, exactamente del mismo modo que lo hacía su padre cuando se concentraba en algo.

—Es su prepotencia lo que me mata, su manera de mirar, su impaciencia, su... —Antes de que dijera otra «cualidad» de Keegan, este entró por la puerta sin llamar—. Mala educación —seguí aclarando otro de los aspectos que detestaba de él.

Me vino de perlas.

—Siento el retraso, pero tengo algo que quizás os interese —se disculpó entregando unos informes a Byrne, sin mirarme.

—Buenos días a ti también —susurré.

Keegan me miró de reojo a modo despectivo y aquello me hizo sonreír. No iba a permitir que pensase que me molestaba su menosprecio.

—¿Quién te ha dado esta información? —habló por fin Harry, después de haber echado un ojo a los papeles.

—Cooper me ha llamado esta mañana diciendo que había tenido un soplo.

—¿Un soplo? —Aquello descolocó a Harry.

—Por lo visto alguien de la comisaría de Malahide ha encontrado unos archivos que llevan a Nueva York.

—¿Nueva York?! —salté—. Ese no es nuestro territorio.

Harry me miró a través de sus pestañas.

—Nuestro territorio es cualquier lugar donde se halle una pieza irlandesa. Sea Nueva York, Hong Kong o el mismísimo Machu Picchu.

Perfecto, entendido. Algo me decía que no haría falta deshacer la maleta. Me veía en cualquier momento volando a cualquier rincón del mundo.

La puerta del despacho volvió a abrirse y en este caso era Byrne sénior con Chloé. Ella fue la única que me sonrió, pese a su rostro de seriedad.

—Cambio de planes —dijo Byrne apoyándose en la pared.

—¿A qué te refieres?

—El rastro nos lleva a Manhattan, Nueva York.

En aquel momento Harry nos miró a Keegan y a mí.

—Lo sabemos. Él trajo esto. —Le mostró los papeles.

—Plunkett me llamó esta mañana. La policía lo tiene demasiado protegido —aclaró Keegan.

—¿A quién? —pregunté.

—A alguien que tiene sobornadas a la mayoría de las comisarías de toda Irlanda.

Taragh

Tres días después, y tras profundizar en el asunto, llegué a la calle 48 de Barrack Street en Cork, a las cinco de la tarde. Aparqué el coche en un edificio de dos plantas con la fachada de colores verde y burdeos. Arrugué un poco los labios por el tono tan poco combinado que tenía la misma, y me dirigí hacia la puerta de entrada.

Miré a ambos lados de la calle y, con una maestría espeluznante, abrí la puerta tal y como me enseñó Frank en su día. Sí, había sido mi amante, pero también mi maestro en muchas habilidades del mundo en el que se movía. Sabía de sobra que las dos personas que venía a visitar, no estaban en casa hasta dentro de un rato, así que me permití el lujo de llegar la primera.

Inspeccioné toda la casa, grabando cada detalle de ella. Llegué al salón y me senté en uno de los sillones individuales, encendí un cigarro y esperé, hasta que media hora después, cuando estaba anocheciendo, alguien empezó a trastear la cerradura de la puerta.

Entró con rapidez y llegó hasta el salón, donde encendió las luces inmediatamente. Al verme, pegó un bote del susto y me contempló con... ¿miedo? Debía tenerlo.

—¿Qué haces en mi casa?

—Hola, Aidan —le saludé con una sonrisa de medio lado.

Apoyé mi mano en uno de los reposabrazos del sillón, observándole de arriba abajo mientras daba una calada a mi cigarro. Le estaba poniendo nervioso, podía notarlo a distancia. Él, por su parte, no se movió del sitio mientras intentaba llegar a la conclusión de cómo había entrado.

—Tu tono de voz me dice que estás un poco tenso.

—¿Qué coño haces en mi casa? —preguntó lentamente recalcando cada palabra.

Negué con la cabeza.

—Esa no es la actitud, Aidan. Vamos, siéntate.

Le indiqué el sofá más grande que tenía al lado con la cabeza. Al

principio dudó, pero después obedeció sin rechistar. Me contempló temeroso, aunque de vez en cuando podía ver cómo la rabia emergía de él.

—Cuéntame, ¿cómo te va la vida desde que eres libre? —pregunté como si nada.

—No creo que hayas venido hasta aquí para saber de mí —respondió con desdén.

Suspiré con cansancio.

—Aidan, vamos a intentar tener una conversación civilizada. —Apagué el cigarro en el suelo bajo su expectante mirada—. De no ser así, cuando venga tu novia... —me puse un dedo en la barbilla y sonreí a la vez que dejaba ver una pequeña navaja en mi mano libre— podemos jugar.

—Ya sé que pagaste la deuda de mi padre, ¿no sé qué demonios quieres de mí!

—Mmm... ¿De ti? —Le traspasé con la mirada—. Nada. Siento decirte que los cuatro polvos que echamos solo fueron para usarte.

Su rostro no mostró ningún signo de emoción. El mío sí. Estaba disfrutando viendo cómo mi simple presencia le ponía de los nervios.

—Imagino que no habrás asesinado a tu marido todavía —añadió con chulería.

—¡Oh, vaya! A papá Mick se le ha ido la lengua. —Alcé la navaja—. Tendré que hacer algo con eso. Porque tú no vas a ser igual que él, ¿no? —Arqueé una ceja.

Negó lentamente con la cabeza.

—Bien —proseguí levantándome de mi asiento para andar de un lado a otro—, el motivo de mi visita es porque, obviamente, me interesa algo.

—Qué raro... —murmuró con desgana.

Paré mi paso en seco y me encaminé hacia él. Apoyé mis manos a ambos lados de su cabeza, a la vez que me acercaba a Aidan, de manera intimidante. Cuando me quedé muy cerca de su rostro, murmuré:

—Escúchame, gilipollas, no me vaciles ni una sola vez más porque el juego de niñato macarra conmigo no cuela, y si lo vuelves a hacer, te rebanaré el cuello aquí mismo para que tu prometida tenga una bienvenida en condiciones.

Mantuve la mirada firme y amenazante durante unos minutos en él. No meneó ni un solo músculo y eso me dio a entender que había captado la indirecta a la perfección. Me retiré del sitio en el que estaba, siguiendo mi

paso de un lado a otro.

—¿Cuándo llega tu... prometida? —Sonreí con ironía.

—¡Deja a Maureen en paz! —Se desesperó.

—No olvides que tú —le señalé—, la metiste en esto. Pero eso es pasado, ahora me interesa otra cosa, y la tiene ella.

—De ella no puedes necesitar nada —espetó.

—Ya lo creo que sí...

No pude continuar, ya que escuché el timbre de la puerta. Le miré cuando intentó levantarse y puse un dedo en mis labios para que estuviera en silencio.

—¡Aidan! Ábreme, he dejado las llaves en el recibidor, ¡Aidan!

Sonreí traviesa.

—No te muevas de aquí por la cuenta que te trae, ya abro yo.

Llegué a la puerta con parsimonia, puse la llave en la cerradura y la giré. Al abrir, Maureen echó su cuerpo hacia atrás con rapidez, arrugó el entrecejo y pude ver el pánico sembrado en su cara.

—¿Qué haces en mi casa? ¿Dónde está Aidan? —preguntó atropelladamente.

—Shhh... Tranquila, pelirroja, pasa.

Me quedé apoyada en el marco de la puerta, a la vez que la invitaba a entrar en su propia casa. Me contempló con horror y se quedó al lado de mí, sin decir una sola palabra.

—Vamos a tener una conversación los tres ahora mismo. Y por la cuenta que te trae, sé sincera o a tu prometido no le gustará saber que le has estado engañando todo este tiempo.

—No sé de qué me hablas.

Se hizo la tonta, pero yo sabía mucho más que ella.

—Yo sí sé que trabajas para la Organización.

Su cara cambió, fue a decir algo, pero puse un dedo en sus labios.

—Si tú colaboras, yo también lo haré. —Sonreí con malicia.

Encaminé mis pies hasta que llegué al salón, donde Aidan ya se disponía a salir en busca de su amada. Le miré de reojo y no me hizo falta decirle que sentase su trasero en el mismo sitio que estaba. Llegué al sillón en el que antes esperaba con tranquilidad y me apoyé en él.

—Veo que las cosas os van bastante bien. ¿Cómo habéis conseguido tener vuestro nidito de amor?

Moví mi dedo índice por encima de mi cabeza, dándole unas cuantas vueltas para señalar la estancia. Los dos se quedaron callados y tuve que resoplar.

—¿Os ha comido la lengua el gato? —Me harté.

—¿Qué quieres? —preguntó enfadada la pelirroja.

Sonreí con malicia y me levanté de mi aposento para dirigirme a ella. Agaché mi cuerpo un poco para quedarme de cuclillas, la repasé varias veces con los ojos y suspiré.

—¿Dónde está? —Mi tono salió mordaz.

—¡Ya te dije que yo no tengo nada! —Se desesperó.

Negué con la cabeza, saqué la pistola, que guardaba tras mi espalda, y la cargué apuntando directamente a su cabeza.

—¡Taragh, por favor! ¿De qué demonios estáis hablando? ¡Baja eso!

Aidan abrió los ojos de par en par mientras esperaba una respuesta a su pregunta. Maureen fijó su mirada en mí, pero no se movió del sitio, aunque pude notar cómo su pulso comenzaba a acelerarse.

—¿Pelirroja?

Puse el dedo en el gatillo con más ímpetu. Escuchaba de fondo cómo su amado me pedía que bajara el arma lo que hizo que me exasperara.

—¡Cállate, Aidan! —grité.

—Te juro que yo no tengo nada... ¡No sé qué quieres que te diga!

Vi cómo los ojos de Maureen brillaban, y ese fue el acto que me confirmó que realmente no lo sabía.

—Aidan, déjanos a solas.

Me miró horrorizado sin moverse del sitio. Le eché un último vistazo, a la misma vez que veía cómo Maureen asentía con una calma que en realidad, no sentía. Salió del salón mirando varias veces hacia atrás y, antes de que saliera a la calle, le avisé:

—Si se te ocurre hacer alguna tontería, no volverás a verla con vida.

Ambos se contemplaron durante una eternidad diciéndose lo mucho que se querían en silencio, y pude notar el miedo que recorría sus venas. Aidan suspiró varias veces, le insté con la mirada para que desapareciera de allí y, echando un último vistazo, desapareció con el semblante serio y atemorizado. Oí que la puerta de la calle se cerraba minutos después, giré mi rostro hacia Maureen y me senté al lado de ella.

—Veo que no vas a pegarme —murmuré con arrogancia.

—Dime qué quieres y déjame en paz —bufó.

—¡Oh, no! Nos queda mucho tiempo juntas, por lo que se ve. —La observé con chulería—. Ya te dije que pensaba que tú tenías el broche, pero creo que no me estás mintiendo.

—No sé de qué me serviría hacerlo.

—Muy fácil. Con ese broche podrías vivir más de cuatro vidas, pero ese no es el tema. Quiero que me ayudes a encontrarlo.

Sus ojos se abrieron en su máxima expansión.

—No voy a hacer eso —sentenció.

Asentí y me levanté de mi asiento.

—Solo te diré que en el Museo Nacional de Irlanda no está. Ya lo he comprobado por mí misma. Pero resulta ser que alguien le está pasando una información errónea a una persona a la que aprecio bastante. Te llamaré dentro de un mes. Si para entonces no has cambiado de opinión —moví uno de mis hombros de manera indiferente—, tendré que hablar durante un rato con tu querido.

Alcé una ceja mientras ella me miraba sin pestañear. Salí del salón y bajé las escaleras hasta que llegué a la calle. Aidan no reparó ni un segundo en mí, ya que entró como un huracán en busca de su novia. Caminé hasta mi coche con una sonrisa en los labios y al entrar en él, descolgué mi teléfono.

—Todo lo que habíamos previsto, se anula.

—¿Cómo? —preguntó sin saber el motivo.

—Mick, no repito las cosas dos veces.

—¿Y a qué viene eso? ¡Sabes que cuando Cathal me encuentre me matará!

—Pues vete del país. Tu deuda ya está saldada, puedes buscarte la vida en otro sitio.

Colgué el teléfono sabiendo que esta sería nuestra última conversación. No sabía por qué lo hacía en aquel arrebato, pero todo estaba cambiando a pasos agigantados y, quizás, cada vez tenía más claro que si alguien debía acabar con el gran O’Kennedy, ese alguien era yo.

Cuando llegué el cielo ya estaba completamente cerrado y la noche caía sobre mí. No sabía si Maureen me ayudaría a encontrar el broche, pero tenía claro que si no lo hacía, se acordaría de mí el resto de su vida.

Aparqué el coche en la entrada y bajé con rapidez para dirigirme al interior de la mansión. Estaba destrozada de tanto viaje. A lo lejos pude ver

los coches de Cathal y Jackson aparcados en otro extremo de la casa, lo que me hizo sonreír como una idiota, sin saber por qué.

Cuando llegaba a la entrada, pude ver un reguero de sangre que no supe identificar. Abrí mis ojos temiéndome lo peor, sin poder evitar seguir el rastro.

Busqué por toda la casa, intentando encontrar a Cathal, ¿y si le había pasado algo? ¿Y si era ese el motivo por el que no me había llamado durante todos estos días? Las preguntas se me amontonaban en la mente. Abrí todas las puertas de la mansión y no lo hallé en ninguna de las habitaciones. Contemplé la última posibilidad que me quedaba y decidí ir al final del pasillo donde se encontraba su despacho, cogí el pomo de la puerta del sótano, y bajé.

Cathab

Una hora antes...

—Mmmm....

—Dale otro golpe a ese cabrón para que cierre el puto pico —bramé.

Ryan hizo lo que le dije sin rechistar. Con la culata de su pistola le propinó un fuerte golpe a Kellan en la nuca, consiguiendo que se quedara inconsciente de nuevo. Giré por la primera calle a la derecha que tenía ante mí, pasando por una especie de bosque de las hadas como le llamaba Taragh. Entré a toda velocidad en el camino de tierra que llegaba hasta la mansión, y tiré del freno de mano cuando llegué a la puerta. Suspiré aliviado al ver que el coche de ella no se encontraba en la entrada, lo cual me daría tiempo de sobra para machacar a Kellan, sin que ella se diera cuenta.

—Al sótano —ordené.

Entre los fuertes brazos de Ryan y Jackson, bajaron a Kellan a rastras, lo metieron dentro de la mansión, dejando un notable reguero de sangre a su paso, ya que Kellan estaba herido por los miles de golpes que le había propinado en el *parking* del aeropuerto de Dublín cuando llegamos.

No fue fácil dar con el hijo de la gran puta en Brasil, pero al final, gracias a los contactos que poseía por todo el mundo, conseguí llegar a él unos cuantos días después. La sorpresa del aludido, cuando entré en su casa con la escopeta en mano, fue mayúscula, y gracias a Dios que no puso demasiada resistencia para venir con nosotros o habría perdido los papeles, allí mismo.

De reojo vi a Sineád, que me contempló cuando pasé por delante de ella. No hizo ningún gesto de asombro al ver que llevábamos al tipo arrastrándolo por el suelo hasta el final del pasillo. Esa mujer valía más por lo que callaba que por otra cosa. Antes de llegar a la puerta del sótano, escuché cómo me decía:

—Que tenga un buen día, señor.

Pensé en mi mujer.

—¿Sabe dónde está Taragh?

—No. Esta mañana salió temprano y aún no ha vuelto. Está a punto de anochecer ya.

Hizo un movimiento con su cabeza para observar el cielo.

—Que no entre en el sótano cuando venga.

—Está bien.

Tras unos segundos de silencio, escuché que decía antes de irme:

—En cuanto termine la cocina, mandaré que limpien esto, señor.

La observé y asentí sin más. Cogí el pomo con fuerza y cerré tras de mí. Empezaba la fiesta.

—Despiértalo.

Jackson sonrió con diversión, llenó ante mis ojos un cubo de agua fría y lo lanzó a su cabeza sin miramientos. Este pegó un bote de su asiento y me miró con los ojos de par en par mientras me remangaba la sucia camisa que llevaba puesta.

—¿Me traes a tu casa para matarme? Qué pena das...

Sonrió con chulería, y no pude evitar que mis comisuras se elevaran con sarcasmo.

—Veremos a ver si te ríes tanto después.

Fui hacia la mesa que tenía justamente detrás de la silla en la que se encontraba atado. Sin querer me choqué con una de las bombillas que colgaban del techo, alcé mi mano y paré su movimiento muy cerca de Kellan.

Agarré uno de los martillos que había en el maletín de herramientas y giré mis talones de nuevo. Paré mi paso frente a él, que me contemplaba sin una pequeña parte de temor. Alcé el martillo y lo dejé caer encima de tres de sus dedos, pude escuchar cómo se partían.

Arrojé el martillo lejos de nosotros, pasé mi mano por el mentón y después las apoyé en los reposabrazos de la silla, quedándome demasiado cerca de Kellan.

—¿Por qué te fuiste tan rápido? —pregunté con sarcasmo.

—Porque llegaste tú para cortarme el rollo.

Asentí. Junté mis labios en una fina línea y me separé de él. Me di la vuelta intentando calmar las ganas extremas que tenía de matarle.

—Creo recordar que tú y yo nunca hemos tenido diferencias.

—Cuando mis hombres sepan que estoy aquí, te van a matar, Cathal —aseguró como si nada.

Me giré para mirarle fijamente a los ojos.

—¿Y crees que los míos no lo harían por mí?

—Lo que veo es que te falta uno de tus hombres de confianza. —Rio.

Solté un suspiro a modo de risa.

—¿Qué estás buscando, Kellan?

—¡Vamos, O’Kennedy! Me tienes atado como a una puta rata, ¿y esperas que te lo diga?

Le observé con desdén.

—Tú mismo. Ya conoces mi paciencia para torturar a la gente.

—Y tú el aguante que puedo tener.

Asentí varias veces, observando de reojo cómo mis hombres me miraban.

—¿Qué querías? —volví a preguntar esta vez cansado.

Ya sabía que estaba buscando los tesoros que guardaba en la habitación secreta de la piscina. Pero necesitaba una explicación, no entendía qué hacía metiéndose en ese terreno.

—Follarme a tu preciosa y sugerente mujer. —Sonrió lascivo.

Y los nervios se dispararon sin poder contenerlos.

Estampé mi puño con una fuerza bestial, lo que hizo que Kellan cayera de espaldas al suelo, a la vez que escupía varios dientes. Alcé la mano para que mis hombres no intervinieran, cogí la silla y lo volví a levantar. Apoyé mi mano izquierda en la silla y siseé:

—Por eso, querido amigo, vas a morir.

Rio como un tirano. Había algo que se me escapaba de las manos y no sabía qué era.

—No puedo negarte que me gustó, pero me faltó colaboración por su parte.

La ira arrasaba mi cuerpo a una velocidad de vértigo, temí perder los papeles por completo en cualquier momento, incluso llegué a barajar la opción de pegarle un tiro allí mismo, pero no. No era eso lo que Kellan O’Flannagain se merecía para morir. Todo lo que le hizo a Taragh, lo pagaría con creces. Me acerqué de nuevo a la mesa, cogí otro objeto de ella y me planté ante él.

—Recuerdo que le clavaste un cuchillo en la mano.

—Sí. Y me dio mucha pena que no chillase. —Me miró lascivo—. Me moría de ganas por oír gritar a esa puta.

Solté una pequeña carcajada, alcé el hacha y sin titubear la dejé caer con fuerza sobre la muñeca derecha. Kellan soltó un grito desgarrador, a la vez

que la sangre empezaba a empapar su pantalón. No llegué a cortarla del todo, pero cuando arrancara el hacha de su piel, sabría lo que era sufrir de verdad...

—Hijo de puta... —siseó a la vez que reía.

—Te he dicho que tengo mucha paciencia.

—¿Todo esto por una mujer? —preguntó sin creerlo.

—Todo esto, por mi —recalqué ese «mi»— mujer.

—Tú no quieres a nadie, Cathal, eres un monstruo —escupió con rabia.

Era verdad. Yo no quería a casi nadie. Solo que ese sentimiento siempre lo guardé para mí, intentando no mostrarle a nadie mis auténticas debilidades, y una de ellas, era obviamente Taragh. Iba a contestarle cuando mi teléfono sonó, junto con el de Ryan. Alcé la vista y le hice un leve movimiento de cabeza a Jackson para que lo tuviese vigilado. Miré a Ryan por encima de mis pestañas y asentí, indicándole que debía seguirme.

Alguien estaba intentando entrar en la habitación donde guardaba los tesoros.

Subí las escaleras a toda prisa y salí al exterior corriendo hasta que atravesé la mansión. Intenté no tropezar en el trayecto, cuando vi que la puerta de entrada al pasillo se encontraba de par en par abierta. Me temí lo peor. Y mis temores cayeron encima de mí como un jarro de agua fría cuando al pasar el tenue pasillo, la puerta blindada estaba abierta también.

—¡Mierda, Ryan! —grité.

Ryan intentó hacerme a un lado para entrar el primero, pero se lo impedí. Empujé la puerta que permanecía intacta y pasé al interior con un nudo en la garganta. Paseé mi mirada por la estancia, todo estaba intacto, menos la vitrina donde guardaba el caldero de Dagda...

—Se lo han llevado —afirmé.

Me llevé las manos a la cabeza, aguantando la pistola contra ella, ¡mierda! ¿Cómo habían podido entrar en la habitación? ¡Era imposible!

—No es posible que alguien haya podido entrar, tendrías que haber puesto tu mano en el detector.

—No lo entiendo... —murmuré pensativo.

Recopilé todos los acontecimientos a los que había ido, no encontraba ningún recuerdo que me sirviera. Paseé por la estancia durante más de cinco minutos, intentando encontrar una explicación coherente a todo mientras Ryan llamaba al resto de hombres.

—Diez de nuestros hombres están buscando en los alrededores de la

mansión, pero ten en cuenta que vamos a ciegas.

Asentí sin mirarle.

—¿Qué vamos a hacer con Kellan?

Kellan.

De repente un torbellino pasó por mi cabeza y encajé todas las piezas del maldito *puzzle*. Ryan abrió los ojos en su máxima expansión, me apresuré a pasar por su lado, le di un golpe en el hombro para que me siguiera y comencé a correr. Crucé la zona de la piscina a toda velocidad y, cuando llegué a la puerta de la entrada, me encontré lo que temía.

—Suéltala.

Mi tono salió mordaz, a lo que Kellan ni se inmutó. Tenía a Taragh cogida del cuello, presionando el brazo malherido contra su garganta, mientras que con la otra mano, apuntaba sin temor su cabeza con una pistola.

—¿Alguna vez te han dicho que quien ríe el último, ríe mejor? —vaciló.

Bajó los dos escalones de espaldas, y se posicionó a una distancia prudencial de nosotros.

—Te he dicho que la sueltas —repetí comenzando a perder los estribos.

—No estás en el mejor momento de exigir. Baja la pistola —ordenó.

Contemplé los ojos de Taragh, que me miraban sin un halo de terror. Jamás entendería el valor, y sobre todo, el coraje que aquella mujer poseía en situaciones como esas. Agarré la pistola con más fuerza, apuntando a su cabeza, lo que hizo que él, le quitara el seguro a la suya.

—Último aviso, O’Kennedy, o la mato.

Me temí lo peor. Miré a Ryan para hacerle un leve movimiento. Soltó la pistola en el suelo sin quitarle los ojos de encima a Kellan, en el momento que oí cómo mi mujer hablaba:

—¡No sueltas la pistola!

Alcé la vista y me la encontré atravesándome con sus ojos verdes. Kellan presionó el arma con más énfasis y finalmente la dejé como había hecho mi hombre segundos antes. Taragh negó con la cabeza.

—Así me gusta. —Sonrió con chulería—. Ahora, tu preciosa mujer y yo vamos a darnos un paseo.

—¡Vete a la mierda! —espetó ella.

En contestación, Kellan le propinó un fuerte golpe en el costado que la dobló durante unos segundos. Noté cómo la ira emanaba por todos los poros de mi piel, a la vez que mis manos comenzaban a temblar de la impotencia

que sentía.

—Si hablas, te mato. Si intentas algo, te mato. Y si tu marido tiene la genial idea de hacer alguna cosa... —me miró con soberbia—, te mato. ¿Te ha quedado claro, preciosa?

—¡Que te jodan!

Agarró su pelo con fuerza. Di un paso para llegar hasta él, y lo impidió apuntándola de nuevo con la pistola.

—¡Ni se te ocurra, Cathal!

Tiró de ella hacia atrás, hasta que llegó a su coche que se encontraba en la puerta y, antes de entrar, escuché que decía:

—Acabo de encontrar tu punto débil, O’Kennedy.

La miró y sonrió antes de marcharse por el camino de tierra a toda velocidad, con mi mujer como rehén.

Taragh

—¡Acelera, maldita puta! —gritó.

—Te va a matar —aseguré tajante.

Noté cómo su arma presionaba mis costillas mientras conducía a toda velocidad para alejarnos antes de que Cathal diera con nosotros. Algo que daba por hecho que no tardaría mucho en suceder.

—Antes te mataré yo a ti.

—Eso ya lo daba por hecho, ahórratelo.

—¡Conduce! —vociferó con rabia.

—Quizás no te des cuenta de que ya lo estoy haciendo. Seguramente estarás pensando en el gran dolor que tienes en esa mano.

No me contestó. Lio la mano más afectada con un trozo de su camiseta, dejando ver parte de su duro torso. La faceta del Cathal el torturador, no la conocía y, en cierto modo, no sabía si me hacía demasiada gracia verla por mí misma.

A lo lejos divisé un gran prado, y no dudé en librarme del maldito cabrón que tenía a mi lado, aunque me costase la vida. Le observé de reojo en el mismo instante en el que comenzaba a liarse la mano. Pegué un fuerte volantazo, y el coche se llevó el quitamiedos por delante, a la vez que sentí cómo empezamos a dar vueltas dentro del vehículo. Intenté ajustar mi cuerpo al asiento para no desplazarme mientras girábamos sin parar.

En un momento determinado, Kellan salió disparado por el cristal delantero al no llevar puesto el cinturón de seguridad, y respiré aliviada pero dolorida cuando el coche se detuvo boca abajo. Abrí la puerta como pude, viendo en la lejanía que un imponente hombre corría hacia donde estaba. Me arrastré hasta que conseguí salir, y divisé un coche en mitad del camino de tierra que tenía delante.

Kellan huía. De nuevo se escapaba.

Alcé la vista y vi que Cathal se dirigía hacia mí a pasos agigantados. Le hice una señal con la cabeza para que fuera tras él, la misma que ignoró.

—¡Se escapa! —vociferé.

Cathal miró hacia el punto que le indicaba con la mano, estando tumbada en el suelo. Me dolían todos los huesos. Giró su rostro hacia atrás y le hizo un leve movimiento de cabeza a Ryan, y a los diez hombres que llevaba tras él. Oí cómo las balas salían con velocidad de sus cargadores, impactándose en cualquier sitio menos en el vehículo que se llevaba a Kellan, a alguna parte del mundo.

Y falló.

El gran O’Kennedy volvió a cometer un error.

Agarró mis hombros con una delicadeza inhumana, elevé mis ojos hacia los suyos y en ellos vi una sola cosa: preocupación. Noté que la rabia rugía con fuerza en mi interior y, antes de pararme a pensar, grité de nuevo:

—¡Ve tras él! ¡Está huyendo!

Le di un manotazo para que apartara sus manos de mi cuerpo, y pude ver cómo aquella reacción no pasaba inadvertida para él. Volvió a cogerme con más insistencia hasta que consiguió que me pusiera de pie.

—¿Estás bien? ¿Puedes caminar?

Tuve que desviar mi mirada, no podía mantener la vista permanente en los ojos que me abrasaban sin explicación. Pasé por su lado de forma altiva sin contestarle y caminé hasta su coche, era cierto que me dolía todo el cuerpo, pero, ante él, no pensaba demostrarlo.

Había dejado que su ahora mayor enemigo escapara por preocuparse de mí, cosa que, en los seis años que hacía que le conocía, jamás había hecho. ¿Qué cojones le estaba pasando? Ryan tardó pocos segundos en llegar a nosotros, y nos acompañó en el coche de vuelta a la mansión. Tuve que contener toda la ira que pugnaba por salir de mi garganta en cualquier momento, por lo menos, hasta que estuviéramos a solas.

Y el momento llegó pocos minutos después.

Abrí la puerta de mi habitación sintiendo que me pisaba los talones mientras voceaba mi nombre pasillo arriba para que me detuviera. Y no lo hice. Por segunda vez le llevaba la contraria en lo que llevábamos de día o, mejor dicho, del rato que nos habíamos visto después de casi dos semanas sin saber nada de él. Ya no sabía qué era lo que más rabia me daba, si el gesto que había tenido conmigo o el no saber si estaba vivo o muerto. Mi cabeza era un maldito caos que me impedía pensar con claridad.

Intenté cerrar con brusquedad y una fuerte mano, seguida de un enorme

manotazo que hizo que la puerta se tambaleara, la frenó. Dejé mi chaqueta encima de la cama con malas formas y me dirigí hacia el cuarto de baño. Necesitaba estar sola, reflexionar acerca de muchas cosas, y la mejor manera no era teniéndole a mi lado.

—¿¡Estás sorda!?! —gritó dejándose la garganta en aquella pregunta.

No contesté. De nuevo me vi en un intento fallido por cerrar la puerta del cuarto de baño. Me giró hasta que quedé frente a él, apresó mi muñeca con fuerza, y me solté de malas maneras sintiendo cómo mi garganta me quemaba. Le di un golpe en el pecho con el puño cerrado, a lo que este abrió los ojos sorprendido.

—¿¡Se puede saber qué coño te pasa!?! —Se desesperó.

—Pasa —me puse a su altura dejándome la voz— que has dejado que Kellan escapara por pararte a ver cómo estaba. ¿¡Has perdido el juicio!?! —Vi que sus ojos cambiaban y se llenaban de la misma rabia que yo tenía. Le golpeé de nuevo haciendo que saliera del cuarto de baño—. ¿Qué demonios te pasa, Cathal? ¿A qué estás jugando?

—¿Es que no puedo preocuparme por ti? —Elevó el tono.

—¡No!

—¿Me vas a decir lo que tengo o no que hacer? —Arrugó el entrecejo haciendo notar un visible enfado.

Mi sangre hervía de impotencia y me tiré encima de él como una salvaje.

Le golpeé con rabia, con intenciones claras de hacerle daño, mucho daño. Intentó cogerme las muñecas y, tras varios forcejeos en los que recorrimos parte del dormitorio tirando la mitad de los muebles y adornos que se encontraban en la estancia, lo consiguió.

—¡Suéltame!

—¡No! —rugió.

—¡Te pasas casi dos semanas sin dar señales de vida! ¿¡Y ahora te preocupas por un puto accidente de coche!?! —chillé fuera de mí.

De nuevo esa mirada que me mataba lentamente, la que no entendía, la que no era capaz de descifrar por más que lo intentaba. No tenía claro si deseaba matarme o, en realidad, sus ojos brillaban por algo que quizás no era capaz de aceptar. Los sentimientos. Esos que cualquier día llegaban y se llevaban todos los planes de futuro que tenías, sin importarles la decisión que tú quisieras tomar.

—¿¡Quieres parar!?! —contestó con otra pregunta en el mismo tono, solo

que esta vez, el tirano que habitaba en él salió a relucir.

—¡No!

Conseguí soltar una de mis muñecas y le propiné un bofetón que hizo que girara la cara.

—¿Ahora te preocupas por mí? —susurró extrañamente.

La pregunta retórica hizo que mis brazos cayeran laxos a ambos costados. Mi pecho subía y bajaba a grandes escalas igual que el suyo, le traspasé con la mirada quedándome hipnotizada por la bestialidad de su profundidad.

Le besé.

Alcé ambas manos y cogí su cara con un ímpetu devastador que me desgarró el alma. Sus manos estrecharon mi delicado cuerpo en aquel momento con determinación, fundiéndonos en una profunda batalla donde nuestras lenguas eran las protagonistas. Sentí un sabor amargo fluir en mi boca cuando sus dientes me mordieron el labio inferior con ferocidad. Elevé mis manos hasta posarlas en la pared donde permanecieron unidas unos segundos antes de que solo me sujetara con una, para que la mano que tenía libre se encargara de arrancarme con una brutalidad asombrosa la ropa.

Noté mi bajo vientre retorcerse con rapidez, pedía más, quería más. Y lo peor de aquel momento no era la necesidad que tenía de él, sino la ansiedad que se apoderaba de todos mis sentidos. Esa que llevaba intentando evitar durante seis años infringiendo odio hacia su persona, la misma que se estaba quebrando poco a poco. Y eso me asustaba tanto que comencé a temblar como una hoja entre sus grandes e imponentes brazos.

Conseguí deshacer mi agarre, bajé mis manos por su pecho y, con una agilidad asombrosa, le quité la sucia camisa manchada de sangre, hasta que el último rincón, que tapaba su dominante y firme torso, quedó al descubierto. Paseé mis manos deleitándome con su piel hasta que llegué a la cinturilla de su pantalón y, antes de poder darme cuenta, estaba acorralada entre su cuerpo y la pared, sintiendo cómo su miembro entraba con bravura en mi interior.

Eché mi cabeza hacia atrás soltando sus carnosos labios para poder respirar con facilidad. Llené mis pulmones de aire, bajé mi rostro hasta que nuestras frentes quedaron pegadas, y nuestros ojos se fundieron en un temible deseo. Cada embestida, cada caricia, cada segundo, hacía que mi mente se revolucionara más junto a un torbellino de emociones. Ya había aceptado que le amaba, pero aun así, la avaricia y el deseo por poseer todo lo que él tenía, me podía. Me podía tanto que me odiaba a mí misma por no intentar darle

una oportunidad, pero el problema estaba en que él todavía no había hecho el simple amago de mostrar sus sentimientos, y eso me confundía aún más...

¿Y si todo tenía un fin? ¿Y si había matado de verdad a mis padres? Pero sobre todo, ¿con qué fin? Las preguntas se agolpaban en mi cabeza mientras oleadas de placer intentaban que se desvanecieran según su erecto miembro entraba y salía de mí salvajemente. Bajó mis piernas sin interrumpir la conexión que nos mantenía juntos, para ponerme de cara a la pared. Agarró mis caderas, tirando de ellas hacia atrás, y de nuevo, la brutalidad volvió haciéndome perder la cordura.

Palabras incoherentes salían de mi boca entre jadeos. Podía escuchar su respiración agitada, notando cómo sus dedos se clavaban en mi cintura rozando un dolor indescriptible. Pero no me importó. Él estaba conmigo.

«No...», pensé.

Batallaba con mis pensamientos en el mismo momento en el que, por segunda vez, sentía que una arrolladora pasión nos envolvía. Eché mi trasero hacia atrás y rompí la conexión perfecta. Le miré durante unos instantes, le empujé hacia la cama y me puse a horcajadas encima de él. Abrazó mi cuerpo con suavidad, y cuando pensaba que traspasaría mis entrañas, la lujuria volvió a desatarse entre nosotros. Envolví mis manos alrededor de su cuello, tiré de su pelo hacia atrás y me permití observarle detenidamente. Sus labios entreabiertos, su mandíbula tensa y feroz, y sus ojos ardientes y salvajes me quemaban tanto que di un portazo a mis pensamientos y me dejé llevar de una manera irreal.

Un fogonazo de luz, incluido con unos gritos, me hizo abrir los ojos de par en par. Miré a mi derecha y allí, no había nadie. Como siempre.

Cogí la sábana y envolví mi cuerpo en ella, llegué hasta la puerta y la abrí despacio, justamente en el momento en que Sinéad entraba.

—Buenas tardes, señora, su marido me ha dicho que no salga de la habitación... —murmuró esto último un poco avergonzada.

Alcé una ceja interrogante, negué con la cabeza y cogí un vestido de deporte del armario. Me lo puse con rapidez y la miré de reojo.

—Le diré que estaba bajando las escaleras.

La ama de llaves apretó los labios intentando evitar reírse y asintió saliendo del dormitorio para quedarse en la escalera, tal y como le había dicho. Cada vez tenía más claro que esta mujer había llegado a mi vida para ser la madre que tanto echaba de menos.

Bajé las escaleras de cuatro en cuatro hasta que escuché las prominentes voces que resonaban detrás de las puertas del salón, ¿era la voz de mi abuelo? Arrugué el entrecejo sin poder entender las barbaridades que se estaban diciendo a voces. Conocía a Andrew, y sabía que cuando su tono salía de esa manera, nada bueno podría estar pasándole. Cogí el pomo y lo giré a toda velocidad, empujé la puerta y ambos cerraron la boca en cuanto me vieron en el umbral.

—¿Abuelo? —pregunté extrañada.

—¿Qué haces aquí? Le dije a Sinéad que no salieras de tu dormitorio —bufó Cathal malhumorado dirigiéndose hacia mí.

Me cogió del brazo en un intento por hacer que saliera, pero no lo consiguió. Me deshice de su agarre, que para ser exactos no infligía fuerza alguna, y entré.

—¡Taragh! —exclamó mi abuelo viniendo hacia mí con los brazos abiertos.

Me dejé abrazar, desconfiada como siempre. Teníamos buena relación, pero no quitaba que él fuese una persona extraña, quizás demasiado bajo mi punto de vista. Le miré a los ojos intentando buscar una explicación, Cathal, por su parte, se quedó tras de mí, al lado de la enorme chimenea. Sentí sus ojos clavarse en cada parte de mi figura, y no me equivoqué cuando giré mi rostro y le vi. Sus perlas azules brillaban más de la cuenta y, de nuevo, eso me asustó.

—¿Qué haces aquí?

—Oh, nada, nada. Negocios, ya sabes, hija.

—¿Tienes negocios con mi marido?

Le pregunté a él, pero a quien miraba no era a mi abuelo, ya que recordaba perfectamente la conversación que habíamos tenido cuando le dije que sabía manejar un arma y muchas más cosas gracias a Andrew O’Leanny. ¿Por qué no me había dicho que se conocían? A decir verdad, ninguno de los dos habló de ello nunca.

—Sí —contestó Andrew con firmeza—. Ahora, si nos disculpas, tenemos que terminar de resolver un tema. ¿Podrías dejarnos solos?

—Y, ¿desde cuándo os conocéis?

Permanecieron en silencio durante una eternidad, hasta que mi marido fue el que contestó con un tono tan normal que me sobrepasó:

—Desde hace un tiempo, déjanos solos, Taragh, por favor.

¿Por favor? ¿Acababa de escuchar bien lo que me había pedido? Contemplé a mi abuelo, estupefacta, y me dirigí hacia la salida, no sin antes echarle un último vistazo al omnipotente dios que tenía observándome con detenimiento.

—Espero que vengas a Cong pronto, tengo ganas de estar un tiempo contigo.

—Lo haré, abuelo.

Los ojos de Cathal y los míos conectaron mientras cerraba las dos enormes puertas del salón. Salí al exterior y me senté en mi rincón de pensar, con Willian. ¿Qué hacían los dos juntos? ¿Qué negocios tendrían entre manos? Tenía que averiguarlo, y como todo, esperaría su momento.

Tres días después de aquel encontronazo con Andrew, Cathal seguía intentando evitar el tema a toda costa. Estaba demasiado raro conmigo, demasiado... atento. Compartimos miles de momentos en los que nos dejamos arrastrar por la pasión y, aunque fuese una de las cosas más extrañas, lo peor era cómo me miraban sus ojos, había una diferencia notable que no conseguía entender. Eso sí, las noches seguían siendo igual de frías, ya que cuando terminábamos de saciarnos, no había nadie a mi lado para poder sentir el calor que en aquel momento empezaba a necesitar más de la cuenta.

Esa misma tarde me informó que teníamos que acudir a una fiesta celta, donde todos los asistentes tenían que ir conforme a la época. No tardé mucho en abrir el gran baúl donde guardaba uno de mis mayores tesoros: el vestido. Jamás me lo había podido poner, y esa noche, sin duda era la ocasión ideal. Se suponía que allí encontraríamos a conocidos de Cathal, los mismos que le darían más pistas sobre dónde podría encontrarse Kellan, y el caldero.

—Aquí está, es increíble —murmuró Sinéad.

Salí del cuarto de baño envuelta en una toalla, terminé de retocar mi pelo peinándolo en el lateral derecho con varias trenzas, creando una pequeña unión en la parte trasera de mi cabeza. Me maquillé lo justo para parecer una diosa con los tonos dorados que lucían en mis ojos.

Antes de vestirme, me permití sentarme en la cama un segundo, para agarrar la mano de la anciana. Ella me miró con temor, gesto que no pude obviar.

—Sé que no soy buena persona —clavé mi mirada en la suya—, pero jamás sería capaz de hacerle nada. Es... usted es... —aparté mis ojos un poco avergonzada por la confesión que pretendía hacerle. No estaba acostumbrada a sincerarme con nadie— es como una madre para mí, Sinéad.

Oí cómo suspiraba con fuerza, pero en ningún momento habló.

—Hace cosas por mí que no debería, y creo que nunca se lo he agradecido. —Suspiré, esta vez sí mantenía sus ojos clavados en mí—. Gracias, Sinéad, gracias por todo. Por lo que hace por mí, y lo que hace por

él. —Señalé la puerta refiriéndome a Cathal.

Tomó mi mano con delicadeza y murmuró:

—Ustedes dos son personas y, como tal, después de tantos años, les he cogido mucho cariño. Sé muchas cosas que callo, Taragh. Pero eso no cambiará nunca la opinión que tengo de ustedes. Yo les quiero a mi manera —aseguró.

Sonreí sin poder evitarlo. Me levanté y me permití abrazarla. Hacía tanto tiempo que no abrazaba a nadie por gusto que ya ni siquiera lo recordaba.

—Son un matrimonio espectacular. Todavía no se han dado cuenta, pero pronto lo harán.

Curvó sus labios, a lo que yo me extrañé por la firmeza y decisión que había en sus palabras.

—Voy a ponerme el vestido o Cathal se irá. —Cambié de tema.

—Lo dudo.

Arrugué el entrecejo.

—Dudo mucho que el señor vaya a irse sin usted, Taragh, ya no.

Me giré mirando hacia la cama mientras introducía mis piernas por la hermosa tela. ¿Por qué afirmaba las cosas de esa manera? Deslicé la aterciopelada prenda por mis brazos, y ajusté el escote con forma de barco, haciendo que mis pechos se mostraran sugerentes. Pasé mis manos por la tela roja, dejando el gran lazo en color oro que llevaba desde la cintura hasta los pies, de manera adecuada. Una vez lista, me calcé los zapatos y me senté en la cama para que Sinéad pudiera colocarme la preciosa tiara en color oro, dejándola como si de una corona se tratase. Contemplé la vestimenta durante unos instantes en el espejo, era realmente divina.

—Parece una diosa de la mitología.

—Mientras no parezca un hada de la mitología, me conformo. —Sonreí.

Sinéad salió de mi habitación dejándome sola. Cogí un pequeño bolso de mano en color oro también y abrí la puerta. Según avanzaba hacia la escalera, Cathal salía de su dormitorio con un impresionante kilt en color verde, a juego con la vestimenta de la época. A un lado del pecho se lucía una imitación del fascinante broche de Tara. Su silueta me dejó impactada, ambos permanecimos quietos, en silencio, cada uno en una punta del pasillo.

Ordené a mis pies que se pusieran en movimiento y, lentamente, sin apartar su mirada de mí, comenzó a caminar hacia la escalera. Cuando llegué al primer escalón, me detuve al escuchar su comentario:

—*Banrion Avenging...*

Alcé mi rostro y le contemplé.

—¿Te parezco una reina vengadora? —susurré al igual que él.

Pegó su rostro a mi oído y, antes de bajar delante de mí, murmuró roncamente:

—Mi reina vengadora —recalcó ese «mi» con tanta firmeza que me estremecí.

Como una estatua me quedé viendo cómo bajaba los escalones con una galantería inhumana. ¿Por qué se comportaba de esa manera? ¿A qué había venido ese comentario?

Veinte minutos después llegamos al Malahide Castle, donde se daba comienzo en breve a la gran fiesta. Admiré desde la carretera sus grandes prados que se mostraban presuntuosos antes la enorme construcción del castillo. Aparcamos el coche a las afueras donde se encontraba el *parking* y, antes de que pudiera abrir la puerta, Ryan lo hizo por mí. Le sonreí dándole las gracias, y busqué a Cathal, que se había quedado en la entrada hablando con uno de los invitados antes de llegar al aparcamiento.

Miles de antorchas alumbraban mis ojos cuando puse los pies en el suelo, y pude divisar la entrada al castillo. Cientos de personas se agrupaban en la entrada para dar sus nombres y, de ese modo, poder acceder al interior de los jardines, donde daría comienzo la fiesta. Me adelanté iban Ryan y Jackson, que venían conmigo, el primero aligeró el paso más de la cuenta, y me permitió la intimidad que necesitaba tener con Jackson desde hacía tiempo.

—¿Por qué traicionaste a Frank?

La pregunta salió de mi boca sin darme tiempo a meditar las palabras.

—Yo no le traicioné. Cathal es mi jefe, y eso no lo cambiará ni Frank ni nadie. —Me contempló.

—Entonces, ¿quieres decir que solo le usabas para pasarle información a tu jefe?

La duda surgió tan rápido que no tuve tiempo de asimilarla. ¿Le habría contado Frank todos los planes que teníamos? ¿Cathal sabría que quería acabar con él? No me dio tiempo a preguntarle de nuevo, ya que mi marido se puso a mi lado, y segundos antes, solo había escuchado a Jackson contestar:

—Yo solo cumplo órdenes, Taragh.

Llegamos a la entrada donde un hombre vestía acorde a la fiesta con un

hermoso kilt parecido al que Cathal llevaba. Dimos nuestros nombres y nos permitieron el paso al gran recinto, donde montones de mesas estaban decoradas con las comidas típicas celtas. Entre ellas, se destacaba el salmón, los estofados y sobre todo la miel. Varios candelabros adornaban las mesas con tres velas blancas, haciendo que la primera impresión fuera de lo más gratificante.

A lo lejos un hombre saludó a Cathal, con una alegría excesiva y nos acercamos a él. Estrecharon sus manos con fuerza, en el mismo instante que dos chicas de compañía se acercaban. Posaron sus ojos de felinas en mi marido y, en ese momento, supe que ya sobraba en aquella fiesta, y que el resto de la noche la pasaría más sola que la una.

—Buenas noches, O’Kennedy, es un placer tenerte por aquí.

—Lo mismo digo, Smith —contestó con cortesía.

—Si quieres cuando terminemos de cenar, podemos pasar a uno de los reservados que tengo para mis negocios.

—Por supuesto. Te presento a mi mujer, Taragh O’Kennedy.

Extendió su mano hacia mí mientras me sostenía de la cintura con posesión. Acto que sabía más que de sobra que duraría el tiempo en el que las dos fulanas, que tenía delante de mí mirándome con asco, tardaran en posar sus manos en él.

—Maravilloso nombre para una dama tan elegante. He de reconocer que estoy asombrado.

Cogió mi mano con rapidez y dio un suave apretón. Antes de ser echada, me marché disculpándome con una excusa:

—Si me disculpan, enseguida vuelvo.

Cathal me observó extrañado por mi reacción, pero no le di tiempo a decirme nada cuando las dos se posicionaron cada una a un lado de sus costados. Noté cómo la rabia crecía en mi interior, pero no le di permiso para salir. No estaba dispuesta. Sabía que Cathal era así, y nada ni nadie le cambiaría.

Dirigí mis pasos al interior del castillo que permanecía abierto para todos los asistentes, y me permití pasear por todas las habitaciones en soledad. Recorrí el hall, después pasé a la *oak room*, donde se reunían antiguamente y donde supuestamente, estaba presente la aparición de una virgen en la misma sala, hacía años. Pasé mis dedos sobre los muebles antiguos que aún se conservaban, y admiré las vistas al exterior. Eran impresionantes. Después

me dirigí a una sala más pequeña repleta de cuadros de los anteriores dueños, sus paredes eran anaranjadas y a la misma vez elegantes. No faltaba un mínimo detalle para poder ponerse en situación a la hora de ver aquel castillo. Después de recorrer más salas junto a unos cuantos invitados, llegué al *large drawing room*, el salón principal.

Admiré cómo la mesa principal estaba repleta de cubiertos, platos y todo lo necesario para un gran banquete, adornando de esa manera toda la estancia. Dos chimeneas se lucían a ambos lados de las paredes y, de nuevo, los cuadros iluminaban la gran sala. Unas impresionantes lámparas colgaban del techo, dando una luminosidad increíble. Observé cada rincón del salón, imaginándome cómo sería haber vivido en aquella época y, simplemente, me fascinó.

Una voz que no recordaba me sacó de mis pensamientos, al escuchar que pronunciaba mi nombre:

—Señora O’Kennedy.

Me giré y me encontré con Marco, el italiano.

—¡Qué sorpresa! —respondí con ironía.

Ese hombre no me había hecho nada, pero la vida me había enseñado a no fiarme ni de mi mismísima sombra, y seguía sus consejos al pie de la letra.

—Lo dudo, pero si es así, me alegro. Mi mujer estaba dando una vuelta también por aquí, ¿la ha visto?

Valentina.

—No. No la he visto.

Seguí admirando la estancia, hasta que me sacó de nuevo de mis pensamientos.

—Pues tendré que ir a buscarla, dicen que en este castillo hay más de un fantasma. —Sonrió.

—No creo en los fantasmas, don Marco.

—¿No le teme a nada? —Curvó sus labios.

—No.

Mentí.

Desde pequeña siempre pensé que las hadas existían de verdad, y ese era el principal motivo por el cual nunca faltaba un cascabel, un lazo rojo o cualquier artilugio que las ahuyentara y, aunque era cierto que nunca había visto ninguna, la incertidumbre de no saberlo realmente siempre hacía que temiera un poco más.

—Entonces me rindo a sus pies. ¿Ha visto a su marido?

—Estaba fuera —contesté con desgana.

—Mmm... —se dio cuenta de mi tono—, entonces iré a ver si encuentro a alguno de los dos.

Me guiñó un ojo y desapareció de mi vista dejándome un sabor amargo al recordarme de nuevo a mi marido.

Busqué la salida y, minutos después, la encontré. El aire frío impactó de pleno en mis mejillas, e hizo que un pequeño escalofrío me recorriera el cuerpo de pies a cabeza. Sumida en mis pensamientos intenté llegar al jardín principal donde en breve se pondría la cena, pero antes de llegar, alguien me cogió de la mano. La reconocí al instante.

—¿A dónde has ido?

—A darme una vuelta por el castillo —contesté a la defensiva.

Asintió, pero no dijo nada.

—¿Y por qué no me has esperado? —preguntó en el mismo tono serio y frío de siempre.

Resoplé cansada de su numerito.

—Cathal, yo nunca te espero para nada. Ya estabas ocupado como siempre, deja de decir estupideces y haz lo que hayas venido a hacer, siempre tienes un cometido para todo. Llévalo a cabo, y déjame en paz.

Terminé la frase realmente enfadada y eso lo notó. Tiró el cigarro que estaba en sus labios segundos antes, empujó su cuerpo dejando la pared desolada y se plantó frente a mí. Me traspasó con su mirada intensa como llevaba haciendo demasiados días, oí cómo exhalaba un fuerte suspiro y después se pasó la mano por el mentón sin quitarme los ojos de encima.

—He venido a esta fiesta con un cometido, pero mientras llega o no...

Cerró la boca antes de terminar la frase, me observó y, sin preguntar, devoró mis labios sin pensar en las personas que pasaban a nuestro lado y que, obviamente, estarían viendo la escena.

—Mientras tanto, no te separes de mí... —susurró.

Y de nuevo, me rendí.

Me rendí ante él, ante su fuerza, su fiereza, y ante cada palabra, susurro o suspiro que emanara de sus labios. Porque con él, empezaba a ser débil, más de la cuenta...

Desperté envuelta en sábanas blancas de seda, las tenía liadas entre las piernas y mi cuerpo. Noté una sensación extraña: calor. Elevé mi rostro intentando despegar mis agotados ojos, y me encontré con el duro pecho de Cathal bajo mi cara. Sentí su mano alrededor de mi cuello aferrándome a él, a la vez que pude comprobar cómo dormía plácidamente mientras nuestras piernas se encontraban liadas entre ellas.

Debía de ser un sueño. Él jamás se había quedado de esa manera conmigo, no podía ser.

Me incorporé con cuidado y me quedé frente a él, toqué su incipiente barba con delicadeza, para después pasar a su mejilla y acariciar sus duras facciones. Repasé cada parte de su cuerpo, dibujando líneas invisibles. Le estaba tocando a mi antojo, de una manera tan íntima que aún no podía creerlo.

—Buenos días... —murmuró somnoliento.

—Buenos días —contesté sin rastro de temor.

Se movió un poco hasta que sentí sus labios en mi cuello, creando un reguero de besos para dejar marcado cada rincón de mi piel con sus caricias. Noté que mi sexo se humedecía de nuevo, como si no hubiera tenido suficiente la noche anterior. Con un ágil movimiento se posicionó encima de mí, y una de sus rodillas separó mis piernas para quedarse acomodado entre ellas. Estiró mis manos por encima de mi cabeza, hasta que pude tocar el cabecero de su cama, y paró en mi boca fundiéndonos en un largo y salvaje beso.

—¿Siempre te despiertas tan cariñoso? —pregunté contra sus labios.

—No. Nunca he tenido la oportunidad...

Dejó la frase en el aire y siguió con sus caricias y mimos, me dejé hacer mientras masajeaba mis pechos, acariciaba mi vientre y me llenaba de besos. Su imponente cuerpo se elevó hasta mi rostro de nuevo, puso ambos brazos al lado de mis hombros soltando mis muñecas y de esa forma hizo que su musculatura se mostrara más fiera todavía.

Mis piernas se cruzaron en sus caderas invitándolo a entrar en mi interior, y no se hizo de rogar. Entró despacio, con suma delicadeza, algo extraño en él. No tenía nada que ver con los últimos encuentros que habíamos tenido, tan fieros, tan... salvajes. Esa mañana me hizo el amor de una forma que nunca hubiera imaginado, por lo menos de él.

Saboreé cada embestida, grabé en mi memoria cada gesto, cada vez que apretaba su fuerte mentón debido al gran placer que le otorgaba, y no pude evitar dejarme llevar por el deseo y la pasión, otra vez... Me abracé a su cuerpo, colgando mis manos en su cuello, mientras mis dedos se enredaban en su pelo jugueteando a la misma vez con él. Al llegar al clímax cayó encima de mí, juntó su boca con la mía y, sin apenas poder respirar, me besó sin descanso.

—¿Quieres desayunar conmigo?

Su pregunta me sorprendió. En los seis años que llevaba casada con él, jamás me lo había preguntado, más bien, yo era la que se sentaba en la silla de la terraza sin importarme su cara de mal genio o su habitual humor de perros, que últimamente escaseaba demasiado.

Hincó sus dedos en mi costado impaciente por mi respuesta, lo que hizo que me retorciera un poco y elevara mi pelvis y, al chocar con la suya, me percaté de que todavía estaba dentro de mí. Noté cómo crecía por segundos y le miré alzando una ceja.

—Si no nos vamos ya... no iremos a Glendalough en todo el día, te lo puedo asegurar.

—¿A Glendalough? —Me asombré a la vez que mi corazón dio un vuelco —. ¿Para qué?

—Hoy es el aniversario de la muerte de mi padre. Todos los años voy allí, y esta vez había pensado que podrías acompañarme... —me miró titubeante — si quieres.

Llegado ese punto no sabía si quería o no, algo me decía que lo que iba a hacer, no lo deseaba en el fondo, y que tarde o temprano, no soportaría seguir viviendo.

Había llegado el día.

Sonreí como pude intentando evadirme de ese pensamiento, volvió a besarme y se intentó levantar con desgana, pero antes de que lo hiciera agarré de nuevo sus fuertes brazos. Le empujé de forma que se tumbó en la cama y yo me quedé encima de él. Bajé por su pecho dando castos besos hasta que

llegué a su corazón, donde de nuevo vi el tatuaje con mi nombre.

Otra vez se me encogió el corazón. Subí de nuevo y le besé durante un rato mientras él agarraba mis caderas.

—Solo una vez más... —musité en su boca.

A lo que no renegó, sino que apretó mis caderas con más rudeza para que sintiera su longitud por completo, y no lo desperdicié, al revés, lo aproveché como si fuese la última vez...

Llegamos al valle de los Dos Lagos en Glendalough, después de llevar un largo rato en la carretera, segundos antes de entrar en el *parking*, pasamos por un bosque inmenso que hizo que el día se tiñera oscuro y sombrío. Mi estado de ánimo no era para menos, me sentía el ser más despreciable del mundo.

—Tranquila —me sonrió, algo raro en él—, estás conmigo.

Le miré un instante y le devolví la sonrisa. Solo que la mía era bastante forzada. Apretó mi muslo de manera cariñosa y de nuevo guio sus manos al volante. Él era una de las personas que sabían de la existencia de mi pánico a las hadas. Aunque eran cuentos de niños y leyendas antiguas, para mí era una obsesión. Aparcamos el coche y bajamos, yo, en mi caso, sin ninguna prisa. Cathal bordeó el vehículo y rodeó mi cintura estrechándome junto a él.

Otro gesto, otra duda.

—Bueno, vamos a pasar un buen día viendo... —arrugó un poco el entrecejo—, monumentos. —Sonrió un poco con sarcasmo, pero después la tristeza se vio reflejada en su cara.

—¿Puedo preguntar qué le pasó a tu padre?

—Ya lo estás haciendo. —Me contempló con los ojos brillantes.

—¿Y me vas a contestar? —dudé.

Durante lo que pareció una eternidad, traspasó mi alma con su arrolladora mirada mientras esperaba una respuesta.

—Mi padre murió en un atraco a un banco. Estaba esperando como cualquier persona la cola, lo cogieron de rehén y acabaron con su vida.

Su tono de nuevo se volvió frío y serio.

—¿Y tu madre? —me atreví a preguntar.

—Mi madre desapareció cuando yo nací. Solo tenía a mi padre.

—¿Cuántos años tenías, Cathal?

—Seis.

Di el tema por zanjado, no quería seguir indagando en su pasado, y menos después de las intenciones que tenía en mente. Ya sabía que no había tenido

una vida fácil, pero no hasta ese punto de encontrarse solo en el mundo. Intentó romper el hielo del momento, cuando el silencio se apoderó de nosotros durante un extenso rato.

Últimamente su sonrisa era lo que más deslumbraba, y una congoja se apoderó de mí en el momento que empezamos a cruzar la entrada. Mientras andábamos por el camino de tierra, me dio la vuelta y clavó sus profundos ojos azules en mí. Apartó un mechón de pelo de mi cara y de nuevo, esa extraña sensación se apoderó de mí. Mi corazón se estaba rompiendo poco a poco, miré a ambos lados intentando evadir sus ojos.

Todo era... demasiado cínico y lo peor; no entendía cómo a él, al hombre que jamás nadie había conseguido engañar, yo, una cualquiera, lo estaba haciendo, lo estaba llevando a su lecho de muerte.

Depositó un largo beso en mis labios que me supo a gloria. No quería que se separara de mí nunca, el corazón me oprimía el pecho y las ganas de llorar, esas que jamás habían aparecido en mis ojos, surcaron de repente mis lagrimales.

—Eres la mujer más bonita que he conocido en mi vida —susurró en mis labios.

Le miré a los ojos.

—En eso tienes experiencia, me lo tomaré como un buen halago por tu parte —ironicé.

—No seas tonta —imitó mi gesto—, solo me arrepiento de una cosa...

Se hizo el silencio entre los dos durante lo que pareció una eternidad. Esperé tranquilamente abrazada a sus fuertes y rudos brazos a que respondiera a mi pregunta no formulada y así hizo.

—Me arrepiento de no haberte amado lo suficiente.

El corazón se me paró y dejó de latir.

—¿A qué viene eso? —Intenté disimular como pude, aunque las palabras casi no salían de mi boca.

Sonrió y tiró de mi mano para seguir caminando, miraba los bosques de reojo y no podía evitar que el vello se me pusiera de punta al escuchar cualquier ruido procedente de ellos. El día se tornó grisáceo y la niebla empezó a tapar los maravillosos lagos, haciendo el ambiente todavía más tenebroso. Al llegar, no había nadie, excepto nosotros.

Llegamos a la entrada y ambos paseamos hasta el gran recinto monástico. Cathal se adelantó cuatro pasos más que yo mientras me contaba la historia

del sitio en el que nos encontrábamos. Lo intentaba escuchar atenta, pero era imposible, mi cabeza solo se iba al plan malévolo que tenía entre manos.

—Esto se fundó hace más de catorce siglos, es increíble que se mantenga así, es... mágico, venir aquí consigue trasladarte a otro mundo. Cuenta la leyenda que un joven monje llamado Kevin, llegó aquí y se enamoró del lugar. Construyó la tumba de la Edad de Bronce cerca del lago superior y hubo personas que afirmaron que llegó a hacer milagros. —Me observó durante un instante sin expresión alguna en su rostro.

—Es impresionante cómo un mafioso sabe de historia —comenté sin quererlo con tristeza.

—Es mi tierra, y me apasiona. Una cosa no tiene nada que ver con la otra —aseguró.

Y era cierto, el sitio era maravilloso, un lugar donde sin duda cualquier persona que se acercara a verlo quedaría prendado de él. Para los turistas era una de las mejores excursiones que se podían hacer, puesto que, aparte de sus ruinas monásticas, tenía un entorno enloquecedor que hacía que te olvidaras del mundo por momentos, sobre todo por sus lagos misteriosos y oscuros en un profundo valle cubierto de bosques.

Se giró quedándose de espaldas y al volverse vi cómo su sonrisa se apagaba poco a poco. Miró hacia abajo observando la que supuse que era la tumba de su padre.

Abrí mi chaquetón de tres cuartos gris, saqué la pistola con cierto temor, y le apunté. Vi que sonreía de nuevo, ya me había visto. Se giró y, sin decir nada, dio un paso hacia mí, me puse nerviosa y no pude reaccionar de otra manera: hablé en el tono más frío que pude conseguir debido a mi estado de nerviosismo.

—No te muevas, Cathal.

Paró. Notaba cómo mi barbilla empezaba a temblar, no podía permitirme llorar. No podía hacerlo o me derrumbaría en sus brazos a la espera de que fuera él quien apretara el gatillo en mi cabeza. Porque si una cosa tenía clara, era que nadie, que hubiera apuntado con un arma a Cathal, había sobrevivido para contarlo. Un silencio se hizo eco entre nosotros dos, hasta que lo rompió él.

—¿No crees que es un poco retorcido matarme en el mismo lugar donde está enterrado mi padre?

Lo era.

No le contesté, no podía.

—Recuerdo la primera vez que te vi en el Grand Hotel de Malahide... Me llamaste demasiado la atención, la manera en la que observabas a tu alrededor decía muchas cosas sobre ti, estaba seguro de que eras fría, calculadora, eras... perfecta. Luego descubrí que teníamos muchas cosas en común y te escapaste de mis manos, hasta hace unos días...

—¿A qué viene todo esto? —Soné demasiado ruda.

Recordé aquel día a cámara lenta en mi cabeza como una reproducción, mi reacción fue muy similar a la suya, desde el minuto en que su mirada se cruzó con la mía supe que era él, no sabía exactamente para qué, pero era él. No contestó a mi pregunta, solo me miró y atravesó mi alma con sus profundos ojos, como últimamente solía hacer.

—Dispara —ordenó.

—¿Por qué mataste a mis padres? —pregunté sin pensar, a la vez que la rabia ocupaba todos mis sentidos.

—Yo no hice tal cosa —respondió con tranquilidad.

—¡No me mientas! —Me desesperé.

—No lo estoy haciendo, Taragh.

—Frank me lo contó.

Asintió mientras una sonrisa irónica escapaba de sus labios.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —cuestionó.

—No lo sé, dímelo tú.

De nuevo movió su rostro de forma afirmativa antes de responder:

—Conocí a tu abuelo, él fue quien me dijo quién eras.

Arrugué el entrecejo, ¿de qué demonios estaba hablando?

—Ya sabes a lo que me dedico —continúo—, tú tenías el broche de Tara, y el cambio por una módica suma de dinero era más que interesante.

—Pero... tú... le pagaste a Kathleen mucho dinero porque fuese con ella ese día, ¿¡por qué estás metiendo a mi abuelo en esto!?! —No podía creer lo que estaba oyendo.

¿Mi abuelo haciendo tratos conmigo? ¡Era absurdo!

—Porque es la verdad.

Mi mano tembló por un instante, tuve que coger la pistola con ambas manos para que no se me cayera al suelo, miles de sentimientos empezaron a pasar por mi... corazón. Un sitio al que hacía mucho tiempo que no visitaba, y que en estos últimos días, Cathal había conseguido que pequeñas partes de

la coraza, se cayeran por sí solas.

—¿Te estás inventando todo esto para que no te mate?

Negó con la cabeza. Su semblante era igual que el del mismísimo tirano que desde siempre había convivido con él. Pero no reaccionó, no hizo... nada.

—Entonces, ¿por qué me estás contando todo esto ahora? —Me enervé apretando la pistola con más fuerza.

—Porque quiero que sepas la verdad antes de apretar ese gatillo.

Me estaba demostrando claramente que ya sabía todas y cada una de mis intenciones antes de venir aquí. Estaba segura de que Frank se lo había contado a Jackson, y me lo terminó de confirmar el coche que aparcaba cerca de nosotros, y desde donde Ryan y Jackson salían. Cathal les hizo un leve movimiento de cabeza para que se marcharan y estos dudaron, hasta que, finalmente, obedecieron la orden no pronunciada.

—¿Por qué no me has desarmado ya? Si quisieras me tendrías de rodillas ante ti —pregunté sin entender el motivo.

—Porque no pienso hacerlo.

—¿¡Por qué!? —chillé más de la cuenta llena de rabia al ver que no meneaba un músculo por desarmarme.

—Porque antes de la fuerza, del poder o del control, hay algo más poderoso, Taragh...

Le miré sin responder, no quería seguir escuchándole, me estaba matando lentamente sin darse cuenta.

—No hay nada más —aseguré llena de odio.

—Te equivocas.

—¿¡Y qué es!? —Perdí los papeles de nuevo.

—El amor.

Mi alma se partió en mil pedazos.

Fijé mis ojos en los suyos, sintiendo cómo se me empapaban de lágrimas que sin poder evitarlo, resbalaban por mis mejillas segundos después. Me limpié con una mano y volví a agarrar el arma con fuerza cuando vi que de nuevo daba dos pasos para quedarse justamente frente a mí, solo nos separaba la pistola. Agarró con fuerza mis manos haciendo que un escalofrío me atravesara el cuerpo debido a su tacto y la apretó en su corazón.

—Dispara —repitió con firmeza en su voz.

Abrí los ojos y me atreví a mirarlo fijamente de nuevo, no tenía el miedo

reflejado en su rostro, al contrario, estaba tranquilo, pero... ¿roto?

—¿Por qué en el corazón? —me atreví a preguntar.

—Porque es lo único que puedes destrozar.

Me sentía mal, estaba empezando a marearme, temblaba como nunca lo había hecho. Tenía claro que si flaqueaba, Cathal me mataría de un solo movimiento, pero llegados a ese punto, mi valentía fracasaba a pasos agigantados.

—Tú nunca me has querido, nunca has sentido nada por mí, ¿acaso ha cambiado algo? —pregunté con rabia—. ¿¡Qué ha cambiado, Cathal!?! —chillé.

—Tú —se limitó a decir.

El mundo se me vino encima y sin más, el arma cayó de mis manos al suelo en un instante, haciendo sonar un golpe en seco. Mis lágrimas caían como ríos, mientras que mis piernas se desplomaron en el suelo, cayendo de rodillas ante mi marido. Cerré los ojos asimilando mi destino, sabiendo que en escasos minutos cruzaría del mundo de los vivos al mundo de los muertos. Le había amenazado, le había apuntado con un arma y eso, jamás me lo perdonaría.

No le escuché hablar, en cierto modo no le escuché ni respirar. Estaba quieto, de pie, no sé si pensando o procesando todo lo que había pasado hacía escasos minutos. Segundos después noté que se agachaba para estar a misma altura, mis ojos seguían cerrados resignándose a lo que estaba por venir, y lo que me sorprendió, fue que una bala no atravesó mi cabeza, sino que sus labios se posaron en los míos, fundiéndose en un beso apasionado y cargado de sentimiento.

—Te amo... —musitó en mi boca.

Para mí no había nada más especial que alguien me dijera que me amaba. Para mí, como siempre pensaba, un «te quiero» era insignificante en mi vida, podías querer a muchas personas, pero amar... Eran otros términos diferentes que nunca nadie había utilizado conmigo.

—¿Por qué no me matas? —Sorbí por mi nariz y le miré a los ojos.

Con cierta tristeza observó mis ojos tristes cargados de lágrimas.

—Porque antes moriría por ti.

No podía creer que el hombre que estaba frente a mí, estuviera diciéndome todas esas cosas, no daba crédito, el temible Cathal O’Kennedy me estaba mostrando su corazón, me estaba abriendo su alma y no podía ser

real. Parecía todo un sueño y lo peor de todo era que yo también le amaba, más que a mi misma vida. Era por ello que en ese momento me arrepentí de no haber aprovechado todos estos años a su lado, pero lo que tenía claro, era que no desaprovecharía ni un día más.

Sonreí con cariño, pero todo cambió en un instante...

Escuché gritos cerca de donde estábamos, a la misma vez que los atronadores sonidos de las balas, al salir de sus cargadores, resonaban en el aire, y después de eso todo se volvió un caos cuando dos impactos de bala atravesaron a Cathal, haciendo que se desplomara en el suelo. Giré mi cara a la derecha con los ojos de par en par y me abalancé gritando:

—¡Nooooooo!!

—¿Qué coño estabas haciendo? ¿Cuándo pensabas reventarle la cabeza de un tiro? —preguntó Mick.

Volví mi rostro hacia él, que desplomado, miraba el cielo sin pestañear. ¿Qué hacía Mick aquí?

—Cathal, Cathal —le llamé con urgencia—, mírame, por favor, mírame —le supliqué.

Escuché varios disparos mientras zarandeaba a Cathal, para que no cerrara los ojos, y no me molesté en volver mi rostro para contemplar qué demonios pasaba tras de mí. Le zarandeaba sin parar, pero de nada servía, no reaccionaba, estaba en estado de shock debido a los impactos. Yo lloraba como una niña pequeña abrazada a él, temiendo que se escapara de mis manos, ahora que le tenía y ahora que él me había encontrado, se iba... por mi culpa...

—¡Cathal! ¡Maldita sea, no me dejes ahora, por favor...! —Mi voz se apagaba desgarrándose—. Por favor..., mírame...

El dolor me cegaba, la tristeza también y sin más, caí rendida sin parar de llorar encima de Cathal.

Continuará...

Avance
Oonagh
Vol. III

Visualicé cómo la caja bajaba lentamente hasta descender al fondo del gran rectángulo de tierra en el suelo. Habíamos elegido el cementerio de Glasnevin, en Dublín. Miré a mi alrededor sin encontrar ningún punto fijo en el que concentrarme. Ryan, a mi lado, apretó una de mis manos para calmarme, pero yo ya no veía nada excepto la venganza.

Suspiré en varias ocasiones sin mostrar ninguna emoción en mi rostro. Con la cara sumida en la más profunda de las tinieblas, salí de allí antes de que terminara el entierro y me dirigí al único sitio donde podría encontrar al culpable de todo lo que había pasado hacía dos días: Mick.

Tras conducir durante tres horas y media, llegué a la misma casa que hacía años que no visitaba. Por fuera se veía más deteriorada de lo que recordaba. Toqué a la puerta varias veces, pero nadie me abrió. Decidí esperar. No me iría de allí sin terminar con mi cometido.

La noche comenzó a caer sobre mí, mi teléfono no paraba de sonar, pero no le hice caso. Decidí apagarlo y que de esa manera nadie pudiera entrometerse en mi condenado plan. Tenía claro que esta vez no sería una muerte, por una vida, sino todo lo contrario. Una muerte, por otra.

Una hora y media más tarde, vi que un hombre aparecía al final de la calle. Escurrí mi cuerpo hacia abajo y a lo lejos, divisé la figura de Mick. Cargué mi arma con rapidez y, cuando traspasó la puerta de su casa, bajé del coche. Toqué dos veces hasta que abrió. Su cara mostró de todo menos alegría, pero también pude ver que el miedo atenazaba todo su cuerpo.

—¿A qué has venido?

No le contesté. Alcé mi arma y le apunté.

—¿Vas a matarme? —preguntó nervioso.

—¿Por qué disparaste a mi marido? —pregunté llena de rabia.

—Taragh..., yo...

Le hice un gesto con la cabeza para que continuara, me quedaban pocos segundos para perder la paciencia.

—Frank me dijo que tenía que ir para acabar con él, que tú estabas de

acuerdo.

Arqueeé una ceja, y este me extendió un teléfono para que lo comprobara por mí misma.

—No te miento, ¡te lo juro!

Asentí al poder leer la conversación que ambos habían mantenido, y me juré terminar con Frank en breve.

—Te dije que vivieras y te olvidaras de todo —pronuncié más fría que un tempano de hielo.

—Taragh..., por favor... —suplicó.

No le di tiempo a continuar. Apreté el gatillo y, al instante, cayó desplomado en el suelo con un tiro en la frente.

Guardé mi arma con un propósito nuevo: resolver las dudas con Andrew O’Leanny y, por supuesto, matar a Frank.

Sobre las autoras

Belén Cuadros y Angy Skay un día cualquiera como hoy, decidieron unir sus caminos de la manera más inesperada, como escritoras de novela romántica para crear algo más que una historia de amor. Decidieron involucrar todo su romanticismo tras las páginas de la saga; Anam Celtic, creando una historia entre dos personajes en común, pero a su misma vez, completamente distinta.

Al comenzar la aventura en el primer viaje juntas a Irlanda en el año 2.015, se dieron cuenta que ambas tenían una conexión especial, pero tras largas noches en vela y conversaciones en la distancia, ya que Belén Cuadros reside actualmente en Girona y Angy Skay en Almería, comprendieron que algo más a parte la amistad, las unía, y eso concretamente querido lector, era la imaginación y la pasión por la cultura celta.

Tras un largo camino, se lanzan de cabeza al mercado con la primera entrega de la saga, titulada: *Ádh mór Maureen*. Publicada con la Editorial LxL, y recomendada por las autoras, para aquellos lectores que ansíen el momento de sumergirse en una historia llena de misterios, romanticismo y aventuras, en la cual, la búsqueda de tesoros olvidados, será su primer cometido.

¿Deseas unirte a la saga Anam Celtic? No lo dudes, ¡te esperamos!

